

Edición: Amanda Fleites

Diseño de cubierta: Elisa Vera Grillo

Imagen de cubierta: Cirenaica Moreira. “Vive en Cincinnati y ni siquiera
me escribe”, de la serie “Cartas desde el exilio”

(1999-2002) Impresión Cambda, 60 x 100 cm

Diseño interior y diagramación: Onelia Silva Martínez

© Laidi Fernández de Juan, 2015

© Sobre la presente edición:

Ediciones UNIÓN, 2015

ISBN: 959-959-308-



Ediciones UNIÓN

Unión de Escritores y Artistas de Cuba

Calle 17 no. 354 e/ G y H, El Vedado, La Habana

E-mail: editora@uneac.co.cu

Presentación

En nuestro país el tema de la violencia contra la mujer es aún tabú, y pensarla como un tema de discusión pública todavía parece una utopía demasiado irreal. Lo que ocurre, en cambio, cuando la prensa se refiere al tema, es que se ciñe, por un lado, al asunto del comportamiento personal —la causa es el machismo inoculado por la práctica cultural histórica— y, por el otro, a las vías de denuncia y enfrentamiento ya existentes, que han demostrado no ser idóneas en todos los casos. La propuesta de una ley específica sobre el tema propugna gestionar la violencia contra la mujer del mismo modo para cada víctima del mismo delito; tal como está organizado en este momento, sin embargo, el sistema de prevención y atención depende mucho de la gestión de la víctima o sus familiares, y muchas veces a aquella le es imposible pensar con claridad, buscar ayuda o salirse del ciclo de la violencia, tantas veces descrito. Por otro lado, permite que el lugar del agresor en la sociedad sea decisivo en que este pueda librarse o no de la condena. Pasa con este tema lo mismo que con otros pendientes de discusión y transformación: para las autoridades establecidas, aunque queda mucho por hacer, ya hemos hecho mucho más que otros en otros lados. Con semejante *ritornello*, sigue siendo imposible movilizar opiniones y cuerpos; cambiar las reglas del juego.

Reducir las causas de la violencia contra la mujer al machismo individual o colectivo en nuestra sociedad conlleva el reconocimiento implícito de que la solución es individual, subjetiva; lo

mismo ocurre con las tareas de sensibilización, que suelen concebirse destinadas a la mentalidad individual, algo muy coherente con los nuevos tiempos en que el individualismo pareciera haber desplazado los proyectos colectivos. Emprender una discusión para la transformación social profunda desestabilizaría no solo la concepción de cada individuo, sino incluso conllevaría la evaluación de cómo está organizada nuestra sociedad, desde el espacio mínimo de la vida familiar o doméstica, hasta la escuela, el trabajo y las estructuras sociales.

La violencia es real, y a menudo mata; y antes de matar, ocasiona mucho dolor y genera tristeza, infelicidad y desazón continuas. Pero hay muchos modos de ejercer la violencia, y pocas personas verían, en la insistencia con que se demanda a la mujer cubana el aumento de su fertilidad, por ejemplo, un rasgo de discriminación o de violencia. Al traspasar a la mujer la responsabilidad de la reproducción poblacional se está ejerciendo contra ella una violencia sutil pero real. Cuando evitamos hablar de las causas del envejecimiento poblacional que van más allá del evidente desarrollo social de la sociedad cubana o de los logros en la atención a la salud pública, como podrían ser las deplorables condiciones de vida de la población, o la migración casi forzosa de personal calificado que no encuentra espacio de desarrollo en nuestra sociedad por errores en la relación entre el Estado y el ciudadano, y hacemos énfasis en el compromiso de la mujer con la patria para seguir pariendo sin garantía de felicidad, entonces estamos ejerciendo violencia, aunque muchas veces no seamos capaces de verlo. Cuando en los medios nos presentan a una deportista, campesina o académica y al hacerlo se habla con insistencia de su feminidad —tradicional, claro, un comentario apoyado, por ejemplo, con un primer plano de sus uñas pintadas—, estamos haciendo una exigencia mayor: no solo hay que ser competente en la profesión elegida, también hay que lucir bonita: cuidarse las manos, maquillarse, ser delicada, etcétera.

Tal tipo de exigencia adicional —pensémoslo un poquito— jamás se le hace a un hombre en situación semejante. Y lo

mismo ocurre, con algo más de elegancia, aunque no tanta, en el mundo literario.

Con frecuencia un libro de mujer, es susceptible a ser tildado de feminista porque bordea la denuncia, expresa una afirmación de una sexualidad distinta o se ríe de la feminidad tradicional y de la figura de la mujer como *ser-para-los-otros* que, dirían las filósofas, exhibe algún indicador de su condición ajena al feminismo. Editoriales y autoras coinciden en la advertencia purificadora, para evitar conjeturas y sospechas, un dilema que ha comentado sabiamente Mirta Yáñez¹ y que sigue vivo, a pesar de todo. La pervivencia de los prejuicios antifeministas que tiñeron las reacciones contra ese movimiento social en sus inicios, la incomprendión del feminismo en tanto ideología y filosofía de vida mantienen esa herencia, tan útil para las mujeres cubanas de hoy, a medias silenciada. La preocupación por el lugar de las mujeres en la sociedad, por su plenitud como seres humanos y como ciudadanas, merecería otro destino, pero los prejuicios son fuertes y se metamorfosan continuamente, como un virus negado a sucumbir, y no por eso debemos ceder ni darnos por vencidas. No por eso debemos aceptar que la agresión de cualquier tipo sea una práctica individual basada en la subjetividad de las personas, sin entender que la violencia contra la mujer es una práctica social diseminada en todos los espacios de nuestras vidas, con profundas raíces estructurales, y perceptible en muchos ámbitos, además del privado.

Este libro pretende dar cuenta de esa multiplicidad de la violencia contra la mujer tal como la han percibido varias narradoras cubanas. Proyectos semejantes han visto la luz en otros países.² Estamos ante una antología amplia, inclusiva, que busca llamar la atención sobre un tema de imprescindible actualidad

¹ Mirta Yáñez: “Feminismo y compromiso: Ambigüedades y desafíos en las narradoras cubanas”, en *Cubanas a capítulo. Segunda temporada*. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 2012. pp. 61-87.

² Pía Barros ha antologado y editado en Chile *iBasta!/Enough!* (Asterión, 2012), colección bilingüe de cien relatos breves sobre el tema.

en nuestras vidas. Laidi Fernández de Juan trabajó arduamente para conseguir este mosaico de situaciones y de voces y, además de su valor como denuncia o llamada de atención sobre un tema específico, este libro reúne narradoras de poéticas y generaciones distintas, pone a convivir relatos o fragmentos de novela cuyo eje de contacto es la violencia contra la mujer, y, en última instancia, si no bastara el gesto nuestro para declarar el compromiso de las intelectuales cubanas, aquí queda declarado cómo la denuncia de ese flagelo, a menudo inadvertido o silenciado, ha motivado la intervención simbólica de cada una de estas autoras en el espacio público. Cada relato, cada fragmento de novela, justifica su inclusión aquí con la denuncia de la violencia contra la mujer; su realización, coherente con la capacidad de cada una de sus autoras, ofrece enfoques diversos, lenguajes distantes, pericias disímiles. Cada quien elegirá sus favoritos, encontrará los ecos de experiencias propias o ajena, podrá imaginar cómo cambiar a sí o al mundo para evitar la terrible convivencia con el dolor cotidiano. Nuestras autoras han hecho lo suyo.

ZAIDA CAPOTE CRUZ

Mujer sentada en el parque

Abro la ventana y aspiro el aire mientras disfruto el primer café del día. Enciendo un cigarro y pienso: ¿cuánto dinero me queda para ir al mercado? Tengo que ir a comprar la comida para hoy. ¡Uf! Qué aburrida estoy... Esto de la comida tiene que ver con la eternidad, o con la iglesia: "hasta que la muerte nos separe". Igual de eterno es lavar, cocinar, limpiar, planchar. La verdad es que estoy jodida con la perpetuidad de los quehaceres. Yo creo que lo que más daño me hace es pensar, sobre todo en eso de la eternidad, digo, en las tareas domésticas. La mujeres lavan y planchan y iya! Al que le tocó le tocó, pero me gustaría al menos tener la posibilidad de amnistía. Respiro profundo y alejo mis malos pensamientos.

Ya en la calle se piensa menos en las labores domésticas, me senté en un banco para adornar la espera, o visto de un modo más realista, para calmar la ansiedad mientras llega la única guagua que me llevará para donde voy.

Me siento tranquila a respirar el salitre del Malecón. A pensar en la eternidad, en el indulto; en romper con todo o en asumirlo con una sonrisa de resignación.

¡Ayyyy!, me sale un suspiro desde el fondo del estómago vacío.

Observo detenidamente a los pescadores enrollar hilos, sacar y meter cacharros dentro de sus deteriorados equipajes.

Siempre me ha llamado la atención la indumentaria de los pescadores: chancletas viejas, ropa raída, bultos desaliñados. Y mientras estoy sentada en ese parque, me llega una sensación de alegría, de paz. Contemplo a los hombres manipular sus varas y anzuelos, miro el mar y soy una mujer libre. Se van los pensamientos angustiantes y me dejo llevar por lo que ven mis ojos.

Un hombre se acerca, se sienta a mi lado, me molesta su cercanía, quiero estar sola en este parque pero no puedo decirle que se vaya, el parque es de todos, y aunque me mortifica que interrumpa con su presencia, él es libre de sentarse donde quiera y yo también.

Ruego en silencio que no hable, que se quede callado para que me permita continuar pensando en que ya no pienso, en que soy una mujer libre de pensamientos.

Me mira desde sus espejuelos y dice con una voz inesperada que me sobresalta:

—¿No has visto pasar una guagua carmelita?

Levanto los hombros y niego con la cabeza. Es una rápida respuesta para seguir sin pensar en cómo llegar a la casa, en la guagua que espero, no precisamente carmelita.

Se acomoda en el banco, lo veo cruzar la pierna con intenciones de seguir hablando, de continuar con sus interrupciones. No se da cuenta o no quiere darse cuenta de que este banco ya estaba ocupado antes por una mujer que ipiensa en cómo no tener pensamientos!

Continúa con la conversación mientras me dispongo a no escucharlo. Quiero mirar el mar, los pájaros, no pensar en que soy una mujer sentada en un banco de un parque evitando mis pensamientos.

Me mira. Siento sus espejuelos en mi piel. Descruza la pierna y dice algo sobre lo malo que está el transporte, lo cara que está la vida. Yo asiento sin decir palabra.

Me obliga con un gesto a mirar el tesoro que ha depositado en el banco: detergente, jabón de lavar y de baño, dos desodorantes, pasta dental, aceite y puré de tomate. Tiene un buen trabajo,

le dan esa factura. Le corresponde un transporte —esa guagua carmelita—, desdobra la pierna en el momento que, impuesta por su insistencia, echo un vistazo a los artículos divinos.

Me sobresalto al encontrarme con su pene que se asoma por la rotura del pantalón.

El primer impulso es levantarme, salir a prisa. Veo que sonríe con malicia, que la insistencia en mostrarme su botín era precisamente para que mirara su entrepierna. Me incomoda este tipo que no solo viene a interrumpir mi pensamiento, sino además a mostrarme una picha que yo no le he pedido ver.

Un tropel de improperios suben a la garganta pero los detengo porque yo soy una mujer sentada en un banco pensando.

Comenzó el juego, me quedo tranquila. Ahora habla con una ansiedad en la voz que da risa, insiste en señalarme toda esa mercadería que tiene delante de su pene escabullido.

Lo miro fijamente a los ojos mientras conversa. Vuelve a sugerirme que mire y fijo la vista en sus espejuelos, que devuelven una mirada confusa.

Pienso: yo llegué primero, tengo todo el derecho de continuar sentada sin que nadie me moleste. No voy a salir corriendo porque me haya mostrado su pinga.

Una mirada más directa a los ojos es suficiente para ver como se levanta con ansiedad.

Lo sigo con la vista y sonríe señalando el hueco de su pantalón.

—Se me rompió.

Levanto los hombros y lanzo una mirada insignificante al insignificante pedazo de piel inflada que exhibe por la rajadura de su ropa.

—Eso le pasa a cualquiera.

Hablo mientras me quito un pellejito de las uñas.

De un salto se pone de pie con aquel trozo de su cuerpo entre sus manos. Lo agita con tanta fuerza que da la impresión de que va arrancarlo.

—¡Miraaaa! ¡Coñoooooo! ¡Di algo! ¡Grita!

Después de una mirada de arriba abajo, vuelvo la cara y me acomodo para seguir contemplando el mar.

Disfruto mi triunfo al verlo salir deprisa, enfurecido y murmurando entre dientes mientras cruza la calle.

Sonrío tranquila y dispuesta a pensar. En ese momento llega la guagua que espero, avanzo hacia ella y desde la ventanilla alguien me grita:

—Oye, mira lo que se te quedó.

Veo la divina mercancía depositada sobre el banco, con la que él, momentos antes, trataba de seducirme.

—Ah, sí. Muchas gracias.

Sentada en el ómnibus con mi botín en la mano, intento evitar cada pensamiento.

* Este relato fue mención en el Concurso Fundación Avon, Argentina, 2005. Ha sido publicado en la antología *Mujeres que alzan la voz*. Buenos Aires: Ed. El Escriba, 2009.

Madrugada

Vn ronquido. Bajo, rítmico, nítido. Inconfundible. Alguien ronca a su lado. Debería abrir los ojos, pero aprieta los párpados. Su corazón también se encoge, y durante un segundo interminable todo su cuerpo se suspende y se enfriá. La opresión en el pecho la obliga a respirar de nuevo, a tratar de expulsar con el aire un poco de ese miedo que la ha llenado hasta pinchar por debajo de su piel. El ronquido sigue. Inalterable. Virgen bendita, piensa, aunque no cree en vírgenes. Respirar. Esforzarse en pensar, o mejor, en despertarse, porque esto tiene que ser una pesadilla. No sueña con sonidos, ¿o sí? Intenta recordar diálogos, música, en alguno de sus sueños memorables; con eso acaba por convencerse de que está despierta. Y alguien ronca a su lado. Un sudor frío ha comenzado a invadirla y el mareo amenaza con convertirse en náusea. Se concentra en permanecer inmóvil; pese a todo, un movimiento podría interrumpir el ronquido, ese alguien, que hasta ahora solo anuncia su presencia, puede despertar. Su terror es tan total que no logra traducirse en pensamientos lógicos, apenas un instinto de quedarse quieta, esperar; tal vez si espera lo suficiente llegará el amanecer. He ahí una idea, se aferra a ella. Le da el alivio y la coherencia suficientes para percatarse de su estupidez. El ronquido es absolutamente real. Continúa bajo y pausado, con la regularidad del hábito. Ese alguien existe, está ahí, a su lado, en la cama, y

también despertará al amanecer. Y si despierta, ¿qué hará ella? ¿A quién pedir auxilio? No hay nadie en la casa y las puertas y las ventanas tienen rejas, ¿cómo podrán entrar los vecinos si escuchan sus gritos? Se le escapa un sollozo perfectamente audible y el ronquido se deforma y se fractura. Muerde sus labios para retener el grito, el corazón bombea frenético y sus latidos son tan fuertes que parecen amplificarse en toda la habitación. Se encoge como un recién nacido que ansía regresar a la protección del vientre de la madre. Después de unos segundos hay un carraspeo y el ronquido se reanuda acompasado. Su cuerpo se afloja mientras lo escucha repetirse; la cabeza le da vueltas y, sin proponérselo, abre los ojos. Destellos de una luz incierta se reflejan en la caoba del armario. Es una visión acostumbrada: se despierta mucho en la noche para ir al baño. Si mira a la derecha verá el bulto de ropas colgadas del gancho en la pared, pero no se atreve a hacerlo: dan la impresión de una persona de pie junto al armario; no se siente capaz de soportar esa imagen, aun sabiéndola falsa. Si se endereza un poco verá la mesita de noche donde hay una lámpara que hace tiempo no funciona. De todas formas no intentaría encenderla. Todos sus músculos están engarrotados. Si se creyera capaz de hacer algo, se dejaría caer de la cama para arrastrarse hasta el baño, cuya puerta tiene un pestillo por dentro. Encerrada ahí podría gritar, llamar... ¿A quién? Descubre que no puede recordar los nombres de sus vecinos, ni siquiera el suyo propio. El miedo es una mano gigante que la sofoca. Dios, Dios, es todo lo que logra pensar, pero en el fondo sabe que eso tampoco significa nada. Dios no vendrá en su ayuda. Mamá, piensa. Si fuera una de sus pesadillas de niña, la madre vendría a despertarla y abrazarla, solo que ahora su madre está muerta y ella no duerme. El ronquido se lo recuerda a intervalos sostenidos. Además, sus ojos distinguen ahora los objetos con mayor precisión. Aprecia la forma de la agarradera de la puerta del armario y el rasguño en la madera; si baja la vista puede reconocer las puntas de sus chanclas sobre las losas opacas del piso. Es su casa, su cuarto, su

cama, sus sábanas... El ronquido se interrumpe y la cama se estremece con el movimiento de un cuerpo que no es el de ella. El grito se le ahoga en la garganta; a su espalda llega, tenue pero reconocible, el aliento del extraño. Unos instantes más tarde el ronquido se sincroniza con el soplo cuyo roce ha terminado por paralizarla. Si diera la vuelta vería su rostro; no le caben dudas de que es un hombre, y un hombre grande y corpulento. Su cara puede ser vulgar, también monstruosa, peor aún, si se arriesga a mirarlo, tal vez no pueda apartar luego la vista y, al sentirse observado, él podría abrir los ojos. Esa sola idea la hace cerrar los suyos con fuerza. Nuevamente las tinieblas, la oscuridad interior. Se esfuerza en razonar para recuperar el control de sí misma. Quienquiera que sea el que duerme a su lado tiene que haber utilizado una llave para entrar a la casa, porque forzar las rejas y la madera habría hecho ruido; además, ¿quién va a entrar por la fuerza en una casa para luego acostarse a dormir a pierna suelta junto a la dueña? De modo que tiene una llave, o se introdujo en la casa durante el día, mientras ella iba al mercado, o conversaba en la puerta con una vecina. Eso, entró por el patio y esperó la noche escondido en algún lugar, quizás en el cuarto de la madre que permanece cerrado, excepto en los días de limpieza general. Pensar que podía haber pasado horas siendo observada, espiada incluso en el baño a través de las hendiduras de la puerta, termina por enloquecerla. Está cubierta de un sudor frío y pegajoso, la cabeza le da vueltas y los oídos le zumban como si un enjambre de abejas la rodease. ¿Por qué está pasando esto? ¿Qué quiere este intruso que, en vez de robar lo poco de valor que hay en la casa, se acuesta a dormir a su lado? El ronquido cesa abruptamente. Un brazo cae pesado sobre su cuerpo y una mano enorme ciñe su cintura y la halga hacia atrás. Ha sido tan repentino que ni siquiera atinó a gritar. Su espalda está ahora pegada a un pecho caliente y velludo, siente la dureza incómoda de las rodillas del hombre encajadas en sus piernas, pero sobre todo siente el hincón duro y amenazante contra sus nalgas. La mano se mantiene apretando su

cintura y medio se desliza al bajo vientre para obligarla a iniciar un movimiento de rotación de las caderas, mientras la otra mano se enreda en su pelo y le alza la cabeza lo suficiente como para colocar el brazo abultado bajo su cuello. Se le escapa un sollozo y, con una voz ronca y desfigurada, que no reconoce como suya, logra decir: “No, por favor”. El aliento que rozaba su espalda se ha posesionado de su oído y una voz espantosamente desconocida susurra: “Vamos, nena, no seas bobita”. La mano de arriba manosea sus pechos y la de abajo trata de subirle el ropón y bajarle el blúmer. Se escucha a sí misma repetir por favor, por favor, entre los jadeos del hombre que cada vez se excita más, que ahora hunde sus dedos entre los labios de la vulva y frota, un roce que le resulta áspero y doloroso. “Me duele, me está lastimando”, murmura ahogada por la presión del brazo cruzado contra su garganta. “Vamos, mi niña rica, ponte suavecita, vamos a gozar los dos, anda.” Ella clava sus uñas en el colchón, se muerde los labios para aguantar el ardor, más que dolor, que la penetra. Las manos del hombre se mueven hacia arriba y hacia abajo. Los huesos del hombre la pinchan y magullan por todas partes, las rodillas metidas entre sus piernas, el codo encajado contra su hombro. Le duelen los pechos amasados con ferocidad, la oreja que el hombre muerde y chupa cada vez con más ansias, pero sobre todo la quema y desgarra ese punzón violento clavado en su interior. Él sí se estremece y la hunde contra sí con más fuerza mientras balbucea: “Así, así, eso”. Ella siente que va a desmayarse, una nube la envuelve y la aleja, su cuerpo queda abandonado en la cama, flojo, inerte. El hombre se sale sin más ceremonias y ella lo siente halar la sábana de taparse, que en el forcejeo se ha hecho un rollo a los pies de la cama; cuando él vuelve a desplegarla, ella percibe contra su pierna una zona húmeda y pegajosa. Casi le sorprende la minuciosidad de sus sensaciones: está consciente de cada centímetro de su piel, pero a la vez, su cuerpo parece estar muy distante. El semen gotea lento y viscoso por su muslo y el ardor en su interior se ha aminorado hasta convertirse en un dolor

sordo y difuso. Ya no tiene ganas de llorar. Ni siquiera tiene miedo, apenas un cansancio muy grande, un vacío que es mucho peor. Junto a ella el hombre da vueltas sin lograr acomodarse, carraspea, patea la sábana. No la sorprende ni le importa. Ha dejado de ser ella para convertirse en un cuerpo que un desconocido puede usar. Cuando el ronquido se reanuda comprende que nunca estuvo tan sola. Los minutos van pasando lentos, indetenibles. No espera, no hay nada que pueda esperar. Sus ojos están fijos en el bulto de sombras proyectado por la ropa colgada del gancho en la pared. Cuando la claridad gris que se filtra entre las persianas le permite distinguir la camisa de cuadros y el pantalón enfangado, sus únicos sentimientos son la ira y el agobio por el esfuerzo que tendrá que hacer para lavarlos.

* Este cuento forma parte del volumen *Ofelias*, La Habana: Letras Cubanas, 2007.

MARILYN BOBES

La infamia

Iluminada Peña se acomodó las gafas de sol sobre la cruz de esparadrapo y gasa que le ocultaba la nariz y se dijo: “Esta vez El Bebo no tiene la excusa de los tragos”.

La agresión había llegado inesperadamente, sin que mediara bebida alcohólica alguna; ni siquiera una tercera persona a la que hubiera concedido un baile o mirado con demasiada insistencia en los Jardines de La Tropical.

Cierto que ella lo había hecho esperar quince minutos. La delegada de la Federación de Estudiantes la había convencido para que la ayudara a confeccionar una lista de los alumnos que tenían más de tres ausencias mensuales. Encabezándolo se encontraba la propia Iluminada, cada día más remisa a asistir a una escuela en la que, desde su punto de vista, se perdía demasiado tiempo y se convocaban demasiados mítinges y reuniones.

Lo había encontrado en el parquecito, hecho una furia. Primero fueron los reproches: por ir a buscarla, gritaba El Bebo, había dejado un negocio importante, algo que le proporcionaría muchos dólares. Y cuando la muchacha se atrevió a ripostarle, él le había soltado un *jab* directo a la nariz con el puño cerrado, así, sin más ni más, en medio de la calle.

Un transeúnte quiso intervenir pero Iluminada lo previno advirtiéndole que se trataba de una disputa privada, entre su marido y ella.

Después, El Bebo mismo la había acompañado al consultorio de la doctora Zunilda. La médica de la familia no hizo demasiadas preguntas. Estaba acostumbrada a ese tipo de reyertas: su cuñado, un profesor de Filosofía de alta estatura y vientre prominente, solía masacrar a su hermana en unas contiendas conocidas en todo el vecindario. Nadie se explicaba cómo una arquitecta, una profesional reconocida y prometedora, soportaba aquel abuso casi a diario sin chistar. Pero la vida, decían los vecinos, es así. “Mientras más la golpea, más enamorada parece la arquitecta de ese energúmeno”, aseguraba la madre de Iluminada a quien la quisiera escuchar.

Zunilda remitió a la paciente a un cirujano. Se hacía imprescindible una operación del tabique. Inmediatamente, El Bebo se ofreció para pagar un taxi hasta el hospital.

Esta era la tercera vez que su novio la emprendía a golpes con ella. Las anteriores siempre lo había hecho borracho. Iluminada había llegado a la conclusión de que era la bebida la que lo trastornaba. Ahora, sin embargo, El Bebo no tenía la excusa del alcohol y la muchacha se preguntaba si no sería ella misma, su mera existencia, la que desataba la agresividad de su enamorado.

Iluminada se reconocía torpe, perezosa, tal vez un poco coqueta. Sabía que aquella noche, la de las primeras bofetadas, no debía haber accedido a que Rufo la apretujara un poco mientras bailaban aquel bolero estremecedor en La Tropical. Lo había hecho, sobre todo, porque su novio la dejó en medio de la pista con aquel amigo del barrio para irse a tomar aquellas cantidades industriales de cerveza que lo habían enloquecido.

Lo extraño era que, frente a Rufo, Bebo se había mostrado condescendiente y hasta jaranero, y no fue sino al llegar al apartamento de Neptuno y Espada, donde vivía la muchacha con su madre y su abuela, que él había dado los primeros indicios de belicosidad.

Empezó por insultarla. La acusó de puta y, después, insinuó que ella podía ser la causante de que el Jefe del Sector de la Policía hubiera venido a visitarlo para hacerle una advertencia

sobre su hábito de fumar marihuana. ¿Quién otra que Iluminada sabía que él consumía esa droga de vez en cuando? Sus socios no lo chivatearían jamás. Entonces, era ella la única responsable de aquel informe que lo colocaba a un paso del tanque (como él le decía a la cárcel) a donde seguramente, dijo, Iluminada quería sumergirlo para quedarse con Rufo, aquel blanquito de modales afeminados que nunca podría darle lo que le daba él: un prestigio y una seguridad inimaginables para una cualquiera como ella, que había dejado de ser virgen a los catorce años y no tenía donde caerse muerta. ¿Pensaría Iluminada que Rufo le iba a dar para vestirse como se vestía o la llevaría alguna vez al peor de los restaurantes que frecuentaban?

Esa noche, El Bebo le había propinado a su novia una andanada de galletazos. Ella aguantó los golpes sin proferir una queja. No quería que su madre y su abuela se despertaran y presenciaran la escena. Al otro día, Iluminada tenía la piel alrededor de los ojos amoratada de derrames. Se justificó con su familia diciendo que ella y El Bebo habían sido víctimas de un asalto cuando venían del baile.

No fue su novio quien la llamara arrepentido. Iluminada en persona lo había ido a buscar hasta el Parque Maceo para pedirle perdón. Reconocía que su actitud con Rufo no era la de una muchacha decente. Se había propasado, pero le juraba a El Bebo que eso no ocurriría otra vez, que cuando fueran a La Tropical no se despegaría de su lado ni bailaría con nadie más. Le aseguró también, con lágrimas en los ojos, que ella no tenía nada que ver con la advertencia del Jefe del Sector y que primero iría ella misma a la cárcel antes que delatarlo a él, el amor de su vida, el único hombre del que había estado verdaderamente enamorada.

El Bebo la perdonó y pasaron algunos meses sin que volviera a pegarle, aunque de tanto en tanto descargaba su furia contra la madera de una puerta o rompía algún objeto al tiempo que calificaba a Iluminada de estúpida o anormal.

La segunda paliza vino después de un juego de dominó durante el transcurso del cual El Bebo había ingerido un litro

completo de Silver Dry. Estaba jugando de pareja con Iluminada y perdieron. Entonces él la había responsabilizado por la derrota. Delante de sus amigos la agarró por el cabello y la pateó hasta tumbarla en el piso. Los socios de El Bebo la ayudaron a levantarse y controlaron al agresor sujetándolo con una llave de judo.

Esta vez Iluminada se sintió más confundida que nunca. Algo en su fuero interno la hacía pensar que era un fracaso jugando al dominó y que, en efecto, era ella la responsable de la derrota. Pero la reacción le parecía desmesurada. El Bebo la había humillado. Mucho más cuando había testigos presenciales. Rompería definitivamente, pensaba ella, con aquel hombre, y no le volvería a mirar la cara.

Pasados quince días de tomada esa decisión, El Bebo apareció una tarde a buscarla al Pre con un ramo de príncipes negros y un poema de José Martí entre sus manos: Mucho, señora, daría/ por tender sobre su espalda/ su cabellera bravía/ su cabellera de gualda... Iluminada no sabía lo que era gualda. Ni El Bebo tampoco. Sin embargo, la palabrita les gustó. Y un gesto tan desacostumbrado como el de llevarle aquel poema y aquellas flores no pudo menos que conmover a la muchacha.

El Bebo prometió que nunca más le levantaría una mano. Antes me la corto, le había jurado mientras sonreía con esa sensualidad que la desarmaba y que la convertía en una víctima propicia.

2

Eran las diez de la noche cuando Iluminada se asomó al balcón por enésima vez. La cruz de esparadrapo había desaparecido de su rostro y apenas se le notaba una pequeña cicatriz. Llevaba un vestido amarillo, de lycra, muy descubierto en la espalda. Su abuela había pagado muchísimo dinero a un traficante por aquella prenda que la muchacha se había estrenado para acompañar a El Bebo a otro baile en La Tropical.

Su novio había prometido llevarla aquella noche a la pista. Tocaba NG La Banda y él estaba muy entusiasmado de poder

escuchar aquella canción que no dejaba de tararear: “Tú eres una bruja/ una bruja sin sentimientos/ tú eres una bruja...”

Habían pasado dos horas después de la acordada y El Bebo no aparecía. Como si se lo hubiera tragado la tierra. Seguramente, pensó Iluminada, se había encontrado con alguno de sus amigotes y estaría bebiendo. Tembló de solo pensar en la posibilidad de otra borrachera y otra golpiza.

La abuela de Iluminada entró en la pequeña sala.

—Estás muy bonita, Lumi. ¿Y Bebo?, ¿todavía no ha llegado? La muchacha no respondió. Sacó de la cartera una mota de polvo y un pequeño espejito y rectificó su maquillaje.

La abuela se sentó en una mecedora frente a ella.

—Si van a La Tropical, tengan mucho cuidado. Creo que te han echado mal de ojo. En los últimos meses han pasado muchas cosas. Primero, aquel asalto y después el accidente en el taxi que casi te arruina la cara. Tú tienes que cuidar mucho tu cara, Iluminada, pues dice Ochún que es con ella con la que saldrás a flote y no con la cabeza, como quisiera Obatalá.

La mención a las deidades hizo que la nieta recordara el altarcito que había improvisado en su cuarto. Se desplazó hacia la habitación.

Allí, a un costado de la cómoda, había una imagen de la Caridad del Cobre, un florero con cinco girasoles y una copa de cerveza.

Iluminada se hincó de rodillas ante el ícono.

—Virgencita, haz que se termine esta angustia. Que El Bebo no me pegue más. Si él no es para mí, desvíalo de mi camino y permite que nunca vuelva a pensar en él. Ya sé que no sirvo para nada. Pero tampoco le hago mal a nadie. Dame un poco de paz y de felicidad. Es todo lo que te pido.

Después de este ruego, volvió a la sala. No pudo evitar que las lágrimas le cruzaran el rostro.

Estaba mirando el reloj cuando se fue la luz. Como movida por un resorte, Iluminada fue a la cocina y metió a tientas un cuchillo en su cartera. Se dispuso a salir a la calle a tomar un

poco de aire, armada frente a la posibilidad de un encuentro con algún delincuente o violador.

Salió del apartamento dando un seco portazo. Caminó por Espada hacia abajo, en dirección al mar. Sabía que tenía corrido el maquillaje. No podía soportar que El Bebo la hubiera dejado embarcada. Su llanto no cesaba.

Cuando caminaba en dirección a la costa, distinguió en el muro del Malecón a una pareja. El cabello rizado del hombre y la anchura de sus hombros la hicieron representarse en aquella figura a El Bebo. Este discutía con la mujer y la zarandeaba por los hombros como si fuera una muñeca de trapo. Un rencor y una rabia inédita se apoderaron del corazón de la muchacha.

Se paró frente al muro, a solo unos pasos de la pareja. Miró el océano con expresión iracunda. En un acto casi irreflexivo, sacó el cuchillo de su cartera y se lo clavó al hombre en la espalda.

El cuchillo no llegó a atravesar la piel, solo produjo una herida superficial en el omóplato.

Cuando la víctima volteó la cara, Iluminada Peña comprendió que se había equivocado de persona. Aquel hombre no era El Bebo. Pero se merecía la cuchillada, pensó.

La muchacha le dio gracias a Ochún. En su rostro se dibujaba una sonrisa de satisfacción. Había dejado de ser la víctima para convertirse en victimaria. De ahora en adelante las cosas marcharían mucho mejor para ella, se convenció.

Fue entonces cuando divisó que un extranjero se acercaba.

* Este texto pertenece a la noveleta *Mujer perjura*, La Habana: Ediciones UNIÓN, 2007.

El filo del metal

La mataría. La acabaría de magullar él mismo si ya había hablado. Le faltaban dos cuadras. Miró el reloj. Cuatro de la tarde. Traía la camiseta empapada y pegada al cuerpo. Ella le había esparcido tierra en los ojos. Se había escurrido de la cama y lo había dejado durmiendo. Tal vez había diluido algún somnífero en el medio vaso de ron que le había llevado a la cama esa madrugada, según ella, para que pudiera dormir tranquilo. Y él se lo había disparado de un trago para despertarse quince horas después, nervioso, con aquel cansancio de haber estado ausente siete siglos. Se había dormido pensando que todo había acabado. Había desaparecido súbitamente el miedo que lo hacía sentirse perseguido y lo obligaba a detenerse en cada esquina y mirar para atrás esperando encontrar mil ojos espiándolo, en los balcones, las ventanas, las azoteas, las espaldas de la gente, y caminar siempre desconfiado, siguiendo de soslayo el movimiento del que le pasara cerca. Se había entregado al sueño así, libre por fin de la acechanza de la muerte, y lo que era mejor, convencido de que ella no abriría la boca. Habían quedado en eso. ¿Y con qué se topaba al despertarse? Con que ella no estaba y le viraba al revés el mundo. Había ido a contarlo todo a la policía. Lo había engañado. Peor que eso. Lo había desobedecido. En su casa, el hombre, el de las riendas, el de los pantalones, el de los cojones como dos pelotas de playa que apenas le cabían entre las piernas

era él, aunque ella fuera la del dinero. “La plata es tuya, mi vida, pero el capitán del barco soy yo”, le había soltado apenas acabó la luna de miel. Ella había aceptado, más bien encantada con el tonito bajo y meloso que utilizó él para decírselo y con el beso que le dio seguidamente, el mismo que repitió en lo sucesivo cuando quiso evitar que razonara, como si con el intercambio de saliva le matara las neuronas. Ella siempre lo había respetado. Aunque tal vez no era respeto sino miedo. No le importaba. De todas formas ella hacia lo que él mandaba. Ponía cara de Magdalena y lo miraba con ojos de perro obediente. Asimismo lo había mirado esa madrugada antes de apagar la luz. Por eso él traía las venas hinchadas. Sentía ganas de agarrarla por el cuello con las dos manos y apretar hasta que la lengua se le pusiera negruzca. Pero no lo haría, menos ahora que la encontraba en la estación de policía conversando con un investigador.

Ella lo miró aterrada, como si se encontrara en un espacio abierto y por todas partes la cercaran, avanzando a velocidades supersónicas, las siete plagas de Egipto. En la cara le había quedado para siempre la marca de los dientes. La hinchañón le achinaba los ojos. Estaba nerviosa. Deseó agarrarse al investigador, pedirle, suplicarle que la protegiera. Había hecho la denuncia hacía cuatro horas y no se había movido de allí. No quería regresar a la casa. El oficial intentaba convencerla de que se fuera a descansar, pero ella no podía. Ahora Frank estaba allí, seguro para presionarla, pero debía entender. Ella había intentado decírselo esa madrugada apenas arrancó el camión y ellos encontraron la forma de desatarse:

—¡Hay que ir a la policía!

Frank no se atrevía a alzar la vista. Solo le repetía, con la voz ronca de rabia:

—¡Esto no puede salir de aquí!

Ella insistiendo, nerviosa:

—¡Hay que denunciarlos rápido, hay que...!

—¡Que no hay denuncia, coño!

—¡¿Pero por qué?!

—¡Por mi orgullo, cojone! ¡Mi orgullo!

Esas palabras le tronaron en la cabeza. Prometió dejar las cosas como estaban, pero no pudo dormir. Pensó en los consejos que alguien le había dado para combatir el insomnio. Ella en medio de un pasto muy verde lleno de ovejas. Una, dos, tres, cuatro, cinco... No quería recordar. Debía pastorear el rebaño, contarlas y encerrarlas en una corraleta. Seis, siete, ocho... El rostro del hombre allí de nuevo, imponiéndose al cálculo. Nueve, nueve, nueve... La imagen campestre se le fue desvaneciendo. Se acercó el recuerdo de la medianoche. La luz encendida y los pasos en la sala. Contuvo la respiración para escuchar mejor. Removió el hombro de Frank. Duérmete y no jodas tanto, le dijo él, se viró y se tapó la cabeza. Siguieron los ruidos. Se levantó. Frank fue tras ella. Eran dos hombres. No le dieron tiempo a gritar. Con un puñetazo entre las cejas la desmayaron. Cuando volvió en sí estaba en el suelo, con las manos atadas detrás de la espalda, un pedazo de *teipe* en la boca y los ojos vendados. La cabeza de Frank le rozaba las piernas. Primero pensó que estaba muerto, pero no. Él respiraba. Media hora después le arrancaron la bata de dormir, la golpearon entre las piernas y la violaron. Uno detrás del otro. El segundo demoró más. “Yo te he visto de pasada, chula, y hacía tiempo que te la quería aplicar”, le susurró salivándole el oído y le pegó una mordida en la cara que le sacó la sangre. Entonces le quitó la venda. Su marido estaba amarrado frente a ella, sentado sobre los talones de los pies. El hombre que tenía encima la dejó, fue hasta donde estaba Frank y le bajó los calzoncillos. A fuerza de golpes en la espalda lo hizo inclinarse hacia delante con la cabeza pegada a las rodillas y lo desfloró con una arrancada violenta. Frank no tenía los ojos vendados. La vergüenza se le derramaba por las mejillas en gruesos lagrimones. Ella quiso escapar a la imagen, pero el tipo que no vio la dominó por detrás. La obligó a no perderse los detalles, atenazándole la cara con sus manos de cíclope. El otro se reía, le estrujaba la llaga, “qué rica está la puta de tu marido”, mientras lo rompía en aquella carrera de caballo.

Esa era la razón por la que él quería echar tierra al asunto. Lo de ella pasaba, pero lo de él... La gente empezaría a verlo más flojo. Él la había amenazado con el divorcio si hacía la denuncia. Decía que el tipo, cuando se sintiera perdido, se vengaría gritando que él ya no era hombre a los cuatro vientos.

Estaba contraída, pálida. Comenzó a llorar. Frank se le acercó y le pasó el brazo por detrás de la espalda.

—Soy su marido.

El investigador lo miró de arriba abajo. Parecía que iba a interrogarlo, pero enseguida los dejó para atender a un policía que se asomó por una puerta y le hizo señas. El investigador hacía gestos afirmativos mientras escuchaba al otro. Algo había ocurrido. Regresó, los condujo a las afueras de la estación y les indicó un banco de madera en la parte derecha, desde donde no se divisaba la entrada

—Esperen allí. Enseguida vuelvo.

Cuando estuvieron sentados Frank sacó un pañuelo del bolsillo y le secó la cara a su mujer. Varios policías estiraban una conversación rutinaria cerca de ellos. Los miraban.

—¿Qué les dijiste? -le preguntó en voz baja, disfrazando su fiereza con una expresión de marido preocupado.

—Nada... o sí... parte.

—¿Qué parte?

—Todo, menos...

De nuevo el llanto. El investigador la había tenido casi una hora en su oficina. Primero se mostró muy cortés. Le dio una taza de café y hasta le sugirió que fuera al hospital para que le curaran la mordida. Después retomó el tono seco:

—¿Por dónde entraron?

—Sería por la puerta. No rompieron nada.

—¿Qué se llevaron?

—Me pelaron la casa. Cargaron con todo lo que pudieron levantar.

Los policías disimulaban, pero no dejaban de mirarlos. Frank sintió un hormigueo en todo el cuerpo. Tal vez ellos ya

sabían de su secreto o lo sospechaban por sus ojos. Abrazó a su mujer y se recostó de la pared. Le dolía la espalda, como si alguien lo estuviera quemando, sosteniéndole por todas partes trozos de hielo. Ella temblaba y le mojaba el hombro. Él le acarició la cabeza y esperó unos minutos a que se calmara:

—¿Describiste al tipo?

Ella se volvió a descontrolar. Había dado todos los detalles del físico. Se había tenido que aguantar frente a una computadora que iba cambiando la imagen, afinando un rasgo aquí y exagerando otro allá hasta dar con un retrato que le produjo la impresión de estar viendo en la pantalla la sonrisa vandálica de aquel hombre.

Frank no necesitó respuesta. Se le repitió la sensación que lo aniquilara dos meses atrás en el Guillermón Moncada. El estadio estaba lleno como un plato hondo con el borde atestado de hormigas. Todo el mundo gritaba. A su lado tres hombres se retaban, excitados por el calor de una apuesta. Industriales iba ganando por dos carreras en el sexto *inning*. Los tipos se emocionaban, discutían entre ellos, se desafianban. ¡Quinientos más a que ganan los míos! Frank se les quedó mirando. Uno de ellos, el más cercano a él, que casi le rozaba el brazo, notó su curiosidad.

—¿Qué, socio? ¿Entras?

Él se negó. Jugaban en CUC. Demasiada plata. Intentó concentrarse en el juego. El otro insistió:

—¿A quién le vas?

—A Industriales.

El hombre le dio una palmada en la espalda.

—¡Ya está, *brother*! ¡Tú le vas a Industriales y yo me la juego por Santiago! ¡La pongo a mil!

Sacó una cartera repleta de billetes de cien.

Frank lo miró asombrado. El tipo estaba loco. Ni siquiera le había exigido garantía de que le podría pagar. Se envalentonó. Dinero fácil.

—¡Mil a los míos!

El sujeto debía ser fanático a los santiagueros. Del cuello le colgaban hasta mitad de pecho casi todos los orichas en collares amarillo, rojo, azul y blanco.

Último *inning*. Cuatro a dos a favor de Industriales. Bateaba Santiago. Un *out* y se acababa el juego. Frank saboreaba el triunfo. Miró al tipo. Le buscó en la cara los pliegues de la derrota. El otro lo sorprendió:

—¿Qué? ¿Nos vamos por encima? ¡A tres mil!

Frank aceptó. El sujeto empinó una botella de aguardiente, retuvo el líquido varios segundos y lo expulsó hacia delante. Mojó a unas cuantas personas, pero nadie le dedicó más de un insulto. No se perderían el final del juego. Dos *outs* y bases llenas. Listo el bateador. El choque del bate con la pelota resonó en todo el estadio. La gente se levantó. La voz del narrador llegando al cielo. ¡La bola se va, se va, se vaaaa...! Frank siguió el recorrido de la pelota. Experimentó la peor sensación de su vida. Sintió que en lugar de elevarse en dirección opuesta la bola le había entrado por la boca y se le perdía hacia adentro. ¡Joonroón! El sujeto le buscó la mirada para devolverle el gesto de victoria. A él se le quedó en los ojos para siempre el molde de aquella sonrisa. Había en ella algo de hielo. Eran sus dientes. Cinco dientes de oro en la hilera superior que teñían su sonrisa de un amarillo chillón y le daban un aire de cinismo.

—A ti no se te olvidó lo que te dije del divorcio, ¿verdad?

La mujer no contestó. Ni siquiera reaccionó al pellizco. Él iba a reiterarle la amenaza, pero se contuvo al ver acercarse al investigador.

—Acaban de traer a un sujeto que encaja en el perfil. Lo detuvieron en el punto de control de las afueras de la ciudad.

Ella reanudó el llanto.

—Mire, usted tiene que controlarse y reconocerlo. Ese individuo asegura no haber hecho nada y mientras no haya pruebas ni denuncia, no hay delito.

El hombre los llevó adentro de la estación. Caminaron por un pasillo largo, semioscuro. Frank volvió a sentir en el cuello el filo del arma. Quince días atrás había recibido una paliza homérica. Él salía de una casa de alquiler a medianoche cuando una mano le agarró el hombro por detrás y otra le raspó la piel de la garganta con un cuchillo. Dos tipos caminaron a su lado y lo condujeron a un callejón sin salida. Entonces no pensó que sobreviviría. Los puños le llegaban al rostro y a las costillas sin que se defendiera. La sangre se le escapaba por la nariz.

—Quedaste mal conmigo, blanquito.

Frank estaba en el suelo. Ya había transcurrido más de un mes y no le había pagado. Su mujer no tenía esa cantidad ni él había podido conseguir el préstamo. Todos traían punzones. La certidumbre de que podían convertirlo en una fuente con muchas bocas soltando la sangre a borbotones le acercó una idea.

Se detuvieron frente a una puerta metálica. El oficial tocó dos veces. Un guardia abrió. Entraron a un cuarto estrecho, débilmente iluminado. No distinguían nada de la cintura para abajo. Por un cristal se veía el departamento contiguo, de mayores dimensiones y excesiva iluminación. Frank tomó posición entre el investigador y su mujer. El guardia oprimió un botón que ellos no pudieron distinguir al lado del cristal. Se abrió una puerta en el otro cuarto. Salió un negro enorme, esposado. Se colocó de frente a ellos, casi en firme.

—¿Es ese el sujeto?

Ella sintió unas ganas terribles de desaparecer. Se quedó un minuto en silencio, mirándolo. En los ojos del sospechoso vislumbraba la casa vacía y su propio rostro desfigurado de dolor. El investigador perdió la paciencia:

—No tenemos todo el día para esto. ¿Es él o no?

Frank contuvo la respiración. Le tomó la mano a su mujer y apretó fuerte hasta exprimirle los huesos. Ella por fin movió los labios:

—No. Se parece... pero no.

A una orden del investigador el guardia presionó el botón. Mientras salían, Frank volvió la mirada al cuarto iluminado. Un escalofrío le acalambró las piernas. El hombre seguía allí, como un espejo, devolviéndole su identidad reducida a una criatura vermiforme a través de aquella sarcástica y terrible sonrisa de metal.

* Este cuento ha sido publicado en el libro de la autora *Somos hombres*, Bayamo: Ed. Bayamo, 2011; y en la antología realizada por Caridad Fernández Tamayo, *Como raíles de punta*, Santa Clara: Ed. Sed de Belleza, 2013.

MARIA LILIANA CELORRIO

Mujeres en la cervecería

Que tenía un hijo y muchos amantes, que la madre le pegaba los cuernos al padre que bebía para olvidar, y nos fuimos charlando hacia aquella casa donde nos visitaron los hermanos, uno tenía un tic nervioso en el ojo, el otro fruncía las cejas y buscaba las palabras como en un saco raído porque la mente no daba para más, la madre trabajaba en un timbiriche de esos que abundan tanto en estos días, nos dio un paquete de caramelos que empachan a los niños antes de nacer y yo mirando su oreja y su boca y el desgaste de las manos, pero Miralda era diferente, tenía deseos de vivir y me dormí en su colchón relleno con hojas de periódico y ella pasó toda la noche canturreando hasta la madrugada, lavando en aquel sitio estrecho la ropa de Raynier, Raynier que era melancólico y huidizo como un ratón de ciudad en el campo, la abuela cara pintada lo cuidaba mientras hacía el amor con negros y amarillos, pero Miralda lo llevaba al zoológico mientras yo flirteaba con el tipo de la guagüita por aquellos ojos tan mefistofélicos, Raynier encantado con los flamencos, ese paisaje efímero y rosado de patas largas, danza tan magistral, después comimos unos fideos y unas cervezas, por primera vez Raynier me sonrió y yo toqué su pelo pajizo de niño, más tarde las confidencias mientras caminábamos de mano por las calles sucias, la amargura de Miralda colgándole de los labios, esas

finas arruguillas que le marcaban los ojos, decidimos irnos de francachela, a tirar el alma por la ventana, a prostituirnos con ron y aventura, queríamos dejar atrás la vida familiar con sus impurias y nos fuimos derecho a la cervecera, porque la cervecera era la feria multicolor de los sueños, donde había hombres por dondequiera y espuma en un líquido burbujeante que nos hacía reír, un columpio y pájaros, diversos especímenes de payasos, monigotes y bastardos, pero nosotros éramos las reinas y nos elevábamos hasta el cielo y nos bajaban miles de manos a ras de tierra, yo le enseñé mi seno izquierdo a un bohemio que me hablaba de poesía, Miralda bailó con un negro tan feliz como una matraca o una güira llena de piedrecitas sonoras, hasta que vinieron los mellizos, pero nosotros queríamos prostituirnos y nos subieron en la camioneta y allí estaban los tres, el negro y los mellizos, le dejé el negro a Miralda y yo miré a los mellizos haciendo cábala, me gustó el de la barba porque parecía un señorito de novela y se daba importancia, y a mí me daba por sentirme como una esclava y enseñaba la nuca y los tobillos en una danza de serpiente, chocamos con las matas podadas y un anuncio lumínico que encegueció mis ojos, nos tomamos aquellos cocteles malignos con hierbitas afrodisíacas, pero el señorito tuvo que salir y vino el doble sin barba y era diferente, más hecho de agua que el océano, más sensual que una hoja de plátano mecida por el viento, se acercaba a mi pelvis y se alejaba y la música aullaba desde los altavoces y el de la barba se fugó de mi mente como un atardecer ambarino, solo veía aquella cara lampiña, aquel regodeo de dedos en mis senos, Miralda chillaba frenética entre los brazos del mulato con diente de oro, Pedro Navaja bajando en satélite en aquella realidad y desatino del domingo, nos raptaron suavemente como en un soplo, nos arrastraron hacia un edificio derruido porque cuando el deseo asalta a una mujer no importan arquitecturas ni ecologías, yo me desnudé encima de una frazada vieja, asalté su cara y la apreté entre mis muslos y lo insulté y dejé que me degollara de una vez la esperanza y nos revolvímos encima de una botella

de veneno, pero el de la cara lampiña tuvo que salir y entró una sombra, y me alzó del suelo, y tenía barba, y un aire de señorito y me sentí envilecida como una dama sin título nobiliario, y le escupí los ojos y le grité Miralda y se apareció Miralda desnuda con la sombra del mulato detrás, y sacó el machete de las palabras, si ella no quiere, no, y virándose hacia Pedro Navaja le espetó, si tú eres hombre la defiendes también, y yo veía la conflagración, el cuadro siniestro de verme poseída por los diez demonios del momento aciago, pero Miralda se hizo gigante y me puso la ropa y me sacó al aire frío que atenazó mis huesos y entonces vimos nuestras miserias de mujeres infelices, allí, mientras caminábamos sobre las calles sucias y nos decíamos que la pobreza engendra pobreza, que nuestra gran fiesta no era más que un parche en la cara de los otros y que para olvidar no hay que olvidarse de nosotras mismas, pobrecitas putas de cervecera.

* Este cuento forma parte del libro *Mujeres en la cervecera*, La Habana: Ediciones UNIÓN, 2004, Premio de la Crítica en ese mismo año.

Nota agreste

¿Estás despierta?, le digo a mamá, y no me mira. Sigue mirando hacia donde yo no sé. Estoy despierta, me dice y clava los codos en la cama, los codos son del mismo color de las sábanas y de las paredes del cuarto. Apenas se distinguen sus ojos. Los ojos que cuando nací dije que eran los más hermosos que había visto, pero luego vi los de papá y dije, entonces, no, estos son los ojos más bellos que he visto.

Aún está allá afuera, dice, mira hacia allá afuera, como si pudiera ver a través de la puerta. La puerta tan blanca como la sábana y los codos que se hunden en la cama, tan blanca como ella, como las paredes que mandó a pintar. Todo lo pintó de blanco, de su mismo color, del color que eligió para acusarse de incertidumbre. Nunca me pareció tan inhóspito el blanco como ahora, que rodea el rostro más inexacto que he visto en mi vida.

¿Entrará al cuarto?, me pregunta y quita la sábana dejando ver sus pechos de puntas rosadas, los pechos más lindos que he visto en mi vida, dije, cuando me puso a amamantar. Los pechos más bellos que hay en la vida, dije, cuando vi a papá haciendo pesas, arqueando su tórax para que fueran sus pectorales más grandes y amplios que los pechos de mamá.

Yo te parí, me decía, cuando yo le tocaba sus pectorales idénticos en proporción y el matiz de bronce circundándole su

torso. Yo me acurrucaba dentro de sus hombros, podía abrazarle su cintura con mis diminutas manos, le decía a todo el mundo, mi papá me parió, porque me sentía cómodo acurrucado en su torso bronceado, protegido por su tersa musculatura, y ya quería haber nacido de allí y no de la fragilidad blancuzca e incongruente de mamá. Menos, cuando supe que apenas podía plagiar a Charles Bukowski y solo podía hacerlo cuando papá se lo alimentaba con sus composiciones divinas, oníricas, de nuevo celestiales y ella ponía los ojos más crueles que yo había visto en mi vida.

Yo me apenaba por papá, que invertía toda su vocación en el milagro del verso a mamá, y mamá se rehusaba a ser milagrosa. Él se retorcía, tocaba el instrumento en el cuarto, toda la noche, todo el día, vaciando su angustia y la desdicha de mamá. Era capaz de asumir las torpezas como suyas propias, hacer una nota inacabable por horas; mientras mamá lo miraba con los ojos más húmedos que he visto en mi vida. Antes eran los de papá, cuando me decía, yo te parí... y se sumergía en una humedad ocular, en una incomparable ejecución con su instrumento, en esas partituras inalcanzables para los plagios de mamá, que solo se desnudaba y se ponía de rodillas con las manos en la cabeza. La misma posición que adopta cuando no puede hacer un verso parecido a los de los poetas malditos y papá le despejaba su tormento de incapaz de hacer un maldito verso.

Papá, graduado en el conservatorio Tchaikovsky, solo pedía una armonía familiar para mi mejor educación y comprensión del arte. Que yo idolatrara el antagonismo de la sensorialidad.

Por eso te parí... y ponía el rostro más lánguido que he visto en mi vida. Lloraba a la par de la insuficiencia de mamá, no solo la incapacidad de fabricar versos a la altura del conservatorio Tchaikovsky, sino de protegerme de los vicios nacionales, como el béisbol, la comunicación a grandes gestos; tener que recurrir a los estudiantes del conservatorio provincial para reivindicar sus años fundido con el instrumento y ser una de las celebridades de la ciudad.

Fue tu madre la que te parió, me dijo papá cuando decidí mi primer campeonato y mamá comenzó a teñirse de blanco, huyendo de su culpa por no poder concebir versos a la magnitud de un conservatorio. A huir hacia el blanco inconcluso, desnuda, para recibir el milagro que rogaba papá a toda hora, desde la sala con sus estudiantes del conservatorio provincial.

Ahora no está ejecutando. Mamá está en la misma posición de insubordinación. Te duele mucho, le digo. Lo peor es que ya no duele, dice, y deja de comprimirse la cabeza con las manos.

Papá entra arrastrando su violonchelo, nos sonríe a mí y a mamá. ¿Se sienten solas?, pregunta y comienza su nota inacabable, con la mirada más inútil que he visto en mi vida.

* Este cuento fue premiado en el certamen Justo Domé, convocado por la Asociación Hermanos Saínz en el marco de la Feria del Libro de Camagüey en 2010.

MARIBEL FELIÚ

Rojo

Papá llegó temprano. Ana le sirvió una taza de café, él encendió un cigarrillo y buscó los periódicos. Yo le quité las botas y acaricié sus pies húmedos.

Llamaron a la puerta. Él invitó a entrar a los dos señores elegantemente vestidos, y luego dijo: “Están en buen estado, cuatrocientos pesos y son suyos ahora mismo”. Papá acababa de poner en venta el juego de comedor. Mamá se quedó blanca como una mariposa. Ana puso cara de perro con rabia. El búcaro con flores plásticas se rompió cuando sacaron la mesa. Mamá y Ana lloran, en cambio yo estoy alegre pues no volverán a fastidiarme con eso de que lave las flores con un cepillo sin dientes.

La abuela masca tabaco. Se mece sin parar, le ha dado por ponerse a esperar la muerte. Dice que Esmérida, o sea mi madre, no nació para mi papá. A mí también me parece eso.

Comeremos como los chinos, dice papá, mientras deja caer una docena de cojines rojos. La abuela aplaude. ¿Se imaginan las caras de mamá y Ana? A mí me agrada la idea.

Mamá está cansada de tanta pobreza. Ana engorda por día. Dice papá que solo piensa en las blusas anchas como el cielo. Tiene musarañas en la cabeza, es por eso que Ana en cualquier momento va a salir volando. Yo a veces le tengo lástima.

Están quitando el polvo que antes no le molestaba a nadie. La cosa es que hasta las telarañas hay que tumbarlas. Extraña-

mos a las arañas. A papá le encantan, es por eso que manda a tejer a todo el mundo. A mí no, porque soy la más chiquita. Cuando le da por gritar ivamos a tejer!, la situación se pone al rojo vivo. Ana refunfuña en voz baja: “viejo e’mierda”. Papá le suelta un pescozón. Mamá se eriza como gallina sin plumas, pero termina haciendo la voluntad de papá. Ella no se da cuenta de que papi no puede vivir sin las arañas. Esmérida tiene la voz apagada y se pone hojas de salvia en la frente.

Me gusta buscarle las hojas, porque me escapo y llego hasta el río. Hablo con los pececitos, les digo que papá es rojo. Que estamos comiendo en el piso. Que Ana no quiere a papá. Que mamá siempre se está quejando. Que yo soy tan roja como papá. Y que abuela anda pensativa por los rincones. Subo saltando hasta la mata de guinga y le hablo porque se pone triste y se enoja conmigo cuando sigo de largo y no le doy un beso, entonces sigo por el trillo que inventé yo misma, para cuando peleen en casa salir corriendo y escabullirme entre las yaguas. Ya me han cogido un montón de veces comiendo hierba, tierra, bichos. Hoy cacé un chipojo verde, verde y grande. Parecía un elefante. Agarré un palo y empecé a pincharlo. Me dio sentimiento ver como se encogía de dolor y apresuré su muerte, le metí el palo por la boca y se lo saqué por detrás. Ya no le duele. Hice una fogata y lo asé como a un puerco y luego me lo comí, sabía delicioso. Salí andando hasta el río y recogí hermosas piedras rojas, las deposité en una cazuela, así cuando no me dejen salir puedo conversar con ellas.

Regresaron los hombres en busca del escaparate. Son deudas que tiene mi padre, y las deudas hay que saldarlas, dice mi abuela mientras escupe en una palangana buches largos y oscuros. Cuando el recipiente se llena, comienza a correr entre nosotros la sangre. Sí, porque es igualita a la sangre. Papá es el que la limpia. Mamá y Ana vomitan como condenadas. A mí no me da nada, será porque me gusta el rojo.

Con el poco dinero que teníamos papá compró una lona roja y la tendió a lo largo de la sala, para poder ver mejor la tele. Es

maravilloso ver a papi sentado frente al televisor fumando sin parar. Mamá no, ella protesta por todo.

Tejen y tejen, el viejo quiere vernos a todos vestidos de rojo. Están tejiendo a punto de palomita, medias, corbatas, camisas, pantalones y vestidos. A papá se le ha metido que hasta los blúmers tienen que ser rojos. Y a mí me encanta la idea, dice papá que me veré preciosa porque soy blanca y el rojo me viene de maravilla.

A Ana nunca le dije que era novia de Albertico, en realidad yo no sabía qué éramos. Haremos como mamá y papá, me decía, y ponía su pipi en el mío. Nos besábamos y luego me crecía la barriga, entonces él me operaba. El nené nacía y yo le daba mis teticas. Así nos pasábamos las horas hasta que a mamá se le ocurría llamarla. La voz de mami era como un rayo. Qué fastidiosa, a veces yo también quiero que muera.

Fui a encontrarme con los peces y les dije que si no sería mejor que mamá muriera. Entonces pensé en Ana, se quedará tan solita. No, mamá no debe morir. Arranco flores rojas y las llevo hasta el jarrón que está en su cuarto. Cuando mamá las ve se pone blanca como la nieve. Pero yo sigo poniéndolas porque a lo mejor un día le llega a gustar el rojo.

Papá se apareció con cinco latas de pintura roja. Mamá y Ana empezaron a insultarlo, a papi le saltaron las lágrimas. La abuela se encogió y se puso muy triste, y yo grité y grité y grité más fuerte. Creo que los dejé sordos. Salí corriendo trillo abajo y no me encontraron hasta llegada la noche. Ya habían comenzado a brotar las estrellas y el cielo era oscuro, los árboles rugían con el viento y yo acostada sobre la tierra mirando, sintiendo cómo el calor del suelo penetraba en mi cuerpo. Cuando regresé, la casa estaba huérfana. No había muebles, solo el hondo balance de la abuela. La mata de guanábana creció de repente dentro de mí.

Ana y yo siempre peleamos, ella es muy celosa. Yo la quiero, pero cuando se pone pesada me dan ganas de pegarle y al ins-

tante ya nos estamos riendo. Ana no es mala, lo que sucede es que a ella y a mamá el rojo las pone melancólicas.

A papá nunca le comenté lo de Albertico. Yo no sabía si era la novia de él o de Ana. Por las noches mi hermana quiere jugar a la tortuga ciega. “Cierra los ojos —dice mientras me quita el blúmer, y repite—, se me perdió una tortuguita por ahí, déjame ver dónde está”. Y cuando ella dice a no dormir se pasa la noche dándome besos en la cosita.

Vuelven los señores y ya no hay nada que venderles. Papá continúa con las deudas. No hay comida, dice mamá, y la culpa la tiene tu padre por esa comedera de mierda de estar empescinado con el rojo.

Mamá echa chispas.

Me voy cantando. Agarro la yagua y me lanzo desde la loma. Voy a dar al río. Me lavo las manos, el agua está fría, fría. Me gusta mirarme en esa agua transparente y le pregunto “por qué mami no me quiere”. Y no es que ella esté muy atareada, cuando me acerco para darle un beso, dice: “déjame, chiquilla mocosa”. Entonces me siento en las piernas de papi, lo beso, le jalo la nariz. Le digo que él es mi rey y lo siento temblar y su pipi crece como una palma. Ya sé que debo quedarme tranquila. He visto a papá con una corona roja en la cabeza. El rey rojo, como en las aventuras. Ya me duermo en sus brazos. Al otro día papá amanece contento y le pido que me deje ir a recoger flores rojas. Las amapolas se mecen y tararean canciones. Vuelan bandadas de pájaros alborozados. Las flores que hay en mi jardín son mariposas blancas, no me gustan porque cuando me ven salir dicen “ya vas de nuevo para el río, se lo diremos a tu mamá”. Les saco la lengua y sigo a toda carrera. Y es que en el río yo me olvido de todo, hasta de papá. Me entretengo y de pronto ya no hablo más. Me quedo mirando al cielo y voy imaginando que entro en una casa enorme con cortinas de nieve, y el humo, un perro, un gato, una cotorra y por supuesto, geranios y rosas rojas.

Esta tarde Esmérida me pegó. Yo quería lavarle las camisetas a papá. Me regañaron por acabar con el jabón de algarrobo. Llegó

papi con un cuadro rojo. Ella se quedó bizca y dijo esto era lo último que me faltaba. No te has percatado de que eso no tiene nada pintado. Papá respondió: es rojo, coño, rojo.

Comeremos tomates, remolachas y mermelada y nos hemos vestido como personas decentes y rojas, así es como a la abuela le gusta. Papá me ha prometido ir a visitar la cueva. Voy en busca de saltamontes y hormigas rabúas. Luego papá y yo jugamos al escondido. Papá por fin me encuentra y me hace cosquillas hasta que creo morir. La cueva es oscurísima, hay manantiales y crecen plantas todos los días. Tiendo sobre las piedras las sábanas rojas. Papá está cansado, así que nos acostamos. Él me quita las ropas, dice que estoy hecha una mujercita. Que soy su princesa y que voy a ser escandalosamente bella. Abre mis piernas y acaricia mi gatita, porque si no la lame se enojará con él. Le gusta por ser pequeña y roja. Después me pide que le bese el pipi, y ese sí que es grande, no se parece al de Albertico.

Me ordena que me quede quietecita. Besa mis dos naranjas, y ellas crecen. Él dice que es el papá más feliz del mundo y pasa su pipi por mi tota. No te asistes, hoy sangrarás, te convertirás en una mujer, te dolerá un poco pero después te acostumbrarás. Y empieza a empujar su león. Y me duele. Y pienso en mamá, en Ana, en la abuela, en las piedras, en el río. Me arde y papá está como loco moviéndose sin parar. Me asusto, pero tengo que ser roja como él. Sudo. Un fuego se come mi totica, me quema. Papá grita, y yo que ya no me siento las piernas, la barriga, tengo frío. Y siento como la voz de papi se va alejando cada vez más.

Estoy muy triste desde que no lo veo. Mamá llora, parece que ahora sí me quiere, me abraza fuerte y dice que papá se ha ido al cielo. Y yo me quedo mirando largo rato y ya me invento una escalera.

* Este cuento pertenece al volumen *Los pájaros inmortales*, Holguín: Ed. Holguín, 2015.

El rostro

Se mira al espejo y se aparta. Aprieta entre los dedos un pliegue de su abdomen y cuenta las tantas arrugas. Cincuenta años son muchos años, se dice. Ayer mismo tenía treinta y creía ser la dueña de su vida. Después de los cincuenta los demás son los dueños de la vida de una: los padres ancianos, los hijos, los nietos llegados o por llegar, el marido, los ojos de los hombres en la calle. Sobre todo los ojos de los hombres la apresan a ella, expectante de la impresión que causa al pasar, de las miradas que despierta, de las frases que aún anima. Una mujer es cautiva de todo aquello que debería controlar.

Se acerca al espejo. El bombillo ahorrador en la semipenumbra del cuarto arroja un tinte magenta sobre su rostro, le oculta las arrugas alrededor de los ojos. Se consuela pensando que siempre tuvo esas arrugas, desde los treinta, y no le impidieron nada. Pero, ¿a qué tanto mirarse en el espejo y buscarse arrugas y encontrárselas o no encontrárselas, si ya no le importa otro hombre que su marido? A estas alturas verse o no verse joven no tiene importancia, creerse o no creerse bella no tiene valor, pensarse o no pensarse hermosa no tiene sentido. La época de las conquistas no son ya las suyas, ni le importan. La familia, solo la familia cuenta. Total, si un hombre apareciera de pronto en su vida, no sabría qué hacer con él, para qué le serviría. Se dice que la vida no acaba hasta que se muere. Se mira detenidamente,

es bella, se lo repite una y otra vez, se convence, se da el último peinazo y sale a la calle.

Es sábado y no trabaja. Recuerda que es una mujer socialmente útil, profesional, reconocida. A pesar de tener un auto en su garaje, decide salir a pie y mostrar su cuerpo y su cara a la crítica pública. Va hacia el agromercado. Por el camino saluda siempre sonriente a los vecinos; allí selecciona unas frutas, algunas viandas y verduras, bromea con los vendedores y regatea los elevados precios; llega a la panadería, recibe el pan; regresa a la casa y pone las compras sobre la mesa. Tiene una inspiración y decide volver a salir, llegar más lejos. Camina unas cuadras y sube a un ómnibus, las miradas de los hombres se vuelven hacia ella, se siente más segura dentro de su jean apretado, levanta el pecho, respira profundo y eleva el mentón. Ya no se separa de su sonrisa.

Después de algunas vueltas frente a distintos comercios entra a una tienda donde no va a comprar nada o al menos eso cree. Se detiene en la peletería y, tras mucho titubear frente a un estante, elige unas sandalias bajitas y se las prueba. Te quedan muy bonitas, le dice la tendera, a la que total le da lo mismo que las compre o no, piensa y se regocija del halago y el tuteo. Las mira relucir una y otra vez en sus pies bien formados y decide llevarlas. Las llevo, le dice convencida a la tendera y se dirige a la caja para pagar.

En la acera duda entre tomar un taxi o un ómnibus de a peso para llegar a la casa. Se siente como una adolescente. Un mulato alto anda hacia ella con el piropo en la cara, agarrado a sus ojos pícaros, a punto de explotar de su boca sonriente. ¡Qué rostro tan bello, Dios mío!, dice. Esta mujer bajó del cielo, agrega. ¡Bajó del cielo!, casi grita. La mujer no sale de su asombro. Ahora ríe a carcajadas y vuelve la cabeza para ver al mulato que se aleja sin dejar de mirarla. Un empujón la alerta de que hay un ómnibus en la parada y que debe correr hacia él o escapará la oportunidad de regresar pronto a su casa. Un joven la ayuda a subir y no le suelta el brazo en la escalerilla, ella se libera suavemente.

Es demasiado por hoy, piensa. No le cabe tanta autoestima en el cuerpo y tiene que contenerse para no reír por todo como una muchacha. Se apretuja entre los otros pasajeros y entabla conversación con la señora sentada que le sostiene el paquete.

Tres paradas después, se escurre con dificultad entre la gente y baja. Ansía llegar a la casa y probarse las sandalias con la saya negra que le regaló su hija. Al entrar tira la puerta y casi piensa en contarle al marido los piropos de los hombres en la calle. En su cuarto, abre el escaparate ruidosamente, se lo probará todo: la saya negra, la camiseta fresa, las sandalias, y se parará frente al marido, impresionante. Se sienta en la cama para poner la sandalia derecha en su pie. Entonces, el grito: ¿Estás ahí? Sí. ¡Vieja menopáusica, se te quemaron los frijoles! ¿Dónde tienes la cabeza? El marido. Ella levanta esa misma cabeza, mira su rostro oscurecido en el espejo —el maldito espejo— y deja caer la sandalia al piso.

* Este relato pertenece al volumen *Cuerpos de mujer en el tiempo*, La Habana: Letras Cubanas, 2010.

Bumerang

*M*e gustan los papeles níveos, lisos, que provoquen deseos de acariciarlos...

Se entretuvo en tocar la hoja durante largo rato, dilatando el momento de empezar a escribir, sabiendo que nada superaría la extraña luxuria de una página virgen.

Esta impecable hoja de papel merece respeto. No estoy segura de estar a la altura, de lograr el alcance que haga perdonar el brusco rompimiento de la paz de esta blancura.

Sin embargo, tenía demasiadas ideas acumuladas como para permitirse el lujo de dejarlas flotando. Sabía que mientras estuvieran en revoloteo era como si no existieran. Y tenían que ser escritas y no dichas, porque era el único modo de estar segura de haberles permitido vivir. Debía escribir de inicio aquellas palabras que facilitaran el entendimiento de lo que vendría después. Palabras que fueran tenues, que se ordenaran en oraciones carentes de emoción. Mentalmente, organizó las primeras:

Me acerqué a ti en la glorieta del parque no porque me gustara tu figura de gladiador ni porque escucharas el Bolero de Ravel, sino porque sospeché que estabas fumando marihuana. Debí imaginar que al no sentir la tremenda euforia que prometías, podría terminar sin sentir absolutamente nada. Pero no fue así. Quiero contarte todo lo que te debo; no encuentro otra

forma de mostrarte lo agradecida que soy, como tú querías. El Bolero... desapareció en cuanto supiste que yo lo disfrutaba, y no volviste a la marihuana después de la única noche en que mis carcajadas por poco nos delatan. La noche en que, al fin, todo me resultaba ajeno. Me viste entumecida por las tantas horas en igual posición fetal, me llevaste al mar y me dejaste caer entre las rocas. Me explicaste que era un remedio eficaz y yo, violácea del frío y de los rasguños, te creí. Me llevabas desde ese día a bucear, fascinado con el silencio aterrador del agua. Me encantaba cuando te escondías entre los arrecifes y de pronto me asustabas con un abanico de mar haciéndome creer que era la aleta de un tiburón. Decías que así se endurece el alma, y era verdad. Una tarde frotaste mis piernas contra unos corales rojos para demostrarme que la sangre era del mismo tono, y luego cubriste mis heridas con la áspera arena del fondo. No me gustó tanto lo que sucedió el día de la cueva marina pero igual me emocionó. La encontré de casualidad —dijiste—, y recuerdo que el agua casi nos congela. Nos metimos dentro y estaba tan oscuro que apenas veíamos las paredes rocosas. Las íbamos esquivando en la medida en que nos araÑaban aristas filosas hasta que por señas te pedí regresar a la superficie. Tu giro fue tan brusco que la turbulencia de agua me cegó aún más y perdí el rumbo.

Te busqué a tientas sin saber si ya empezaba a salir, o si seguía entrando en la cueva, pero no te encontré. Pasé mucho tiempo buscándote en el agua. Tanto, que casi se acaba el oxígeno de mi tanque, hasta que, desfallecida, encontré la salida de la cueva y fui hasta la claridad de arriba. Tú estabas en la orilla sin el traje de buceo, y me esperabas sonriendo. Dijiste que había sido una prueba de voluntad, de fortaleza, y que te sentías orgulloso de que yo la hubiera pasado. Que todas las personas eran clasificables también dijiste. Que hasta ese momento yo había pertenecido a la cuarta categoría de los seres humanos y que, a partir de la cueva, había ascendido a la tercera. Que la medalla me la ibas a dar enseguida. Como yo

no tenía fuerzas, me arrastraste hasta los pinos, me quitaste el traje de baño y estuviste besando todo mi cuerpo con la lentitud de un pez. Así pasamos aquella noche, y me sentí muy feliz.

Feliz es demasiado, pensó. No quería transmitir nada que fuera definitivamente fuerte. Mejor sería decir “bastante”. *Me sentí bastante bien a tu lado aquella noche.* Una frase lo suficientemente tibia como para ser inadvertida. Le gustó, y una vez vencida la primera parte de la coherencia a la que aspiraba, imaginó lo que escribiría a continuación:

Te agradezco el recurso y el método que empleaste para demostrar mis imperfecciones. Una vez que me hiciste dura, y con la voluntad que considerabas imprescindible, me enseñaste que solo a través del conocimiento de los defectos se puede alcanzar madurez en la conducta sin avergonzarse. No sabes cuánto te lo agradezco. Espaguettis al dente quiere decir al dente, y no esta pasta amorfa que acabas de hacer, me dijiste aquel almuerzo mientras esparcías el contenido del plato sobre mi cabeza. Fíjate bien —decías— la textura perfecta es la que se logra al partir uno de tus cabellos. Es así como se sabe el momento de sacar los espaguettis del agua hirviendo. Te he derramado la pasta encima porque solo así serás capaz de aprender como los italianos logran los espaguettis al dente, tal como te los pedí. Y si lloras de esa manera es porque no logras concentración en lo que te estoy diciendo. Luego me llevaste a la ducha, me bañaste y perfumaste mi pelo y mi cuerpo con agua de violetas. No te conté que me ardía el cráneo, porque el descubrimiento de lo correcto en cuanto a lo que me habías enseñado era superior a esa molestia, que considerarías banal.

Así aprendí a no saludar a nadie por los caminos, porque eso era demandar afecto, y la debilidad humana —decías— debe ser siempre encubierta. La teoría de la coraza necesaria no llegué a comprenderla del todo, pero aún así te debo la tranquilidad que ahora tengo. Nadie puede saber qué sientes —me explicabas— y para eso te ayudan las dos convicciones que integran la fortaleza: la primera es la filosofía de la resignación. Nunca implores, no dejes que tus sentimientos afloren, ni

siquiera para ti misma. Confórmate con aquello que los demás sean capaces de darte. La otra convicción a la que debes llegar es a la superioridad de tu ser. Me hiciste saber en detalle cuán lejos estaba yo de haberme acercado a dicha superioridad, aunque a tu lado, si prestaba la debida atención, quizás lo lograra con el paso del tiempo. La grandeza está dada —explicas-te—, por la magnitud del egoísmo. Recordar que los modestos tienen razón en andar ocultos, y que los genios, en apariencia abominables con su egolatría y simplemente superiores en realidad, debían ser premisas constantes, dijiste. Y yo te creí.

Había llegado a un punto sin retorno en su afán de comunicarse con él, y a pesar del terreno avanzado en la escritura de su carta-despedida, se sentía insatisfecha. Seguía sin estar segura de haber escogido las mejores palabras para sus ideas. No le importaba lo que él creyera: ya sospechaba cual sería el juicio de él, y justo por esa indiferencia, sentía la necesidad de continuar. Llegar al final era la mejor de las sorpresas. Así, despejó la mente de toda la hojarasca anterior, para concentrar sus fuerzas en lo que, con suerte, lograría escribirle al fin.

Fuiste tan vehemente en tus explicaciones, y yo las aprehendí tan bien, que no te diste cuenta. Por ejemplo, cuando me hablaste de la Osa Mayor y de la importancia de la luna en la influencia de los comportamientos humanos, me pareció que hablabas de figuras infantiles, de puncitos y de redondeles que no me decían nada nuevo. A través del dominio de tus hemisferios cerebrales eras capaz —decías—, de regular la secreción de tu páncreas y de gobernar el avance de catecolaminas por la sangre según las órdenes que dabas a tu antojo hacia tus glándulas suprarrenales. Para demostrármelo, un día cerraste los ojos hasta que la piel de tus brazos empezó a transpirar un líquido frío, viscoso. Lejos de admirarte, en ese momento me pareciste un cadáver repugnante. Me separé instintivamente de ti no con susto, sino sintiendo pena por tu cuerpo. Consideré que resultaba penoso malgastar energías en sudar, con tantas cosas grandiosas a las que dedicarse. Pero no te diste cuenta.

Hacer el amor era un acto que ni ese nombre tenía entre nosotros dos. Lograste convencerme de la vulgaridad de sentir placer en el momento en que se mezclan fluidos corporales. Así como nadie grita al orinar —me explicaste—, ni gime cuando expulsa un vómito, carece de sentido dejar escapar un chillido en el instante de una mera necesidad que pertenece por entero a la fisiología. Dejé de pedirte que me besaras, porque resultaba vergonzosa esa muestra de afecto, incongruente con tu filosofía básica de la vida, y no te diste cuenta. Fue por esa época cuando empecé a dedicarme a las cosas que nos rodeaban, y nunca lo supiste. Amar una silla, por ejemplo, cumplía las exigencias vitales que me habías enseñado: desarrolla el sentido del tacto, nos enseña que la lisura existe. Al mismo tiempo, una silla es durísima y tiene el olor de su materia. Cuando la muerdes, compruebas que los sabores varían no solo de una silla a otra, sino que en una misma hay diferentes sabores y hasta los colores pueden cambiar. Y ella nunca se enterará. Ni sufrirás la humillación de que sepa el placer que estás sintiendo. Un marpacífico, digamos, puede ser rojo como aquellos corales, pero también puede ser pálido como tu piel, y cuando vas separando los pétalos, los vas tocando y sientes una suavidad única. La suavidad de un marpacífico puede ser orgásmica. Al terminar de deshojarlo aparece en el fondo un minúsculo trocito ligeramente resbaloso por fuera y pétreo por dentro, que en la lengua resulta más dulce que un cundeamor y también más dulce que los pistilos de las picualas.

Todo eso lo sé, y ni esas flores ni los jazmines —los de cinco hojas y los del monte— sabrán nunca lo que les hago cuando los froto por mi cuerpo, allí donde nunca tocaste tú. En los pliegues de los codos, en las corvas de las rodillas, en el dorso de mis manos y por los talones, yo me froto jazmines. Y muerdo a las almohadas sin que griten, y meto mi nariz en las polveras. Me encanta el estornudo y contemplar cómo cae, inocente de mi morbo, cada pedacito de polvo. Nadie lo sabe. Ni siquiera tú.

Le parecieron adecuadas las últimas frases. Y suficientes las confesiones. Su generosidad le hizo sonreír. Se estaba desnud-

dando el alma para él, agradecida eternamente. Entonces, ya con las palabras en su cabeza, dispuso todo para comenzar a escribirle, pero se quedó súbitamente embelesada.

Le gustaban tanto los papeles níveos, lisos, que le provocaban incontrolables deseos de acariciarlos.

* Este relato forma parte del volumen *Oh, vida*, que obtuvo el Premio Luis Felipe Rodríguez de Cuento de la UNEAC en 1998, publicado por Ediciones UNIÓN en 1999.

ANA LUZ GARCÍA CALZADA

Para matar la sombra

(Fragmento de novela)

Si yo no estuviera convencida de su hombría hubiera pensado cualquier cosa del Susodicho pero no, él es todo un hombre, con brazos y muslos fuertes como tenazas, y el magnético poder de esa mirada dominadora y dulce a la vez. ¡Qué diferente a Luis! Aunque no voy a negarte que a veces me provoca sentimientos muy dulces, pero es torpe a matarse, me tira una pierna encima y ya está como gallo en el gallinero, casi ni me entero, luego se vira y a roncar, ni siquiera una palabra obscena o por lo menos de amor, un puñetero robot que cumple con su programa y ya. Si la tía Lula estuviera viva quizás me daba alguna solución, porque ya he gastado con él todo el repertorio de bebedizos, ensalmos, oraciones, polvos, susurros y hasta encantamientos que, según ella, resultan infalibles. Así, amiga, en ocasiones creo que es un androide. ¿Pistas? Esas obsesiones que sacan de quicio a cualquiera y ese perfeccionismo inaguantable, y lo peor, el aire de zombi, de gente que está y no está. ¿Qué es una buena persona? Pues claro, todo me lo da y no es capaz de pegarme como lo hace el Animal con Chiqui. Por un tiempo pensé que tenía otra mujer y me puse a investigar, pero nada, lo cierto es que Luis se ocupa y preocupa de su trabajo más de la cuenta, dirigente al fin, queriendo solucionarlo y controlarlo todo él solito, que si los planes del *microjet*, que si el injerto de yuca con malanga cimarrona, que si hay que arrasar con un campo

de uvas para sembrar cebolla, en fin, la madre del rabanito con cogollo incluido. Así se pasa el tiempo, entre frutas y vegetales, entre viandas y yerbajos de no sé cuántos tipos, y falla donde no debe, en la cama, de manera que me cansé, yo no soy una máquina que cierra y abre las piernas al pedido, un simple exprimidor de naranjas donde él da vueltas hasta sacarse el último juguito. Creo que la culpa la tiene el padre que lo crió como a un programa más de su agenda, rutinas ineludibles, horarios estrictos hasta para orinar y una austeridad que más bien tiene visos de tacañería, otro de sus defectos más notorios. Hasta le recé a la virgen Milagrosa para que lo cambiara, pero nada, ni promesas, ni novenarios hicieron algo por mí. A veces pienso que Dios me castigó por haberme alejado tanto tiempo del recinto sagrado y por hacerle caso a la tía Lula y sus prácticas oscurantistas. Chiqui me lo restregó en la cara un día en que estaba muy brava conmigo y gritó bruja y hereje y mil sapos más. Después no sabía cómo excusarse y hasta me dio unas fórmulas para estimularlo, pero fue peor. Luis es un animal de costumbre, aunque gracias a Dios ni se parece al Yeti de marras. Por cierto, que me pregunté, no sin asombro, si Chiqui empleaba esos métodos con el Animal, ¿Un Yeti necesitado de estímulos de ese tipo? ¡Ay, suerte, ella no me ha contado, pero sospecho que la debe aplastar como a un renacuajo! Al menos mi Luis es elegante. ¿Te diste cuenta que empleé el pronombre posesivo? Si el Susodicho me oye coge un berro terrible porque es celoso a matarse. Imagínate que el día de la fiesta en casa de Norma, Tommy me dijo algunas lindezas, piropos muy graciosos, por cierto, y me miró con ojos de Lobo Feroz a Caperucita, y no quieras ver tú la cara que puso el Susodicho, amiga, qué distinto a Luis, que nunca se percata de nada. Chiqui, tan fea como tan franca, me soltó una vez “ese marido tuyo siempre está comiéndose la mierda”, y yo lo justifiqué con eso de que tiene muchas preocupaciones pues garantiza la alimentación de la provincia. Y mi amiga, que no tiene pelos en la lengua, me gritó: “¡Mal rayo lo parta!, ¿así que el muy cabrón es el que nos tiene comiendo cambute de la mañana a la noche?” Y eso me dolió, porque el pobrecito

de Luis trabaja como un loco para diversificar y abastecer lo mejor posible los mercados, pero una sola golondrina no hace primavera y ya sabes los truhanes que se gasta este territorio. Si el pobre creo que hasta sueña con pollos, matas de plátano y vegetales y solo sabe hablar de *microjet*, pastoreo intensivo y gallinas de montaña, mas las cosas no le van del todo bien. Si al menos eso influyera luego en nuestra relaciones íntimas, vaya, que descargara tantas preocupaciones y disgustos a nivel de sábanas, pero ni eso y ni siquiera cuando entra en el tema del coito animal se excita, ni hace asociaciones con el tamaño descomunal de una yuca o un boniato, la papaya para él es fruta bomba y el caimito morado jamás le sugiere una vulva mestiza. Un día que discutimos le grité que se fuera a vivir a una de esas casas que están construyendo en las vaquerías, ¡el olor a boñiga debe ser tu preferido! le grité, ¿pero crees que entendió?, ni pitocha: sacó la calculadora de bolsillo y se enredó en un estimado de semillas por hectáreas de no sé cuál planta. La verdad, amiga, que con Luis hay que tener una paciencia mayor que la de Job. Claro, ahora eso lo contrarresto con natillas y flanes, panetelas y sopas borrachas a los que agrego unas gotas de “balsámico” licor, receta básica que la tía me deslizó furtivamente en las manos antes de morir. ¿Para qué sirve esto?, le dije temerosa, y ¿sabes lo que me contestó?: “Puro embeleco, sobrina, así podrás dominar a los hombres a tu antojo”. ¿La receta?, bueno, aunque es secreta a ti puedo confiártela:

- 4 pelos del pubis de una doncella aniquilada por la maledicencia
- 2 gotas de leche de burra reprimida
- 1 cucharada de aceite de jicotea en celo
- 2 cucharadas del jugo de un limón madurado a sol y sereno
- mil gotas de laputaelamadrequeloparió

* Para matar la sombra, La Habana: Ediciones UNIÓN, 2009.

Blackmail

Cuando el negro dijo *Over*, ya la música estaba cesando, era un bossa nova y la mujer que bailaba sola en el escenario usaba poca ropa, menos que la última que él vio antes de ir a la cárcel. Quizás por eso repitió boquiabierto *Over*, pero la música se tendía en un silencio pasivo que acompañaba a la mujer en su contoneo malicioso.

Los tres cantineros bostezaban con los ojos enrojecidos por el humo de los fumadores toda la noche en el local, no obstante ponían alguna atención en el negro aquél de gran boca, manos como de gorila y altas botas de mayoral. A la mujer estaban acostumbrados, siempre había que sacarla antes del amanecer, en el que seguía moviéndose sin importarle nada.

Esta vez el *over* del negro llevaba algo de rabia: *Over, Over, ¿no me oyen? Amigo, aquí hoy la fiesta se acabó, vuelva mañana y no se mortifique, ella está disponible todas las noches.* Se rieron los tres, con carcajadas sabrosas, porque siempre es sabroso reírse de otro. Pero al negro no le gustó la broma y comenzó a patear con fuerza las banquetas. No hay nada que perfeccione más los músculos que estar en peligro cada minuto, por eso la fuerza del negro era excepcional, conocía de cerca el aliento de la muerte, su destreza para arrancar a un ser de este mundo y enviarlo al infierno con un solo gesto. Cuando ya había decidido romper el gran espejo de la barra, oyó la voz grave de la mujer:

¿Qué te pasa, mi amor?, y la intimidad con que fue dicha esta pregunta lo invadió de una ternura ilusionada que terminó por ablandar su oscuro cuerpo.

Con los brazos colgando fue hasta ella para contestarle que estaba muy bravo. ¿Por qué, mi amor? No lo sé. Ven, baila un rato conmigo y se te va a quitar.

Nadie, claro, se atrevió a impedir que el negro subiera rápido y se pusiera a bailar con la mujer que apenas se sostenía.

Qué pareja, musitaba uno de los cantineros. Como para tirarle fotos. Sí, pero mientras ellos bailan nosotros no podemos irnos. No te quejes, ve y sácalos. Qué va, lo último que necesito es un piñazo de ese saco de músculos. Entonces cállate y mira.

La escena era casi cándida porque ella se había refugiado en el hombro del negro como una adolescente, y él estaba tan dichoso que a lo mejor ni se acordaba que temprano en la mañana debía enseñar su permiso de trabajo en obras. Al principio bailaron algo suave, quizás la evocación de un blues, pero ya después solo marcaban sobre la madera una misma cadencia incierta que sonaba a pasos de condenados.

En algún momento la mujer se zafó del abrazo para vomitar. El resultado les pareció asquerosísimo a todos, menos al negro, que sacó un trapo rojo, le limpió la cara con cariño caritativo y por primera vez la llamó: Madam, ya pasó, Madam. A pesar de su calamitoso estado, ella lo miró con expresión de burla, pero él no le hizo caso, estaba empeñado en seguir el baile de la madrugada con su nueva y espléndida pareja, a la que aún no le había preguntado el nombre, porque creía que el nombre, una vez pronunciado, acerca a los espíritus malignos, quienes tal vez tratasen de despojarlo de ella, y eso no lo iba a facilitar.

Los cantineros habían abierto una botella para apaciguararse en el alcohol y esperar el final de esa parodia romántica en la que, sin quererlo ninguno de ellos, se habían involucrado. Si el dueño llega ahora, nos mata. Despreocúpate, el dueño vive bien y duerme sus noches, los infelices somos nosotros, que ya ni siquiera nos vamos cuando nos toca irnos. Pero ¿tú crees

que no pudiéramos reducirlos entre los tres? A mí me parece que a ese toro y a esa borracha solo los para un tren, si acaso. ¿Y no se da cuenta de que está borracha?, porque él apenas se tomó un trago. De las entendederas ajenas nadie sabe nada, mira que he visto cosas raras aquí, ¿no te acuerdas de aquel viejo que se ilusionó con la muñeca de una puta del bar Corcho y no hubo dios que se la quitara? Se ríen complacidos porque la vida a veces les da la posibilidad de ver lo que les está vedado a los durmientes. Aquello si fue un problema, sobre todo cuando la puta lo amenazó con picarle la cara con el filo de una botella rota. Le dio un buen tajo y ni así soltó la muñeca, me parece estarla viendo con sus ojitos azules y su traje de cuadros. Era una muñeca barata, de esas que venden donde quiera. Pero a la puta se la habían regalado y la quería. Y el viejo también. Cuando vino la policía tuvo que llevárselo con la muñeca metida dentro de la camisa que ya estaba toda embarrada de sangre. Sí señor, lo que hemos visto aquí. Esta pareja es muy romántica. Si no fuera por la estructura del negro hace mucho tiempo estarían los dos tirados en la calle. Pero mira, la cosa empieza a cambiar.

El negro está quitándole la ropa a la mujer y de pronto se vira hacia los cantineros para que se vayan. Se lo dice con las manos: que desaparezcan. Y en su cara no hay una pizca de descontrol, lo cual quiere decir que está dispuesto a todo. Por eso los tres se meten en el baño de los hombres con la esperanza de poder seguir los acontecimientos desde allí.

Ya solos, el negro la desnuda totalmente y la posee encima de la dura y fría madera del piso. Es el mayor placer de su vida después de tanto acecho y dolor. Siente que esa piel blanquísimá posee todo lo que él necesita. En el colmo de la dicha solo murmura: Madam, Madam, Madam. Ella tiene sus dos manos estrujando el pelo áspero del negro y alguna vez gime quién sabe si de satisfacción.

Se quedan acostados uno sobre la otra y el mundo para el negro es ese círculo iluminado que deja en lo oscuro todo lo que no participa de su alegría. Poco a poco ella va desperezándose

y su abotagamiento comienza a desaparecer. De pronto se da cuenta de que está desnuda y se asusta, incluso llega a gritar: ¡Ah! Pero el negro le pone su mano contra la boca y vuelve a disfrutarla violentamente. Esta segunda vez está consciente de que alguien que no conoce está dentro de ella con un sexo enorme que lastima y quema. Sus ojos ya pueden observarlo, es un negro con cara triste y olor a rancia humedad. Sabe por experiencia que no debe interrumpir el acto porque puede sucederle algo malo, así que lo deja sobre ella batuquear con ímpetu hasta que al fin cae hacia un costado plácido y complacido. Es el momento, piensa, pero se equivoca, para demostrarlo están las fuertes piernas atenazándola, obligándola a mantenerse acostada en el mismo lugar.

Está segura de que ella misma lo indujo, el alcohol en sus venas la excita, la trastorna. Pero por más que piense, aún sus reacciones son lentas y su acompañante de la madrugada ha creado un proyecto que será difícil arruinar. Madam, dice y la besa en la boca amorosamente. A pesar de la repugnancia que le produce esa bocaza en sus labios ressecos, la mujer actúa, dándole el goce que el negro busca, no por gusto estuvo días y noches pensando en una madam que fuera así flexible, alegre, dócil.

¿Tienes frío? Ella dice que sí con la cabeza y él la abraza fuerte como a una niña desvalida, tan fuerte que ella siente sus pulmones contra las costillas y le hace señas de que se ahoga. Pero a él le da gracia la debilidad, por eso le enseña su musculatura imbatible. Ella entonces se horroriza, tiene la certeza de que esta madrugada será muy difícil, y piensa en su casa donde vive sola a merced de sus impulsos, en su baño, en el perro prudente que la aguarda y al que el negro pudiera matar de una patada.

En el baño de los hombres los cantineros solo han podido descubrir que hubo otra penetración, por el sonido de los cuerpos contra la madera, pero nada más, así que deciden salir en puntillas y echar una ojeada que los convence de la nueva posición de la borracha, que ahora parece lúcida y atormentada. Vamos a tener que hacer algo, esto se nos está yendo de las

manos, ahorita es de mañana, viene el dueño y nosotros ahí arrinconados entre un inodoro y un lavabo. El asunto es qué podemos hacer, porque en las películas siempre hay una ventana de cristal o un pasillo con salida por atrás, pero en la vida real, o nos fajamos con el negro ese que ya me está cayendo muy mal, o corremos hacia la puerta y nos fugamos para ver al dueño. Hagamos eso último, ¡corramos! Salen uno detrás del otro en franca escapatoria, alcanzan la puerta, y cuando respiran el olor del día se llenan de esperanza.

La pareja acostada ve la huida. Ella no entiende nada, pero el negro le explica que no se preocupe, que son los cantineros a los que había mandado irse para que no la vieran desnuda. Ese detalle hace que por algunos minutos la mujer se sienta protegida, pero enseguida comprende que lo de él es una obsesión, y las obsesiones, cree, son delicadas de curar.

Le pide al negro, con una voz que ya no es aquella voz primera, que la deje ir al baño un momento. Él accede, la acompaña hasta la puerta y se queda allí relamiéndose de gusto mientras la mujer solloza sin ruidos sentada en un sucio inodoro que apesta, buena parte del cuerpo mojada con el semen de un hombrón al que nunca antes ha visto, y del que le costará trabajo zafarse; no es el clásico borracho que una noche se recrea y por la mañana sale corriendo a meterse bajo las faldas de su esposa, este negro parece no pertenecer a ninguna parte, ni tenerle miedo a nada. Y lo peor, está segura, de que se ha encaprichado, lo dicen sus ojos enrojecidos, lo dice la excitación perenne, y es muy evidente en el trato respetuoso que le ofrece a quien como ella no es más que una mujer pasada de tragos.

Afuerá él tose y pregunta si le falta mucho. Así que es hora de salir y dar la cara a lo que la vida le tiene reservado. Se pasa las manos por el pelo y ya junto a él le dice bajito, con miedo: Tengo que irme. No entiendo. Que necesito irme, a mi casa. Te quiero, madame. Pero si no nos conocemos, estuve bien esta noche pero ya se acabó, ahora es de día. Madam, Madam, Madam. Tres invocaciones como preludio al desastre total que

comienza cuando el negro hace trizas el espejo, y no hay mueble, por fuerte que fuera, que no quede convertido en trizas. De su garganta sale un sonido gutural que parece provenir de la selva en la que todo hombre tiene su cuna.

La mujer consternada puede avanzar solo doce pasos hacia la salida, allí la detiene el negro fijándola a la pared, atravesada por un largo y estrecho cuchillo sacado de una de sus altas botas. Madam, Madam. La acaricia llorando mientras ella deja de ser no ya un ideal, sino una persona. La sangre baja hasta el piso y se esparce formando densas islas rojas. Madam, Madam, pronuncia la gran boca surcada por lágrimas.

Dos horas después el dueño llegó con los tres camareros al local, en el que solo se había producido un incidente más, según sus propias palabras, tratando, claro, de restar importancia pública al crimen; pero no pudo menos que quedarse alelado mirando y oyendo al negro que, asido a las manos de la mujer, arrodillado, gemía sin interrupción, como si de pronto la muerte lo hubiera despertado de un sueño magnífico para sumirlo de nuevo en el sacrificio de una vida vendida de antemano.

* Este relato no ha sido publicado anteriormente.

CHARO GUERRA

El diálogo

para Roger S.

Su rostro parecía manipulado por un pintor, deformado en un mal sueño. Obligados por la superficie del papel, los rasgos peculiares de su cara se juntaban aún más en aquella fotografía. Se aplanaban volviéndolo monstruoso. Daba la impresión de tener demasiados órganos, o poco espacio para ellos. La foto —tomada por quien hasta entonces fue mi amigo— era la imagen aproximada de su físico y, sin dudas, el retrato de su esencia repudiable. “Una obra maestra”, dije con cierto tono provocativo, burlesco, impactada por la visión. A pesar de la contención que intuí en él ante la imprudencia de mi juicio, E. reaccionó con una sonrisa de complacencia que duró un instante. Luego no movió ni un solo músculo de la cara. No devolvió el comentario. Retuvo, incluso, su habitual tic. “No pierde la calma”, pensé sin entender su estudiada inalterabilidad.

Bien mirados, sus ojos, cejas, nariz, pómulos, frente, pelo, orejas, labios, eran normales, aunque inarmónicos entre sí. Era repelente, mas ese desacuerdo de las partes lograba un atractivo en el conjunto. Cuando uno se le acercaba tenía un ángulo singular. Quizás era la sombra que proyectaba la cavidad del ojo, la ceja gruesa y el párpado izquierdo cayendo sobre el pómulo, el movimiento imperceptible de su boca al elegir una frase calculada, dicha en una cierta intimidad, su manera de comenzar una conversación, acaparar el centro y luego, obviando al

resto de los interlocutores, concluirla cuando agotara su interés en el tema. O no sé, algo había de extraño en sus formas y en su comportamiento; podría haber sido un ardid para alejar su fealdad consciente, anularla, y hacerse querer por los caminos de la inteligencia. Tuve ocasión de confirmar cuán iluso y justificativo era este último argumento mío.

No me es posible pensar en él sin reproducir, un poco caóticamente, esos detalles que en la mente voy vulgarizando, convirtiéndolos en mueca. No me es posible hacerlo sin experimentar miedo. Cuando lo conocí no imaginaba ante quién estaba. Yo era muy joven y hasta ese momento mi vida había transcurrido en la inocencia, la placidez. Vivir era sencillo. De lo contrario, las cosas no habrían llegado nunca al punto que llegaron.

Él hablaba con las palabras de escribir. Decía “me seduce sobremanera”. Subrayaba, se detenía y alargaba esa frase, cuando todo el mundo esperaba oír simplemente “me gusta”. Escogía expresiones. Parecía llevar consigo, cada día, un bolsón de oraciones; más que oraciones completas, un listado honroso de verbos y complementos. Sí, era eso, cambiaba los sujetos, y con los verbos y complementos del día cerraba la conversación. Sintaxis regular, limpia, matizada de suspicacias, intenciones, sutilezas.

Nunca sabré si exagero al recordar esa figura que desencadenó uno de los episodios más oscuros de mi vida, tan oscuro que me sería imposible relatarlo como conflicto, o es en realidad que carece de conflicto. El absurdo era la sustancia de sus bordes, y en el centro no había nada; o parecía no haber nada. Yo perdía todos los días una guerra, caminaba en dirección contraria, y alguien de quien ya hablé (mi amigo, el “maestro” de la obra fotográfica) intentaba de modo infructuoso levantarme el ánimo. Yo era capaz de sentir la distancia que E. abría entre ese amigo y yo.

E. no perdonaba que en aquel grupo otras personas me juzgaran a la par de sí mismo. Que me quisieran. Al principio pensé que todo sería pasajero. Se trata, me dije, de que nos acostum-

bremos el uno al otro. Después vi sus reacciones; se adueñaba de cualquier criterio mío dicho en círculo cerrado, yo tenía la sensación de estar oyéndome cuando él explicaba en público cada idea suya (mía). Fui notando que, además de crearme descontento entre las otras personas que gravitaban a nuestro alrededor, iba apropiándose de gestos, palabras, inflexiones, manías, y de mis defectos y virtudes. Muchas veces hacía ver que éramos buenos amigos, que esas diferencias formaban parte de una broma a la que yo debía responder con fingida intolerancia. En realidad lograba su propósito: me aislaban del resto con la intención de atraerme. Un día pude comprobar que trataba de imitar mi físico. No le importaba la diferencia de sexos, ni mi juventud. Entonces yo recién cumplía veinticinco y él frisaba los cincuenta.

Comenté esta apreciación, y el amigo que tomó la foto me dijo, ciego ya ante la influencia nefasta que E. ejercía sobre él: “Cuidado, a tu edad comienzan las neurosis”. Por E. perdí su afecto. Veía el reproche en sus ojos. Era “injusta”. Cada vez la personalidad de *El diálogo* se le hacía más beatífica; yo padecía, yo no andaba bien. Yo deliraba. Mientras más insalvable se hacía la amistad entre nosotros dos, más se acercaban ellos. Iba desplazándome en mis afectos, asumiendo mi lugar sin disimulo. Las cosas llegaron a ser tales que mi amigo no iniciaba ya una conversación sin antes decir: “E. y yo estamos pensando que...”

Aquella voz rajada, que parecía arrastrar un catarro incurable, adoptaba —o más bien mimetizaba— la tímida suavidad con que yo solía expresarme; se aclaraba para elegir la naturalidad y sencillez de mis propios parlamentos. Incluso había en él un proceso de afeminación paulatino, impostado. Trataría de llegar más lejos, hasta apropiarse de mis pensamientos. Sentí que todo era posible por la flaqueza de mi estado. Podía ver cuánto yo cedía en aquella guerra sorda, lo comprobé una vez que quise tomar la palabra para proponer un tema de estudio en nuestro grupo, pero él se adelantó y explicó lo que yo habría tratado de decir. Otra idea robada. Me miraba para confirmar que podía

adivinar mi pensamiento. En vano lo acusaba, en realidad no recordaba haberle comentado antes mi (su) idea. Reconozco que tales presentimientos eran difíciles de probar. Neurosis. Quizás tendría razón quien ahora ya no era más “mi” amigo, sino “nuestro amigo” o, en realidad, definitivamente suyo.

El poder de una mente sobre otra, pensaba otras veces. Debo confesar que, al persistir en las honduras peligrosas de su psiquis, yo padecía profundos estados de culpa. Me censuraba esos límites que rozaban la vulnerabilidad, y hasta llegué a desear atención médica. La necesitaba, pero tuve miedo de hablar. Podría saberlo él. E. insistía en dejar claro que éramos uno, yo le temía a esa frase que repetía constantemente, y cada día tomaba mayores implicaciones. También se empeñaba en complacerme en los detalles, sobre todo cuando teníamos público. Durante un tiempo le tendí trampas. Intentaba ser otra persona, pero él lo descubría, me lo hacía saber con tono comprensivo.

Ya no podía oírle repetir que éramos uno. Cada día mis respuestas eran más lentas, tímidas, débiles. Como parte de sus derechos llegaría a servirse de mi sangre, del aire que aspiraba, de lo que era imprescindible en mi existencia. Un día él podría apropiarse de mi figura, dejaría de tener cincuenta años, se alisarían sus cabellos enmarañados, sería más tersa y clara su piel, y más despejados y armónicos los rasgos de su cara. Un día lo llamarían por mi nombre y él respondería con naturalidad, alisándose el pelo a la manera mía.

Hubiera querido probar estas sospechas ante los otros, pero hacerlo requería desafíos impracticables, desgastadores. Una noche noté que me seguía. La sensación la había tenido antes, varias veces. Caminaba con cautela, sentía sus ojos sobre mi nuca y sus pasos resonando sobre los míos, captando movimientos, pausas, el modo un poco descompasado de mover los brazos. Esa noche, más tarde, vi sus ojos a través de las persianas del baño de la habitación. “Eso es muy frecuente en esta ciudad”, comentó una amiga. Dije sí para zanjar el tema; no quería caer en suspicacias, no tenía sentido, mas era claro que no se trataba de un *voyeur* “profesional”. Sabía que era él, aunque no me

atreviera a denunciarlo; se había acercado para verme desnuda, pero yo no le importaba como mujer, no le atraía, no era alguien con quien estimular sus fantasías, era algo más: me quería para sí, dentro de él, yo era parte de un extravío de sí mismo y necesitaba recuperar la pieza del complicado mecanismo que era su existencia. (Recién entendía su frase lapidaria: “En el fin seremos uno”.) Mi sensación fue de terror. Él no me espiaba, necesitaba verse desnudo. Estaba mirándose en un espejo que reflejaba uno de sus ángulos, una de sus posibilidades. Quería comprobar con qué libertad se comportaba en privado una parte escapada de sí. Recordaba otras sentencias suyas: “La mitad de una naranja tiene el sabor de toda la naranja”, “una parte del todo es la expresión del todo”. Se diría un padre vigilando a su hijo pequeño, disfrutando de la educación que le ha prodigado, o Dios viendo desde una butaca reclinable cómo se comporta uno de sus fieles.

Ya no encontraba mañas para sobrellevar aquella pesadilla. Al día siguiente salí de la ciudad. No dejé recados; todas las personas me resultaban ajenas, peligrosas. A nadie dije a dónde iría. Tuve miedo de que E. comenzara a referirse a mí en la primera persona del singular, miedo a desaparecer, a no tener un pasado de tanta candidez, a subsumirme en él, a sentir un día la sombra de mi párpado cayendo nervioso sobre el pómulo izquierdo, a notar un movimiento imperceptible en la boca al decir algo en la intimidad, algo muy pensado, muy calculado, algo que no me perteneciera. Miedo a dejar de ser una parte extraviada, irreverente, y ser finalmente asimilada por el todo. Tuve miedo de escucharme un día decir “me seduce sobremanera” con una voz gangosa, demorada; o concluir con frases cortantes una conversación cuyo tema fuera aún interesante para el resto.

* Este relato pertenece al volumen *Pasajes de la vida breve*, La Habana: Ediciones UNIÓN, 2007.

WENDY GUERRA

Todos se van

(Fragmento de novela)

*O*ctubre de 1979

Aún no han puesto la fecha para el juicio y Fausto se cansó de andar con los pantalones calurosos. Ahora posamos para los vecinos. Cuando no hay luz nos pintamos el cuerpo con mi acuarela, nos ponemos sombreros y máscaras, encendemos la fogata al borde de la laguna. Nuestras carcajadas se pueden escuchar del otro lado, en la carretera. A las siete de la mañana, cuando trato de despertar a mi madre para no llegar tarde a la escuela, veo un dibujo que ella me ha hecho dormida. También un poema debajo del dibujo.

*La niña duerme atrapada entre los libros.
Quién vendrá a desatar sus pequeños demonios.
Quién vendrá a defenderla un día cuando
apague el cigarrillo y la despierte,
acabando de una vez con este sueño.
Breve sueño.
La niña duerme, al menos, mientras la dibuje.*

Octubre de 1979

En la madrugada Fausto habló con mi madre. Lo escuché todo porque me quedé despierta hasta que se durmieron. Lo botaron y no puede vivir más en Cuba. Tenemos que irnos todos juntos a Suecia. Fausto dice que él no ha roto ningún juramento y que no hizo más que su trabajo. Se va por culpa de los rusos, que no cuidan las plantas nucleares de su país y no quieren que él lo escriba en blanco y negro. Parece que algunas plantas allí están mal atendidas y Fausto tiene el deber de advertirles. No entiendo bien. Fausto regresa a Estocolmo, que es donde más nieve hay en el mundo, pero no creo que mi padre me deje ir. Sé que dirá que no. Mi padre nunca quiere lo que nosotras queremos. Mi padre siempre está entre mi madre y yo. Siempre pienso que mi madre se me va a ir por culpa de su manía de probar fuerzas con ella. Mi madre casi no tiene fuerzas. Yo lo sé.

Noviembre de 1979

Mis notas del curso anterior, cuando mami se fue para Angola, eran bastante malas. La escuela mandó un informe a los tribunales diciendo que Fausto no me llevaba a la hora del matutino y que faltaba mucho cuando mi mamá no estaba en Cuba. Casi dicen que me aprueban de favor. Yo soy lo que se llama una mala alumna, mi cabeza está en la luna mientras los demás buscan la raíz cuadrada de algo que no sé qué es. Todavía hoy no me sé las tablas de multiplicar.

Mi madre llegó de Angola enferma y con un tic nervioso en la boca y la mirada ausente. A los tres días, como para enloquecerla más, programaron la audiencia. Pero Fausto pidió a los abogados que la aplazaran con un certificado médico. Ahora no podemos cambiar eso, ya hay que ir al juicio y será mañana. Mi

madre planchó la bata azul. La del velorio. Su ropa negra, la de siempre, y Fausto va con su traje gris.

Mañana dejaré de ver a mi madre, lo sé. Pero hoy dormiré con ella toda la noche.

Noviembre de 1979

El juicio

Hoy en el juicio el salón estaba lleno de amigos de mi padre y personas desconocidas. Escuché decir cosas terribles sobre mi madre, “problemática y difícil”. Palabras como “degradación moral ante los niños”, muchas cosas más que no recuerdo. Todo lo que dijeron de mi madre fue malo.

Para mi padre sí había muchos halagos. El juez me pidió que dijera con quién quería quedarme, me puse de pie, sola, mirando a mi padre, que estaba a punto de explotar. De pronto apareció una plumita blanca por la esquina de la ventana. Voló hasta mi cara y la soplé con fuerza. Tocó la cabeza de Fausto y luego mi mano izquierda. Soplé como cinco veces la pluma, pero no dije nada. Mi padre interrumpió y me dijo que si quería quedarme con él. Yo no quise hablar. Mi madre estaba allí pero con sus ojos en el infinito. Como cuando se molesta conmigo. Como cuando no quiere saber de nadie.

Luego mostraron unas fotos con Fausto. Me veía fea y bonita en varias poses. Fausto me miraba risueño, mientras yo buscaba la plumita por todo el juzgado sin encontrarla más. Salimos mi madre y yo. Ella me dio un beso en la frente y me peinó de nuevo. Dijo uno de sus salmos protestantes y me abrazó. Me comentó que me había portado muy bien, muy tranquila. Pero yo sé que debí haber dicho que quería quedarme con ella. El miedo a mi padre no me deja nunca hablar. Cuando estoy sola, me propongo hacerlo, pero con él delante nunca lo cumple.

Dos horas más tarde dieron el veredicto. Durante tres años debo vivir con mi padre en su grupo de teatro de las montañas,

en El Escambray, lejos del mar y de la laguna. Lejos de mi madre y, claro, de Fausto. Mi madre y yo nos tuvimos que despedir allí mismo. No hay tiempo. Mi padre vendrá por mí; le pido a mi madre ver a Fausto. Ella está llorando. No entiende lo que le digo. Por fin traen a Fausto y abre el puño de su mano: rescató la pluma blanca y la guarda para regalármela cuando vaya a visitarlos. Los dos se despidieron. Mi madre me dio mi Diario y el uniforme en una bolsita. Luego me mandarán la ropa. No la veré hasta dentro de un mes. Ya todo se acabó. Mi padre me está esperando en la oficina. Fui a la oficina de la mano de una señora que me dijo dos veces: "La revolución no te abandonará". No sé qué tiene que ver la revolución en esto. Mi padre me esperaba sentado en la silla del juez. La señora le dio a firmar unos papeles y me entregó como si fuera un paquete del correo. Mi padre me abrazó duro, y yo creí que iba a empezar a gritar si no me soltaba. Afuera, por la ventana, vi como Fausto se llevaba a mi madre aguantada, suavecito para que no se desplomara. Está mareada. Ellos se fueron, yo los vi. Mi padre ha estado muy contento todo el resto del día, los amigos celebran con él. Él ganó y nosotros perdimos.

Diciembre de 1979

El grupo de las montañas es muy pequeño. Está entre dos lomas como en un hueco, lleno de girasoles y café. Son pocas casitas y una «L» llena de cuartos donde viven los solteros. A nosotros nos han mudado para la tercera casa, somos una familia de dos. Los amigos del grupo han venido a traerme regalitos, hebillas, lazos para mi pelo, que no aguanta nada porque es chino. Hay una mujer que quiere ganarse mi simpatía, seguro que anda con mi padre. Pero le tiene miedo como yo. Me saluda bajito y se va corriendo. Mi padre no piensa hablarme sobre el problema, sobre el juicio, sobre los días en que me puedo ir con mi madre.

Todo ha sido en silencio. Quise escribir en el carro y me quitó la libreta, me dijo que había que dormir. No le gusta el Diario, por eso lo tengo escondido. Mi padre me llama por mi apellido. Es raro el olor de la comida. No tengo hambre, no quiero comer.

La casa tiene mucha luz porque hay más ventanas que paredes, hay un cuarto para nosotros y otro que no se puede abrir. Ya me lo advirtieron. La cocina es muy pequeña, parece de muñecas y las hormigas caminan en fila por la meseta hasta llegar al techo. En la sala hay una repisa llena de artesanías de varias partes del mundo, pero no hay un solo libro en toda la casa. Eso me parece muy raro. No hay cuadros, tampoco hay fotos. Esta es una casa en la que no parece que vive alguien por mucho tiempo, a lo mejor nos vamos a mudar pronto.

Por la noche veré una de las obras que el grupo le pone a los campesinos.

Diciembre de 1979

Solo puedo escribir cuando mi padre no está. Ya me ha dicho que un Diario es una cosa muy poco discreta. Mi madre debe venir para mi cumpleaños, pero a Fausto no lo dejan acercarse. Ni que fuera un ogro el sueco, es más manso que un cachorro. Mi padre me prohibió verlo. Eso ha dicho cuando le pregunté en el desayuno.

Hoy empiezo la escuela por la tarde. Ya tengo un uniforme nuevo.

En el grupo hay otra niña de mi edad. Siempre anda con las gallinas. Es la hija del Mago, que es sordo. Me duele la garganta y tengo miedo de ir con ella a la escuela. Tiene dos años más que yo, así que estará más adelantada. Cuando venga el camión de la leche mi padre se montará conmigo y me llevará a la escuela rural. No tengo mis libros aquí, seguro que todo lo han entregado en Cienfuegos. No me dio tiempo a buscar las libretas.

Me siento sola. Mi madre no llama. ¿No la dejarán hablar conmigo por teléfono? Algo grave le estarán haciendo por allá. Cuando uno es chiquito abusan, porque no tienes dinero para ir a ver a tus amigos o a un abogado para defender a tu madre. Cuando sea grande nunca me quedaré callada. No seré tan débil como ella, lo juro. La voy a cuidar, la voy a defender de mi padre y de sus abogados.

Diciembre de 1979

No sé si escribir esto en el Diario. Me da miedo, no puedo decírselo a nadie, por favor, guarda el secreto. Mi padre se acostó con una mujer en nuestra cama. Salió del cuarto y me puso de pie, castigada en la mampara que da al baño. Vi como hacían todo, no podía moverme porque él me miraba a cada rato y yo sé que es un castigo. Mi padre no estaba desnudo, se bajó el pantalón y se restregó sobre ella, que no tenía ropa y gritaba muy alto.

Yo quise irme pero mi padre se levantó y me quedé recta como el asta de la bandera. Pasó un tiempo largo, sudaban, decían cosas y respiraban muy fuerte. Me dio miedo quedarme mirando todo lo que hicieron.

Cerré los ojos varias veces. Cuando por fin se acabó mi padre entró en el baño y me arrastró hasta la ducha. Corrió la cortina y con el chorro de agua abierto me dijo que nunca confiara en ningún hombre. Nunca había visto a mi padre desnudo. Me tocó el pelo y salí corriendo empapada. La mujer se dio cuenta de que yo estaba en el baño y volvió a gritar. Me fui para la carretera y me quedé pensando todo el día. Ya es de noche. Yo sé que no puedo confiar. "Margaret Thatcher ya es la jefa del gobierno británico, es una mujer de temer." Eso dice mi padre cuando paso y lo escucho hablar con sus amigos, tomando, discutiendo de política. Parece que hay mujeres en las que tampoco uno puede confiar.

Me voy para la cama. Mi padre no se fía de nadie. La cama huele a perfume y a sudor. Quito la sábana y duermo en el colchón. Ojalá que hoy yo no tenga que soñar con nada.

Diciembre de 1979

En la escuela los niños están más adelantados que yo. Van por la tercera lección de Ciencias Naturales y yo por la segunda. Todos me miran espantados. Un negrito me preguntó si era extranjera, le dije que era de Cienfuegos. La maestra me presentó y se rieron, deben de ser mis sandalias sin medias. No traje los zapatos colegiales, no me dio tiempo a buscarlos en mi casa.

Cuando salí el primer día ya mi padre estaba en la puerta. No había vuelto al grupo, estaba en el pueblo de Manicaragüa tomando ron con unos viejos. Me lo dijo y vi a los viejos. Yo estaba asustada, cuando toma cambia completamente. Pero hoy me subió en el camión de trabajadores que se llama guarandinga y regresamos tranquilos, saltando como si fuéramos vacas.

Ahora no hay luz y le dije que tenía que hacer la tarea. La comida no está. Por suerte, no tengo hambre y no tengo ganas tampoco de hacer la tarea en el apagón. Mi padre dice que irá al comedor a traer comida del grupo para mí.

Yo me estoy quedando dormida. ¿Qué estarán haciendo mi madre y Fausto ahora mismo? Seguro que no hay luz allí tampoco.

Diciembre de 1979

Ayer mi padre no regresó. Me desperté con hambre a eso de las cuatro de la mañana. Su reloj estaba en el baño. Me tomé un jugo de naranja que había en el refrigerador y me acosté en la cama de los dos. Tengo que dormir con él.

Tengo las piernas llenas de picadas de mosquitos, no aguento la picazón.

Ahora es muy temprano y voy a ir para el comedor con los actores, en la casa no hay nada de desayunar. Espero que no se ponga bravo, tengo mucha hambre.

Me visto con el uniforme de ayer. El Escambray está muy lindo. Hay una nube de mariposas amarillas sobre la mesa del patio. Los girasoles están adormilados y todo el mundo camina por el trillito que está al lado de la ventana del cuarto.

A las nueve empieza el entrenamiento. Tengo que apurarme.

Diciembre de 1979

Mi padre llegó a las seis de la tarde. Tomaba y escribía en la mesa sin mirarme a la cara. Me prohibió salir al comedor, pero no me gritó. Solo me lo dijo serio.

He estado todo el día en el patio. Di algunos paseos a la casa de los actores, pero están ensayando para el teatro. Si es verdad que no puedo pasar sin mi padre, se lo dirán y eso sí que no me lo va a permitir.

Entré en la casa porque llueve mucho. Ya vi dónde está el teléfono y quisiera escaparme para llamar a mi madre.

No fui a la escuela porque sola no puedo montarme en el camión. La otra niña, Elena, me dijo adiós, y yo me sonréí cuando la vi irse con su madre. Pensé pedirles que me llevaran, pero no sé qué dirá mi padre.

Hasta hace un rato dormíamos juntos, pero el olor del aguardiente me tenía ahogada. Todo huele mal en ese cuarto.

Estaba pensando escribirle a mi madre, pero no sé dónde está el correo ni tengo dinero para los sellos.

La escuela es muy pobre y pequeña. Comparada con la enorme casa de Cienfuegos es como una choza.

A mi madre le encantaría ver esa escuelita.

Mi padre ronca. No me ha dado de comer. Iré a buscar comida al grupo, tengo mucha hambre. Me duele el estómago, si lo despierto se pondrá bravísimo.

Diciembre de 1979

... A mi padre siempre se le olvida llevarme a comer y solo puedo salir de la casa de madera cuando hay función del grupo o cuando me lleva a la escuela. Y no siempre me lleva; en dos semanas me ha llevado seis veces.

No me deja hablar mucho con los del grupo, dice que mi madre me mal acostumbró a hablar con adultos. Pero tampoco deja que vaya a jugar con Elena ni que Elena venga a la casa. Ella y yo nos mandamos mensajitos con unos tirapiedras que le ha hecho su hermano.

Su hermano está becado y tiene quince años, lo vi el sábado por la mañana en el comedor, tiene el uniforme azul con la corbata. Elena escribe en letra de molde, yo aún no sé. Me queda disparaja. No me gusta, me sale mejor la letra corrida. Me encanta enviarle mensajes a Elena.

Cuando hablé a escondidas con mi madre me dijo que eso es cosa de presas. Ella siempre exagera. Me parece que mi madre estaba llorando cuando hablé, tenía miedo de que mi padre me cogiera, y colgamos rápido.

Eran las seis de la mañana, no podía dormir y me fui al teléfono del pasillo que tiene el candado. Alguien se lo había quitado, parece que estaban esperando para llamar de madrugada. Fausto me tiró muchos besos porque no se entiende conmigo bien por teléfono, sólo me tiraba besos y más besos. Mi madre tragaba para no llorar, yo la conozco. Dice que viene para mi cumpleaños. Me preguntó muchas veces si mi padre me había pegado. Le dije que no, pero ella no me cree, para mi madre las cosas siempre pueden estar peor de lo que están. Colgué y volví

al cuarto, mi padre no había regresado. Cuando llegó me traía un dulce y yogur. Yo me hice la dormida.

Diciembre de 1979

Hoy en la escuela me preguntaron por qué no voy todos los días como los demás niños (la maestra dijo “como los demás pioneros”). Le contesté que a mi padre se le olvida llevarme. Estoy esperando que venga. Seguro que lo van a regañar, luego él me va a regañar a mí. ¡Lo que me espera! Pero no supe qué otra cosa decir. Es así, a mi padre se le olvida que tiene que traerme a la una menos cuarto en el camión de la leche.

No hay forma que llegue temprano al vespertino. Estoy esperando que aparezca la guarandinga con mi padre. Es increíble, casi las seis y Elena ya se fue con su madre. La maestra y la directora esperan por mi padre. Llueve fuerte, las luces de la escuela están encendidas, las goteras caen en el buró, sobre el buró hay una palangana que suena y suena con las gotas. La maestra revisa mi libreta contando los días en que he venido y los que no.

Mi padre entró con su pelo suelto, la camisa abierta y sus pantalones rotos. La directora me mandó a salir. La maestra me exigió que fuera directo al aula y que escribiera cien veces: Soy una pionera revolucionaria que asiste diariamente a la escuela.

Nunca he querido dejar de venir. No entiendo por qué me pusieron el castigo a mí, debían poner a escribir eso a mi padre. No hay quien escriba cien veces esa oración en la pizarra. Es muy chiquita.

Llegamos a la casa y mi padre me dijo que había que poner las leyes. Primero, que no podía contestar nada que me preguntaran sobre él. Segundo, que cuando no fuera a la escuela tenía que decir que estaba enferma.

Y, tercero, que no podía hablar con nadie de si comía o no comía. Ahora estaba castigada y por contarle a la maestra me quedo sin comer hoy otra vez. Mi padre sacó la botella del esca-

parate, rellenó la de su pantalón y me encerró en la casa. Todo lo dijo bajito y con mucha rabia.

Se fue. Tampoco hay luz. No sé cómo puedo aguantar la oscuridad. Me dan ganas de llorar pero no quiero.

Yo sabía que mi padre iba a explotar.

Diciembre de 1979

Mi padre no vino a dormir en dos días. Me escapé y fui al comedor. Estaba al desmayarme; solo tomaba agua con azúcar. No podía más. Ya llegó, guardo esto.

...Lo regañaron porque fui sola al comedor y pedí la comida, le dije al jefe de allí que no había comido en dos días. Me dieron varias cosas, pero tengo mala la barriga y solo pude comerme el huevo y el arroz. La leche la traje para la hora de dormir.

Estaba sentada mirando fijo como si hiciera una tarea vieja. Hace tres días que no voy a la escuela. Mi padre me fue arriba y me golpeó la cabeza contra la mesa. Pensé que me sacaba el ojo. Vino por detrás, sin decirme nada. Sabía que me pegaría, lo sabía bien. Pero no puedo hacer nada.

Me dio duro en la cabeza, con mucha fuerza. Me agarró el pelo y lo haló, me arrancó dos mechones grandes que están en la libreta. Me dio duro, pegándome la oreja contra la mesa. Las hebillas me hirieron, la madera sonaba como si se fuera a romper. Me salió mucha sangre porque el hierritto de la hebilla se me incrustó en el cráneo. Me costó sacármelo, parecía que tenía un hueco muy grande, pero era pequeño. Me dejó atontada, ni siquiera recuerdo lo que gritaba, ni siquiera recuerdo por cuál de las cosas me pegó. Seguramente por decir que no había comido.

Cuando tiró la puerta y se me quitó el mareo, busqué el ron del escaparate y me lo eché en la cabeza. Así hacía mi madre cuando se cortaba. Me puse poco para que no se diera cuenta.

Luego me metí debajo de la pila. Tengo hinchado el cachete y no escucho bien del oído izquierdo. La boca está un poco in-

flamada. Me da miedo salir al comedor. Pero tengo hambre, la barriga me suena como los trombones que tocan en la retreta del parque. Fui a la casa de Elena, le toqué a su mamá por la ventana del cuarto. Ella me curó con mercurocromo. Ni siquiera me preguntó qué me había pasado. Yo creo que ella sabe. Le dije que tenía mucha hambre y me dio batido de guayaba y pan con croqueta. Me senté en el quicio a comer. Entonces fue que me dio por llorar.

La madre de Elena se llama Chela. Se desesperó y mandó a Elena a traerme agua fría con hielitos. Me preguntó en qué podía ayudarme. Le pedí que no le dijera a nadie que fui allí. La señora empezó a llorar. Me dijo que quería pelarme y le dije que sí. Poco a poco caían al suelo los pelos negros. Esos flequitos son iguales a los de mi madre. Es mejor que me pele porque si no él me seguirá halando los moños. Me duele menos si no me puede agarrar por las motonetas. Chela me peló cortico. Elena me trajo el espejo. Parecía un machito, pero qué me importa, por lo menos estoy fresquita y me veo limpia.

Luego regresé a la casa. Volví adentro a estudiar, que significa mirar fijamente los garabatos que copio de la pizarra verde olivo despintada. Cuando mi padre me lleva, las pocas veces que voy, copio todo sin entender.

Antes la escuela era una pesadilla, ahora me gusta mucho ir, aunque sea para ver a los otros niños. Quisiera estar horas y horas con la maestra. Pero no entiendo nada y para colmo no escucho bien del oído izquierdo.

Diciembre de 1979

A mi padre no le gustó nada verme con el pelo corto. Otra vez me pegó, pero en la cara y no tan duro. Me tiró varios manotazos porque no quiere que pase por la casa de Elena, no entiende cómo me fui a pelar sin su permiso y me ha prohibido decir que me dio un solo golpe. Dice que la madre de Elena es una chismo-

sa y una perdida. Dice que parezco un macho con ese pelo corto.

Salí de la casa en cuanto se quedó dormido, me tiré a descansar con las gallinas, hice una casita allí entre las matas. Arrastré una colchoneta vieja que estaba en el gimnasio y la puse en el bosquecito, así se llama mi escondite: "el bosquecito".

Yo sé que mañana viene mi madre, mañana cumple nueve años.

Me encontré un pedacito de espejo tirado en el patio, me veo muy pálida. No me gusta parecer un macho pero, como decía mi madre, las circunstancias obligan.

Diciembre de 1979

Hace tres semanas que no veo a mi madre, hoy es mi cumpleaños y ella vino hasta aquí. Nada más verla empecé a llorar y mira que dije que no iba a llorar cuando llegara. Mi padre no estaba, por suerte. No me atrevía a preguntarle por F. Pero las efes estaban en todas mis libretas. En el baño, cuando hacía caca, escribía F F F, invisible sobre el piso gris de cemento. Tenía miedo que nos estuvieran espiando.

Mi madre vio las heridas y empezó a llorar. Quería hablar con el director del grupo para sacarme de allí, pero no la dejé, yo iba a aguantar. Me portaré bien para que él no tenga que pegarme. Mi madre cree que no he hecho nada, pero yo pienso que sí, porque siempre uno hace algo mal. Por eso me pegan. Ese es su carácter y hay que aguantar hasta que me deje irme para mi casa, seguro que ahorita se aburre, eso le dije a mi madre. Él no aguanta tanta responsabilidad. Mi madre se rió mucho cuando le solté eso. Me besó fuerte y sacó cosas de una jaba.

Mi madre no tenía fuerzas, llegó más flaquita que de costumbre, con sus ropas de Suecia, ya gastadas. Yo la vi cuando llegó a la punta de aquella loma. Sacó algunas comidas raras

que yo sé que F sabía cocinar con curry y aceite de oliva, nuez moscada y salsa inglesa. Él le pone todo eso a la comida. Mi madre dice F por si nos están escuchando. Mi padre no puede ni oír su nombre.

Mami estuvo como tres horas conmigo, hasta que vino mi padre y le gritó que era una loca y que aquí había comida. Mami cogió mucho miedo y se despidió rápido. Me dejó varios de sus libros. “No estudies si no quieres, pero léete esto para la próxima vez traerte más”, me dijo.

Mi padre dijo que la semana que viene no tocaba visita.

Mi madre me dio un beso en la frente y se fue por la lomita, medio llorosa, caminando apurada, saludando a la gente del grupo con mucho cuidado.

Mi padre olió la comida y la tiró toda por el inodoro.

Descargó y se empezó a reír de mí.

Diciembre de 1979

Me dejó hoy sin comer otra vez.

Por la mañana Chela me trajo una panetela porque mi madre le dijo en el portón, al llegar, que cumplía nueve años. Mi padre la tiró en el patio. Las gallinas se la comieron. Las vi desde la ventana picotearla. Son siete gallinas y doce pollitos pintos.

Ahora soy yo la que no voy a comer más. Se acabó.

* Esta novela ganó el Primer Premio Bruguera en 2006 en España, se ha traducido a catorce lenguas y, hasta ahora, cuenta con diecisiete ediciones. La más reciente en español fue publicada en Barcelona por Anagrama en el 2014.

CARMEN HERNÁNDEZ PEÑA

En este pueblo no hay antílopes

El columpio era una tabla sencilla, sin espaldar ni posabrazos. Pendía de unas cadenas gruesas, bien atornilladas a una armazón cilíndrica de metal. Descansaba sobre dos grandes *aes*, fijas a la tierra con cemento.

Una niña se balanceaba con gracia. Sabía impulsarse con ese movimiento de flexión y estiramiento de piernas que indica entrenamiento diario. Como el columpio estaba al final del patio, la niña casi tocaba con los pies una cerca de madera irregular que demarcaba la propiedad. En cada movimiento ganaba mayor altura.

La mujer se acercó caminando lentamente y se recostó en una de las *aes* que sostenían el columpio.

—Me parece que estás meciéndote muy alto —le dijo.

—Na —respondió la niña desde lo alto.

—Podrías salir volando —insistió.

—Na, me agarro bien.

—Existe la posibilidad que si te impulsas demasiado, le des la vuelta completa al tubo. Si eso ocurriera y alguna de las cadenas no estuviera bien tensa, podrías enredarte y te romperías el cuello.

—Na —insistió la niña con ese “no” desganado.

—¿Estás mirando algo al otro lado de la cerca? —preguntó la mujer.

—Se. Los animales.

—¿Y qué animales son esos por los que te impulsas tan duro?

—¿Quién eres tú? —preguntó la niña sin responder.

—Alguien que se recostó aquí a mirarte. Dime qué animales hay.

—Un elefante. Es grandísimo.

—¿De qué color?

—Medio verde. Medio azul.

—¿Tiene colmillos?

—Claro —casi gritó la niña—. Todos los elefantes tienen colmillos. Sobre todo cuando no hay cazacolmillos cerca.

—Por lo visto no hay cazacolmillos.

—Na. Solamente un elefante. Está comiendo cocos.

—No sabía que los elefantes comieran cocos.

—Se. Comen cocos.

La mujer se metió la mano en uno de los bolsillos de la amplia bata que vestía. Era una bata de color indefinido que le tapaba los pies. Del bolsillo sacó una bolsa de bombones.

—Si te mecieras un poco más despacio podría alcanzarte unos bombones.

—Me pierdo a los animales.

—Yo me aburriría enseguida de estar mirando a un elefante comiendo cocos.

—Pero hay más.

—¿Más? ¿Cuáles? —preguntó la mujer divertida.

—Una jirafa. Déjame ver —y se impulsó para llegar más alto—. Una jirafa con su cría recién nacida. La jirafa está tumbando cocos de la misma mata que el elefante.

—Deben ser para su cría.

—Seguro. ¿Y tú quién eres? —volvió a preguntar la niña mientras desviaba la mirada hacia la mujer.

—Ni sé. Casi nunca se sabe. Ahora mismo soy una mujer que conversa con una niña que se columpia en el patio de su casa mirando animales.

—Entonces tampoco sé quién soy. Podría ser una jirafa o un elefante.

La mujer se echó a reír.

—Eres todavía muy chiquita para ser jirafa o elefante. En todo caso, serías un antílope.

—Y he aquí —dijo la niña dramáticamente— que de pronto me vi con un árbol de Navidad más alto que la Torre de Birmingham, y un bosque más alto que el árbol y que la torre, todo dentro de mi casa, rompiendo el techo y rompiendo el cielo y a punto de quedarme sola.

—No entiendo qué tiene que ver lo que acabas de decir con los animales —habló la mujer con evidente preocupación.

La niña volvió a impulsarse, esta vez más alto.

—Es una canción —explicó con el tono displicente del principio.

—Pues resulta una canción muy extraña —insistió la mujer mientras caminaba hacia la otra a de la armazón.

—¿Para qué los hombres quieren los colmillos de los elefantes? —cambió la niña de conversación.

—Porque los tallan, los venden y se hacen ricos. Los colmillos de los elefantes son de marfil y el marfil es muy valioso —explicó la mujer como una letanía—. Particularmente, prefiero que los elefantes tengan colmillos aunque no se hagan ricos los cazacolmillos.

—Los cazacolmillos son tontos —concluyó la niña—. ¿Y tú quién eres? —insistió.

—Por lo visto, te gusta saberlo todo.

—Na.

La niña dejó de impulsarse. Pegó la barbilla al pecho.

—¿Estás mareada?

—Na. Me gustaría que todos esos animales vivieran en mi casa.

—No me parece que tu casa sea tan grande como para que vivan en ella elefantes, jirafas, ¿qué más?

—Te digo enseguida —y volvió a tomar impulso—. Hay un mono. Creo que es una mona, porque lleva un monito en los

brazos. Si las que cargan a los hijos son las hembras, debe ser una mona.

—Un buen papá también carga a sus hijos.

—Na. Es una mona.

La niña hizo tijeras con las piernas en el aire y aminoró la velocidad.

—Mi mamá es poeta. Y mi papá también, pero ella siempre dice que él no es original, que mientras ella dormía, él le robaba los poemas...

—¿Cómo solucionaron el problema? —preguntó la mujer, mientras sacaba un cigarro de uno de los bolsillos de su bata.

—Mi papá ganó un premio con unas poesías que le robó a mi mamá. Se fue a un país lejísimo y caza antílopes. Se divorciaron, pero creo que no fue por lo del robo ni por lo del premio, sino por lo de los antílopes. A mí no me gusta que cacen, y mi mamá lo puso a escoger entre cazar antílopes y nosotras...

—Ya voy entendiendo...

—A mí no me cargan ni mi mamá ni mi papá...

—Si te bajaras del columpio, yo podría cargarte un rato...

—Mi mamá dice que no debo hablar con desconocidos y mucho menos dejarme cargar por ellos...

—Y a ti, ¿te gustan los poemas que escriben tus padres?

—preguntó la mujer mientas hacía trizas el cigarro debajo de uno de sus pies.

—Claro que no. Me gustan los animales, no entiendo los poemas...

—Ya, algunos son difíciles de comprender...

—Más difíciles son los de mi madre... pero últimamente duerme más de lo que escribe... ¿Quién eres tú?

—Dime qué otros animales ves —preguntó la mujer sin responderle a la niña.

—Hay una pareja de leones. La mujer y el marido.

—¿Cómo diferencias a la leona del león?

—Pareces tonta. Los leones tienen melena y las leonas, no. La niña volvió a impulsarse.

—Creo que el asunto se complica.

—¿Por qué?

—Llegaron los antílopes. Debes saber que los leones comen antílopes....

—Vagamente.

—Es algo que tengo que resolver —dijo la niña con el ceño fruncido.

—No veo cómo.

La niña dejó de mecerse y echó a correr.

—Regreso enseguida —gritó mientras tomaba el camino de la casa.

La mujer se sentó en el columpio y comenzó a impulsarse con los pies, casi con la misma pericia que un rato antes lo hacía la niña. Miró detrás de la cerca de madera. El terreno era rocoso, estéril. A lo lejos se divisaba un basural.

La niña entró en la casa. Una mujer estaba acostada boca-abajo en una cama grande y desordenada. La niña la zarandeó.

—Mamá, despierta. Necesitamos ayuda.

La madre no se movió.

La niña gritó.

—¡Mamá! Por favor, levántate. Otra vez los leones tratan de comerse a los antílopes. ¡Levántate!

La mujer se movió en la cama. Abrió los ojos y escondió debajo una botella casi vacía. Habló con desgano.

—Cariño, en este pueblo no hay antílopes.

Y se durmió otra vez.

* Este cuento ha sido publicado en dos volúmenes de igual título por Ediciones Ávila, 2012 y, recientemente, por Ediciones UNIÓN en 2014.

JACQUELINE HERRANZ

Para los interesados, al final, hay ranas

Por qué nos fuimos a ver a los acuáticos lo sé. Porque siempre quería salirme, ver si moviéndome, aunque fuera a lo peor, se cambiaba un poco la tediosa coincidencia de los días. ¿Cuál coincidencia? La del mal vivir. La de ese sistema casi circular en donde me enredaba sin remedio a pesar de haber aprendido que la vida, o que la evolución de la vida, o que el movimiento vital o histórico de la vida sucede en espiral. Y a pesar de eso me arrastraba en redondo. Ahora, intentando salirme de Teresa con la misma furia ciega, falta de voluntad, con la que me había metido dentro de ella.

Lo que pasó es que me fui con otra pensando en Teresa. Porque a pesar de que intentaba alejarme, salirme, cambiar la ruta, la seguía queriendo porque no es fácil obviar esa especie de intervalos cortos de felicidad que trae consigo la continua tragedia, la lucha por sobreponerse a los cambios de carácter, a los ataques de celos, la incomprendición y el egoísmo. Y porque después de cualquier batalla existencial de estas, terminábamos sobre la cama, fumándonos un cigarro para festejar que estábamos en el mismo espacio y habíamos sobrevivido la guerra. El fondo lo hacía un rocanrol barato y viejo que nos adormecía y edulcoraba el entorno haciéndolo parecer la gloria. ¿Y lo era?

Comparado con esta nueva experiencia en la que quería irme, aquel había sido un mejor momento, al menos más auténtico.

Por eso, todavía deseaba irme de viaje con Teresa, pero esta vez no fue así. Ya habíamos ido demasiado lejos, Teresa y yo, sin que lo supiéramos. Ya nos habíamos alejado o había empezado la distancia. Y esta vez el viaje lo había preparado otra, aquella mujer que se me había pegado en una fiesta en la que no estaba Teresa, en la sala de la casa de unas amigas donde nos despedíamos de Pi, que se iba. En esa misma sala, donde se dedicó a llevarme tragos, como si hubiera aprendido maneras de geisha, me fregó el cuerpo con su cuerpo voluminoso y excesivamente blando, durante cualquier canción. Así que a la media noche, o ya en la madrugada, ella se sentía suficientemente cerca como para irse a mi lado, en el incómodo asiento trasero del carro de la empresa de Sobeida, hasta el aeropuerto para despedir a quien se iba, que nada tenía que ver con este enredo de ella, aunque ella siguiera allí como la marca insignificante de un arañazo.

Y por tenerla a ella pegada, otra vez, y más allá de sus insinuaciones persistentemente mudas, estaba yo encima de sus tetas, no, estaba ella encima, dejándome caer el peso de sus tetas, intentando calentarme y yo diciéndole que no podía, que no tenía ganas, que ya le había dicho que esto no iba a ninguna parte pero seguía ahí y ella, que era tan blanda, terminó arrastrando esa falta de energía suya a mi alrededor, hundiéndonos en nada.

Que así fue como pasaron casi semanas enteras en las que ella y yo nos veíamos y ella se portaba diferente a Teresa, y eso me hacía pensar que había caído en la normalidad y por eso, precisamente, trataba. Por la diferencia, porque qué mejor que la norma, al fin, al final, para salirme de toda esa vida extravagante que llevábamos Teresa y yo decorando las paredes de la sala, tapiando puertas y mesitas con recortes y dibujos, rasgando fotografías, reelaborándolas y comunicándonos por diarios... Y ella, esta nueva otra, preparó el viaje y dijo que el valle estaban en algún lugar de Pinar del Río y yo, que nunca lo había visto, le pregunté a una amiga de esa zona que nos dijo que sí, que sería interesante porque conoceríamos a los acuáticos, que lo

curaban todo con agua, y que vivían fuera de... ¿Fuera de la norma?, le pregunté haciendo un cálculo inicial sobre la suma de las futuras desgracias. Y nos fuimos.

La primera desgracia fue irme con esta mujer en lugar de irme con Teresa. La primera desgracia fue que a Teresa pareció no importarle y nos prestó su casa de campaña. Es decir, que la tuve que ver y dejarle saber que me largaba acompañada y feliz al campo. La primera desgracia fue, en realidad, que nunca la usamos porque a pesar de que yo quería dormir al aire libre, cubierta solo por el plástico de la casa, no se podía, porque no es conveniente que dos mujeres duerman a la intemperie. Lo que vino después es que ella tenía contactos y un tipo de esos típicos, que trabajan en las instituciones y tienen poderes, nos consiguió una cabaña de cemento en un campismo que cerraba durante la semana. Precisamente en este tiempo estaríamos nosotras solas y protegidas allí, nos dijo. Lo otro es que yo no tenía ningún dinero y dependía de ella y encima tenía poca yerba y mala y esto no me dejaría alejarme apropiadamente de la realidad y ella, mi compañía, era tanta desgracia que no entendía bien el humo y se hacía la lacia intentando seducir o ponerse a tono provocándome un semiasco paralizador, donde yo evitaba cualquier contacto físico con ella, aunque medio cedía a soltar un poco de baba mustia sobre cualquier parte de su cuerpo. Ya estaba metida en aquello y quería salir de Teresa y quería irme a perpetuar un cambio pero fue asqueroso. Como todo lo que devela esa especie de cansancio genésico y la falsa empatía.

La primera desgracia no fue la casa de campaña ni la mala lengua de Teresa cuando supo que de verdad nos íbamos, porque nada es comparable con la agresividad abierta de los pinareños, contrarios a cualquier cosa que significara dos mujeres solas y juntas. La primera desgracia no era el odio de los varones sino las ranas y ella. La primera desgracia era yo misma intentando hacer la espiral definitivamente ascendente y, en vez, circulando con la nariz pegadísima al polvo que esta mujer levantaba cuando se movía, arrastrando los pies.

Pero ya no importa el orden de las desgracias si la tirantez era general. Una mañana en la que me tiré un cigarrillo flaco muy muy malo, me puse más mareada de lo que realmente era porque así lo necesitaba y nos metimos en la cáscara de una montañita seca, que llaman mogotes, y que resultan ser antiquísimos y completamente huecos. Allí entramos, yo delante con la sombra impertinente de ella sobre mi espalda. Yo nunca le dije y, por el contrario, trataba de justificarme: que yo no tenía nada para su incumbencia, que no entendía por qué ella seguía allí y hasta se tiraba incómodamente en el colchón estrecho que tenía en casa de mi madre. Ahí era cuando más la odiaba, porque trastocaba todo. Me quitaba el libro que leía y lo dejaba tirado en medio de la página, y con su energía agotada intentaba hacer espacio en el espacio mínimo del colchón, y yo no dormía, y al mismo tiempo me daba pena, y no la mandaba a su casa, no podía, tan lejos, de noche y en bicicleta.

Eso sucedió muchas veces después o quizás antes, pero ahora estábamos en los mogotes de donde salí yo en cinco minutos con un ataque de pánico controlado, porque no la soportaba conmigo en un espacio tan cerrado, tan incierto y tan oscuro. Ella puede haber pensado en muchas cosas mientras yo disimulaba mi voz temblorosa, y para desvirtuarla de mis interioridades señalaba afuera, le decía, mira esto, mira lo otro, aquí hay un espacio mayor, pero la verdad es que hubiera querido poderme enterar sola y aunque podía no podía... pero no puedo explicarlo.

La primera desgracia era que estábamos juntas sin que lo necesitáramos o lo necesitábamos solo para darnos cuenta, ¿se habrá dado cuenta ella?, de cuán equivocada anda una si piensa que puede salirse así como así de las cosas, o de cómo las cosas, especialmente con ella, generalmente aparentan lo contrario a lo que son, sobre todo si lo necesitamos.

La primera desgracia fue salirnos para entrar a un mundo ajeno intentando apreciarlo diferente pero sin dejar de ser intrusas. Porque, en definitiva, hicimos lo mismo que el resto de los turistas, casi siempre extranjeros atraídos, como nosotras,

por aquellos “seres” fuera del margen, digo, fuera de la norma, al margen, que se agrupan en casitas construidas alrededor de una montaña. Alrededor y ascendentemente fascinante.

Desde la ladera vimos la primera casa, y al seguirla nos sacó de ella el camino llevándonos a una segunda casa, en un nivel superior, haciendo unas tras otras la fascinante figura de una espiral, que es aquello que había aprendido yo en la escuela sobre el movimiento ascendente, revolucionario, de las cosas. A esta nueva desgracia se le puede sumar la falta de control que tuve en irme allí, como si llegar al lugar que todos nos sugerían me fuera a ayudar a resolver todo este asunto que arrastraba yo desde la adolescencia. Un asunto incomprensible por profundo, y que yo asociaba con la contradicción geométrica entre estos dos modos de ver la resolución de las cosas: el círculo y la espiral.

El punto es que se llega, no con bastante facilidad, a la cima de la loma y allí es donde está la casa del patriarca, del señor más viejo de todos, quien resultó ser el padre de las familias que vivían en niveles inferiores. Él estaba allí, más pegado al cielo que el resto de la prole, con un frente de casa más liso y más pelado que el de los otros y, desde aquel lugar, sentado en un taburete, nos señaló las tierras que trabajaba antes de lo que él llamaba el desastre. El tipo era isleño o su familia lo era y había llegado al valle desde que era un chiquito para no morirse de hambre, y como había aprendido a sobrevivir gracias a su individualidad ¿o a su egoísmo?, no entendía por qué debía compartir, ceder, dejarle la tierra a gente que nunca había estado por los alrededores, a unos que habían venido después o que ni siquiera, decía, sabían cómo trabajarla y no la merecían.

Yo no sé qué era aquello sobre la selección que hacía el viejo, no sé, porque mientras decía que la tierra no era de nadie, decía que era suya y se contradecía. Yo no sé qué era aquello sobre la selección que hacía el viejo porque en lo del ascenso, en cuanto a lo que me habían enseñado de la espiral, creía yo que cabría todo el mundo y más las cosas que de los acuáticos venían, porque si no ¿para qué construir las casas de ese modo tan dialéctico?

A esas alturas, literalmente, había olvidado yo mis desgracias, las cuales comparadas eran inexistentes, y pensaba en cómo descifrar la desgracia ajena, en qué consistía este asunto de la marginalidad de los acuáticos y en qué consistía su magia.

El primer asunto lo escuché de labios del isleño sin que le preguntáramos mucho porque el hombre, desde su taburete, escupía su amargura convertida en la tiranía que se hacía evidente cuando le hablaba a una señora flaca, con un delantal manchado, que entraba y salía de la casa de tablas, y cuando protestaba contra el sistema diciendo que no era tan bueno ni tan humano, porque no lo escuchaban y los tenían sin luz, a estas alturas, sin escuelas y sin libreta. Todo porque no hemos cedido, porque los hemos rechazado, más o menos decía.

Yo no quería escuchar esta arenga porque había subido muerta de curiosidad y más inclinada hacia la parte esotérica del asunto, esperando ver gente menos preocupada por la “simple cosa”. Además, ya me sabía casi de memoria los cuentos de las tierras y del señorío de la tierra a través de mi padre, y estos eran absolutamente incompatibles con los que escuchaba ahora. ¿Mi padre? Él sí que se había metido en la espiral aunque no ascendía ni económica ni espiritualmente y este de ahora, este señor, creía, al menos, en los poderes curativos del agua. Credulidad substraída del sistema de mi padre, quien junto a los otros, que siguen la teoría de la espiral ascendente a través de los buenos gobiernos, se desprenden de cualquier atadura espiritual que lejos de mutilarlos, según ellos, los hace más completos, menos débiles, lo que viene a ser menos serviles. Ya dije que no sé bien. Que hay cosas que se me han dicho de varias maneras y que aparentemente no están bien explicadas.

Entonces, ¿cómo podrían ascender en la espiral este grupo de gente que no se incluye? Pues no ascenderían, concluí. Porque yo lo miraba todo desde un mundo demasiado material, demasiado pegado a la punta baja de la montaña aunque estaba con el viejo arriba, quizás de ahí venía mi desgracia. Y había subido para ver a un grupo de gente rara, constantemente invadida por

curiosos y yo, que estaba de este último lado, intentaba aparentar diferencia. Vienen muchísimos y ponen la casa de campaña ahí mismo, dijo el viejo señalando el espacio de tierra apisonada delante de la casa.

Invitándonos me rechazaba. Entonces fue cuando ella me dijo que este era el momento de usar la casa de campaña, que por qué no nos quedábamos a dormir allí. ¿Cómo podía acceder yo a quedarme después de escucharlo? ¿Cómo podía ella, con la que yo viajaba, ser tan absolutamente sorda al punto de no entender nada? ¿Que qué había que entender? Todo. Al menos asociando deduje yo que el hombre quería que lo dejaran en paz pero no podía lograrlo. Que, en definitiva, este modo de vida en aislamiento que había escogido lo exponía, le daba cierta visibilidad y esta era, contradictoriamente, su protesta. Porque los que viajaban allí a lo mejor contaban y así se entendería que no todos estaban de acuerdo, que no todos éramos bendecidos por la mano paternalista del gobierno, más o menos insinuaba el viejo.

¿En qué consiste la cura con agua?, pregunté obviando las terrenalidades. Ahí está, dijo el viejo medio sonreído, señalando una pila vulgar conectada a una tubería corriente, mientras balanceaba el cuerpo pesado en el taburete. No consiste más que en tomársela sabiendo que uno se la toma. Tú tomas agua, ¿no? Todo depende de la intención que le pongas. Todo lo que haces es así. La gente viene aquí y pregunta lo mismo y yo les digo que ahí está el agua, en ese tubo, o en cualquier otro, en los tanques y me preocupa el trabajo que cuesta hacerla subir. Es la misma que se le pone a la siembra y a los animales y ellos la recogen en unas cantimploras, pero es la misma que está allá abajo y en la casa de ellos.

Lentamente, como a quien no le importa pero le importa y encima tiene la pena de saberse burlada por la ingenuidad de creer, en dos segundos, lo que alguien quizás ha creído durante toda su vida, me fui hasta la pila que estaba en el mismo borde de la ladera del mogote y la abrí. Con ambas manos me

tomé tres sorbos y me eché agua en la cara mientras el viejo decía que no la desperdiciara. Y pensé y pensé, seguramente, en algo. Y miré todo lo que desde allí se veía: las tierras que ya no eran suyas y que tanto deseaba, los sembrados de tabaco que desde esta altura se podían controlar, y me pregunté de qué vivirían. ¿Cómo se las arreglan?, le pregunté con la cara todavía húmeda. ¿Dándole a ellos una parte para tener el permiso?, volví a preguntar. Eso es solo la gente que ha entrado en esto, yo no, respondió el viejo. Por ahí tenemos unas gallinas y unos pollos y un poco de malanga, porque el tabaco no se puede tocar y si alguien se las arregla para quedarse con algo, entonces se cambia por otra cosa, pero no hay mucho. Además, yo ya no quiero nada, menos así, dijo el viejo evasivo.

La ropa de ellos es peor que la mía, pensé, muchísimo más gastada. Y mientras descendemos, Mayra y yo comentamos el ascenso. Comentamos sobre el jardín que tiene una de las hijas del viejo con su familia. La que nos ofreció unos cocos, y yo con la pena de si debíamos pagárselos o de ofenderlos si le pagábamos, y una pena por gusto porque ando pelada. Ahí estuvimos unos minutos observadas por la hija más chiquita de la familia hasta que nos dijeron cómo llegar a ver al viejo sin que nos adelantaran nada del agua ni de lo que hacían con ella. Respondían algo medio seco como si supieran que necesitábamos que se nos dijeran algo, como quien responde con la conciencia de lo que se quiere escuchar. Todo un poco parco, como si este asunto no existiera más que en la cabeza del que llega, como si fuera gente ajena a ellos quien hubiera inventado todo esto de la cura solo con agua.

Mientras descendíamos vi la única posibilidad de sentarnos un rato por otro cigarro en un espacio de tierra mayor y sin ocupantes. Sin que supiera si estábamos ya fuera de la espiral o cerca de su borde, me dejé caer debajo de una mata de mango. Allí mismo encendí el cigarro y lo fumé de prisa, preguntándome cómo habrían construido de ese modo las casas, a quién se le habría ocurrido y por qué. Si ese era el sistema o la resolución de

algo, si el viejo debería estar en lo alto por alguna cuestión de linaje o religión, por qué se me había ocurrido pensar en la palabra desgracia y qué podía verdaderamente acarrearla.

Y mientras dejaba de pensar estas cosas, escribía en una libreta que se había vuelto a nublar, que el aire entraba y salía por las ramas de la mata de mango, y así me dejé ir lejos de mí misma, porque estaba haciendo lo contrario a lo que en el fondo deseaba. ¿Y qué deseaba? No lo sé. De allí, probablemente, llegara mi desgracia. ¿Cuál desgracia? La de la conciencia persistente de creer que sé que no se me permite el ascenso, porque un pedazo mío queda atado al resto, el cual se mueve hacia el lado contrario haciendo un círculo, que posiblemente se cierre en una situación similar a la que ha producido la crisis, el escape. Y todo esto solo por juntarme.

Solo por juntarme, por entender, describí el orden de las desgracias: una serpiente descabezada que encontramos en el camino mientras descendíamos, y que yo asocié con la falta de control, con la pérdida del sentido de la orientación que me había conducido directo a esta mujer con la que no fluían más que conversaciones absurdas, como aquella de: qué hermoso valle, cuánta paz, qué lástima que estén, sobre todo las jovencitas, pendientes de los espejuelos de sol y de las liguitas de pelo; o aquello de: yo podría vivir aquí, y tú trabajarías de maestra voluntaria enseñando a leer a estas niñas que no quieren tener escuelas... Todo esto mientras yo recordaba mi dependencia e imaginaba el regreso a la soledad de la cabaña en el campismo donde, posiblemente, ella se me acercara, tan lenta y angustiosamente como el largo trayecto de regreso a través de las siembras de tabaco. Y más adelante, al llegar y descubrir la falta de agua, la posibilidad de dividir con ella el único mango que había cargado yo, no por precavida sino por romántica, mandé a la mierda el orden de las desgracias porque la tirantez era general: era lunes y aunque el campismo había cerrado, quedaban unos seis o siete hombres merodeando pegados a la sombra de nuestra cabaña.

Esa noche, en la que me tiré un cigarrito flaco muy muy malo, me puse más mareada de lo que realmente se merecía, porque

así lo necesitaba y porque era el último. Agarramos dos sillas plásticas, las sacamos de la cabaña y dejamos caer el cuello hacia atrás para darnos de plano contra el cielo, que estaba llenísimo de estrellas. Fue incómodo, no por la postura, sino porque sentía que debía conversarle, comunicarle algo, hablarle, porque había pagado mi pasaje y porque Mayra sentía que gracias a ella teníamos un lugar donde quedarnos.

Como los tipos se mantenían demasiado cerca y era un poco difícil dejarse llevar, quedarse con la cabeza colgada y los ojos fijos en el cielo y observar perdida mientras te observan, diez o quince minutos más tarde entramos sin saber lo que nos esperaba. Adentro no quedó otra que cerrar las ventanas y meternos en la cama. Sentíamos ruido de agua pero no nos movimos porque no podía ser cierto. No habíamos tenido agua en todo el día. Sin taparnos, porque hacía un calor de espanto, que se hacía intolerable por el encierro, nos quedamos una al lado de la otra. Diez o quince segundos más tarde Mayra, pensando que ya que estábamos debíamos hacerlo, o yo, pensando que ya que estaba o que le permitía estar debía demostrarle más afecto, nos acercamos algo.

Durante el acercamiento yo sentía cierto ajetreo alrededor de la cabaña y cuando me decidí a levantar la cara me di de plano con varios ojos prendidos del borde de las persianas. Rígida, muerta de miedo, me levanté y pateé las tablas. Del otro lado, desde las otras rendijas, unos dedos intentaban hacer espacio para mirar lo que ellos sabían iba a ocurrir.

Volví impotente a la cama. Intentamos relajarnos de nuevo pero esta vez nos tapamos. Tres segundo más tarde Mayra me dijo que había una rana. Una rana no, un sapo, le respondí molesta, y me viré para el otro lado. No voy a poder dormir con el sapo aquí, insistió ella, míralo. Y qué quieres que haga, le dije mirando al sapo. Que lo saques, por favor, a ti no te importa hacerlo.

Mira, me dije a mí misma, tranquila, tranquila. Parece que debo matar una rana porque ella cree que yo soy la que debe

hacerlo. Qué loca. Porque aún se acuesta con varones debe tener ese sistema tragado y piensa que debo ser yo la que dé el frente. Qué imbécil. Pero cómo se le ocurre si yo, aunque duerma con mujeres, no pienso en matar nada, pensaba mientras jugaba a encontrar la rana, que ya eran dos cuando las miré, o tres, carajo, que saltaban, y hasta cuatro, grandes, grandísimas, más que ranas, sapos, que venían, ¿por dónde?, por todos los agujeros posibles.

Había saltado de la cama a perseguir el sapo, que estaba más aterrado que yo que no quería matarlo y, azorándolo como mejor pude, empecé a ver todos los sapos que ya he contado. Todos los que, evitando tocarlos, llevé como pude, más bien apremiada por la presencia de Mayra, que había, ella misma, empezado a empujarlos hasta la puertecita de atrás, que una vez que se abrió dejó entrar un chorro de agua enorme, acumulado en un cubo que los tipos curiosos habían puesto allí para que se llenara de sapos. Lo habían previsto todo. Se dijeron, estas dos mujeres se meten en la cama y después la cabaña se les va a llenar de ranas. Van a tener que salir y entonces las consolamos adentro. Pero no sé. No sé lo que pensaron.

Empujé el cubo, saltaron los sapos, cerré la puerta con dos de ellos colgándome de la pierna que sacudí, horrorizada, callándome. Adentro, mientras recogíamos las tres o cuatro cosas revueltas con el incidente, se fue la luz, pero ya sabíamos que ellos la habían apagado. Todavía adentro, puestas una contra la otra porque no sabía yo qué hacer o porque no podía decirle a Mayra que no, o porque aparentaba que la quería; decidimos salir a enfrentar al grupito de cagones que nos habían jodido la noche.

A los sapos, a esos intrusos, los pudimos sacar, pero salirnos de estos tipos parecía un poco más difícil. Delante de uno de ellos, que hacía de jefe del lugar, confrontamos un cinismo demasiado aprendido para ser tragado. Ellos no habían sido, es más, él no sabía nada. Yo siempre he estado aquí y de aquí no me he movido, dijo. A ellos no se les puede ocurrir otra cosa que

ceder a una tentación tan normal, sobre todo, si una se expone así de esa manera. Nada. Que como siempre, nosotras teníamos la culpa, por intrusas.

La luz regresó en el momento en que entramos a la cabaña donde nos abandonamos a mirar a las ventanas, mientras creíamos sentir la respiración, otra vez, de los tipos, que llegaba desde afuera, que se filtraba a través de las persianas, colando a través de los resquicios su intromisión calenturienta y prejuiciada.

Todo parecidísimo. Todo como un majá mordiéndose la cola. Todo tan circular por idéntico. Todo tan reiterativo y cansino como la igualdad. Ellos espantándonos a nosotras que espartábamos las ranas, por imposibilidad de convivencia. Las ranas que eran intrusas en nuestro cuarto. El cuarto que era, al mismo tiempo, una intrusión en el paisaje que no pudo resguardarnos, como intrusas que éramos, en aquel mundo de los acuáticos. Los acuáticos que eran intrusos en el mundo revolucionario y la Revolución, una intrusa en el movimiento casi fijo y perpetuado de las cosas y, más, una intrusa en el movimiento histórico, ese lugar de hechos acumulados donde se les dio poder a los machos para asediar a las mujeres y vomitar sobre las tortilleras, haciéndolas sentir siempre, siempre, inadecuadas. ¿Nosotras? las tortilleras intrusas en aquel Pinar del Río adonde habíamos ido a parar, intentando salir de nuestro *gettho* para ponernos en contacto con el resto del mundo.

* Este relato forma parte del volumen *Escenas para turistas*, New York: Editorial Campana, 2003.

Consiguiendo un Ka

*Uno no siempre hace lo que quiere,
pero tiene el derecho de no hacer
lo que no quiere.*

MARIO BENEDETTI

La crisis aumentó la noche del miércoles. Víctor había llegado con esa reticencia en la mirada. A Mariela le brotaron otra vez las sensaciones hirvientes en su cuerpo. Fue cuando decidió conseguir un Ka. Lo alimentaría con manjares afrodisiacos y mimos, mientras acompañaba al Ba, alma de Víctor, camino a purificarse. Una vez inmortalizado la protegería como él no supo hacerlo en la vida terrenal. Le daría una vida digna para ser aceptado en el más allá, con artificios de ultratumba y objetos personales. Eso fue lo que entendió al leer *El libro de los muertos*, encontrado en el sótano.

Mariela puso la música a todo volumen. Víctor, incómodo, gritó: “¡Apaga eso!”, seguido de un “¡Ay, puta!”, al sentir el golpe en su cráneo con el bate de pelota que guardaba para un futuro bebé.

Perdió la conciencia. Mariela debía arrastrarlo hasta la entrada del sótano y hacer que rodara por los cuatro escalones. Lo demás era fácil: sogas gruesas en brazos y tobillos, pañuelo atado a la boca y tratamiento. El Ka reconocería quién le estaba proporcionando vida eterna, para no vagar sin rumbo a causa de una escasa identificación con su legítima dueña. Eso no lo había leído en el libro egipcio, pero se ajustaba a su lógica y circunstancias.

A cada queja de Víctor, decía bajo: ¡No tengas piedad!, ¡No tengas piedad!, mientras lo guiaba hacia una madera. Desnudándolo pacientemente, le recriminó haberla dejado sin opciones.

Sobre un banquito metálico descansaban varios utensilios, pinzas de corte, separadores, un barrenó, vendas, pomos y un bisturí con el que se entretuvo en abrirle heridas largas y profundas. La sangre iba manchando la madera y el suelo. Víctor comenzó a moverse. El pañuelo no dejaba concluir sus frases, pero sí otro nombre de mujer. Ella no le dio importancia. Él mismo le había enseñado a ser virtuosa y reprimir los sentimientos.

“¡Cuando un hombre eyaculando dice lo que le da la gana, la mujer no habla!”, dijo, y la encerró en el escaparate aquella tarde.

Estuvo dos días sin comer, soportando los gemidos y retozos de Víctor con otras mujeres. Aprendiendo a no amenazar, no golpear, no huir, no celar, no soñar, en fin, no vivir. Al liberarla, le reclamó haberlo culpado con la mirada. Se le escaparon unos pocos sollozos mientras le hacía el amor y tatuaba en su espalda una V con un cigarrillo. Al terminar, cubrió los orificios de miel y bajo la amenaza de completar su nombre, la hizo dormir en el suelo del sótano, cerca del hormiguero.

Víctor había estado quejándose. La acusaba de fría y egoísta. Mariela le encajó el bisturí en el pecho. Su grito fue un ahogo privado de voz, luego el desmayo. Mariela extendía y profundizaba la herida. Cuidadosamente separó la piel. Aún no era el momento de retirar vísceras y órganos. El tránsito para obtener un Ka obediente sería lento y doloroso, logrando que así la respetara o temiera. Debía vaciar la cavidad y colocar un escarabajo, pero solo pudo conseguir un cucarachón de tierra. Nada de precipitarse, esperaría a que recobrara la conciencia.

La sangre en las heridas se coagulaba. Le molestó la fetidez de los excrementos salidos de Víctor. A ella le ocurría a cada rato. La última vez había logrado salir a casa de una vecina. Al regresar, Víctor estaba en el baño cortando sus ropas con una tijeras. Le amarró las muñecas a la ducha y estuvo más de una hora sentado en el *bidé* sin mover un músculo, mirando

correr el agua por su cuerpo. Cerró la llave y salió. Apenas pudo contener los sollozos al verlo entrar casi al instante. Se detuvo frente a ella con una jaula pequeña, cuadrada y chata. La puso cerca de la bañadera. No distinguía lo que tenía dentro. La desamarró. Mirándola fijo le fue quitando el vestido. Le dijo muy bajo: “¡Rómpelo!”. Temblaba. No tenía fuerzas. “¡Rómpelo te dije!”. Cubriendo sus ojos hizo que lo anudara. “¡Ahora retira la ropa interior!”, ordenó. Se dejaba llevar. Debía sentarse, permanecer callada aunque el mármol helara sus nalgas. Escuchó un trasteo con la jaula. Hubiese querido perder el sentido, pero era fuerte. Un cuerpo frío y baboso ganaba terreno en sus senos. El orine y sus excrementos corrieron hacia afuera. “No lo asistes, puede morderte”, dijo con voz serena. Aquello se enroscaba apretando, soltando, acariciándola. Imaginó la mirada perdida de Víctor, su boca abierta, la baba chorreando, como siempre que la sometía. Vibraba, no podía evitarlo. “¡Quédate quieta, Mariela！”, dijo con voz apacible. Sintió su cuerpo liberado. El chirrido de la jaula otra vez. Descubriendo sus ojos le mostró sus dedos humedecidos, sacados de su interior. “¡Mira como te has puesto! ¿No te da vergüenza？”, dijo, y le soltó un galletazo.

Luego los gemidos sobre su oído. El jadeo que le parecía cada vez más ajeno. El bufar de Víctor y el desplome sobre un cuerpo lívido y paralizado dentro de una bañera. Fue invadiéndola el silencio. “¿Sabes？, te mereces un castigo”， dijo mientras se incorporaba. “Estás muy pálida... Vas a usar el barro que salió de tu cuerpo para pintar esa piel”. Ella, obediente, se cubrió el cuerpo de su propia hediondez.

Víctor se quejaba muy bajo. Mariela sentía ganas de cortar sus órganos genitales, pero era una reacción primitiva, común en casi todas las mujeres, y ella era única, original. Entonces recordó el ácido que le habían regalado para limpiar la taza del baño. “Ácido... resina, resina... ácido, ácido... resina”， dijo pensativa. Hizo un juego que le funcionaba de pequeña, aunque nunca hubiese entendido bien el significado de aquellas frases. Acercó el pomo de resina. El miembro de Víctor representaría el

ácido. “Tin marín de dos pingüés... cúcara mácaro” y... el títere fue... cayó en Víctor.

¿Le echaría el ácido también en el corazón?, dudaba. No. En vez de conseguir un Ka purificado lograría que regresara su Ba y a esa alma retorcida no la quería ver ni en jeroglíficos. Solo unos cortes y se desconectaba. Del cerebro se encargaría luego, porque según había escuchado en algún lugar, es lo último que muere.

Fue al baño y trajo el pomo del ácido. ¿Por dónde empezar?, pensaba. Toda la piel se debía mojar al instante, si no quedaría una imagen horrible en sus recuerdos. El serrucho sirvió de apoyo sobre la cintura mientras deslizaba el líquido desplegándolo parejamente.

Vio los ojos de Víctor engrandecerse al recibir su imagen risueña y juguetona. Se retorcía, gritaba... un espasmo, un quejido, y su corazón se contrajo, dejó de latir.

“¡Ya está listo!”, dijo Mariela y se colocó unos guantes para cortar venas y arterias.

La sangre drenaba. Si tenía ánimo lo limpiaría todo luego. Seguramente el Ka no llegaba hasta la próxima semana por el largo viaje de ida y vuelta al otro mundo. El resto del trabajo debía ser perfecto. Y para que no se quisiera desquitar iría embalsamado como Ra manda. Estuvo mucho tiempo trabajando en los detalles. Puso el corazón en un pomo, junto a las tripas, el estómago, los riñones y todos los órganos que podrían ocasionar putrefacción. Inyectó con resina varias partes del cuerpo. El cucarachón quedaba suelto en el hueco de su pecho, puso algunas hierbas para calzarlo. También en espacios de otras vísceras. Cantó una letra triste con el tono de respeto que merece la muerte, mientras barrenaba el orificio que abrió en el cráneo para sacar el cerebro. Hizo la sutura con un hilo grueso, ensartado en una aguja de zapatero. Polvoreó el cuerpo con sal. Lo vendaba con cuidado. Víctor nunca hubiese imaginado que gracias a ella moriría como un faraón, pensó sonriendo. Con abundante agua y una espátula lograría despegar la sangre que se coagulaba en el suelo. Ya estaba casi listo para emprender el

viaje. Solo faltaba acomodar *El libro de los muertos* entre las piernas para facilitar su entrada y defensa ante el dios Horus.

Mariela dio un grito y cayó en el suelo de espalda. Estuvo unos minutos sin hacer el menor movimiento. Lentamente se fue levantando, acercándose al rostro de Víctor. No es posible que se haya movido, se dijo, ya no tenía órganos para reaccionar. Sin embargo, la imagen de sus ojos engrandecidos le punzó los suyos hasta hacerla retroceder. Sintió el cosquilleo en el estómago, la claustrofobia.

Corrió a refugiarse en el armario. “¡No lo escuches!, ¡no lo escuches!, ¡no lo escuches!”, dijo cubriendo sus oídos. Sabía que estaba sola; sin embargo, no dejaba de sentir la voz de Víctor repitiendo injurias. Comenzó a llorar. Había conseguido el Ka.

* Este relato se publicó anteriormente en el portal web *Cubaliteraria*.

El cotorreo

 **T**e diste cuenta de cómo fue la cosa, verdad? Siempre lo mismo. La reunión del otro día fue el caos total. Las mujeres aprovechan esa oportunidad para chismear, hablar boberías, siempre disociando.

—Sí, es el cotorreo de siempre, no cambian. Y no sé de qué se pasan la vida quejándose, si son ellas las que siempre están en lo mismo.

Cruzando por dentro una de las esquinas de un bar para cortar camino oí este diálogo entre dos hombres que se bebían un trago, que no era el primero y seguramente no sería el último. Sentí que me corría un fuego intenso y distinto por todo el cuerpo. Los miré pero no dije nada. A ellos, al parecer, a través de mi mirada les llegó fuego también, y nada amable por cierto, porque me miraron y callaron. No sé en qué paró aquel silencio y aquella mirada, porque me alejé rápidamente, con ganas de llegar a mi casa y escribir, de un tirón, sofocada y ofendida, estas reflexiones sobre “el cotorreo”. Mañana, dentro de un mes o más tiempo, haré cambios en estas líneas, pero ahora, quedan así.

Primeramente, no somos cotorras, y cotorreo viene del nombre por el que es llamado ese precioso animal de nuestra fauna, que entre los árboles —ya en escasos lugares— se mueve como una flor única. A las cotorras las cazan, las encierran en jaulas,

las domestican, y ellas repiten palabras que oyen siempre, pero no piensan. He ahí la primera gran diferencia entre una mujer y una cotorra.

Si a veces hablamos en reuniones, y es cierto, es, precisamente porque pensamos, sacamos cuenta de lo que ha sido el desigual e injusto tratamiento que se nos ha dado, y cómo comienzan a pasar cosas diferentes. Ah, otra diferencia: en vez de dedicarnos a “dar el piojito”, salimos a la calle, tenemos un trabajo en el que somos necesarias, seguimos con roles genéricos y sociales, pero ayudamos al sostén de la casa económica mente. Sabemos que tenemos derechos iguales a nuestra pareja, los reclamamos, y, muchas veces, eso nos hace pagar el alto precio de la soledad, pero si seguimos acompañadas —en infinitas ocasiones por tradición—, somos las que llegamos primero a la casa, mientras el hombre, también por tradición, llega a la hora que le parece, y su explicación, aunque cierta, es una ofensa, porque “unos amigos me invitaron a un trago, vieja, y tú sabes como es eso”.

“Eso” es que se tomaron una docena de tragos, piropearon a cuanta mujer de su agrado les pasó por al lado y, al regreso, encuentran todo en el orden establecido. Nosotras, de nobles, hasta sentimos alivio porque “no le sucedió nada malo”.

Pero que una de nosotras se demore un poquito. Si hay un teléfono cerca de la parada, ahí se quedan todos los medios en llamadas. Y cuando ella llega, es un oso quien la recibe con un “chica, ¿qué es lo que tú te has creído?”

No da tiempo a decir lo que es común y evidente: que el transporte está como las interprovinciales, una o dos veces al día. Y eso es mejor que lo otro: que te apures en llegar y cuando lo logras, y abres la puerta, en vez del violento reproche te encuentras con esa bofetada virtual que es el silencio y la soledad. Cuando él llega, tu no le echas en cara que te apuraste al máximo para estar en casa cuando el llegara, ni que te hubiera gustado que ambos coincidieran, sonrientes y sorprendidos en el momento de la llegada. Ah, y mucho menos que una amiga

con la que te encontraste, o una compañera, al salir del trabajo, te invitó a un café, a un refresco. ¿Para qué? ¿Que para qué?

Que como no eres cotorra, el bichito de tus derechos y el de la autoestima, comienzan a picarte, porque de lo primero que te das cuenta es de que ellos pasan más tiempo con los amigos que con su mujer, a la vez que, por un desprendimiento de lo mismo, nosotras pasamos más tiempo solas que al lado de la pareja que elegimos. Nos damos cuenta también de que somos subutilizadas porque la casa no es nuestro lugar. De ella les somos útiles en el cuarto, y en el cuarto nos reducen el espacio a la cama. Y por supuesto, también es nuestra la cocina, y de ella el fogón y los calderos.

Así las cosas, el hastío, las ganas de tener al fin el espacio que nos quitaron desde la edad de piedra, van creando condiciones muy especiales, y seguimos llegando lo menos tarde que se puede, en vez de ir a una cafetería o un bar y tomarse un jugo, un refresco o un añejo doble, porque lo merecemos, es sabroso y lo pagaremos con nuestro dinero.

Pero la mayoría no se lanza a conquistar del todo su verdadero espacio, que es el Universo entero. Por eso, cuando coinciden, coincidimos, en reuniones que son tantas y no todas necesarias, se cambian impresiones, se ve todo un poco más claro y todo lo demás ocupa un sitio secundario. Mientras no nos decidamos a hacer todo lo que ellos se creen con derecho a hacer, hay que hablar en el único sitio en el que coincidimos, y hablar no por ser cotorras, sino porque el tiempo pasa, el mundo cambia, nos suceden cosas fuertes, pensamos, y, a la corta o a la larga, como decían en mi pueblo “el hogar es una jaula que nos queda estrecha”, y no vamos a perder en ella las plumas, porque no las tenemos.

* Este relato no ha sido publicado anteriormente.

MARILÚ MACÍAS

Flores para mamá

Para muchos la infancia es una de las etapas más felices de la vida, para mí es la etapa de los peores recuerdos. Pienso especialmente en aquel día en que mi padre llegó enojado por algo y, lo peor de todo, es que los enojos de mi padre los descargaba en mi madre, una mujer culta que no supo nunca descubrir las señales, o que tal vez las justificó en virtud de ese inmenso amor que sentía por él. ¿Amor? ¿Qué amor es ese que te subvalora y te hace sentir como nada? ¿De qué sirven las flores y las palabras amables después de haber dejado huellas en el rostro y en el alma?

Aquella noche, mi hermano y yo veíamos la televisión cuando sentimos el ruido de un plato que se rompía violentamente e inmediatamente escuchamos los gritos de mi padre:

—Esa comida es una mierda. Si yo la busco, me merezco otra cosa.

Instintivamente mi hermanito y yo corrimos al comedor. Ya sabíamos lo que vendría después y, aunque éramos niños, por lo menos con nuestra presencia tratábamos de defender a mamá. Cuando estábamos cerca veíamos las sombras de ambos reflejadas en una pared, como monstruos horrendos. Él la golpeaba mientras ella temblaba y suplicaba:

—Armando, por favor, que los niños se pueden asustar.

—¡No me importa! Que se den cuenta de la clase estúpida que eres.

Mi hermanito corrió y se abrazó a mamá, yo me puse entre ellos y mi padre:

—¡Salgan de aquí si no quieren coger ustedes también! —gritaba fuera de sí aquel degenerado al que obligadamente un día llamé papá—.

—Háganle caso a su padre, vayan para el cuarto —nos decía mamá al oír aquella amenaza hacia nosotros.

No recuerdo bien cómo terminó aquella pesadilla. Sé que lloré mucho, mucho, mucho, hasta quedarme dormida. Al día siguiente, mamá nos despertó para ir a la escuela. Tenía en el rostro las huellas de la “hombría” de mi padre. Mi hermano y yo nos vestimos obedientes sin dejar de mirarla.

—El padre de ustedes —decía ella— no es malo. A veces se altera cuando algo le sale mal, pero en el fondo nos quiere mucho, quiere mucho a su familia. Él ahora debe estar arrepentido y lo más probable es que dentro de un rato esté aquí con flores, sabe que me gustan. Él es como un niño, a veces se porta mal y después se arrepiente.

Cómo poder entenderla, aún siendo yo una niña me desgarraba el alma al verla tan sumisa y enamorada de un hombre que no la merecía.

Sí, efectivamente, cuando regresamos de la escuela un gran ramo de flores presidía nuestra casa y cuando él llegó estábamos haciendo las tareas de la escuela. Nos besó como si lo de la noche anterior no hubiese sucedido. Se acercó a ella y la acarició, le susurró algo al oído y ella le sonrió. Un rato después le pidió que fuera hasta la bodega a comprarle cigarros, que se le habían acabado. Sin protestar, como siempre, ella acudió a cumplir su mandato. Minutos después él nuevamente comenzaba a transformarse, mi hermanito y yo nos miramos presintiendo la cercanía de otra tormenta. Se asomó al balcón y entró fuera de sí. Cuando mi madre abrió la puerta con los cigarros en la mano lo primero que recibió fue un bofetón:

—¿Quién era ese tipo que hablaba contigo? Es que acaso tú no me vas a respetar.

—Es el hijo de la doctora —replicó ella—, solo le pregunté por su mamá.

—El hijo de la doctora ¿no? Tú no eres más que una...

Y tomándola por los hombros mientras la insultaba, la sacudió con fuerza lanzándola lejos. Ella perdió el equilibrio y cayó. En la caída su cabeza topó con una mesita de mármol que con el impacto se viró.

Corrimos muy asustados a donde yacía mamá bajo un charco de sangre sin responder.

—Tranquilos niños, solo fue un accidente. La llevaré al médico, verán que no ha sido nada —dijo asustado—.

Lindas flores, mamá. Son para ti. No son precisamente las que mi padre acostumbraba a regalarte después de una golpiza. Él ya no puede regalarte flores, está preso, y Dios quiera por mucho tiempo y tú... Tú, estás muerta, mamá... Si supieras, mamita, la falta que nos hace tu presencia. Por qué no luchaste más por tu vida y por nosotros.

* Este cuento no ha sido publicado anteriormente.

Tres palabras

Va a matarme. Dijo que iba a matarme y tiró lo puerta. Me dejó el cuello ardiendo. Esta vez me apretó más de lo acostumbrado. Sus dedos se clavaron en mi piel y fue entonces cuando lo dijo: “Te mato, puta, yo sí te mato”. Por un momento pensé que era el final y hundí mis uñas en su cara. Me empujó contra la meseta y repitió las palabras que tanto le gustan: “Te mato, puta”. Su saliva se impregnó en mi cara propagando el olor a alcohol y a muerte. Ya no podía hacerle resistencia y bajé los brazos. Cuando mis ojos comenzaban a nublarse me soltó. Tosí par de veces, traté de respirar y me desplomé contra la pared.

Algo de verdad había en su frase. Nunca la dijo con tanta ira. Lo supe cuando me miró segundos antes del portazo. En sus ojos el brillo aumentó y pude predecir el odio que resopló sobre mí. Va a matarme, esta vez lo dijo como sentencia, lo sé. No valdrá la pena esperar a que vuelva y se acueste a mi lado, soportar sus ronquidos como tren a media madrugada, sus disculpas en la mañana, las súplicas y el llanto. Esas promesas que siempre hace y olvida con dos tragos de ron. No sé cuánto demore, si me alcance el tiempo para recoger los trapos que tengo y largarme. Aunque no sé si quiero irme, a veces llega el momento en que te cansas de las amenazas y prefieres los hechos.

Va a volver, tal vez más borracho, arrastrándose sobre los muebles. Quizás ni alcance a verme después de tanto alcohol.

Sería perfecto, entonces se llevaría la sorpresa. Sentiría el líquido caer sobre él, pero apenas tendría fuerza para moverse. No podrá evitarlo. Cuando esté cubierto me alejaré con el galón dejando un hilo de gasolina sobre el piso, encenderé el fósforo, las llamas seguirán el hilo hasta su cuerpo y lo veré arder en silencio. Algún movimiento denotará su reacción ante el fuego. Intentará decir algo, pero no podrá articular palabras, ni siquiera esas que tanto repite.

Permanezco tirada en el piso, me palpo el cuello que aún duele mientras los dedos tiemblan y con ellos las manos, los brazos, el cuerpo. Suspiro y me seco las lágrimas. Voy al cuarto de desahogo y enciendo la luz. Tras las botellas apiladas en una esquina, está el galón. Sacudo las telarañas y lo alcanzo. Apenas lo muevo y el sonido del combustible deleita mis oídos. Regreso a la cocina. Busco los fósforos, pero no los encuentro. Me cago en él y en la madre que lo parió. Pienso en la fosforera y la recuerdo en algún lugar del cuarto.

Reviso las gavetas una por una. No está. No creo que el muy cabrón se la haya llevado también. Siento ganas de gritar, pero me contengo y es cuando por fin la veo encima del escaparate. Sonrío y la guardo en mi bolsillo. Miro el reloj, es cerca de las doce de la noche, en cualquier momento regresará.

Ha pasado una hora y aún no llega. Mis ojos de tanto seguir las manecillas giran sin parar, mientras que el sueño comienza a rondarlos. Con un pie acerco el galón hacia la cama. Corro la sábana y me recuesto. Las escenas se repiten una y otra vez, hasta convertirse en flashazos que poco a poco se disuelven.

No escucho la puerta al abrirse, ni sus pasos tambaleándose por el pasillo, ni su respiración sobre mí. Solo siento el líquido que se derrama y me cubre. Entonces el olor a gasolina penetra hasta mis pulmones. Abro los ojos y lo veo parado frente a mí, con los fósforos en la mano. “Te mato, puta”, dice y sonríe.

* Este relato pertenece al volumen *Palabras, modos y rutinas*, Holguín: Ediciones La Luz, 2008.

JAMILA MEDINA

Aceitunas con anchoas

A

Helmut y a mí nos gusta encerrarnos a puertas abiertas. Estar en una semicerrada habitación es como hablar por teléfono con la extensión levantada: sabes que están *haciendo* en privado pero que alguien te atisba.

Y si el tema es SEXO (con letra calada y escarlata como medias de seda) nunca en la vida te había excitado como hoy el *oral sex*, habías deseado tanto tener muerte anal, conquistar un travesti.

Mi nombre es Jamila.

Es árabe y en lengua oriental significa *la más bella —o hermosa*, por lo menos—. Pero en español, mi Aristos reza: *Alpechín. Agua pestilente de aceitunas.*

Soy de esas mujeres *nuevo tipo* con sandalias a la romana: una pequeña placa de madera en los talones (que permita quejarse por cada piedra del camino como toda una princesa de leyenda a la que molestara un guisante) y larguísimas cintas que rodean el tobillo, la tibia (si es posible hasta los muslos): boas —cerradas y en ayuno—.

Dije cintas pero más bien son cinchas las tiras: cinchas de cuero.

He oído decir que la feminidad es una extraña esencia, que las mujeres somos incomprendibles. Helmut asegura (yo soy quizás criterio de esa verdad) que una mujer ceñida a la romana tiene que ser comprendida, o al menos debe sabérsela con los pies en qué tierra.

Hemos pensado mucho en ello (yo, por ejemplo, pienso mucho, en general; él también, particularmente, sobre mujeres). El problema con las piernas de alguien así arreada es que aquellas se destacan por su compresión: las boas les dan cuerpo a las piernas, tal que casi les dan vida. Y si algo incomprendible lo es –en primera o última instancia, qué más da– por su capacidad de ser adecuado a una medida: su mensurabilidad, no puede fallarse luego en calcular el paso, saber dónde será enseguida el gracioso pie de la amazona.

A mí me gusta en general la ropa ceñida (y a Helmut, en particular, la de todas las mujeres; por qué no).

Una prenda ahogada precisa *bloomers* adecuados: bragas breves y específicas (negras para las sayas con forma de cinturón; de lazo rojo bajo los trajes de empresaria: bajo los sobrios pantalones grises *corte recto*; acalzonillados –marca masculina, en el saliente borde, incluida: que resalte contra el azul *blue jeans*– bajo los pelvianos).

También me gusta (como vi alguna vez en no sé qué película, de seguro americana) terminar de sufrir mis orgasmos unida por la cintura al *muerto* otro. Y, supuesto de los supuestos, por supuesto, tengo una pasión exacerbada por reproducir al dedillo –transgresiva enfermiza que soy: dictamina Helmut– las posiciones *contra natura* del Kamasutra.

Últimamente acostumbramos pintarme antes de entrar, joviales, al sufrimiento (usamos –sistématicos y poco *discriminales*– todas las imágenes del cine que nos sirvan al efecto; dado el caso: *El Libro de cabecera*).

La primera vez lo practicamos al final: yo, debidamente bañada y con toda una legión de plumones —como lanzas, punzantes y erizadas— en la mano, le supliqué a Helmut que lo hiciera. Recuerdo el efecto. Lanceteó sobre mi vientre (como un tejedor silesiano: apurado a la huelga) una pequeña mariposa toda roja con solo dos —como ojos serpenteantes— negras cenefas.

Aquí yo hubiera debido recordarle que Roger Callois y la mimesis no me eran ajenos, que conozco de memoria las metamorfosis que los seres menores... por tal de sobrevivir a... (mariposa con ojos de serpiente dibujados en las alas *versus* pájaro depredador) practican sobre sí: autarquías del maquillaje.

—¿Qué si seduces a alguien hoy? ¿Permitirás que la vea? —preguntó mientras yo me pavoneaba ante el espejo aún desconfiada, queriendo desplegar todavía más las recién bordadas alas: por velar que mi maldito amante no hubiese inscrito en ellas la palabra SEXO. Un par de celosos Argos, ya atisbándome, hallé en cambio.

—No haré nada —dije; la voz de pronto apergaminada por un añaño cansancio, al menos de dos siglos—. —Sería —y señalé los ojos de serpiente— como follar¹ en una habitación con la extensión levantada; tú del otro lado de la línea.

Su intención de seguirme comprimiendo, apisonando para a su vez no perderme pisada era evidente. Y me pareció que estaba arreciando la vigilia, que las murallas —al ser, y cuánto, alzadas me impedirían— respirar.

¹ Aunque lo sé erróneo: me gusta asociar *follar-follaje*, sobre todo porque el verde me asiste —casi me atañe— en este caso.

Después salí a la calle (repitiéndome despacio —una y otra vez visto a través de la pereza— el gesto de la lascivia con que Helmut había embellecido mi piel). Traía bajo la sonrisa la misma ladina sensación —creo saberlo— de quien lleva, en algún sitio inescrutable, un precioso tatú.

Sobre todo si es una palabra que lo delata, un nombre, por ejemplo: una muchacha de largas y rubias trenzas a la caucásica, el rostro angelical, todo de blanco el cuerpo delicado, mientras sobre el pubis oro le llamea (bajo la saya vaporosa y bajo la saya una sayuela y bajo la sayuela unos casi pantaloncillos de lamé isabelino): una única palabra —rojo de negro calado: alas más bien de escarabajo, agujereadas, a punto de volar—: SEXO, Sexo, S, oxeS, OXES, Oxes, O...²

Y comencé a estudiar (Helmut *in absentia*) cómo contonearme con toda el alma: las piernas esbeltas (*y tan blancas que las venas verdean bajo ellas*) como posadas sobre los zapatos azules de rigor, los ojos verdes (*y azules, de rigor*), y un andar despampanante.³

Pero aquello fue al principio. Ahora, en cambio, usamos tempura. Con lo que hemos ido agotando —de a poco, para no dejarme poner demasiado temperamental— las enormes reservas de pintura de mi infancia.

Justo hoy atacamos una paleta pródiga, de tonos mates. A Helmut le apetecía —según dijo— probar algo con los glaucos. Imagina todo *el silencio verde de los campos* sobre el oro de tu vientre —le escuché sibilar sobre mi ombligo, mientras cerraba los párpados: quizás con un poco de cansancio, pero en evidente gesto de placer.

² Léase la enumeración como una mala serie de instantáneas de la palabra SEXO, dando vueltas sobre sí: todo un anuncio de marketing.

³ Despampanante: de corona de pámpanos, no que se lleva ceñida sobre la propia testa, sino que, colocada sobre las frentes de al menos la mitad de los mejores poetas universales, desde las varoniles cabezas cae al suelo destazada, bajo el doloroso asombro del sexo “fuerte”, que nos ve pasar...

—No vayas a dormirte, al menos hasta que yo termine —DIJO; un dejo de ira retozando en los dedos de la mano, que a su vez casi ya me recorría el cuello: dibujando, de un solo trazo festinado, una alhaja de esmeraldas.

—Tal vez excesivamente ceñida —suspiré procurando no distraerlo todavía, agradeciendo el mantón breve, de borlas como botones en la punta (de una rosa cualquiera), que extendió sobre mis hombros para no verme tiritar.

Lo vi pedirme, antes de tomar un verde acre, la cuenca de la lengua, donde acostumbro a no guardar sabor alguno, para sembrarme allí —enraizado en plata— un vergel, breve, de gemas. Lo supe soñando con el mejor de los mundos posibles, una azada y un jardín (y no me vi incluida).

Le pedí que me colocara algún tono alegre sobre la piel blanca del torso y las caderas. Se decidió por los naranjas y fue aleteando mariposas desde mi iliacó izquierdo hasta mi ombligo, de ahí al derecho y luego un vuelo en picada (cerrando la cruz ansada que casi me hacía Tutankhamon) hacia los senos. Me supo soñando estar sobre un plato para té, suavemente giratorio: mostrando al volverme los sucesivos aderezos.

Luego sentí cómo —acariciando que me iban sus pinceles— me rodeaba el torso una delgada capa de verde botella: devine en ánfora y —pensé— desde fuera debo parecer una extraña trenza de verdes y naranjas, casi un amasijo de pimientos y aceitunas, o mejor: aceitunas con anchoas.

Yo sabía que Helmut acostumbraba excitarse progresivamente viendo que iba la fisonomía de sus obras. Sabía que —influenciados como estábamos por *El Libro de cabecera*— debía ahora proceder, si es que yo era de su agrado (luego de hacerme girar en su cabeza, sobre su propia vajilla para el té), a sellar con su firma mi vida (patentar su creación).

Me sentí volteada casi de modo brusco y temí que se astillara contra el piso mi ligera cubierta. Helmut comenzó a soplar a mis espaldas, justo sobre el *derrière*, cual si yo todavía necesitase un acabado.

—Una fruta, una maldita fruta es lo que eres —me seseaba al oído—. Una fruta enjoyada. Mira cómo te he aliñado hasta volverte casi berible, un poco más y una naranjada con whisky... —lamía, por lo bajo, el pubis verdeante, también como naranjas los iliacos —...iácida! —casi me escupe al morder, pero yo estaba acostumbrada a aquellos exabruptos o era mi letargo demasiado.

Creo que fue entonces que esgrimió el mayor pincel —yo, advirtiéndolo con dificultad: entre las piernas y el sueño la cabeza, lo coroné lancero de mi propio jardín, quise ordenarle que rojearan las rosas; y lo vi pretender algo intensamente purpurino sobre unos senos. (MIS senos, pero había comenzando esa especie de desdoblamiento con que el sueño nos colma: ese mirarse desde afuera —aunque saberse— como hacia un escenario; ser demiurgo —voy a ser nietzscheana— porque allí, en los sueños, es uno el espectador, el público y hasta el mismo teatro.)⁴ Sentí (en la ensoñación más bien se SIENTE) volverse a ese algo una banda escarlata que parecía provenir de alguna pared despapelada —me acariciaban desagradablemente los restos que bajo ella había dejado el alquitrán—, lo sentí ceñírmela (intento infructuoso de compre[n]sión), ceñirse con ella a mí...

Dos imágenes; quizás tres: la evidente reina de las barajas en Alicia... pide a sus guardias que las rosas blancas sean rojas; Nora (muñeca en su *Casa de muñecas*: columba en su jaulario) le dice a sus niños cuando llegan, bulliciosos, hasta ella: “¡Vaya unos colores que traen! Parecen manzanas y rosas”; luego en *El tiempo recobrado* de Proust: se habla de un antiguo empapelado de pájaros y rosas, tan separados que era posible cortar o enjaular a cada uno.

—Atravesada por la popa por un mástil mayor vas a quedar bonita —se excitaba—. Junto a mis bocadillos preferidos: carne roja (de acompañar con un rosado de cualquier cosecha) al

⁴ Del griego *theatron*: mirar.

pincho, mazorcas de maíz (la médula burbujeante del cereal amarillo: casi pústulas violáceas, si no ha sido segada justo a tiempo la espiga) asadas, pepinillos (vegetales) en salmuera, aceitunas (nunca al plato: a horcajadas sobre el estímulo,⁵ rellenas, ni siquiera apocado su poder, su regusto bajo la mezcla indigna del resto, avinagrado) con anchoas.

Y congruente, yo sentía, primero con placer infinito, cómo su bocado preferido —ya cansado el paladar de pretender pegarla contra él para extraerme el gusto: adivinarlo— comenzaba a ser una mujer tomada *contra natura*: violados los hombros de tanto asirla por ellos para perpetrar (las borlas florando brutalmente como esas esferas de papel japonesas, que rotando frutan), violáceo el rostro de la impávida troyana de tanto agarrarse, con una mano a mi garganta (la alhaja desgranada en esmeraldas por la sábana), violeta el vientre, cárdena, de evadir la presión contra el cristal de la bombona (bombón amontillado yo) y un chelo descompuesto su chillido.

Cuando, secundariamente —por el obligado placer transida—, se sintió morder, suave: a) un iliaco, b) otro iliaco, c) algún hombro, d) el vientre ya color ajonjolí, e) la nuca ahora espantada... Fui sintiéndome, literal y peligrosamente: naranjada que beber, mariposa que disecar y prender con alfileres a una página; mejor: hilera de ajíes y aceitunas (ya se la había visto girar sobre el platillo para el té y bien me sabía), que por un estilete —avinagradas— no son más que apetecido bocadillo... que espera a ser comido para SER.

Mientras Helmut lamía y devoraba (insecto, escarabajo sobre ella), creo que así alguna última verdad. Las boas de las sandalias, que no me habían desatado, subían por las finas rodillas hasta el sexo. Las bocas rojas: el hocico de un cerdo de navidad acoquinado por manzanas, ofreciendo el saber mientras fastuosas comprimían. No quería morder pero ellas frotaban y frotaban —como lustrándolas— los frutos contra la piel, desgas-

⁵ Del latín *estimulus*: agujón con que se obligaba a avanzar a los bovinos.

tando —en un bruñir de diamantes. Él ya silbaba —aflautados los labios—, tranquilo —ceñido a mi costado—, y les confiaba por qué sitios asediar, las conducía sobre ella cual si mi cuerpo fuera una planicie, un páramo desierto (lo era) donde aquellas ratas —las bocas afiladas lacerando las rosas (para hacer un ramo), los ojos como de urraca acezantes por las joyas— en mí pudieran acampar, asolarme.

Como olivo que frutece, en papel viejo y encerado, *jamila* resultó (alpechín goteante bajo el cuerpo, aceituna apisonada para no hacer, en fin, ni vino). Entreveradas las sierpes sobre los restos de rosal y sobre las manzanas mordidas y sobre —tembloroso aún, comprensivo— el estilete, creció —casi mínima y cercándome— la jaula.

Después sintió despacio cómo Helmut —la mano en el rodillo: el rodillo a la lata de la goma y después en: a) las clavículas, b) el ilíaco, c) el fémur, d) quizás también en los tobillos...— fueme pegando a la puerta de su cuarto: abierta todavía —como una extensión levantada por la que nadie, al parecer (aquella mujer lucía escandalosamente muerta) había tenido deseos de escuchar.

* Este relato no ha sido publicado anteriormente.

Lía

Desde que Lía entró a la universidad comenzó a proyectarse como defensora de los demás. Discutía con los profesores, los acusaba de maltratos, fraudes, abuso de poder. Poco a poco fue convirtiéndose en la líder de los estudiantes. Por supuesto que los familiares no veían con buenos ojos el giro que estaba dándole la chiquilla a su vida, más de una vez llamaron su atención

—¿Te crees muy lista? No pienses que vas a resolver los problemas del mundo —reclamaba el padre impaciente—. Te tildaran de revoltosa y conflictiva. No tolero verte salir con pancartas en los grupos estudiantiles vociferando como si fuieras un altoparlante.

—Ustedes solo saben criticarme. Es muy bonito ver los toros desde las barreras. No comprenden que luchó para que las mujeres sepan defenderse de los abusos y aprendan a ocupar el lugar que merecen dentro de la sociedad.

—Para eso no te hemos criado —protestó la madre—. Es inútil llamarte a la cordura.

—Lo siento, mamá —admitió bajando el tono de voz—. Seguiré haciendo lo que entienda correcto. Brindaré mi ayuda a todas las mujeres lastimadas y las instaré a que acusen a los abusadores y no soporten humillaciones.

—¡Basta, Lía! ¿Es que no entiendes? Desde que el mundo existe han maltratado y abusado de las mujeres. Y eso tú no lo vas a arreglar

—No, papá, son ustedes los que no entienden. Si cada una de las perjudicadas incrimina a sus torturadores, la vida se le hará más fácil —insistía—.

Esa misma semana volvió a salir. Los manifestantes en una protesta multitudinaria abarrotaron la Puerta del Sol. Lía llevaba dos días que no iba a su casa. Era una de las que más vociferaba en medio del tumulto. Desafiando la prohibición de las autoridades, se enfrentó a uno de los vigilantes por haberla insultado. Para colmo de males el policía la arrastró por toda la calle ante las cámaras de la televisión. Se armó un escándalo tremendo entre los de la prensa, los estudiantes y los políticos. No faltaron las amenazas en público contra los padres de Lía. Les advirtieron que si la hija seguía de “perturbadora”, tendrían que echarla de la universidad.

—¡Nos has hartado, Lía! —gritó el padre con los puños apretados por la ira—. Hemos sido demasiado consecuentes contigo y mira cómo nos pagas. Pasamos la vergüenza de verte en la tele, tu cara en todos los noticieros del mundo. Te aconsejo que te calmes y pienses más en nosotros.

Los consejos del padre sosegaron a Lía por un tiempo. Terminó la carrera y el padrino la instaló en uno de sus bufetes. Decía que era muy buena en la forma que tenía de proyectarse en las audiencias. Lo había demostrado en varias ocasiones. Todos hablaban de su energía, de cómo se las ingenia para ganar casi todos los juicios, lo mejor era que no paraba hasta ver en la cárcel a los abusadores. Su interés consistía en no defraudar la confianza y la fe que las personas colocaban en su trabajo.

Corrían los primeros días de la primavera la noche que, a la salida de un teatro, conoció a Mario, un joven de muy buen ver que le resultó agradable. Empezaron a salir. Los padres se alegraban al verlos juntos. Quizás con una relación seria se le quitaría la idea de arreglar el mundo.

—¿Qué hay con ese chico? —indagó la madre mirándole a los ojos—. No es correcto que sigas dándole paso a las murmuraciones. Si te ofrece matrimonio, acéptalo. Al menos hazlo por nosotros, para que no nos desacrediten más.

—Es solo un amigo —respondió Lía ocultando el rostro—. No me desagrada, pero tendré que pensarla. Ya les avisaré.

A decir verdad, Mario no le era del todo indiferente. La satisfacía sexualmente, la hacía disfrutar, pero había algo en su carácter que no acababa de convencerla. Era posible que sus padres tuvieran razón. Con probar no perdería nada. No había averiguado todo lo relacionado con el chico del que solo sabía que era periodista y provenía de una buena familia. No lo pensó dos veces y aceptó su proposición de matrimonio. La boda fue todo un acontecimiento, pero esa misma noche comenzaron los suplicios. Lía se dio cuenta que el esposo había colocado una cámara de video para filmarla cuando estuvieran haciendo el amor.

—¿Estás loco? Quítala. No soy ninguna prostituta —exigió encolerizada—. Después de una larga discusión, Mario tiró los trajes al suelo y le dijo que buscara con quién pasar la luna de miel porque se iría a otro hotel. En su primera noche de bodas, Lía durmió sola. Al día siguiente apareció con un enorme ramo de flores, pidiéndole que lo perdonara y hasta alguna que otra lágrima dejó entrever al jurarle que no sucedería más. Sin embargo, Lía se dio cuenta de los moretones en el cuello y el olor a otro perfume.

—¿Dónde has estado? No me digas que solo.

—¿A qué viene eso? ¡Eres tan estúpida que te atreves a dudar de mí! Mira lo que hago con las flores —las pisoteó sobre la alfombra—. Pues sí me acosté con otra menos exigente que tú —Lía bajó la cabeza y tragó en seco. No hubiera deseado que su relación comenzara con tan mala pata, pero tampoco era ninguna aguantona—.

A Mario se le había metido en la cabeza la idea de que Lía no volviera a los tribunales, por eso la mañana que la vio arreglándose apurada para acudir al bufete, se encolerizó, la tomó por el brazo para preguntarle:

—¿Por dónde tú oyes? No me hagas perder la calma. Te dije que no quería que regresaras al trabajo. Que te quede claro que tengo suficiente dinero para mantenerte. De aquí no saldrás.

—El que no oye eres tú. ¿De nada ha valido las veces que hemos conversado sobre el tema? Siento comunicarte que volveré a las salas de audiencia donde me aguardan nuevos casos —respondió ecuánime deshaciéndose del esposo—. No te he dado motivos para que me prohíbas trabajar. Espero que a mi regreso hayas rectificado tu locura.

—¡Lía! Tú eres la que no quiere entrar en razón—manifestó alterado—. Haces oídos sordos a lo que te digo, no tengo necesidad de aguantarte tus malcriadeces. Te quedarás aquí.

La tomó por los hombros y la tiró contra la cama. El timbre insistente del móvil evitó lo peor. Era el director del periódico para el que Mario trabajaba comunicándole que necesitaría de los servicios de su esposa. Quedó pensativo. Le debía favores. Había puesto en tela de juicio la veracidad de ciertas informaciones por darlas incorrectas

No tenían confianza en sus investigaciones, pero el director lo mantenía activo como reportero en la calle, advirtiéndole que no podía cometer ningún otro error pues no habría una próxima vez, lo expulsarían del diario. Ni por un momento Lía imaginaba lo mal que le iba al esposo. Sin embargo, a pesar de todos esos antecedentes, quería darse el lujo de mantenerla.

—Era una broma —dijo ayudándola a incorporarse—. Ve, ve para tu faena.

Esa misma noche, a la hora de la cena, le pidió el favor a la esposa. Comenzó un largo rodeo sin atreverse a decir de qué se trataba, hasta que se decidió:

—Es que mi director ha tenido serios problemas.

—Si está en mis manos con mucho gusto lo ayudaré. ¿Qué le pasó?

—Ha violado a una menor.

—¿Qué has dicho? —Lía se volvió como una fiera—. ¿Has perdido el juicio? ¿Cómo te atreves a proponerme algo tan vergonzoso y humillante? Que lo condenen a cadena perpetua. Es un cobarde. No cuentes conmigo.

—¿Y con quién voy a contar, chica? No es para tanto ¿A ti

qué más te da? Además te exijo que lo hagas, que lo defiendas y lo saques libre. ¿Oíste? Estoy obligado a protegerlo —la miró de reojo, sin poder decirle que estaba amenazado por el director que lo chantajeaba con sacar a la luz otro terrible asunto del que también lo había hexonerado, si Lía no lo defendía—. Esto no es un juego —reiteró—. Es mi jefe al que debo favores.

—¡Págaselos! Ese es tu asunto. Me niego a tomar el caso.

La disputa adquirió poderosas dimensiones. Mario, desesperado ante la negativa, la haló por el brazo pegándole varias bofetadas.

—Esto es para que no te hagas de rogar y aprendas a obedecerme ¿Quién te has creído que eres?

—Estás loco ¿Cómo se te ocurre golpearme? Jamás te lo perdonaré —gritó Lía limpiándose la sangre de la comisura de los labios con el dorso de la mano—. Despreocúpate, sé lo que tengo que hacer.

Lía subió al coche y salió a toda velocidad. Por el camino y con la cabeza más fresca determinó que no pondría la denuncia pues no quería aparecer como víctima y servir de estandarte a cualquier campaña propagandística. Esperaba a que ese tipo de agresión no volviera a repetirse en su persona. No era por miedo, sino por la pena de contar lo sucedido, no podía apartar de su cabeza la idea de que su marido la hubiera golpeado. Giró el coche y regresó a su casa, tampoco valdría la pena mostrarles a sus padres su fracaso. Al día siguiente tuvo que ir a trabajar con gafas oscuras para ocultar los cardenales del abuso. Por la tarde lo vio entrar sin ningún signo de preocupación, sin haber realizado ni siquiera una llamada al móvil para saber de la esposa. Venía más ofuscado y agresivo que la vez anterior. Tenía la presión del director y la negativa de la esposa.

—No te hagas la tonta conmigo, Lía —dijo a modo de saludo—. Mira que el asunto de mi jefe no es cuestión de juego. Toma el caso o de lo contrario la pasarás mal.

—A mí no me intimidas —aclaró—. Ni por todo el oro del mundo defiendo a un violador y mucho menos de menores.

¡Olvídaloo! —exigió enérgica, pero no pudo continuar, sintió los nudillos del esposo contra su boca.

—Te pesará haberte negado —gritó elevándose a la cima de la naturaleza animal.

Levantándola por los hombros con una energía insospechable, la dejó caer contra el piso golpeándola en pleno rostro. Dándole patadas por donde la agarrara. Puñetazos por los senos, en los ojos, sobre las costillas. La mano del marido iba y regresaba con más rabia. Le halaba el pelo como si quisiera arrancárselo. Estaba frenético, desconocido, salvaje.

—Déjame, abusador —intentaba defenderse pero las fuerzas del esposo eran superiores. El puño caía violento sobre la nariz, la sangre que brotaba por las fosas nasales fue confundiéndose con la de los labios. Inconsciente, tirada en un rincón, con el cuerpo adolorido, sin apenas poder abrir los ojos y un torbellino de ruidos e imágenes desordenadas en el cerebro, estaba la defensora de las mujeres. Después de un largo rato fue recobrando el sentido. Era lento su entendimiento, escapaban las ideas, hizo un esfuerzo por abrir los ojos y un líquido caliente y pegajoso se lo impidió. Parecía mentira que aquella mujer que era capaz de enfrentarse a criminales, no hiciera nada para librarse del maltrato. La misma mujer que abogaba por los derechos de las demás, tuviera que andar a rastras en busca del móvil para llamar a sus padres.

—Por favor, papá, necesito ayuda. Ven y llama a una ambulancia —dijo con hilo de voz antes de regresar al silencio de la inconsciencia.

Era una situación difícil y bochornosa. No sabía cómo había permitido que la golpearan de esa forma. Comprendía que le había pasado por no cortar el mal de raíz. Ahora más que nunca comprendía el objetivo de su lucha. Mientras más sufría las consecuencias del maltrato, más sentía la necesidad de combatirlo. Una semana estuvo Lía guardando cama. De nuevo se apareció al despacho con gafas oscuras, evitando las preguntas por los visibles moretones y desviando la atención de los de la prensa

sensacionalista. Los colegas al verla en ese estado le aconsejaron que tomara un descanso.

—Hija, vengo a pedirte que seas indulgente y acabes de hacerle el favor a Mario, para que evites más problemas —rogó la madre cuando fue a visitarla—. Se ha aparecido en varias ocasiones en la casa amenazándonos. No busques más inconvenientes. No quisiéramos volverte a ver de este modo.

—¡Qué poco me conoce ese infeliz! —expresó enojada—. Me exige que limite mis deseos de hacer justicia. No sé ni cómo no lo he denunciado. Pero debo decirte algo que me preocupa. Estoy embarazada —la noticia hizo que los ojos de la madre se cubrieran de lágrimas—. No te entusiasmes, que dada las circunstancias, no estoy segura que me convenga tenerlo. Mario no cambiará su modo de ser por el nacimiento de un hijo, por eso te suplico que no le comentes a nadie.

A tantos ruegos de sus padres, Lía admitió ser la defensora del violador.

—Ves que cuando te portas bien no tenemos problema —insinuó Mario tratando de acariciarla, pero Lía lo esquivó—. Me alegra que te hayas decidido a asumir la defensa de mi jefe. Como soy agradecido, en cuanto termine el juicio nos iremos de viaje.

—En cuanto termine, iniciaré los trámites de divorcio —respondió categórica—. Y ahora vete, quiero estar sola para analizar bien los que debo hacer. El caso está súper difícil. No te arriendo las ganancias.

—Procura que salga libre —dijo amenazante.

El acusado le había enviado una carta a Mario donde explicaba bien claro que si la sentencia era desfavorable e iba a prisión, lo medios de prensa tenían la orden de sacar a la luz toda la basura que él había cometido como periodista, e informaría a todas las redacciones su incompetencia como trabajador.

—Confío que tu defensa sea la mejor. Que te quede claro que todo debe salir bien. Ya me conoces.

En ningún momento Mario sospechó que su esposa iba poniendo en manos de la fiscalía todos los datos que consideraba necesarios para inculpar al violador.

El fallo del juez fue inapelable, condenaron al director del periódico. Reporteros y curiosos corrieron hacia la abogada al verla salir de la audiencia, acosándola a preguntas, pero como llevaba prisa porque sus padres la aguardaban a la salida del juicio, hizo a un lado a los periodistas. Se disponía a entrar al coche cuando se escuchó el disparo.

Lía cayó al suelo con un tiro en la frente.

* Este relato no ha sido publicado anteriormente.

Con las manos limpias

*A*quiles Rosales no espera para ver cómo su madre se desangra; tampoco oye sus gritos, encendidos por el dolor. Sale del cuarto con las manos limpias, como un ser libre que comienza a vivir el nuevo día. Ya no habría más burlas, ya no. Ahora puede andar tranquilo hasta que venga a buscarnlo el hombre de las esposas y la pistola.

Camina, sin prisa.

En la memoria una tonada que aún cuelga de los labios de su madre. Él la cantará ahora, solo, como hacen los hombres. Ya es grande, se lo dijo la maestra cuando él defendió a la niña Laura de los golpes de los otros, los hijos de los hombres de las esposas y la pistola, que también serán hombres de esposas y pistola cuando crezcan, para imponer el orden.

La niña Laura lo defendió cuando ellos se reían de él y le gritaban bobo. Por eso, un día le pedirá que sea su novia.

A él le gusta el orden, y su madre le ha dicho que eso es bueno, pero con Laura es diferente. Laura será su novia, y él no quiere una novia loca y de huesos jorobados.

Llega a la calzada. Hay muchos carros hoy y tendrá que atravesarla de un extremo al otro; pero él sabe que con la luz roja no se cruza, ahora seguro ponen la verde y entonces sí, su mamá se lo enseñó desde el primer día de clases. Repasa la sentencia: el niño debe portarse bien al cruzar la calle. Una y otra

vez: el niño debe portarse bien, para que no venga el hombre de las esposas y la pistola; decía la madre mientras él pensaba en sus tres grillos, atados sobre láminas de aluminio al sol para que aprendieran a ser mejores niños y comerse toda la comida. Las luces son como sus grillos, y si no se portan bien para que él pueda cruzar la calle, las sacará de esa caja y les hará escribir cien veces en una hoja: yo debo portarme bien.

Ha cruzado. Fue muy fácil, bastó cerrar los ojos para no ver la escena y salir corriendo entre los gritos y los ruidos desesperados.

Camina.

La culpa es de la maestra, que escribió la nota.

Y de su madre, que fue a la Iglesia de El Cobre a ver a la virgen:

—Vuelvo pronto, macho, sé bueno.

La madre lo dejó al cuidado de la maestra, pero los días lo esquivaron y Aquiles Rosales vio caer los lagrimones. Ya no quería más regaños, ni los huevos crudos en ayuna para ponerse fuerte y que el hombre de las esposas y la pistola no se lo llevara. Además, extrañaba a sus grillos, y un poco a su madre.

¿Es tonta la maestra? A él no le gusta bañarse, y la odia como nunca cuando frota la piel hasta dejarla ardiendo y llena de espuma. Eso no volverá a pasar, ya no, el niño es feliz ahora. Pero si la maestra otra vez se porta mal él comenzará a cantar y la asustará con sus dientes. El orden, porque el niño debe tener sus cosas en orden, es siempre el mismo: la tonada se eleva al cielo y la saliva cubre sus dientes; la tonada se hace ritmo caótico y la saliva, como una nata blanca, opaca el frenillo, la encía y la lengua; la tonada se refugia en su mente cuando él cierra los ojos para no ver la escena y clava el punzón en el abdomen. Él respeta el orden, será ella la que rompa la armonía con sus chirridos y sus movimientos de elefante en una cuerda floja cuando la golpee.

La madre, en cambio, le veía revolcarse por el fango vestido de hombre indio, cazaba gusarapos para él y le permitía comerse

los mocos. Pero se fue a El Cobre en busca de la virgen, y estar con la maestra era como estar solo.

La soledad le gusta, sí, para jugar a que tiene una novia y le besa los labios, le roza el cuello con su lengua y sigue bajando a los pezones, que lame y pellizca hasta ver cómo abre sus piernas y se entrega señorita para él, que la penetra arriba y abajo como en las telenovelas, mientras siente la tonada explotar en su entrepierna. Pero despreciar su soledad con la maestra es una penitencia, y él no lo permitirá otra vez.

Camina, ya falta menos. El recuerdo de la madre se limita a lo que le contara de la virgen, aunque él también puede sentirlo. Son unos verdugos que llegan, le hacen la reverencia quitándose el sombrero y lo toman por la oreja para decirle:

—Vamos, macho, la pasarás tan bien como tu madre.

Entonces lo golpean y cae al suelo, vencido por el cansancio de los días. Como su madre. Gritos. Golpes. Está desnudo. Los verdugos se quitan las capas, ellos también están desnudos. Sucios. Lo ponen de rodillas y atragantan su garganta. Olor a orine. Lo toman por la cintura y lo dominan. Gritos. Golpes. Sangre. Confusión y fiebre. El empujón que arde insolente, uno tras otro hasta el cansancio. Sudor y saliva hasta el final. Y las palabras del hombre de las esposas y la pistola, que aturden al oído:

—Macho... así, macho.

Luego, como a su madre, el golpe en la cabeza.

Se ha detenido. Por un momento los verdugos le llenaron de musarañas la cabeza y pensó que le colocaban las esposas; pero él ya es grande, como dice la maestra, y echa a correr con todas sus fuerzas en busca de un escondite.

Una cueva. Esa fue la suerte de su madre cuando los verdugos la dieron por muerta y el hombre de las esposas y la pistola, que él sabe bien que es policía aunque se disfraze de hombre malo, dio la orden de escapar. Una cueva. Uno de esos refugios que se construyeron porque ya venía la guerra y luego, cuando se quedaron con las ganas de jugar a los soldados, como le explicó en voz baja a su madre la maestra, han quedado para

meaderos y cagaderos populares. Una cueva que le permitiría sanar sus huesos y su cabeza para seguir en busca de la virgen milagrosa; unos huesos que se joroban y una cabeza que se vuelve un espantajo delirante por los golpes y la obsesión de la memoria. Él presiente que una cueva puede ser la salvación; pero en el pueblo no hay ninguna, no importa, porque el hombre malo, que él sabe que es un policía, ya se ha ido.

¿Se fue o eran de nuevo las musarañas de sus pensamientos? ¡Qué furia cuando la maestra dice que todo es un invento de su mente, unos bichos que le nublan su inteligencia! Él los ha visto, son unos verdugos con la cara triste, no han encontrado novia y aún se orinan en los pantalones. Unos verdugos que no se dejan montar por el hombre de las esposas y la pistola, que se pone bravo y les apunta; pero no dispara, sino que se vuelve para atorarle la frase en el oído:

—Macho... así, macho.

Pero no, la maestra tiene razón. La maestra es buena. Son los bichos. No hay nadie en la calle, no está el hombre de las esposas y la pistola para detenerlo. Puede caminar sin prisa, cuando lo hace las musarañas se espantan.

Silba una tonada y recuerda a su madre, que regresó con la paz de todas las virgencitas juntas. Su niño estaba a salvo, la virgen hacia el milagro: una vida por la otra. Lo abraza, pero él no la reconoce. Está muy fea su madre con los huesos jorobados. Y loca, muy loca.

Esas piedras. Los amigos le tiran piedras a la loca del pueblo. Él también tira, tira con todas sus fuerzas. No quiere ver en esos ojos a su madre. Está furioso con esa musaraña que procura alimentarlo y que agradece a la virgen la salvación de un inocente. No más enfermedad para Aquiles Rosales. Piedras. Piedras y gritos para la loca. Vergüenza. Él tira, tira y da en el blanco. Y reparte la hazaña entre sus amigos, aunque después se obligue a escribir cien veces en una hoja: yo debo portarme bien.

Él es inteligente, lo dice la maestra. Cuando las piedras rebotan sobre el cuerpo de su madre y ella grita que ya llegan

los verdugos con el hombre de las esposas y la pistola, él escupe en el piso y emprende el canto para que la loca no sienta dolor.

Dolor. Cuando nadie lo ve llora por ella, y la saliva es una nata que le cubre los dientes.

Camina, ya falta menos. Sabe que el hombre de las esposas y la pistola exigirá un culpable, y no lo dejará en paz hasta oírle delatar a todas sus musarañas. Pero él no puede hacerlo; qué pensará la niña Laura si él se vuelve un chivato, no querrá ser su novia ni lo besará en la boca. Un culpable.

Golpes, piedras y verdugos.

Musarañas de sus pensamientos.

Ya viene el hombre de las esposas y la pistola. Un culpable, hace falta un culpable. ¿Y si el niño corre, si se esconde en una cueva hasta que no haya más verdugos en el mundo y nadie lo recuerde? La culpa es de la maestra, que escribió la nota y sus amigos conocieron la historia de la loca, y al hijo de la loca. Por ella olvidó a sus grillos, que murieron tostados sobre láminas de aluminio sin que nadie se acordara de zafarlos. Sí, la culpa es de la maestra. Ella se ha portado mal, no más baños ni huevos crudos en ayuna para él. La maestra merece una tonada.

Aquiles Rosales, con las manos limpias, corre para su cueva; pero ha visto a los verdugos y se detiene. Tristeza. Sudor. Los verdugos lanzan golpes al aire, lo amenazan. Comienza la tonada. ¿Y la niña Laura? ¿Se casará con otro? No, él vendrá a buscarla para lamerle el cuello y pellizcarle los pezones. Tristeza. Olor a orine. Los verdugos hacen unas señas feas con las manos, se besan entre ellos y lo invitan a acercarse. Sangre. Ve las manos de los verdugos, rebosantes de sangre. Ya llegan, casi lo tocan. El punzón resplandece, a las órdenes de la tonada. Llora, y la saliva es una nata que le cubre los dientes.

Aquiles Rosales corre. El niño se porta bien. Pero el hombre de las esposas y la pistola se multiplica, muchas pistolas le apuntan y suenan las esposas al cerrarse.

* Este cuento pertenece al volumen *Con las manos limpias*, Santa Clara/Bogotá: Coedición San Librario-La piedra lunar, 2011.

Lo juro

Yo la puse en la cama, allí, en la esquinita. Fue solo un momento, lo juro. No tengo culpa. Yo la tuve aquí, aquí dentro. ¿Cómo voy a tener culpa? Ese día en que él me pegó yo me agarré la barriga. Nunca supe por qué me pegó con los puños, me tiró al piso, me gritó cosas hasta que ya no lo oí más. Cuando me desperté me dolían los brazos, la cara, las piernas, pero la barriga no. Yo no, yo no lo hice. Ella lloró por la noche. Yo la cargué y le puse la mano en la boca para que él no se despertara y me fuera a pegar. La mecí en el sillón, no le canté para no hacer ruido, pero le besé la cabecita, le hablé y no entendía razones. No entendía. Le quité la ropa y la revisé. No había nada, lo juro. Ella movía los piecitos así, lloraba y lloraba sin parar. La carita le quería reventar de como estaba. Él despertó, y yo, con ese miedo, pensé que nos iba a pegar; pero no, cuando sentí la puerta supe que se había ido. Busqué la oración que me dejó mamá y le recé al espíritu de la abuela por si acaso era mal de ojo. Le pasé la albahaca por todo el cuerpo, pero ella siguió llorando. Y lloró, y lloró. Pasaron horas, horas en que yo no dormí. Vigilé la puerta por si él entraba, pero no hubo ruido, solo la chiquita que lloraba. Ahora estoy aquí, no sé por qué, no tengo culpa, lo juro. Si me duele el oído es porque él me pegó. Yo estaba en el piso con ella, me agaché para oír el corazón, la toqué... Ya no movía las piernitas. Él llegó sin que me diera cuenta, me miró,

después cerré los ojos y apreté los dientes, la bota vino... y el dolor me tumbó. Me gritó que yo no servía, que se alegraba de que me llevaran. Yo tenía que haberme muerto, total, ¿para qué vivir ya? Yo fui a cambiarle el pañal y la puse en la cama, allí, en la esquinita. Me viré solo un momentico... Lo juro. Entonces, la niña se calló.

* Este relato apareció en la antología *Vida laboral y otros minicuentos*. La Habana: Ediciones Cajachina, 2006.

YASMÍN S. PORTALES

Ajuste de cuentas

El camión se detuvo en un parqueo subterráneo, supuso que de una unidad cercana a la costa. El camino que debían recorrer estaba marcado por una fila de uniformados a intervalos de metro y medio: había que subir las escaleras y avanzar por la galería, allí debían estar el Departamento de Crimen Organizado, o la Sección de Clasificación. Lo iba a saber pronto.

Daniel medía 1.90, con los tacones de Dania pasaba los dos metros. Esa era una de las claves de su éxito profesional, pero con la policía su altura era peligrosa: los hombres suelen agredir aquello que temen. Por eso bajó del camión despacio, más o menos a mitad del grupo, en silencio y con gestos suaves.

Bajo la luz blanca y dura del parqueo, los maquillajes corridos y las lentejuelas baratas de las mujeres adquirían un aire ridículo, pensó Dania. Pero no era de extrañar que su apariencia distara del glamour habitual de las “Chicas de Mayito”. Había sido una noche dura, y las novatas andaban al borde del pánico. Por suerte Lucía y Sheila se mantenían calmadas y con sus miradas mantenían a raya al resto.

La línea de uniformes azules terminaba en la Sección de Clasificación, que estaba saturada, claro.

—Que las putas esperen ahí —dijo un poli de rostro sudoroso y señaló una de las paredes.

¡Eso era fácil! Alinearse a lo largo de la pared, a la espera de que las llamaran, era casi el estado natural de la mayoría de las chicas. Varias apoyaron un pie en la pared y cruzaron los brazos por debajo de los pechos, otras se pusieron de lado, el antebrazo como apoyo y la cadera ladeada. Era la costumbre: posiciones básicas del trabajo callejero. Pero la visión de veinte cuerpos femeninos en clara exhibición de sus “recursos humanos” —como les llamaba Mayito— no era fácil de soportar para estos polis cansados de la redada nocturna.

El de rostro sudoroso se acercó con pasos cortos y oscilantes.

—Pero ¿qué se creen ustedes? ¿Que este es el Callejón del Chorro? ¡Bajen las patas y dejen de apretarse las tetas! Esta es una estación de policía, ¡coño! Puñeteras putas que no saben dejar de provocar. Esperen su turno como mujeres normales ¿es tan difícil? —entonces detuvo sus ojos en Dania, Sheila, Luciérnaga y Amparo—. Y también esto... ¡Qué noche! —dio vuelta y regresó a la mesa donde levantaban las fichas.

Desde su sitio junto a la pared, Dania vio cómo los hombres de Mayito eran fichados y conducidos a las celdas. A cada rato chequeaba el reloj, pues cada minuto ahí, en la línea, era un riesgo. Estaba demasiado visible con su altura y su vestido negro. Cualquiera la reconocería de lejos.

Media hora después, empezaron a llamar a las chicas para tomar las generales y hacer las fotos. Avanzó con pasos cortos, pero separando los pies. Empezaba a caminar como Daniel de nuevo, y eso le gustaba. ¿Cuánto tiempo tendría que andar descalzo para recuperar la postura? ¡No importaba! Tendría todo el tiempo del mundo en lo que llegaba el juicio.

—¿Nombre?

—Dania Martínez —y lo dijo despacio con su voz gruesa, de hombre.

El policía levantó la cabeza, y le miró con desprecio.

—Nombre, no alias.

—Dania Martínez —repitió con seguridad, sin subir el tono.

—Mira, puta...

—¡Abrevia, Hurtado! —le cortó el policía que esperaba junto a la cámara.

Hurtado miró el resto del grupo por fichar: detrás de Daniel estaba Martica, que ya tenía expresión fastidiada y golpeaba el piso con la punta de su zapato naranja de lazos, como si estuviera en la fila para pagar en el súper y Hurtado fuera un cajero lento. Más atrás, las cabezas se asomaban tratando de comprender por qué la cola de las fichas se había detenido. Sus ojos se detuvieron al final, y por la expresión sorprendida, Daniel dedujo que allí estaban Sheila, Luciérnaga y Amparo.

Hurtado era un hombre con el pelo ya blanco, una mota anticuada le caía sobre la frente, pero Daniel pudo ver cómo una vena empezaba a latirle en la sien. Al parecer, Hurtado había dejado de recorrer los parques de su ciudad diez años atrás ¿no?

—¡Hurtado! —repitió el de la cámara.

—¡No me jodas, Macías! —volvió a mirar a Daniel, respiró hondo y puso de nuevo las manos en el teclado.

—¿Nombre?

—Dania Martínez.

—¿Edad?

—Treinta y dos.

—¿Altura?

—Metro noventa.

Hurtado apretó un botón, la impresora entregó la ficha de Dania y él se la pasó con gesto automático.

—Pase a la cámara. ¡La que sigue! ¿Nombre?

—Martha Rodríguez.

—¿Edad?

—Veintisiete.

—¿Altura?

—¿Con zapatos o sin zapatos, Hurtado?

—Medidas naturales, señora.

—Metro sesenta.

Dania dejó de escuchar, concentrada como estaba en limpiar un poco las mejillas. No porque fuera su última ficha

policial iba a quedar mal ¿cierto? Luego se paró en la marca y esperó a que Macías apretara al botón. La luz le deslumbró por un momento, y bajó los párpados. Le pareció que la silueta de Baldomero bailaba entre las formas que provocara el golpe de luz.

—Estoy sentimental —murmuró mientras se dirigía a un poli con cara de sueño y un vaso de papel en la mano con algo aguado que olía vagamente a café.

—¿Y ahora?

El del vaso de café sonrió.

—Cuando tus amiguitas terminen, las llevaremos a la suite que les tenemos reservada. No puedo llevarte ahora porque tu paquete no incluye atención individual en la entrega de las habitaciones.

Daniel sintió unas ganas urgentes, ¿masculinas?, de bajarle un piñazo al gracioso, pero se contuvo. Solo sonrió y se refugió en una esquina, medio oculta por el saliente de una columna mal pintada.

El resto de las chicas se fue congregando a su alrededor, de modo que al final era casi invisible. Bien, sonrió Daniel para sí, solo quedaba lograr bajar a las celdas sin ser notada. La suerte no se le podía acabar ahora. ¿Verdad?

—¿Todo bien por aquí? —el comentario casual fue como un latigazo en el grupo de mujeres, que se quedaron calladas, expectantes.

No era Daniel el único con ganas de salir corriendo, podía verlo. Todas las prostitutas de la Costa Brava temían a Orgambide, así que las chicas, desde Amparo hasta Martha, se encogieron como muñecas de papel mojado ante el saludo casual de teniente.

Daniel no se movió. La suerte se le había acabado, pero no dejaría que el pánico le hiciera actuar de modo irracional.

—Creí que estabas de vacaciones, Orgambide —comentó el policía del café.

Sí, eso le había dicho Fundora a Daniel, que Orgambide estaría de vacaciones en los días de la operación. ¿Qué coño hacía aquí?

—Retrasaron la salida de mi tour por el mal tiempo, estaba en casa cuando vi la noticia de la redada y decidí venir a echar una mano. ¡Total! Mi mujer no deja de joder. Entonces el Capitán me dijo que bajara a recoger las fichas y las subiera a archivo, para que no tengas que mandar a Macías ni a Hurtado allá.

—Mira, estas son las fichas de “Chicas de Mayito”. Llévatelas —dijo el café.

—¡Eh! ¿Cargaron con las putas? —en la voz de Orgambide había asombro e interés, pero Daniel no se atrevió a moverse para verle la cara.

—Sí, sí, con todo el mundo cargaron hoy. Esto es una operación de bien arriba, para que los cabrones como Mayito no puedan pedirle ayuda al alcalde.

Los dos rieron.

—Bueno, voy a llevar esto —dijo Orgambide—. ¿Después paso a recoger más fichas?

—Tú verás en qué te pone el Capitán —dijo el del café con tono desinteresado.

Por los suspiros de alivio delante suyo, Daniel supo que ya Orgambide se había marchado.

Bueno, ahora era cuestión de tiempo: Daniel estaba seguro de que vendría a cobrar. La pregunta era cuánto tardaría el Teniente en librarse de su trabajo como “lleva y trae” para buscarle.

El policía de rostro sudoroso regresó entonces, con tres uniformados y el mismo humor.

—Vengo a llevarme a las putas.

En el sótano ya había varias celdas llenas. La estación estaba desbordada, pero Daniel supuso que el equipo de la Fuerza Especial quería mantener a todas las bandas cerca, para que la conciencia de la magnitud de la redada empezara a arañar la seguridad de los más débiles y multiplicara la paranoia de los jefes.

El suelo de la celda no estaba especialmente sucio, y el olor a orina y sudor era difuso, más un atributo de todo el sótano que un detalle especial del departamento a las “Chicas de Mayito”. Las mujeres se repartieron por grupos de afinidad. Las más experimentadas se movieron con suficiente rapidez para ocupar el pequeño banco de la pared del fondo y los rincones en penumbra.

Daniel se quedó pegado a la reja. Se concentró en los sonidos de la galería, tratando de discernir si Orgambide ya estaba en camino. Mientras, se sacó el zapato izquierdo, abrió el tacón al hacer palanca con un barrote y sacó el relleno. Tenía que apurarse.

—¡Mariana! —Daniel no quería traicionar el miedo que ya le trepaba por las piernas, pero en su voz había la cantidad suficiente de inquietud para que la otra saliera del fondo de la celda.

—¿Qué fue?

—¿Te acuerdas del último lugar al que quiero ir antes de morirme?

Mariana arrugó las cejas, claramente extrañada de aquella pregunta, pero cerró los ojos para recordar. Las líneas de maquillaje corrido se le movieron hacia las mejillas.

—La Casa de la Colina —silabeó despacio.

Daniel asintió. Habría gritado de felicidad, pero no quería atraer la atención antes de tiempo.

—El teniente Orgambide vendrá a cobrarme una deuda.

Mariana dio un paso atrás, pero el rubio la atrapó por la muñeca.

—No viene por ti, tranquila. Cuando nos vayamos, le pides a algún guardia que te deje usar el teléfono.

—No me van a dejar llamar —le interrumpió Mariana.

—¿Por cincuenta dólares? Seguro que sí —le pasó el relleno del tacón a la morena—. Ahí hay cincuenta dólares y un número de teléfono. Llamas y pides cincuenta mil por la dirección de Daniel Maldonado. Ni un kilo menos, Mariana, que mi padre es un agarrado del carajo y tú tienes que operar a ese niño.

El rostro moreno y pintarajeado se endureció y Daniel supo que el mensaje llegaría seguro. Mariana no dejaría pasar la oportunidad de operar al niño y cambiar de trabajo. ¿Y luego? Eso dependía de con cuánta velocidad pudieran moverse Fundora o Benavente.

Mariana asintió con fuerza y retrocedió despacio, se perdió en la sombra, como si fuera engullida por los cuerpos de las otras mujeres.

Daniel se ató de nuevo el zapato y pensó que era una buena despedida: cincuenta dólares y ayuda duradera, más de lo que Mayito u otro de su tipo jamás le daría, con las pésimas cartas que le habían tocado en el juego a Mariana. ¿Y las otras? Cuando volviera a ver a Martica, Sheila, Luciérnaga y Amparo, ya no sería Dania, sino el agente Daniel Maldonado. Un paso en la sala del juicio y sabrían que se había aprovechado de ellas, de la red que habían tejido para sobrevivir a los desmanes de Mayito.

Por más de un año le habían protegido, educado, apoyado. Luciérnaga y Amparo incluso la veían como su sucesora: Dania sería el travesti más caliente de la Costa Brava en los noventa, como lo habían sido ellas la década anterior. Porque, claro, la travesti más caliente de la Costa Brava tenía que ser de Mayito.

—Después de esto deberían fundar una cooperativa —ninguna contestó, pero Daniel no tenía tiempo que perder, así que siguió hablando hacia el interior de la celda, a todas y a ninguna—. Piénsenlo, Mayito va a estar fuera de circulación un buen rato, ¿de qué van a vivir mientras? Renten un local, contraten un barman, tres camareros y cinco gorilas, repartan las ganancias entre todas. Después de todo, ¿hay algo de este negocio que Lucía, Sheila o Martica no sepan, que no puedan prever? Ninguna pertenece a nadie, el sudor es de sus culos, el riesgo de sus caras, ahora están aquí porque son evidencia de los delitos de Mayito. ¿No se dan cuenta? No es que la policía no crea que no vale la pena levantar cargos contra las putas, es que ser puta no es delito en este país. Es delito ser proxeneta, explotar putas. Pisen de la explotación —sonrió de imaginar lo

que su profesor de economía pensaría ante la obvia conclusión—, socialicen la putería.

Hubo algunas risas nerviosas desde la penumbra, y Daniel supo que las había hecho pensar. Justo a tiempo, porque reconoció la silueta de Orgambide a unos metros.

—Ahí viene —suspiró.

Todas retrocedieron hacia el interior, solo sus zapatos estaban aún en la franja de luz cuando el teniente llegó ante la celda.

—¡Pero qué linda colección de tacones! —confiado, el hombre abrió la puerta y entró—. ¿Dónde está Dania?

Las mujeres se apartaron, dejándolos frente a frente. Daniel tenía los brazos cruzados por debajo del pecho, las piernas abiertas y expresión aburrida.

—¿Qué quieres?

—Tienes que acompañarme para un interrogatorio —explicó con sorna el teniente.

Daniel le miró desde arriba —Orgambide media apenas un metro setenta y cinco— y sonrió desdeñosa.

—¿Tú estás a cargo ahora? Tranquilas muchachas, al amanecer será como si nada hubiera pasado.

Risitas burlonas inundaron la celda, pero en la penumbra el hombre no podía ver más allá de la primera fila de rostros, impasibles, sombríos.

—¡No te burles, coño!

Avanzó y le dio un golpe justo debajo del esternón. Daniel se dobló, sin aire, y Orgambide aprovechó para agarrarle el moño, enrolló la cola de caballo en su puño y empezó a remolcarle hacia fuera. Completamente desbalanceado por el golpe, el zapato roto y los tirones, el rubio casi cayó, pero apoyó una mano en el suelo y tiró de vuelta con toda la fuerza de su espalda. Ahora fue el hombre el que casi perdió el equilibrio, pues no esperaba la repentina resistencia. Giró y le abofeteó.

Daniel gruñó, más molesto por lo que significaba el golpe que por el dolor. El tono bajo, nada femenino, pareció divertir a Orgambide.

—¿Te vas a poner hombrecito ahora, mami?

Daniel cerró los ojos, tratando de agarrar los jirones de raciocinio que se le escapaban siempre frente a Orgambide. No podía luchar, no podía rebelarse, no podía dejar de ser Dania ahora, o todo se iría al carajo.

—Aquí no... —repuso el tono quejoso mil veces ensayado para Mayito.

—Claro que aquí, puta, ¿te crees que soy imbécil? ¡Dale! —y volvió a tirar del moño.

—Espérate —la voz de Martica les detuvo casi en la puerta de la celda—, le vas a partir el tobillo, bestia.

La gordita se apresuró a zafar las correas de los tacones, Daniel soltó un suspiro agradecido. En la caricia del empeine, donde las cintas se habían marcado, reconoció su adiós.

* Este es un capítulo de una novela en proceso de escritura.

ENA LUCÍA PORTELA

Por lo menos un tortazo

(Fragmento de *Cien botellas en la pared*)

Si algo lo irritaba sobremanera, si algo lo predisponía a la violencia y el homicidio, era que se intentara hacerle creer cosas. ¡Ah! Su entorno se teñía entonces de rojo, rojo fuego, rojo hierro, llamaradas vibrantes y Moisés en el centro, enloquecido con cuernos y cola, una sierpe, un basilisco, un dragón, el diablo en el infierno. Tremendo espectáculo. Uno llegaba a temer que se muriera, así de pronto, por combustión espontánea.

No se le ocultaba el lado absurdo y hasta ridículo de su ira. Sabía que todos aquellos bellacos, miserables, imbéciles, *fucking bastards*, jamás conseguirían hacerle tragar ni el más diminuto de sus embelecos. Les faltaba astucia, chispa, mundo. Les faltaba clase. Les faltaba todo lo que él tenía de sobra, hasta para regalar, para hacer dulce. ¿Pero qué se habían pensado, eh? ¿Que él había nacido ayer? ¿Que era un parvulito, un chama del círculo infantil? ¿Que podían embaucarlo así tan fácil? Qué atrevidos, los malditos... Las mentiras descosidas, burdas, para mentes débiles, lo encolerizaban más, si cabe, que las simulaciones sofisticadas. Mientras más torpe el infundio, mayor la falta de respeto a su inteligencia.

Pero controlarse, en cualquier caso, le costaba una enormidad. Ya lo habían detenido varias veces por escándalo público, por abofetear a un policía de tránsito, por ripiarse a trompones con

tres prietos del solar de Los Muchos, por lanzar una banqueta contra el espejo de un bar, por propinarle un botellazo al guajiro de la farmacia, por incendiar un hotelUCHO. Subversivo y pico, tanto que algunos lo llamaban El Anarquista, El Terrorista, El Que Pone La Bomba, a cada rato pernoctaba en un calabozo, se pasaba la vida pendiente de juicio y su legajo penal se confundía, por el volumen, con el prontuario telefónico de Nueva York. De la cárcel no lo salvaba más que su historia clínica de paciente psiquiátrico, a la cual se añadía aquel prodigioso testimonio del Dr. Hermenegildo Frumento en el sentido de que Moisés no era, *en el fondo*, mala persona. O sea, que su nivel de peligrosidad no sobrepasaba el de un ciudadano promedio, un *average man* sometido a múltiples tensiones, a todas las malevolencias del trópico: el enervante calor húmedo, la llovizna pertinaz, el fango, la cochambre, la peste a podrido, los mosquitos, las guasasas, la impericia de los funcionarios, etcétera. En más de una ocasión había intentado estrangular a su terapeuta, pero sin demasiado éxito. Por suerte, nunca se decidió a portar armas. Se limitaba a soñar con un rifle, con una Asociación Nacional del Rifle de la que él sería presidente y máximo energúmeno. Porque ellos, los sinvergüenzas, no lo dejaban tranquilo. Ellos insistían, reiteraban, porfiaban hasta el infinito con una calma asquerosa. Y aún se atrevían a mirarlo con sorna, tan campantes, los muy hijos de mala madre, con sus ojuelos cínicos.

Sabía, puesto que era un hombre muy sagaz, que ni ellos mismos, los canallas predicadores, se creían una iota de sus embustes. Qué iban a creer. Porque la gente convencida —aseguraba entre alardos y puñetazos encima de la mesa—, la gente *verdaderamente* convencida, nunca trata de convencer a nadie. No les hace ninguna falta el consenso. No se las dan de apóstoles. Se creen felices cuando creen dirigirse hacia lo que creen amar (esta frase me encantaba) y lo demás a la mierda. Había que ser muy inseguro, estar muy escindido y muy jodido para encaramarse en una tribuna a sentar cátedra, para mendigar la conformidad ajena, para andar a la caza de prosélitos. Así,

cuando pretendían engañarlo, en realidad lo que pretendían era engañarse a sí mismos, ajustar, redondear, perfeccionar la patraña como quien introduce mejoras en el confort de su apartamento. Incapaces de respirar al aire libre, vivían en la burbuja verdosa y pestilente de la falacia. Necesitaban de su fe, difícil, para alimentar la de ellos, famélica. Lejos de aplacarlo, esta reflexión lo indignaba todavía más. Con que tratando de utilizarlo, ¿eh? Puercos, mostrencos, infames, tarados. Qué rabia. ¡Ah, cuánto los odiaba!

En un apacible crepúsculo de otoño, el día del equinoccio con pajarillos cantores y ranitas en la charca, me atreví a sugerirle que no les hiciera caso, que se encogiera de hombros:

—Olvídate de ellos, moñito —le susurré al oído—, tú a lo tuyo. Nada de combatir al enemigo ni de alterarse de los nervios ni de coger ningún tipo de lucha. ¿No dices que ellos no pueden ni podrán convencerte jamás? Entonces, yuyito —lo besé en el cuello—, ¿para qué sufrir por algo que, evidentemente, no vale la pena? ¿Qué adelantas con ponerte así, mi amor? Si no te cuidas, un día de estos te va a dar un sопoncio fulminante, una apoplejía, una sirimbola. Te vas a quedar todo tieso, así, hecho un vegetal. Y fíjate que yo no tengo la menor experiencia en eso de atender minusválidos —muy despacio, le desabotoné la camisa—. Tienes que salir de ese círculo vicioso, moñi, tienes que salir... Estás muy tenso, muy rígido —de veras lo estaba—, mira para eso. ¿Por qué no pruebas a relajarte? Ejercicios yoga, tú sabes. “Yoga” significa tranquilidad, ecuanimidad, mucha calma y poco nervio, paz de espíritu o algo de eso, no me acuerdo... —le acaricié el pecho—. Pero bueno, lo primero es la salud. Mira, cuando ellos vean que te son indiferentes, que sus opiniones te importan un rábano, te dejarán en paz. Eso siempre pasa. Uno no les da bola y ellos se largan con su música a otra parte, a joder a otro que sí les dé bola. Prueba a hacerte el sueco, yuyi, y tú vas a ver lo que pasa, tú vas a ver, tú vas a... —lo besé en la boca.

A decir verdad, yo no tenía la más remota idea acerca de quiénes podrían ser “ellos”. Solo se me ocurrió que, en una si-

tuación tan desesperada, quizás lo mejor fuera mantenerse al margen. No hacer caso. *Lasser faire, lasser passer.*

Pues bien, no me hizo caso. Peor, me miró con espanto.

—¡Sal de arriba de mí! —gritó y se sacudió como si yo fuera una araña pelúa. Acto seguido, me metió un puño en el estómago y el otro en un ojo para que dejara de ser verraca. ¡Ah, las mujeres! Siempre instaladas en la estulticia, en la sandez, maquinando frivolidades. Las mujeres eran el colmo del mongolismo. ¿Quién las habría inventado? Eran muy brutas, las mujeres. Ni por causalidad entendían la esencia de los fenómenos, el mundo como voluntad y representación. ¿Es que había que explicármelo todo? ¿Sería yo *tan* cretina? Si no les hacía caso —en pleno episodio de licantropía, Moisés enseñaba los dientes y gruñía como el lobo feroz mientras yo me arrastraba por el piso hasta colocarme lejos de su alcance, no fuera a propinarme una patada—, ellos, los rufianes, los pícaros malandrines, se sentirían con derecho a creer que él creía lo que ellos querían que creyera (la náusea y el dolor no me permitieron captar el intríngulis de esa idea tan interesante), pues el que calla, otorga, y entonces actuarían en consecuencia. Sí, él los conocía bien. Pero que muy bien, como a la palma de su mano. Cómo no conocerlos, si pululaban por todos los rincones. A donde quiera que mirase, había por lo menos uno... (Miré en torno, por si acaso, pero ninguno se había colado en el cuarto.) Eran mezquinos, viles, atravesados y oportunistas. Insaciables cucarachas tragonas, una manga de sabandijas. No por gusto los tenía en la mirilla, bien vigiladitos, cosa de cogerlos en el brinco... ¿Es que no me daba cuenta de la gravedad del asunto? Con ellos todo se reducía a un juego de fuerzas, una pugna de egos a ver quién era más macho, quién estaba mejor provisto, quién segregaba la mayor cantidad de testosterona. Había que andar a cien ojos. Porque si los dejaba salirse con la suya aunque fuera una sola vez, una solita, lo más probable era que intentaran hacerle creer nuevas mentiras más insolentes aún que las anteriores, más apestosas, más hediondas. Y luego otras y otras y otras... La

historia de nunca acabar. ¡Y a él sí que no lo cogían pa'eso! Qué va. Él tenía sus estrategias. Como decían los antiguos romanos: *Si vis pacem, para bellum*^{*}

Mientras, yo debía dejarme de tanta lloradera y tanto artis-taje, levantarme de una buena vez antes que él me levantara de un sopapo o me arrastrara por los pelos e ir alantro de los bajos (en la primera planta de la Esquina del Martillo Alegre hay un bar clandestino, el de Pancholo Quincatrece, socito mío, donde también se puede conseguir marihuana; yo vivo en los altos) a comprar un litro, ah, y cigarros (cuando estaba muy furioso, hecho una fiera, el moñito solía fumarse dos a un tiempo, agarra-ba uno en cada mano y los absorbía de manera alterna), porque no había en el mundo todo panorama tan indecente como el de una gorda subnormal y despatarrada en el suelo, con el rímel corrido, llorando lágrimas negras y haciéndose la víctima, la dama de las camelias. ¡Mira que yo le había salido trágica! Ni que fuera Greta Garbo. Me puso el dinero en la mano y me ex-pulsó de un empujón. *Get out!* No estoy segura, pero creo que Moisés me guardaba cierto rencor por el rollo con el policía de tránsito, porque le habían retirado la licencia de conducción, ¡qué injusticia!, y ahora dependía de mí (hasta cierto punto, solo hasta cierto punto, que me quedara bien claro) para trasladarse de un lugar a otro en pos de nuevos conflictos.

Al principio de nuestra aventura, cuando él aún estaba casado y totalmente histérico porque su mujer y sus hijos no lo comprendían (yo los comprendo a ellos), supuse que si me abstenia de abrir el pico durante sus largas y ardientes peroratas en contra de los fulleros, falsificadores, perjurios, charlatanes,

* Antes de perder la chaveta, Moisés había sido un brillante jurista. Cuando lo abandonó todo, a los cuarenta y seis años, ya había alcanzado una magistratura en el Tribunal Supremo de la República. Hombre cultísimo y muy elocuente, le encantaba calzar sus discursos con latinajos. Como sé que la mayoría de las personas no tienen por qué entenderlos, están muy ocupadas y carecen de tiempo para buscar las traducciones en un diccionario, me he tomado el trabajo de buscarlas yo. Este significa: Si deseas la paz, prepárate para la guerra.

tahúres y embelequeros, él, en justa reciprocidad, se abstendría de pegarme. Pero no. Qué ilusa. ¿Dónde se ha visto? Callada o no, siempre me llevaba por lo menos un tortazo. Él tenía que dármelo porque, en su cabeza loca, yo también trataba de engañarlo. No es que me acostara con otros hombres, claro, ¿quién más se iba a fijar en semejante gorda burra con estampa de puta francesa del siglo XVIII? (Esta descripción, un tanto rococó, me parecía fascinante.) No creo, además, que la fidelidad le importara gran cosa: no era un tipo de reparar en minucias. A su modo de ver, yo trataba de engañarlo, engatusarlo y hacerlo pasar por idiota cuando fingía comprenderlo, cuando lo llamaba yuyito y moñito, cuando le cantaba aquello de “mira que eres lindo... / qué precioso eres...” o le desabrochaba la ropa con los dientes, cuando giraba a su alrededor cual satélite amoroso, ronroneando como una gata en celo, o le hacía un *striptease* para él solito (hace años que sueño con desnudarme delante de un montón de gente, encima de un mostrador o algo así, pero nunca se me ha dado la oportunidad), con música de los años cuarenta, a la luz de la lámpara de bambú con pantalla de seda roja. Cuando acariciaba su angustia, su dolor, su terrible desesperación de vivir en este mundo cruel y desalmado, repleto de enemigos.

¿Yuyito y moñito, él? ¿Un señor adusto que ya bordeaba los cincuenta, alto y fuerte, con aspecto de patriarca hebreo? ¿Qué falta de respeto era esa, vamos a ver? ¿Qué cojones me había figurado? ¿Le había visto cara de maricón o qué? ¿Adónde quería llegar con todos esos arrumacos? ¿O es que no me lo tomaba en serio? ¿Acaso podía yo comprender siquiera una brizna de temas tan complejos y sutiles como el argumento de autoridad (el más abominable entre los argumentos, según él, pura escolástica), la duda cartesiana, la duda kierkegaardiana (vaya palabrita) o la *skepsis* de Pirrón, la gran duda? ¿Qué sabía una gorda culona de los estados de incertidumbre, de la precariedad de la existencia, de la insignificancia del ser ahí, del escándalo que implica la muerte? Francamente, ni hostia. Ni siquiera me

hace gracia pensar en la muerte. Total, si no hay arreglo, si de todas formas nos va a agarrar... ¿Para qué tanta morbosidad? Es como vivir en agonía perpetua, muriéndose cada cinco minutos.

Algunas veces, sin embargo, esta clase de regaños me hacían preguntarme cómo era posible que yo hubiera sobrevivido en medio de tamaña ignorancia, tamaña desidia. Cómo lograba sortear obstáculos que ni siquiera veía, ir escapando envuelta en aquel desconocimiento inaudito, exuberante, sobrecomededor. Me invadían entonces los buenos propósitos: ir a alguna biblioteca, leer tratados filosóficos bien crípticos y corpulentos, henchidos de preocupación por el escándalo que implica la muerte, con muchas citas en griego y en alemán (lenguas misteriosas), reflexionar acerca de ellos, cultivar el intelecto y evolucionar hasta convertirme en una persona atormentada, sombría, taciturna... Pero la inspiración duraba poco. No es mi culpa: en el Caribe por lo general las cosas duran poco. Enseguida me entraba la vagancia, la poltronería. Me dejaba seducir por la dulce complacencia del no hacer, de vegetar, de abanicarme lánguidamente recostada al poyo de la ventana, de admirar el diseño de las nubes o las pisadas de elefante en el techo o los caprichosos dibujos que traza en el aire el vuelo de un moscardón. Alguien me ha contado que más o menos así es el paraíso musulmán.

Con frecuencia Moisés me olvidaba. Se perdía de la Esquina por muchos días, hasta semanas. Pagando con gasolina o con algún trabajito mecánico, yo guardaba el carro en el garaje de un vecino que me había prometido solemnemente no robarse las gomas ni los limpiaparabrisas ni el espejo retrovisor ni nada y me dedicaba a esperar con mucha paciencia, a pensar en los marañones de la estancia y no en el hospital, la unidad de policía o la morgue. Si Penélope tejía y destejía un tapiz, yo me aposentaba en el paraíso musulmán y tarareaba la canción de las cien botellas, esa que dice “cien botellas en una pared... / cien botellas en una pared... / si una botella se ha de caer... / noventa y nueve botellas en una pared...”, luego se caía otra y quedaban noventa y ocho, luego otra y otra y así hasta el final, hasta llegar

a cero. De lo más entretenido, el sonsonete era también un sortilegio para conjurar la catástrofe. Me gustaba creer que, si llegaba a cero, no ocurriría ninguna desgracia. Nunca supe a dónde iba el yuyito ni el porqué (aunque esto sí me lo imagino) de los moretones, rasponazos, cortadas, pequeñas heridas que traía de vuelta. Nunca supe cuándo regresaría, ni siquiera si regresaría. Él, por supuesto, no daba explicaciones. Según sus propias palabras, se había divorciado para ser libre, no para que yo le controlara los pasos.

También tenía por costumbre desaparecer dentro de sí mismo, en los recovecos de la cólera profunda. Se sentaba en un rincón a odiar, a solas con el litro, en la misma postura del Pensador de Rodin. El padre Ignacio, un viejito casi heroico en su afán de lidiar con los ochenta y tres mil pecados del barrio (el peor de todos: la violencia doméstica, el abuso con los niños), quien acepta jovial y en el fondo encantado cualquier cuchufleta en relación con su apellido, nada más y nada menos que Loyola, me comentó una vez que aquella escultura lo inquietaba:

—Dime tú, hija mía, ¿qué manera es esa de posarse en una silla, con la cabeza hundida y la columna hecha una jorobeta? —el padre Ignacio remedaba la pose con evidente desaprobación—. Sin contar la escoliosis que le espera, ¿qué clase de ideas pueden ocurrírsele a un hombre sentado así? Nada que no sea oscuro, atávico y destructivo. Qué pensador ni pensador. Ese no es pensador ni la cabeza de un guanajo, lo que es un amargado, un resentido, un envidioso, la frustración en persona. Un enemigo de la paz ciudadana. Un peligro público.

Mi Pensador, en efecto, los maldecía a todos en voz baja. Se cagaba en sus respectivas madres. Les echaba mal de ojo. Entre dientes los injuriaba, los cubría de vituperios y vilipendios, les deseaba la muerte. Un millón de muertes. Que los mordiera una cobra. Que se intoxicaran con gas metano. Que cogieran el SIDA. Que los aplastara un camión. Que los partiera un rayo. Eso, eso, ¡el rayo vengador! Sus manos retorcían con saña, hasta el último aliento, algún pescuezo invisible:

—Muérete de una vez, coño, muérete, muérete... —y se reía— ji ji... jaque mate... ji ji... —con aquella risita acuosa, luciferina, que me ponía los pelos de punta.

Más tarde volvía en sí, me miraba como extraviado, como a punto de preguntarme dónde estábamos y quién yo era. De pronto, ipaf!, se desgajaba de la amnesia. Al recordar que de vez en cuando compartía la cama, la ducha y el café con otra persona, con alguien que, por muy retardada que fuera, podía verlo y oírlo de cerca, tocarlo, descubrir sus debilidades e insuficiencias, su primer y casi único sentimiento era la desconfianza. Y la cogía conmigo, como es natural, acusándome de espionaje.

Moisés apreciaba las tinieblas no solo en sentido figurado. Por causa de algún desperfecto oftálmico o cerebral, no sé, no le gustaba hablar de enfermedades (en una ocasión el Dr. Frumento mencionó la palabra “fotofobia” y su paciente predilecto lo mandó al quinto carajo), sus ojos no mantenían buenas relaciones con los rayos del sol. Le ardían, le supuraban, se le inyectaban de sangre. En la calle usaba unas gafas oscuras que le daban cierto aire de mafioso, narcotraficante o asesino a sueldo, de personaje de John Dickson Carr; unos cristales como espejos diabólicos que despedazaban las imágenes y luego las recomponían de un modo algo siniestro. Cuando estaba en casa, la enorme y única ventana (el poyo me da por la rodilla, centímetro más o menos; para recostarme a él y disfrutar del paisaje después de la batalla, tengo que sentarme en el piso) debía permanecer cerrada y con la cortina negra (doble, triple, densa, impenetrable, un verdadero horror) estrictamente corrida. Él mismo se había ocupado de taponar todas las hendijas para impedir el acceso del más inofensivo rayito, de esas franjas solares donde flotan corpúsculos multicolores. Nos alumbrábamos con luz artificial aunque fueran las doce del día. En caso de apagón, con velas. Los vecinos nos atribuían la práctica de algún culto satánico. Y no me extraña, pues para completar nuestra saludable vida de vampiros solo nos faltaba dormir en un ataúd. Increíble que no se le ocurriera también eso. En cuanto al calor, estuvimos fin-

giendo que no existía, lo cual en la zona tórrida es mucho fingir, hasta que alcanzó los 35°C a la sombra y la habitación se caldeó como el horno crematorio de Auschwitz. Entonces el moñito dijo basta, qué país, qué recondenado país donde uno se derrite y luego se evapora, e instaló un aparato de aire acondicionado para congelarnos el culo como Dios manda. En caso de apagón, salíamos a dar una vuelta o simplemente nos asábamos.

El amor de Moisés, quien detestaba la palabra “amor”, en sí misma fraudulenta, sin otro significado que un estúpido corazón de papel bermejo atravesado por una saeta aún más estúpida, estaba hecho de gritos, insultos y amenazas tan horripilantes que, de haber cumplido con ellas al pie de la letra, ahora yo no estaría aquí haciendo el cuento. Dominaba como nadie el arte de la humillación y la poética del escarnio, en su vocabulario no faltaba ni una entre las palabras y expresiones que sirven para denigrar al ser humano. Yo era, en resumen, la criatura más despreciable que él hubiera conocido en su vida. Un corpúsculo de la franja solar, un microbio indigno de ser tomado en cuenta. Su amor también incluía golpes, a mano limpia o con la hebilla del cinto, mordidas y pellizcos de los que marcan, araños, penetraciones en seco y otras delicadezas. Él esperaba, creo, que de un momento a otro yo confesara mi falsedad. Estuvo a punto de lograrlo aquel memorable día en que me agarró por los hombros y empezó a machacarme la cabeza contra la pared:

—Muérete de una vez, coño, muérete, muérete...

Ay, ahí fue donde supe cómo es que el miedo sustituye al dolor, cómo lo eclipsa y lo enrarece en circunstancias de extremo peligro, cómo una persona puede trasmutar no solo las neuronas, sino todas sus células hasta convertirse en puro miedo, qué bella experiencia. Pero terminó por soltarme para machacarse su propia cabeza del mismo modo (entonces comprendí las insinuaciones del Dr. Frumento respecto a un cuarto con paredes acolchadas), lo cual me permitió ir en busca de un cubo lleno de agua fría y echárselo por arriba con tal de sofocar el incendio. Este incidente me afectó de manera irreversible la audición del oído izquierdo.

Mi placer, desde luego, le sonaba ficticio. ¿Por qué yo suspiraba? ¿Por qué gemía? ¿Por qué la humedad tan rápido, si él solo aspiraba a torturarme? Y las otras señales, ¿por qué? ¿Acaso podía gustarme un tipo a quien no entendía para nada, que hubiera podido ser mi padre y que fregaba el piso conmigo? No, de ningún modo. Ni que él fuera el tonto de la Esquina. ¡A otro con esas! Yo era como ellos, embustera y farsante, puta mala. Malísima. De las que mienten con todo el cuerpo. Desde el cansancio me observaba con sospecha, como algunos criminales observan a su perro, ese extraño bicho que los adora a pesar de todo. Encendía un cigarro, uno solo, y se ocultaba detrás del humo.

Ahora yo me pregunto si a fin de cuentas me gustaba acosarme con él. ¿Sí o no? Él estaba convencido de que no, pero la verdad es que sí. Muchísimo. Hasta lo más hondo, hasta el vértigo. Era un hombre hermoso, Moisés, con aquellos ojos grandes, negros y pendencieros, siempre huyendo de la materia luminosa, con aquella nariz de curva agresiva, nazarena, y una venerable barba blanca en el estilo de Leonardo Da Vinci. Su boca... En fin, hubo muchos, pero ninguno fue como él. Me excitaban su olor, su voz de bajo delirante, las atrocidades que decía y que me obligaba a repetir (en realidad no le costaba mucho trabajo conseguir un eco, *hablar* es algo que me eriza), su temperatura casi siempre febril. Su manera de caminar, tan felina, como al acecho. Hasta su aura roja endiablada. Ah, Moisés... Aún hay días en que lo extraño, sobre todo cuando llueve o hace frío y la ciudad se desmorona por allá afuera.

No resulta fácil confesar esto. A algunas personas les repugna. Mi amiga Linda, por ejemplo, piensa que soy una degenerada con media neurona cuando más y que valgo menos que una lombriz de caño sucio. Hasta se avergüenza de mí, pobrecita. Ella es una escritora profesional, una escritora *de verdad*, viajera, ambiciosa y energética, a sus horas feminista y con pensamientos de gran envergadura. Su tendencia a la generalización la llevaba a considerar que las golpizas con que me obsequiaba Moisés el

Cavernícola hacían daño a todas las mujeres del planeta. A las actuales y a las del porvenir. Más allá del tema político, se lo tomaba como algo personal, muy a la tremenda. Ah, si un día ese ogro, cromañón, esbirro, troglodita, nazi se equivocaba, si se le cruzaban los cables y por casualidad se atrevía con ella... Ja. Entonces él iba a ver, sí señor, él iba a ver lo que eran cajitas de dulce de guayaba. Casi estaba deseándolo. Sí, porque donde las dan las toman y el que a hierro mata... —a veces mi amiga también participa de ese ímpetu que impulsa a los seres a emitir alaridos y dar puñetazos encima de la mesa—. ¿Pero qué se había pensado el tipejo? ¿Quién se creía que era? Tan incapaz, tan fracasado, tan insecto... Yo, de comemierda y falta de seso, le había dado mucha confianza, mucha ala. Demasiada. Y el hijoeputa, claro, aprovechaba para abusar. Pero un día le iba a llegar su Waterloo, porque no todas las mujeres eran iguales de tímidas, infelices y aguantonas. Seguro no, qué coño.

Sin haberlo visto jamás, Linda odiaba a Moisés con la misma intensidad con que él los odiaba a “ellos”. Hasta lo más hondo, hasta el vértigo. Como Aníbal el Cartaginés a los antiguos romanos. Su mera existencia la ofendía, la sacaba de quicio. Yo, por supuesto, nunca le fui con quejas ni lloriqueos, no solo porque mi situación, por llamarle de algún modo, no era precisamente de esas que uno se pela por exhibir, sino también por no echar leña al fuego. Siempre he pensado que cada quien debe asumir la responsabilidad íntegra de sus elecciones y no usar al prójimo como paño de lágrimas. Pero un ojo ponchado o un labio partido resultan muy difíciles de ocultar, incluso bajo tres toneladas de maquillaje, y para colmo mi amiga es terriblemente observadora. Muy hábil, muy astuta, siempre se las ingenia para enterarse de todo punto por punto y cada vez se ponía más furiosa. Los machos en general, por principio, solo merecen su desprecio, pero mi amante llegó a convertirse para ella en una cuestión de honor. O le ajustaba las cuentas y lo ponía en su sitio o dejaba de llamarse Linda Roth. Aún no consigo explicarme cómo fue que me las arreglé durante alrededor de cuatro años y medio para impedir el pavoroso encuentro, sobre todo en los meses de

verano, que es cuando la gente se pone más intransigente, más belicosa, y así evitar que mi casita acabara de transformarse en un campo de batalla. Creo que solo por ello deberían otorgarme el Nobel de la Paz. ¿Quién hubiera vencido en ese duelo de titanes? Vaya usted a saber. Lo que soy yo, no hubiera apostado por ninguno. Me hubiese limitado a esconderme debajo de la cama. Porque donde Moisés contaba con la fuerza bruta, a la manera de un orangután en la esquina roja, Linda contaba con la maldad sibilina, a la manera de una serpiente en la esquina azul. Ambos magníficos, rotundos y espectaculares.

A ella le hubiera encantado castrarlo. ¿No conocía yo la divertidísima historia de Pedro Abelardo, el retórico francés? Fabuladora al fin, hizo planes y todo. Primero, dos meprobamatos disueltos en el litro. O quizá tres, considerando la complejión de la bestia. Había que aprovechar las flaquezas del adversario y ella no ignoraba que el animal era un alcohólico de grandes ligas. Despúes, aguardar a que la poción mágica hiciera su efecto. No apresurarse. Cautela, mucha cautela. Vigilar el paulatino descenso de los párpados, la distensión, el derrumbe de la mole. Por último, las tijeras de podar arbustos, chácata chácata, del toro al buey y asunto concluido. Muerto el perro... Ah, y el detalle artístico: se lo colocábamos en la boca, como si fuera un tabaco, ja ja. ¿No me parecía una excelente idea?

No suelo discutir con Linda (en general, no suelo discutir), porque ella es la más sabia, la más perspicaz, la que se esfuerza por llevar la luz a mi vida tenebrosa, aunque sea a punta de tijeretazos. Tampoco me gusta coartar sus iniciativas, como dice ella, desplumar las alas de su imaginación. Pero en este punto me permití subrayar algunas entre las más pequeñas dificultades de la empresa. ¿Y si se despertaba en el momento justo y nos agarraba con las manos en la masa? Se disgustaría muchísimo. ¿Y si se desangraba y se moría? Tremendo problema. ¿Podríamos hacerlo con impunidad? Seguro no, pues nos quedaría bien difícil borrar las huellas, limpiar la sangre y ocultar el cuerpo del delito, un cuerpo de 91 kg. Quizás ella no, pero yo sí que me

pondría bastante nerviosa y lo confesaría todo apenas tuviera delante el primer policía, tendrían que abofetearme para que dejara de hablar. Y luego, ¿sabía ella que en nuestro país aún se aplicaba la pena de muerte, que la mayoría de los jueces eran hombres y que, probablemente, nuestra cariñosa faena no les haría ninguna gracia, sobre todo por tratarse de un antiguo colega? Sí, él había sido juez del Tribunal Supremo y profesor titular en la Facultad de Derecho, un gran personaje. Lo de la castración, además, me parecía injusto, un tanto excesivo, puesto que Moisés nunca me había mutilado.

—Esas cosas se escriben —le dije—, pero no se hacen. Si tan empeñada estás en maniobrar con las tijeras, ¿no te parece mejor algo más simbólico? Recortarle la barba, por ejemplo...

Linda se quedó horrorizada. Levantó una ceja y luego la otra. Me miró como si yo fuera un monstruo. ¿Qué era lo que escuchaban sus simpáticas orejitas? ¿Barbudo el hombrín? Puaf. Nada tan repulsivo para ella como los pelos en la cara, el rostro de un tipo jamás sería tan acariable como el de una muchacha. ¿Dónde había perdido yo el gusto? Las barbas andaban sobrando, cierto. Las barbas eran asquerosas. Pero, ¿conformarse con una barba cuando se podía aspirar a...? ¿Por qué rayosería yo tan pasiva, conservadora y mentecata? ¿Acaso tenía alma de boniato? ¿O es que carecía por completo de autoestima? ¿En qué siglo estaba viviendo? Me picaba la lengua por las ganas de decirle que en el XVIII, mi siglo favorito, pero me contuve, no fuera a pensar que me burlaba o algo así. En lugar de eso, intenté desviar el rumbo de la conversación. Le pregunté por su última novela, ¿qué tal de resonancias? Elogié las dos anteriores, absolutamente magistrales, de gran impacto. Le dije que era un genio, que nadie la admiraba tanto como yo, hasta la comparé con Virginia Woolf. Pero nada. Su última novela, *Cien botellas en una pared*, era la historia de un doble homicidio, pero aún no sabía a quién matar —me apuntó con un dedo, como si quisiera matarme a mí—. Las dos anteriores, también sanguinarias y truculentas, ya habían crecido y caminaban solas. En algún

futuro no muy dilatado, llegarían a ser clásicos del *thriller*, de la Serie Negra. Su agente negociaba las traducciones. Y tal vez una versión cinematográfica... He ahí un gran sueño: escribir para el cine. Porque el dinero fuerte estaba en el cine y, quién se atrevería a negarlo, el dinero era la música con que bailaba el muñeco. Por lo demás, ella *sabía* que era un genio, mucho mejor que esa lagartija inglesa tan hipocritona que yo había osado mencionar en su presencia. No necesitaba escuchar halagos ni baboserías, así que muy bien podía ahorrarme toda mi estúpida admiración. ¿Me creía yo capaz de manipularla con tales ñoñeces? Qué pretenciosa, qué arrogante la gordita. Y volvió a mí. Como quien dice, al ataque.

Se puso bastante sarcástica, venenosa y cruel como solo ella sabe ponerse. Qué pena le daba mi caso. Pero qué pena. Para echarse a llorar —sonreía con la boca torcida—. Sí, porque mi drama era de los muy lacrimógenos, triste como un helado que se derrite, un culebrón para señoritas jubiladas. Yo le recordaba a las mujeres de los países islámicos. (De su visita a Estambul solo me había contado las bellezas de Santa Sofía, ¿a qué se refería ahora? No me atreví a preguntar.) Pero no, porque a las mujeres de los países islámicos no les quedaba más remedio que ser como eran. En cambio, yo.... Lo mío era patológico. Una especie de trauma en el cerebelo, un virus. En rigor, para ser precisa, yo me parecía más a cierto personajillo de los *Cuentos misóginos* de Patricia Highsmith. A que no adivinaba cuál. Sí, ese mismo —no esperó a que yo adivinara—: “La víctima”. La provocadora barata. La imbécil, poca cosa, retrasada mental. La que violaban una pila de veces. ¿No me gustaría eso? Divino, ¿verdad? Seguro que yo arrullaba fantasías de esa índole antes de dormir. ¿Por qué no le suplicaba al Cavernícola (porque toda comunicación con él, desde luego, debía ser en términos de súplica, de rodillas y besando el piso), por qué no le imploraba que invitara a sus compinches a una fiesta privada entre ellos y yo? Por un instante quise explicarle que Moisés era un hombre muy solo, sin compinches, pero me contuve de nuevo. No se debe mortificar a las amigas.

Con voz metálica, chirriante, afilada cual navaja de mata-rife o cuchillo de carnicero, ella seguía en lo suyo: la víctima. Aquella putica más pintarrajeadas que un payaso, peloteñido, calientapollas y masoquista a más no poder, siempre jugando con fuego... hasta que se quemaba. ¿No quería yo saber el final del cuento? Pues sí, como era de esperarse, la víctima se perdía en un país islámico. Algo lastimoso, abyecto, patético. Mujercita de basura. Qué asco.

A menudo Linda me apabullaba con sus lecturas, pero en esta ocasión, por pura casualidad, yo había leído el tal libro. Muy original, sí. Un catálogo exhaustivo de las diversas depravaciones femeninas. Todos los estereotipos. Solo faltaba, qué raro, "La bostoniana". O sea, la homosexual dominante, mordaz, totalitaria y entrometida. De más está decir que no me animé a transmitirle mi asombro a Linda. No se debe ofender a las amigas. Pero no me lo tuvo en cuenta. A pesar de mi silencio (o quizás por causa de él; me imagino que para las personas batalladoras debe resultar incómodo carecer de un contrincante a su altura), dio un portazo y se alejó durante varios meses. Ni siquiera se despidió antes de ir a la Feria de Fráncfort. La llamé a su casa unas tres o cuatro veces y otras tantas me colgó el teléfono. Y lo encajé fatal, porque esta muchacha tan encantadora es la persona que más yo quiero en el mundo.

Ahora que es invierno y vuelvo a estar sola, aunque no será por mucho tiempo, pues algo pequeño ha decidido vivir, pienso en Moisés. No se trata de "pensar" en el sentido recto, riguroso, lógico de la palabra. Eso creo que nunca he sabido hacerlo. Qué pena, con lo importante que es. Más bien divago, dejo suelta la memoria y es ella sola, animalejo silvestre, quien fluye, serpentea, se enrosca y termina por saltar al cuello de Moisés. Hay muchas preguntas y pocas respuestas. ¿Por qué acepté sus condiciones? ¿Cómo permití que las cosas llegaran tan, pero tan lejos? ¿En qué momento perdí el control? ¿El control? ¿Es que alguna vez lo tuve? ¿Realmente estuve en mis manos la posibilidad de impedir que sucediera lo que al final sucedió? No sé. Creo que Moisés no me odiaba. Es más, creo

que en realidad yo no le importaba mucho. No le importaba nada. Su única obsesión eran “ellos”, los granujas, los truhanes, los bandoleros. Los enemigos. El sentido de su existencia se cifraba en impedir que trataran de engañarlo, en atraparlos con las manos en la masa, arrancarles sus cochinas máscaras, destruir sus maquiavélicos planes, confundirlos, aplastarlos, aniquilarlos, pulverizarlos. Más que misógino, misántropo era. En su combate contra la humanidad, yo le servía de *sparring*. Así, cuando me golpeaba, en realidad los golpeaba a ellos. En mí, cual desdichada persona interpuesta, se resumía de manera simbólica lo peor de la condición humana, el lado más miserable de todos los terrícolas, tan repulsivos, antipáticos, nauseabundos. Romperme un dedo equivalía a la defenestración de Praga. Estrangularme casi hasta la asfixia, a la matanza de Tlatelolco. Si algún día (mera suposición) se le hubiera ocurrido matarme... bueno, Hiroshima y Nagasaki. Ahora que lo pienso con calma, es posible que el pobre Moisés estuviese un poco enfermo.

* *Cien botellas en una pared*. La Habana: Ediciones UNIÓN, 2003; 2015.

Flores marchitas

Y

o quiero a Berta ¿cómo no la voy a querer? Después de veinte años de matrimonio y dos muchachos. Se dice rápido, como si fuera nada... como decía el argentino aquel. Claro que la quiero. Un tipo como yo, con dinero, un buen carro y un trabajo en divisa, tiene a todas las jovencitas de La Habana a sus pies. Tentaciones y oportunidades he tenido de sobra, si usted supiera... Pero yo siempre le he sido fiel. Siempre me comporté como un marido modelo, y mire usted como me ha pagado.

Sí, ya sé que lo que hice no está bien, pero hay que entender a la gente, y el estado en el que yo estaba en ese momento. En el que estoy todavía, por culpa de Berta. Porque todo lo que he hecho ha sido por ella, yo la quiero, y la querré siempre. Ya sé también que usted no me ha preguntado nada de eso, pero si quiere entender lo que pasó tengo que hacerle toda la historia desde el principio.

Cuando Berta y yo empezamos no levantábamos ni un metro del piso. Berta era vecinita mía del pueblo. Nos conocíamos de toda la vida. Crecimos juntos, y juntos nos íbamos a tumbar mangos a la mata del viejo Antonio que, cuando nos sorprendía, tiraba piedras y gritaba todos los insultos de su repertorio. El viejo se ponía verde de rabia, pero a nosotros nos daba igual. Nunca había podido agarrarnos. Luego nosotros usábamos esas mismas piedras para tumbar los mangos.

Una vez, como de costumbre, el viejo Antonio nos descubrió, y salimos corriendo con las manos llenas de mangos. Pero ese día Bertica se jorobó el tobillo. Yo iba delante y la oí gritar. Cuando me di la vuelta, Bertica estaba tirada en el suelo, llorando de dolor. Y Antonio que llegaba, y Bertica que no se levantaba. No me lo pensé dos veces; di media vuelta, me planté delante de Bertica, me la monté a la espalda y salí corriendo ¡debajo de las piedras del viejo! ¡Si usted nos hubiera visto! Aquello fue tremendo, la muerte con sombrero de yarey era el guajiro ese. ¡Qué mala leche tenía! El viejo tirando piedras y gritando, la pobre Bertica llorando y yo corriendo, con ella a cuestas.

—¡Corre, Tomasito, que nos coge! —me dijo, muerta de miedo y de dolor, mientras se apretaba a mi espalda.

Corré con todas mis fuerzas, y cuando ya no pude más, nos tiramos debajo de la primera ceiba que nos encontramos. Tenía la lengua afuera, sudores fríos y me temblaban las piernas. Estaba tan sofocado que no podía ni respirar. Ya no se le oía a Antonio, pero a Bertica todavía se le salían los lagrimones. Tenía el tobillo gordo como la pantorrilla de hinchado.

—Bertica... —le dije, intentando calmar mi sofoco—, no llores... que no es nada... esta noche... tu mamá... te pone un poco de hielo... y mañana ya no te duele.

Ella me miró, con esos ojos grandes y negros que tiene, como ese ropón que usted lleva puesto. Para mí, fue como si Bertica me mirara por primera vez en mi vida. Y yo a ella. Ese día la llevé cargada hasta su casa, pero la habría llevado hasta el fin de mundo si me lo hubiera pedido. Aquella noche le llevé un ramo de flores silvestres que recogí camino a su casa, y Bertica me agradeció con un beso, nuestro primer beso.

Al terminar el bachillerato nos fuimos a estudiar a La Habana los dos, para poder estar juntos. Yo Ingeniería Mecánica y ella Contabilidad. ¡Qué tiempos durísimos aquellos! Pasamos más trabajo que un ratón en una caja de clavos. Casi hasta nos separamos. Teníamos que fajarnos con las guaguas de mala manera para vernos. Usted conoce el transporte en La Habana,

señor juez. Colón pasó menos trabajo para llegar hasta aquí que nosotros para atravesar La Habana. Y lo hacíamos casi todos los días. Si queríamos pasar la noche juntos había que colarse en la beca y esconderse de los custodios que vigilaban. Aquello no lo aguantaba ni un mártir cristiano y todo por culpa de Berta. Antes de escoger carrera habíamos decidido que estudiariamos en la misma universidad, para no tener que batallar con el transporte y estar en la misma beca. Pero Berta, que nunca ha sido demasiado inteligente, suspendió las pruebas de ingreso para las ingenierías. Así que no le quedó más remedio que coger Contabilidad, que no la quería nadie. Ella sabía que era su culpa. “Si hubiera cogido una ingeniería, no estaríamos pasando tanto trabajo...”, me dijo una vez. Yo pensaba lo mismo, pero nunca se lo dije, no quería que se sintiera peor. La quería demasiado como para hacerla sentir mal... La quiero, todavía.

Cuando nos graduamos pudimos quedarnos en La Habana gracias a mí. Me habían dado un puesto de ingeniero de mantenimiento en una fábrica y un apartamento para vivir. Bertica encontró un trabajito de contadora en una cafetería, pero no estuvo allí demasiado. Enseguida se embarazó. Tuvimos que casarnos de prisa y corriendo. Usted sabe, eso de tener hijos fuera del matrimonio no está nada bien. La gente habla mucho, y dicen cosas que no son buenas para la moral de la familia. Cuando Tomasito nació le pedí a Berta que dejara el trabajo.

—Bertica, cariño —le dije— la familia es más importante que todo. Tu deber como madre es quedarte con el niño.

—No quiero dejar de trabajar —me contestó ella—. Tomasito irá al círculo, como todos los otros.

—¡Ni hablar! En el círculo comen muy mal, y las señas no se ocupan bien de ellos.

—Podríamos decirle a mi madre que venga a vivir con nosotros...

—¿Y dónde dormiría? En este apartamento no cabemos todos. Además, tu madre nunca dejaría a tu padre solo.

Bertica se quedó en silencio. Siempre ha sido muy cabecidura, y el no poder hacer lo que ella quería la contrariaba.

—Pero necesitamos mi sueldo... —me dijo con una sonrisa.

—Bertica, cariño... Yo sé que no gano mucho, pero pronto me van a subir a Jefe de Mantenimiento, y me pagarán más. Tendremos suficiente para los tres con mi salario. Además —insistí—, nadie se ocupará de Tomasito como su propia madre.

—Bueno... pero solo será hasta que Tomasito entre a la escuela.

—Si eso es lo que quieres, de acuerdo.

Luego, cuando llegó la niña, al fin entendió que una mujer es más importante en la casa, ocupándose de sus hijos, que trabajando fuera. Esa fue nuestra época más feliz. Llegaba del trabajo y me iba directo a abrazar a Berta y los muchachos. Berta me contaba de los niños y sus travesuras. Yo le hablaba de cómo había reparado aquella pieza a la que nadie sabía cómo entrarle y me habían propuesto como candidato para el premio de innovadores.

—¿Qué dice? ¿Que me he ido del tema? Disculpe, compañero juez, pero es que tengo que explicarle con detalles para que usted entienda. Un día, mientras estábamos comiendo, Berta me dijo que quería volver a trabajar.

—Los muchachos ya están grandes, ya van a la escuela —me dijo—, y yo me aburro todo el día sola en la casa.

—Bertica, cariño —le contesté yo—, eso no tiene ningún sentido. Antes, cuando ganaba una miseria, quizás hubiera hecho falta, pero ahora, con mis viajes al extranjero para comprar las piezas de repuesto, vivimos muy bien los cuatro. Tenemos esta casa inmensa de la que hay que ocuparse. ¿Para qué quieres complicarte la vida con un trabajo, si puedes estar aquí tranquila, en tus trajines de la casa?

—No lo hago por dinero, sino por darle un poco de sentido a mi vida —me dijo ella—. He estudiado cinco años en la universidad, y mi profesión me gusta—. Miró el plato, el tenedor que tenía en la mano, y luego a mí—. Y lo que estudié no fue para ser ama de casa toda mi vida.

“Caramba, yo siempre pensé que Bertica había hecho estudios más para no separarse de mí que por otra cosa...”, pensé para mis adentros, pero no me atreví a decirlo en alta voz para no herirla.

—Bueno, si eso te hace feliz, búscate un trabajito —le sonréi.

—He hablado con el administrador de la cafetería donde trabajaba. Me ha dicho que necesitan una contadora —me dijo con la sonrisa de oreja a oreja.

—O sea, que ya llevas tiempo pensando en el asunto ¡Sin decirme nada! —le solté, un poco malhumorado. No me gusta cuando me esconden cosas, menos aún mi mujer.

—Cálmate, que no es para tanto... Si no dije nada hasta ahora es porque no lo tenía claro, pero esta oportunidad me ha decidido —me tomó del brazo y me miró con esos ojos negros, los mismos del día en que se jorobó el tobillo—, salir un poco de casa me hará bien. ¡Estoy cansada de pasarme el día limpiando muebles y mirando series!

Yo no lo tenía demasiado claro. Pinché el último pedazo de carne, arañando el plato con el tenedor.

—Haz lo que quieras, pero que no te tome demasiado tiempo. Recuerda que será solo para entretenerte. Tus principales responsabilidades son la casa y los muchachos.

Me metí el trozo de carne en la boca y lo mastiqué fuerte.

—El que trae el dinero bueno a la casa soy yo —le dije con la carne entre los dientes.

Berta no me respondió. Se levantó, recogió los platos y se fue a fregar.

—¡No te preocunes que no se me olvida! —me gritó desde la cocina.

No quise darle demasiadas vueltas al asunto. “Será un caprichito pasajero, cosas de mujeres” —pensé. Ese fue mi gran error, compañero juez, ahí fue donde empezaron todos nuestros problemas.

Al principio no tanto. Todo iba de maravillas. Berta estaba animadísima. Mientras preparaba la comida y atendía a los

muchachos me contaba de cómo iba redescubriendo poco a poco su trabajo. Me hablaba de sus compañeros:

—Juan se ha vuelto medio loco —el administrador—. Desde que despenalizaron el dólar quiere convertir la cafetería en el primer McDonald de la Habana. Yaquelyne y Aniuska —las dependientas, dos muchachitas jovencitas acabadas de salir de la escuela de gastronomía— son comiquísimas, se pasan el día riéndose, haciendo chistes, y metiéndose con cuanto muchacho bonito va a comprar algo.

Todos los días llegaba con una historia diferente. —Dice Yaquelyne que hasta que no se compre una casa irá para de vender hamburguesas! —me contaba, entre bocado y bocado, a la hora de comer—. Pero Aniuska le contestó que “al paso que llevas, te veo en silla de ruedas y sin dientes, diciéndole a los clientes: cómprele una hamburguesita a esta pobre vieja, que no tiene donde vivir...”. Y se reía sola de sus propios chistes.

Se había contagiado del deseo que tenían los demás de sacar adelante aquella cafetería que les permitía soñar con una vida mejor. Yo solo sonreía, porque me daba hasta gracia ver cómo le habían inyectado a mi Bertica sus ilusiones de prosperar, cuando la realidad era que a Berta no le faltaba nada. Pero me gustaba verla feliz.

Usted me pregunta que tiene que ver todo esto con lo que he hecho. Déjeme terminar mi historia, por favor, y se dará cuenta. La alegría no duró mucho. Mi Berta empezó a cambiar. Llegaba tarde del trabajo. Ya no sonreía y se le veía cansada todo el tiempo. Se quedaba dormida frente al televisor.

Emppecé a preocuparme por ella.

—Bertica, creo que estás enferma —le dije un día.

—¿Por qué me dices eso?

—No sé... Yo no soy médico, pero lo que te pasa no es normal. Ya no te ríes, y no hay una noche que termines de ver la novela. Siempre te quedas dormida antes del final del capítulo.

—No me pasa nada —me respondió—, solo es cansancio acumulado. Tengo muchas cosas encima.

—Claro, si cada vez llegas más tarde a la casa. Esa maldita cafetería te toma mucho tiempo.

—No puedo venir más temprano. Queremos que nos den licencia para vender en divisas y para eso tenemos que alargar el horario laboral.

—Berta, cariño... ¿te acuerdas cuando decidiste que empezarías a trabajar? La idea era que lo harías para entretenerte, no para que te machacaras la vida y dejaras abandonada la casa y tu familia.

—Si me ayudaras un poco, no estaría tan cansada. —me dijo tímidamente.

—Sabes muy bien que no puedo. Yo tengo un trabajo importante, muchas veces estoy reunido hasta tarde, y en la cocina no sé freír ni un huevo. Además, esas son cosas de mujeres. Lo mío es ganar el dinero para la casa. Creía que eso estaba claro.

Berta me miró con la cara de una niña a quien su padre le ha quitado un caramelo. Me fui al sofá a ver la televisión. Ella vino detrás de mí.

—Dice Yaquelyne que sus padres se alternan todas las noches para cocinar o fregar... y su padre limpia la casa todos los domingos.

La conversación estaba empezando a fastidiarme. Apagué el televisor, y miré a Berta, fijo a los ojos.

—Los padres de Yaquelyne ¿qué hacen?

—Creo que trabajan en un banco, de cajeros.

—Claro —le dije yo, condescendiente—, por eso es que hacen todo igual: porque ninguno gana más que el otro. No es el caso de nosotros. Te recuerdo, otra vez, que yo tengo un trabajo MUY IMPORTANTE, que me permite ganar DINERO. Dinero que sirve para que tú y los muchachos se den una vida de reyes.

—¿Por qué siempre tienes que echarme en cara el dinero que ganas? —me dijo, intentando que no se le salieran las lágrimas. Estoy harta de eso, me siento humillada cuando me hablas así.

—Berta, mira que eres dramática. Si te lo digo es solo para que recuerdes que tu salario no hace falta en esta casa. No es nada comparado con lo que gano yo.

—Cada vez que me lo dices me siento como una mierda.

—Pues no deberías, porque nunca ha sido mi intención. Pero sí me gustaría que te pusieras en tu lugar.

—¿Y cuál es mi lugar, según tú?

—¿Pues cuál va a ser? En esta casa, ocupándote de los muchachos y de tu marido, en vez de estar perdiendo el tiempo en esa cafetería de mala muerte.

—En la casa, embruteciéndome...

—Ya empiezas con el drama de nuevo. Muchísimas mujeres quisieran poder hacer lo que tú: vivir sin trabajar, dedicadas tan solo a sus hijos y su marido. Un marido que, a pesar de todo, te adora —le dije, tomándola de las manos, mientras me acercaba a besarla.

Me apartó la cara de una manera un poco brusca.

—Quizás otras quieran vivir así, pero yo no. Me voy a dormir, que estoy cansada —me dijo, poniéndose de pie.

Salió caminando hacia la habitación, pero se paró en el medio del pasillo, y giró a mirarme.

—No voy a dejar de trabajar —me lanzó, casi desafiante.

¡Ah, señor juez! Si al principio, en vez de permitirle a Berta empezar a trabajar le hubiese dicho “inscríbete en un curso de cocina, de corte y costura, de computación, en fin; de lo que te dé la gana, pero no trabajes”, nada de esto hubiera pasado. Pero Berta estaba ya demasiado mezclada con esa gente que le metían ideas raras en la cabeza. ¡Compartir las tareas del hogar es una estupidez! Los hombres no hacen nada bien en la cocina, a no ser que sean chefs de restaurant, claro. Las tareas del hogar son cosas de mujeres, porque el deber del hombre es ganar el sustento con su trabajo y traer la comida a la casa para que la mujer la cocine. Y quien dice la comida dice todo lo demás, evidentemente. En los tiempos que corren eso es una responsabilidad tremenda! Y yo cumple con mi responsabilidad con sobresaliente, señor juez. En mi casa nunca le faltó nada ni a Berta ni a los muchachos. Con ese fin me he matado trabajando. Pero parece que eso no le importa a nadie. ¿Acaso es mucho

pedir llegar a la casa y encontrarme la comida, los muchachos bañados y con las tareas hechas, mi mujer sonriente y lista para compartir la noche conmigo? Porque yo nunca pedí más que eso, señor juez. Yo no seré el hombre perfecto, pero no se me puede acusar de ser mal marido o mal padre. Pero un hombre tiene que hacerse respetar en su casa, señor. Yo no podía permitirle a Berta que me desafiará de esa manera y que hiciera lo que le diera la gana. Menos aún teniendo la razón.

Fue en ese momento que decidí que Berta tenía que dejar el trabajo. Porque era la única manera de recuperar a mi familia. Porque en mi casa mando yo, se hace lo que yo decido y así es como debe ser. Me dije que si la cargaba más de labores domésticas, pues tendría obligatoriamente que dejar el trabajo para ocuparse de la casa. Lo primero que hice fue despedir a la señora que hacía la limpieza y planchaba la ropa. Luego le dije al viejo Pancho que no viniera más a ocuparse del jardín. Berta asumió todo sin decir absolutamente nada. El fin de semana le pedía a los muchachos que la ayudaran a limpiar el jardín. Y no crea, señor juez, que no se me partía el corazón de verlos a los tres, en cuatro patas, arrancando yerbas. Pero si quería salvar a mi familia, no podía echarme para atrás.

Berta contraatacó a su manera. Se negaba a tener sexo conmigo, y solo lo hacía cuando la obligaba. Eso me irritaba muchísimo, el tener casi que forzarla a tener relaciones conmigo, que soy su marido. Pero un hombre tiene sus necesidades y yo no quería acostarme con la primera puta que me pasara delante. Yo sería incapaz, porque quiero con locura a Berta.

Nunca habíamos tenido un momento tan malo en nuestra relación, ni cuando los tiempos de la universidad. Pero yo estaba convencido que lo superaríamos. Todavía creo que es posible. A pesar de todo lo que ha hecho Berta.

El viernes pasado, Berta ya estaba en casa cuando llegué del trabajo. Me sorprendió gratamente el verla tan temprano en casa. Incluso pensé que al fin se había decidido a dejar el trabajo.

—Hola, cariño —le dije con una gran sonrisa—. Ella no reaccionó. Me miró seriamente.

—Tenemos que hablar.

—¿Te pasa algo? ¿Necesitas algo?

—Te dejo.

Al principio no creí lo que escuché. Me parecía imposible. Dentro de mis cálculos nunca entró la posibilidad de que Berta me dijese algún día esa frase. “Te dejo.” Te dejo. Así, como se deja un saco de papas en la cocina o una camisa vieja en el latón de basura. Me lo soltó a la cara, a bocajarro. Y en su cara no hubo un músculo que se moviese, que me dijera: “esto me duele tanto como a ti, y solo lo hago para que recapacites, para que no sigamos con esta guerra tonta”. Por eso no me creí lo que entendí, y acercándome a ella, le pregunté:

—Berta, cariño, ¿has dicho algo?

—Sí, he dicho que te dejo.

Lo volvió a decir, y esta vez sí tuve que creérmelo. Me empezaron a temblar las piernas y tuve que dejarme caer en una silla. Empecé a tener calor, mucho calor, y tuve que desabrocharme el primer botón de la camisa.

—¿Dónde están los muchachos?

—Los he mandado a casa de mi tía por el fin de semana.

Nunca había oído a Berta hablarme de esa manera, tan impersonal. Los pocos centímetros que nos separaban se estaban convirtiendo en kilómetros. Tuve que desabrochar el segundo botón.

—Yo también me voy —me dijo—. Me mudo a casa de Yaqulyne. Ya tengo alguna ropa recogida. El fin de semana vendré a buscar el resto.

Yo no podía pensar claramente. Tenía mucho calor, y sentía que el mundo se me venía encima. Intenté calmarme y reflexionar, encontrar las causas de todo esto. Es cierto que no estábamos bien últimamente, pero una relación de toda la vida, un matrimonio de veinte años, una familia, no se tira por la ventana de un día para otro. Todo eso iba a decirle, pero las palabras se me atragantaban en la garganta.

—¿Por qué? —fue lo único que salió de mi boca.

—Tú deberías saberlo mejor que nadie —me dijo, con la misma voz impersonal, esa que nunca le había oído antes—. Y si no lo sabes, pues peor para ti. Yo no voy a explicártelo. No tengo ganas ni tiempo.

Se acercó a la ventana y miró a la calle.

—Yaquelyne me está esperando fuera. Me tengo que ir.

Tomó la maleta y salió, cerrando suavemente la puerta tras de sí.

Miré por la ventana y la vi irse con una chica de pelo negro y largo en un carro de alquiler

Usted no sabe, señor juez, lo que es pasarse un fin de semana entero sin poder dormir, tomando pastillas. Sin poder pensar en otra cosa que en la mujer de tu vida, que acaba de dejarte. Pero no se preocupe, que no le contaré nada de eso. No creo que usted esté interesado en escuchar todos mis sufrimientos, y todo lo que pasó por mi cabeza ese fin de semana. Hasta pensé en suicidarme.

Fue por eso que el lunes por la mañana me fui a su trabajo tempranito para verla. No podía más. Tenía que hablar con ella, intentar arreglar las cosas. Cuando llegué no había nadie en la cafetería. Detrás de la barra, una chica de pelo negro y largo.

En cuanto entré, la chica me dedicó una sonrisa de anuncio publicitario.

—¡Buenos días! ¿Puedo ayudarle en algo, o servirle algo?

—No, gracias. Busco a Berta. ¿Puede llamarla, por favor?

—Berta está reunida con el administrador. Cuadrando la contabilidad.

—Ah... no pasa nada, la espero.

La chica se quedó mirándome, un poco intrigada.

—Disculpe... —me dijo—. ¿Usted conoce a Berta?

—La conozco perfectamente. Soy su marido.

De pronto la chica me estaba mirando fijamente. Ya no tenía la sonrisa en la cara, sino que estaba muy seria. Me preguntó, con el mismo tono con que me había hablado Berta el viernes pasado:

—¿Qué hace usted aquí?

—Vengo a ver a mi mujer.

La chica se quedó en silencio unos segundos.

—No creo que tenga ganas de verlo —me dijo.

Levanté la cabeza y la miré fijo a los ojos.

—Eso no lo decides tú, chiquilla —le contesté—. Ve a buscarla, dile que su marido la está esperando afuera y no puede perder toda la mañana por su culpa.

La chiquilla me aguantó la mirada.

—En primera, hábleme correctamente, señor —me dijo, con un tono que desbordaba insolencia—. En segunda, no voy a llamar a nadie, así que váyase.

Tiene que entender, señor juez, la situación. Hacía dos días que no dormía, de puro estrés y depresión. Estaba un poco alterado, con los nervios a flor de piel. La cogí por la camisa y le grité:

—¡Búscame a Berta, ahora!

—¡No voy a buscar a nadie, imbécil! —me respondió ella gritándome también—. ¡Ya bastante ha jodido a Bertica en la casa, también quiere venir a joderla aquí!

Póngase en mi situación. Estaba alterado, irritado, y encima, esa chiquilla insolente me estaba gritando en la cara, y se negaba a llamar a mi mujer. Quizás en otro momento no hubiera pasado nada. Pero no me pude aguantar; la arrastré por encima del mostrador hasta donde yo estaba. Ella me clavó las uñas en las manos e intentó patearme. Yo grité de dolor y, para defenderme, le di un puñetazo en la cara. Y luego otro, y otro. No podía parar de pegarle. La chica sangraba, pero yo no podía parar. Le pegué con toda la rabia contenida que tenía dentro. No se debe desafiar a un hombre cuando se es mujer, señor juez. Es peligroso, porque al final solo somos animales domesticados que saben más o menos comportarse en sociedad. Un hombre enamorado y herido en su orgullo es tan peligroso como una fiera acorralada. Si pasó lo que pasó, fue su culpa. Cuando me cansé de pegarle con las manos, le pegué con los pies. Luego llegó la policía.

Usted me dice, señor juez, que Yaquelyne está ingresada en el hospital, herida gravemente. Sí, yo sé que es por mi culpa, pero tenía mis razones. Yo sé que usted y ella sabrán entenderlas y perdonarme. Yo no soy un hombre violento, solo fue un arranque, una locura pasajera. Mañana iré a verla al hospital y le pediré disculpas por lo que le hice. Le contaré la misma historia que le he contado a usted hoy, señor juez. Estoy seguro que ella sabrá entender. Hay que entender a la gente cuando es la vida misma la que está en juego. Le pediré perdón cuantas veces sea necesario, y le llevaré flores. Un gran ramo de flores, el más bonito que nunca nadie le ha regalado.

* Este relato fue escrito especialmente para la antología.

Los ojos lindos de Adela

Llegué a Nueva York en 1966, cuando andaba la guerra de Vietnam. Fue una época en que llegabas a una fábrica cualquiera, decías, *I want a job*, y de inmediato te sentaban, o paraban, delante de una máquina que nunca habías visto ni tenías idea de cómo funcionaba y comenzabas a empacar destornilladores o salchichas.

A los pocos meses de estar en los Estados Unidos ya había trabajado en dos fábricas, una de costura y otra donde empaçaban unas etiquetas con nombres de pila impresos, Mary, Betty, Carolyn, un montón de nombres en inglés. La gente las ponía en la parte de adentro del cuello de las blusas. Cuando la encargada de la agencia de inmigración me consiguió el primer empleo, advirtió al administrador de la empresa que yo nunca había usado una máquina de coser comercial. “Eso no importa, dijo el hombre, ya aprenderá, la entrenaremos.”

Confiada y contenta empecé a trabajar un lunes, segura de que muy pronto aprendería a manejar las maquinarias. Era una fábrica de ropa para hombres. Casi sin esperar a que me quitara el abrigo, un señor alto y canoso, peinado al estilo de las películas de Hollywood de los cuarenta, me entregó varios cientos de pares de piecitas de tela largas y estrechas, ligeramente curvas. Mi trabajo consistiría en unir cada par, para

formar el cuello de un sobretodo. Me mostró dónde sentarme y señaló los botones para encender y apagar la máquina. Musitó una frase en inglés y se marchó. No entendí, pensé que tal vez había dicho: *Have a nice day.*

Comencé a unir las piezas. Las cosí. Quedaban juntas, pero después de cosidas no recordaban nada parecido al cuello de un sobretodo. Era más difícil de lo que había imaginado. Desolada, a cada rato miraba para los lados tratando de buscar ayuda. Por una parte mi inglés hacía muy difícil comunicarme con las otras mujeres, y por la otra, estaban demasiado ocupadas para prestar atención a mi cara de angustia. Continué tratando de unir las piezas. De vez en cuando dejaba el trabajo y observaba a mi experta compañera de mesa acumulando a su lado diez o doce cuellos bien hechos en lo que yo terminaba uno desastroso.

A pesar de la prisa, a la hora de almuerzo se acercaron dos o tres mujeres para darme ánimo, lo peor era la primera semana, después me sentiría mucho mejor, decían. Al regresar a trabajar los cuellos empezaron a mejorar y al final del día conté más de cien piezas, si no perfectas, tampoco tan mal para ser la primera vez en mi vida que hacía aquel tipo de trabajo.

El segundo día llegué aún más contenta, orgullosa del control adquirido el día anterior sobre las máquinas. Al verme el supervisor, sin esperar a que me sentara ni dar los buenos días, me pidió acompañarlo. Fue hasta una mesa y regresó con un montoncito de cuellos en la palma de la mano. Me los mostró con detenimiento, uno por uno y dijo: "Estos veinticinco son los únicos que hemos podido utilizar de los ciento y pico que usted hizo ayer. Tuvimos que botar el resto." Me entregó un sobre con \$10.00 por el día de trabajo y se despidió sin dar tiempo para preguntarle qué había pasado con el entrenamiento prometido. Quise decir adiós a las mujeres que habían tratado de ayudarme el día anterior, pero no podía controlar las lágrimas y sentí vergüenza de que me vieran llorando. Camino a la puerta de salida escuché a una de ellas discutiendo con el supervisor. "No le dieron tiempo para aprender," decía al hombre. No sé

qué contestó él, cuando salí de allí todavía la mujer hablaba. Ya en la calle, seguí llorando mientras caminaba hacia el *subway*. Me sentía humillada, frustrada, sobre todo impotente. Peor que todo, me parecía ridículo llorar, la cosa no era para tanto, había montones de trabajos disponibles. No importaba qué me dijera, las lágrimas seguían saliendo. Llegué a la casa, tomé café y poco a poco se me pasó el llanto, antes de que regresaran los niños de la escuela.

En la segunda fábrica todo funcionó bien. Éramos pocas empleadas, el trabajo fácil y hasta encontré una amiga allí, Zobeida, con la que me encariñé, pero la planta funcionaba solo durante el verano y mi compañera se mudó para Washington D.C., donde le ofrecieron un buen trabajo al esposo.

Ahora estábamos en septiembre. Hacía más de tres semanas que no trabajaba y aunque mi marido tenía un trabajo relativamente bueno para estar recién llegado, necesitábamos mi salario. Buscar trabajo no era precisamente divertido. A veces me recibían con mala cara y no entendía lo que decían. Cada noche me sentía peor ante la perspectiva de levantarme al día siguiente para emprender la desagradable tarea. Desde chiquita siempre he tratado de arreglármelas sola, como puedo, pero aquella vez necesitaba a alguien.

Una noche de insomnio, como a las cuatro de la mañana, me levanté a tomar agua, y camino al refrigerador se me ocurrió pedirle a Adela, amiga mía desde la niñez, que viniera conmigo. ¿Cómo no lo había pensado antes? Vivía en Nueva York hacía cinco años y nunca había trabajado fuera de su casa. Le dije que sería bueno salir, una magnífica oportunidad de practicar el inglés. Parecía mentira, casi no lo hablaba todavía. Por eso mismo, la metedera en la casa. Además, las fábricas de Nueva York estaban llenas de latinos, sería un alivio poder conversar durante el día con adultos a quienes no iba a tener que pasarse el día corrigiendo como hacía con su hijo de seis años, que confundía el inglés con el español constantemente. No tenía nada que perder con intentarlo y mucho que ganar.

Adela no estaba animada con la idea. No le gustaba trabajar en fábricas. Su suegra y su cuñada lo hacían en una fundición, pasaban un calor de infierno y estaban casi sordas del ruido de las maquinarias. Pero no sabía suficiente inglés para conseguir otro tipo de empleo. Le dije que se trataba de una situación temporal, más adelante conseguiríamos algo mejor. Mi argumento final, el más importante, fue que con un matrimonio moribundo que ella se empeñaba en salvar sin mucha esperanza, lo mejor sería tener alguna independencia económica, se sentiría más segura de sí misma. La convencí.

Un viernes por la mañana dejamos a su hijo y a los míos en la escuela y salimos debajo de una lluvia torrencial. Antes de entrar al primer edificio Adela me dijo que debíamos refinar el lenguaje: *"I want a job* es muy poco delicado. En lo adelante diremos *I am looking for a job.*" Así lo hicimos.

Al regresar a mi apartamento por la tarde, tomando café discutimos las cinco ofertas hechas. Consideramos una fábrica de juguetes en donde daban un descuento a los empleados. Se acercaban las navidades y tenían instrumentos musicales, en especial cornetas y tambores, de excelente calidad. El inconveniente era la localización. El viaje demoraba más de una hora en *subway* y después había como veinte minutos de camino por calles a medio hacer, sin aceras. Aquel día habíamos andado el trayecto al mediodía, ya escampada la lluvia de la mañana, aún gran parte estaba inundado. No fue fácil. Imaginamos cómo sería en invierno cuando, con los días tan cortos, llegaríamos y saldríamos de noche. Al fin escogimos el sitio más cercano al edificio donde vivíamos las dos. Solo pagaban \$1.25 la hora, pero para nosotras, las dos criando niños, distancia y facilidad de transporte eran factores decisivos.

El lunes por la mañana llegamos temprano, antes de las 7:30, hora de entrada, a una fábrica de cosméticos situada en un edificio viejo en Astoria. Los lápices de labios, sombras para los ojos y pintura para uñas de aquella marca eran muy populares, no solo en Estados Unidos, también en América Latina. Entramos.

El ruido de las maquinarias, tan pronto empezaron a andar, era estruendoso y el olor de los productos químicos insopportable. Adela me miró con los ojos lindos que tenía aún más grandes de lo normal. Yo sabía. Pensaba en la sordera de su suegra y su cuñada. Antes de que abriera la boca la animé con un argumento poco convincente para mí misma: "Mira todas las mujeres que trabajan aquí, si ellas lo soportan, también podremos hacerlo nosotras". No quería quedarme sola en aquel lugar horrendo.

Nos dieron un uniforme azul a cada una, todos de la misma talla. En el mío cabían dos como yo. Las mangas se suponía que fueran cortas, pero me quedaban por debajo de los codos y la saya llegaba hasta los tobillos. Deprimente. Traté de consolarme pensando que a lo mejor se veía como un traje largo con mangas tres cuartos. En definitiva, siempre me había gustado la ropa antigua... y los disfraces.

Cada departamento tenía una supervisora con un uniforme azul, igual al de nosotras, pero la jefa principal llevaba uno blanco ajustado, de su talla. Era corpulenta, con pelo corto y canoso, casi blanco. Al uniforme y al pelo se unían medias y zapatos también blancos. Las latinas la llamaban *La paloma*. Desde el primer día le caí bien. Sonreía cuando nos cruzábamos y yo correspondía el saludo con gran deferencia. Mi mamá decía que en la mujer una linda sonrisa abre cualquier puerta, y a mí desde niña me habían celebrado la risa. Todo el mundo acusaba a *La paloma* de intransigente y tirana. Sin embargo, conmigo fue amable hasta que presenté la renuncia. Ahí se puso grosera.

A Adela le tocó trabajar junto a un enorme tanque de acetona y a mí envasando pomos de pintura para uña. Yo nunca había hecho aquel trabajo. Me explicaron. Se ponían doce pomitos dentro de una caja pequeña, se cerraba y cuando había unas cuantas llenas se colocaban dentro de otras cajas grandes de cartón, puestas para aquel propósito en una esquina del salón. Cada empleada tenía una libreta para anotar la cantidad hecha. La supervisora me advirtió que era necesario envasar determinado número a diario para mantener el puesto, aunque

no debía preocuparme mucho el primer día porque ellos entendían que era un período de entrenamiento. Me dijo también que pasaba regularmente para revisar las libretas y me entregó la mía junto con un lápiz #2.

Sonó el timbre y comenzamos. En lo que yo llenaba dos cajitas las otras mujeres terminaban tres. Pasó una hora. Mi velocidad no aumentaba a pesar de mi afán. Recordé la fábrica de costura y lo que sucedió después del primer día. Necesitaba este trabajo. Por un rato, mientras continuaba envasando con la misma lentitud, solo pensaba en cómo resolver el problema. Ni siquiera oía el ruido de las maquinarias, casi imposible de ignorar. Entonces me di cuenta de que tan pronto las cajas pequeñas estaban colocadas en las grandes era imposible saber quién había hecho cada una porque todas estaban juntas, sin identificación.

De inmediato desarrollé un sistema y me volví *rápida*. Cuando llenaba tres cajas pequeñas, corría con ellas para la esquina, las depositaba en una de las grandes, y de regreso a mi asiento anotaba cuatro en la libreta. “De esta manera, pensé, será más difícil saber cuánto hago porque nunca acumulo cajas llenas a mi lado.” Antes de preguntarme la supervisora por qué me levantaba con tanta frecuencia le dije que ese era mi sistema; así se hacía en mi país, y como mis carreras constantes daban la impresión de velocidad aceptó la explicación sin problemas.

A las 9:30 de la mañana sonó el timbre del receso. La mayoría de las mujeres sacaron un jugo de las carteras y bebieron sentadas en la banqueta que ocupaban el resto del día. Ni Adela ni yo llevamos merienda. Soltamos los uniformes con rapidez y fuimos hasta una cafetería frente a la fábrica. Cuando entrábamos de vuelta oímos sonar el timbre. Habían pasado los diez minutos de receso. Las mujeres se acomodaban en sus asientos, regresando de la única oportunidad de ir al baño durante la mañana. Me senté, puse a un lado el café sin destapar y comencé a trabajar de nuevo.

Cuando la supervisora pasó y revisó mi libreta se sorprendió de la eficiencia. Alentada por el elogio, me sentí más segura y mi

velocidad aumentó. Cada dos cajitas hechas, anotaba cuatro. La oí comentar con *La paloma*: “She is really fast.”

Llegó la hora del almuerzo y observé cómo un grupo grande de empleadas se dirigía al baño llevando en la mano sus bolsitas de comida. Al no ver un sitio donde sentarnos, Adela y yo las seguimos. Llegamos a un baño dilapidado, con bancos viejos de madera despintada colocados delante de los inodoros. Un enjambre de mujeres llenó los asientos de inmediato, sin embargo, nadie ocupó un espacio vacío en la esquina de un banco, aunque algunas comían de pie. Me senté allí y comencé a sacar mi almuerzo. Antes de terminar de hacerlo se acercó una mujer como de cincuenta años y me dijo en español: “Mira, mi hija, hace cinco años que trabajo en esta factoría, en donde por suerte nunca me han dado *lay off*, y siempre me he sentado a almorzar en el lugar en que tú estás ahora. Ese es mi puesto fijo.” Me levanté, pensando en el horror de pasar cinco años almorzando con la nariz frente a las puertas de los inodoros que se abrían y cerraban.

Adela y yo nos sentamos en el piso, en una esquina. Comenzó a quejarse del olor de la acetona, le molestaba demasiado, pero como era protestona por naturaleza no le hice mucho caso. Mientras almorzábamos, una muchacha latina, con un gorro de baño en la cabeza y tan cubierta de talco que no podía distinguirse el color de las pestañas ni de las cejas, se sentó al lado de nosotras y comenzó a hablar. Trabajaba en el cuarto donde envasaban los polvos. “Te pagan diez centavos más la hora y te dan este gorro para que no te ensucies el pelo,” dijo señalándose la cabeza con el dedo índice. Alguien le había advertido, afirmó, que no se debía trabajar allí más de cuatro meses. Respirar talco ocho horas diarias enfermaba los pulmones, pero ella ya llevaba dos años. Al despedirse nos dijo que se llamaba Ramona. No se me olvidará, respondí, me gusta mucho ese nombre.

Cuando salimos por la tarde, Adela no podía tragarse ni hablar del dolor de garganta. Fuimos para el hospital. El médico le prohibió trabajar durante una semana por lo menos. Tenía las glándulas del cuello inflamadas debido al olor de la acetona.

Hizo el trayecto a la casa rezongando bajito, no regresaba a la fábrica, aquello estaba del carajo. Al otro día pedí el dinero que había ganado para llevárselo. Ocho dólares.

El miércoles de la primera semana supe que era política de la administración cambiar a las obreras de un departamento a otro sin previo aviso, de acuerdo a las necesidades de la planta. Me trasladaron a uno bajo la supervisión directa de *La paloma*. Cuatro mujeres trabajábamos, una al lado de la otra, paradas delante de una estera rodante. Gracias a lo rápida que yo aparenté ser con los pomos de pintura para uñas, me colocaron al principio de la estera. El trabajo consistía en ensamblar los estuches de polvos compactos, colocarlos por docena en unas cajas pequeñas y envasar estas en otras más grandes. De la velocidad de la persona en mi posición dependía el ritmo de las otras tres, y el número mínimo de producción requerido en aquel departamento era muy alto. Mientras ponía goma en un estuche para pegar la latica del polvo compacto y trataba, sin éxito, debido a la velocidad con que tenía que hacerlo, de colocar la brocha de nuevo dentro del envase sin que goteara sobre la estera, pensé: "Este es un puesto complicado. Si soy lenta van a botarme y si soy demasiado rápida estas mujeres me van a odiar." Temía tanto la pérdida del trabajo como el rechazo de las otras. Me tranquilizó la idea de que era casi imposible ser muy veloz con la cantidad de tiempo que usaba tratando de que la goma de pegar no goteara. Al final siempre se escurría un poco sobre la estera, mis manos y el uniforme, lo que me obligaba a pasar un buen rato limpiando.

Después de almuerzo *La paloma* se acercó. Le sonréí de la manera que había aprendido de niña cuando mi papá se fajaba con mi mamá y yo pensaba que era mi responsabilidad calmarlo. Ya de adulta el método me funcionó muchas veces, ahora ignoraba qué pasaría. Para resultar aún más agradable, mientras sonreía, cerré y abrí los ojos despacio e incliné ligeramente la cabeza. *La paloma* contó las cajas. Yo sabía que no teníamos listo el número requerido para esa hora. Seguí trabajando sin levantar la vista, esperando los insultos y amenazas de que si

no nos apurábamos perderíamos el trabajo, como me habían contado las empleadas más viejas que hacía cuando la tarea se atrasaba. No fue así. Llegó a mi lado, me puso una mano sobre el hombro suavemente, y en vez de gritar casi susurró: "No te preocunes, todo está bien." Nunca supe si la suavidad estuvo relacionada con mi sonrisa, pero desde aquel momento hasta mi salida de la fábrica la vida se hizo más llevadera para mí y para las demás mujeres de la estera.

El viernes llegaron cuatro hombres en un camión blindado. Traían el salario de cada empleada en efectivo. Uno de los hombres se sentó detrás de una mesa sucia y puso encima los sobres. Me paré en la cola para cobrar los sueldos. Mientras esperaba mi turno tomé un jugo y pensé que sería una mañana más sin ir al baño. Al llegar a la mesa dije mi nombre, firmé en una lista y el hombre me entregó el dinero. Habían pasado diez minutos y regresé a trabajar.

Llevaba un mes en la fábrica cuando una mañana, después de cobrar, vi acercarse a *La paloma* con un gorro de baño en la mano. "Desgraciadamente, dijo entregándomelo, una de las empleadas del departamento de envasar talco se ha enfermado y como tú eres la más nueva en la fábrica te toca sustituirla. Traté de evitarlo, pero son reglas de la administración y hay que cumplirlas. El lunes empiezas en el nuevo puesto. Después de todo, no es un mal cambio, van a pagarte diez centavos más la hora, y tan pronto haya una oportunidad te traigo de nuevo para aquí." Le pregunté el nombre de la empleada enferma. "Ramona", contestó, y a mi mente acudió la imagen del gorro de baño en la cabeza y las cejas entalcedas. Por un momento pensé oponerme a la orden, pero no lo hice. No tenía costumbre de protestar abiertamente, estaba acostumbrada a arreglar las cosas por las buenas. Agarré el gorro de baño, sonréi a *La paloma* y seguí envasando polvo compacto.

Fue mi último día en aquel empleo. La semana siguiente me mudé para la acera de enfrente, a una fábrica donde hacían transistores para radio.

A causa de la acetona, Adela había estado enferma todo el mes y gastó más de cien dólares en médico y medicinas. Ahora recién comenzaba a poder hablar sin dolor de garganta. De nuevo traté de persuadirla para que viniera conmigo. “Esta es una planta electrónica, le dije tratando de sonar convincente, no hay productos químicos ni polvos con los que tengamos que lidiar. Se trata de hacer el alambrado de los transistores. Dicen que es un poco monótono, pero eso no tiene mucha importancia si lo comparamos con lo que pasamos en la fábrica de cosméticos. Es un trabajo especializado. Tú verás que ahora sí vamos a aprender algo. Trabajaremos con unos microscopios.”

Después de discutirlo por un rato no le pareció mala idea y me acompañó. Al salir para el trabajo la primera mañana hasta lucía entusiasmada, pero su entusiasmo desapareció al final del primer día. Mientras caminábamos hacia el *subway* dijo: “Mira, tú me advertiste que hacer estas piezas podía resultar un poco monótono. Ahora que yo he visto la cosa te digo que este trabajo es tan aburrido que un día me voy a quedar dormida después de almuerzo, la cabeza se me va a caer contra el microscopio y voy a sacarme un ojo.”

Dos meses después de comenzar a trabajar allí, el jefe, un tipo musculoso con los ojos azules y caminando de pisa bonito me cambió a un departamento donde el trabajo era más llevadero, sin microscopios. Yo sabía que le gustaba porque a menudo se paraba junto a mi puesto con cualquier pretexto, solo para que yo le sonriera. El primer día en el nuevo puesto me invitó a comer, tratando de cobrarme la promoción. No quería estar mal con él, pero sí dejar claros mis límites. Una cosa es acomodarse lo mejor posible a las situaciones y otra es ir más allá de los principios de una. Decliné la invitación sonriendo y diciéndole que era difícil dejar a los niños y a mi esposo por la noche.

El continuó con las indirectas y yo tratando de evadirme sin disgustarlo. Lo más difícil de soportar eran los chistes que le dio

por hacer donde yo lo oyera. Mostraba los voluminosos bíceps y alardeaba de no ser uno de esos tipos de mucho músculo y poco de otra cosa. Estaba dispuesto a probarlo en cualquier momento, para él no había día flojo.

A pesar de todo, mientras pude, traté de ver el lado bueno de las cosas. Me hacía la sorda y cuando no me quedaba más remedio y me miraba de frente después del chistecito, me sonreía bonito con él. Por lo menos el sueldo era un poco mejor que en la otra fábrica y todos los años regalaban a las empleadas un pavo de diez libras al llegar el día de *Thanksgiving*. A mí el jefe siempre me daba uno más grande. Otra de las ventajas de trabajar allí era que teníamos un comedor donde sentarnos a tomar café con leche y comer pan con mantequilla durante el receso de la mañana. Era un ratico precioso para Adela, en él hojeaba el periódico y comentaba las noticias más importantes. Últimamente se quejaba de no ver las letras chiquitas con claridad, pero lo atribuí a su manía de quejarse. No podía ser, tenía menos de treinta años. Nadie necesitaba espejuelos para leer a la edad de nosotras.

Ella continuaba en el mismo puesto donde empezó. Su matrimonio había ido de mal en peor y necesitaba el dinero en serio. A pesar de los rumores de que en New Jersey, nunca supimos dónde, pagaban \$3.60 la hora por el mismo trabajo que nosotras hacíamos por \$1.60, no intentó cambiar de fábrica en casi cuatro años porque el lugar era silencioso y no tenía que manejar productos químicos. Se sentía segura, según ella no corría peligro ni de sordera ni de alergias.

Un domingo por la mañana, a principios de septiembre, notó que leía con dificultad hasta las letras grandes del periódico. El oculista le dijo que tenía la vista muy desgastada para ser tan joven y le recetó espejuelos para leer. Ella preguntó si podía deberse a las ocho horas diarias mirando por el microscopio. Tal vez, dijo el médico, pero no podía asegurarlo. De cualquier forma, le aconsejaba no esforzar la vista después del trabajo.

No dormí por una semana. Imposible que fuera verdad. La

había oído tantas veces quejarse, yo siempre tratando de ignorar su queja. ¿Cómo ayudarla?

A la hora del almuerzo comencé a traer el periódico que ella ya no compraba y después de almorzar, como compartiendo algo de mi gusto, leía en voz alta sus secciones favoritas. Sentada al lado mío, miraba al vacío mientras escuchaba. Al principio pensé que el dolor que me produjo su enfermedad iba a aliviárseme con los días, pero fue al revés, pues ella no mejoraba, al contrario. Sus ojos no eran los de antes, cada día brillaban menos, su mirada profunda se fue haciendo vaga. Trataba de no mirarla de frente. Una mañana, al terminar el café con leche de la merienda, le dije que tenía que enseñar el diagnóstico médico al jefe y pedirle un cambio de departamento, no podía continuar con el microscopio.

Le daba miedo hacerlo. La animé y le aseguré mi apoyo. No tenía alternativa, no era posible continuar deteriorándose con los brazos cruzados. Lo hizo y el jefe contestó que él sabía que algo andaba mal con ella porque la calidad de su trabajo había decaído notablemente en los últimos meses. Sin embargo, negó la relación entre la enfermedad y el trabajo. No veía razón para relacionarlos, ninguna de las mujeres se había quejado antes.

Dos semanas después Adela recibió una notificación de despido debido a ineeficiencia en el desempeño de su labor.

Yo no podía creerlo. Faltaba una semana para *Thanksgiving*, seis para Navidad. Si perdía el puesto ahora no tendría pavo gratis, ni ánimos para celebrar la fiesta si yo la invitaba a ella y al hijo para pasarla con mi familia. Estaba destruida emocionalmente con la enfermedad y encima esto. ¿Y cómo iba a arreglárselas en las Navidades, y los regalos del niño, de dónde iban a salir? Para ese entonces el marido había desaparecido.

Fui al sindicato. La administración de la fábrica había hablado ya con ellos y el delegado encontró el despido indiscutible. No existía prueba concluyente de la relación entre enfermedad y trabajo y los transistores salían de las manos de Adela inaceptables. Claro que ella podía ir a los tribunales y demandar alguna

compensación, pero la decisión, aun en caso de ser favorable, demoraría bastante tiempo. Adela tenía derecho a cobrar desempleo, pero el primer cheque tomaría semanas en llegarle y teníamos las fiestas arriba.

Fui a hablar con el jefe, yo. Jamás había hecho una cosa así. Lo interesante fue que ni lo pensé. Le expliqué la situación de Adela. Era difícil complacerme, afirmó paseando despacio de un lado a otro de la oficina, con las mangas de la camisa remangadas para enseñar los bíceps. Su trabajo empeoraba por día, la fábrica estaba perdiendo dinero por tener a alguien trabajando a ciegas. Entonces, al menos que esperara hasta enero para despedirla. Se me quedó mirando y preguntó si ella y yo éramos familia, teníamos los ojos parecidos, y yo la defendía tanto. Continué insistiendo. Llevaba cuatro años allí, siempre había sido responsable, cumplidora, su alambrado era de los más cuidadosos de la fábrica entera. No era culpa suya haberse enfermado. Por lo menos hasta enero.

Entornó los ojos azules y dijo que podríamos discutir el caso, pero en un ambiente más confortable. La noche siguiente, por ejemplo, en un restaurante italiano. Acepté. Estaba obsesionada con el despido de Adela. Dije en mi casa que trabajaría *over time*.

A veces pienso que no sucedió en realidad, pero sí pasó porque al otro día de la comida, a Adela le notificaron la extensión de su empleo. Me preguntó si yo sabía algo sobre el asunto y lo negué. Todavía dice que jamás entendió aquello.

Me llevó a un restaurante en una calle estrecha del bajo Manhattan. Nunca he podido saber dónde estaba. Lo recibió de manera familiar un camarero bajito y nos condujo a un reservado decorado en terciopelo rojo y piel. Olía a viejo, a colilla de cigarrillo. Tenía un pequeño sofá y la luz escasa de una lámpara de canelones con un solo bombillo. El jefe pidió whisky a la roca y cinco minutos más tarde empezó a hacer cuentos de cuando era chiquito y el barrio donde vivía a los pocos meses de haber llegado a este país, con cinco hermanos y su madre inmigrante y viuda. Al ser el mayor, le tocó la carga de la familia.

Bebió otro trago y lo animé para unos cuantos más. Yo no. Escuché su confesión interminable durante toda la comida, como si prestara gran atención. En realidad solo pensaba en sacarle la promesa de dejar a Adela en su puesto. El mismo camarero que nos recibió trajo manicoti, ternera y ensalada de *arúgula*, que me encanta, pero comí poco.

Tan pronto retiraron los platos, se dedicó a lo que inicialmente había ido, pero no lo dejé hacer antes de prometer. Me dijo enseguida que hasta enero, después de Navidades. Traía la respuesta lista porque borracho y todo no hubo forma de extender el plazo.

Me desvestí de la cintura para abajo y doblé con cuidado la saya. No quería salir estrujada del trance. En lo que se quitaba con movimientos torpes el saco, la corbata, la camisa, los pantalones, los calzoncillos y los zapatos, yo pensaba que nada garantizaba el cumplimiento de su promesa. Se le olvidó quitarse las medias. Me acosté en el sofá boca arriba, con los brazos extendidos a los lados. Al verlo acercarse pensé que tenía una estampa de madre. Al parecer solo hacía ejercicio para fortalecer el tórax y los brazos. Las piernitas parecían incapaces de sostener la parte superior del cuerpo.

Yo lo dejé hacer, en definitiva, había ido a eso, mas trató y trató y no pudo. Sentía su saliva rodándome por el cuello. Jadeaba mientras se movía de atrás para adelante y de arriba para abajo sin ningún resultado. Pensé que debí haberme quitado la blusa, me la estaba babeando y era de tintorería. Pero lo peor, lo más horrible de la noche fue que como sus ojos eran tan claros, cuando lo tenía encima en aquel forcejeo inútil, veía reflejada en ellos mi cara de asco. Hasta años después, fue esa cara la que guardé en la memoria al recordar el incidente. Finalmente desistió, bañado en sudor, con el corazón acelerado. Yo lo oía. Estoy segura que no siguió por eso.

Se sentó en el borde del sofá con la cara entre las manos. Después de unos minutos comenzó a vestirse callado. Antes de salir, me dijo que confiaba en mi discreción. “No se preocupe,

siempre cumple mi palabra cuando los otros cumplen la suya. Adela seguirá en la fábrica hasta que encuentre otro trabajo. ¿De acuerdo?" Sin enfrentar mis ojos asintió con la cabeza y continuó vistiéndose. Me puse los panties, la fajita, el *pantry hose*, la falda, los zapatos, agarré mi cartera y esperé al lado de la puerta a que estuviera listo. Salió él primero. Cerré la puerta del reservado y comencé a andar hacia el carro sabiendo que la simpatía del jefe hacia mí había muerto.

Para *Thanksgiving* mi pavo fue igual al de las demás. Lejos de entristecerme, me alegró y cuando cinco meses después Adela presentó su renuncia, yo presenté la mía.

Pasó los meses de verano deprimida, marchitándose en otro trabajo aburrido, pero al menos no le empeoraba la vista. Yo leía sin cesar, en voz alta cuando estábamos juntas y en silencio al quedarme sola, libros de nutrición, dietas, vitaminas. No había trabajado desde mi renuncia en la planta de transistores.

A mediados de octubre llegué un anochecer a su casa con mis hijos y dos pizzas grandes. Mi marido estaba en Baltimore en viaje de negocios. Después de la pizza preparé chocolate con leche para los niños y café para nosotras. Le dije despacito y con la voz más melodiosa que pude hacer salir de mi garganta, que ahora sí se me había ocurrido la gran idea, en lo adelante iríamos por el camino correcto.

Me miró horrorizada.

—No te asistes, le dije, se acabaron las factorías. Vamos a tomar el examen de equivalencia de *High School*, nos meteremos en un programa especial para mujeres que he averiguado existe y nos iremos a *College*.

—Ahora sí te volviste loca. ¿A *College* con los ojos como los tengo?

—Escúchame con calma, no te alteres, lo tengo todo planeado. Primero, por más que te empeñes en no admitirlo, estás viendo mejor con las dieciséis onzas de jugo de zanahoria diario y los montones de vitaminas. Segundo, lo único que tenemos

que hacer es estudiar lo mismo y compartir las clases. No va a ser difícil porque nos gustan muchas de las mismas cosas, y si alguna prefiere otra en algún momento, pues nos adaptamos, vieja. Tenemos que ser flexibles y trabajar juntas si queremos salir adelante.

Se quedó callada, indicación de que estaba cediendo. Continué.

—Una cosa no puedes dudar. Si digo que voy a ayudarte, sabes que lo haré. Si he estado leyéndote artículos del periódico por más de un año solo para entretenerte ¿cómo no te voy a leer los libros de las clases que tomemos cuando sé que de ahí vamos a sacar algo? Miraba para abajo. Levantó la cara y dos lágrimas grandes cayeron en la mesa. Las limpió rápido con la servilleta que había usado para comer la pizza. Donde estuvieron las lágrimas quedó una mancha de grasa. Me partió el alma porque ni cuando el marido la dejó la vi llorar. No pude seguir hablando. Me levanté y busqué una esponja de la cocina para quitar la grasa de la mesa. Adela es muy meticulosa con su casa.

Como en el pasado, la convencí otra vez, con mucho trabajo, para que me siguiera. Nos graduamos con *mayors* completamente distintos. Después de un tiempo entendimos que los gustos no eran tan parecidos como creíamos, pero eso fue ya en tercer año y Adela podía arreglárselas sola. Yo me hice nutricionista y ella siguió literatura, con los ojos malucos y todo. ¿Qué le parece?

No, nunca se lo dije. ¿Para qué, para buscarme nuevos problemas? El alma humana es muy complicada. Jamás sentí lo que hice como infidelidad, pero él no iba a entenderlo. Ni soñarlo. Es muy bueno, pero un típico marido cubano. Sin embargo, no crea, me hubiera gustado decírselo. Incluso, me sentiría más cerca de él de haber podido explicarle lo que nunca ha comprendido, según repite: mi determinación repentina de estudiar, cuando nunca quise hacerlo antes. Es una pena tener que callar ciertas cosas aunque una no quiera hacerlo. Me

gustaría compartir con mi marido mi asombro ante la forma en que la vida hace las cosas. Gran parte de lo que soy hoy se debe a aquel episodio de espanto, gracias a él aprendí que no todo se resuelve con una sonrisa bonita, aunque mi mamá lo creyera así.

* Este relato forma parte del volumen *Las historias prohibidas de Marta Veneranda*, que recibió en 1997 el Premio Extraordinario de Literatura Hispana en los Estados Unidos otorgado por Casa de las Américas.

Yo quiero amarte

Le dio por la cara con la mano abierta o rama de pocos pétalos. Le dio en la nariz con la mano cerrada o piedra ígnea, de modo que los nudillos fueron quienes golpearon. Pero no le partió la nariz sino el labio de arriba y el labio de abajo y un diente superior. Le apretó el cuello con las dos manos, y esta parte, aunque la ahogaba, la hizo reírse. No quería reírse pero siguió riéndose un cuarto de hora más. Le dio con el puño en el estómago, en las costillas y en los riñones. Le dijo no grites, porque si gritas te voy a dar. Pero ya le estaba dando, bastante, y no era suficiente. Ninguno de los golpes era suficiente. Volvió a darle por la cara con la mano abierta, una vez y otra vez y otra. Parecían veinticuatro por segundo pero solo fueron dos por segundo. Preguntó si necesitaba algo más, pero en ese momento se estaba pasando la lengua por los labios. Si no se hubiera pasado la lengua por los labios, habría respondido necesito un beso.

Me dio un piñazo tan duro que me partió la boca. No me partió la nariz. Solo la boca. Me apretó el cuello y por poco me ahoga. Qué risa tú, qué risa. No quería reírme pero seguí riéndome como media hora más. La risa boba. Risa nerviosa. La misma risa que me entra en los velorios. Cada vez que se muere un familiar y hay que velarlo, yo me paso el velorio riéndome. Me dijo que no gritara porque si gritaba iba a acabar conmigo, pero ya estaba acabando tú. Volvió a darme por la cara con la

mano abierta, durísimo, y yo volví a reírme tú, qué manera de darme risa, qué manera de reírme.

Fue a la cocina y empezó. La niña llevaba veinticuatro horas sin comer. La niña era lo más importante. Pelaba los boniatos y recordaba el día en que compraron la niña. Con su rama de pocos pétalos se limpió el sudor de la frente, le dolían los labios y los riñones. No sabía si descongelar las mollejas de pollo o descongelar el hígado de pollo, aunque el hígado se descongela en un santiamén. No sabía por qué le dolían las piernas. No recordaba ningún golpe en esa zona. El día que la compraron tuvieron que escoger entre una niña y un niño. La niña era más pequeña y se veía más desnutrida, pero el niño no las miró. Enseguida la niña quiso que la cargaran. Al cargarla, ya no quisieron separarse de ella. Preguntaron cuánto cuesta y les dijeron cincuenta. Pero solo tenían treinta y cinco, y cinco para pagar el refrigerador a crédito. Solo tenemos cuarenta. Por cuarenta pueden llevársela, que les aproveche. Entonces se la llevaron. Sin pagar el refrigerador.

Fui a la cocina y me puse a pelar boniatos. El primer boniato estaba sano pero el segundo estaba lleno de tetuán. A simple vista yo sé cuando un boniato tiene tetuán. Tremenda plaga el tetuán. Un boniato con tetuán es asqueroso porque sabe a mierda, sabe ácido. Para eliminar el tetuán se inventó una trampa con la feromona de la hembra que atrae al macho y lo mata y ya no puede reproducirse. Descongelé las mollejas de pollo para ponerlas a hervir junto con los boniatos y darle la comida a la niña. El día que la compramos hicimos mal en comprarla tú. Nos salió mala. Teníamos que habernos quedado con el niño pero compramos la niña. Llena de enfermedades. Siempre tosiendo. Siempre durmiendo por los rincones. Me dolía en todas partes tú.

Siguió pelando boniatos a pesar de tenerle pánico al cuchillo. Ya se había cortado con el cuchillo la yema del dedo índice, y había sido un corte profundo. Un corte que en el policlínico causó sospechas y que no quiso coser la enfermera porque ahí

no se puede coser. Después de ese accidente nunca quería pelar boniatos, pero hoy la niña llevaba veinticuatro horas sin comer.

Seguí pelando boniatos con aquel cuchillo que me daba pánico. Ya me había cortado una vez con aquel cuchillo y me había muerto de risa también, todo el camino de la casa al hospital. Al hospital no, al policlínico. Qué cantidad de sangre solté tú. La enfermera no me cosió porque ahí donde fue la cortadura no se cose. Parece que ahí no se cose. Después de aquello me negué a pelar boniatos, pero hoy la niña llevaba veinticuatro horas sin comer. Qué abuso tú.

Mientras pelaba el segundo boniato se hizo un corte vertical en la yema del dedo gordo, el cuchillo cortó la uña y ahí se detuvo, condescendiente, pero la cabeza le dolía más. Cuando peló el último boniato ya el hígado estaba descongelado. Dividió el paquete en tres paquetes, metió dos paquetes en el congelador y descuartizó el tercero. También descuartizó los boniatos. El interior del caldero era una obra sangrienta. No sabía por qué le dolían los muslos. Desde la cocina veía y escuchaba un documental sobre los rastafaris. Redención, resucitación y repatriación. Miles de negros barbudos volviendo a la tierra de su padre. Hombre con *dreadlocks*. La tierra de donde vino el león. El león de Judah cantando yo quiero amarte. El león coronado con la corona de Sión. Un libro espiritual llamado *Kebra Nagast*. Hierba. Babilonia. Boniatos destrozados. Eres lo que comes, dijo el león.

Mientras le quitaba los tetuanes al tercer boniato, me hice una heridita en el dedo gordo. Hasta la uña cogió lo suyo, qué risa. Nueve dedos con uñas largas y uno con uña corta, qué risa. Cuando pelé el último boniato ya las mollejas estaban descongeladas. Tremendas mollejas tú. Cómo rinden las mollejas. Dividí el paquete en tres paquetes, metí dos paquetes en el congelador y descuarticé el tercero. Piqué en trozos los boniatos. Me dolían los muslos tú. Y las pantorrillas tú. Y las rabadillas. Y la cabeza. Por qué me dolían es un misterio. Desde la cocina veía un documental sobre los rastafaris. Redención, resucitación y

repatriación. Miles de negros barbudos volviendo a la tierra de sus padres. A caminar se ha dicho. La tierra del león y del boniato. Qué clase caminata tú. Qué locura.

Puso el caldero en la hornilla y abrió la llave. Con un botón se encendía la hornilla. Con electricidad. Le dolían las orejas y las plantas de los pies, pero no sabía por qué. Veía los boniatos hirviendo junto a las mollejas y esas partes empezaban a dolerle sin explicación. Quería darle una explicación a la vida pero recordó algo crucial. La casa estaba sucia. Era hora de limpiarla. Por la niña. Que podía darle alergia. Una niña en una casa es sinónimo de higiene. Tampoco sabía de dónde salían sus fuerzas pero si en ese momento alguien le hubiera dicho que levantara un camión, lo habría levantado.

Abrí la llave del gas y puse el caldero en la hornilla. Con un botón se encendía la hornilla. Como por arte de magia tú. Con electricidad. Me dolían las orejas y la nuca, las caderas y las nalgas, las encías y los dientes, los hombros. Hasta el pelo me dolía tú. Veía las mollejas hirviendo con los boniatos y aquello me tranquilizaba. Me dolía y me tranquilizaba. Quería darle una explicación a mi vida y recordé algo crucial. La casa estaba sucia. Era hora de limpiarla. Por la niña tú. Por la alergia de la niña. Una niña en una casa es un problema. No sabía de dónde sacaba las fuerzas pero las sacaba. Y si alguien me hubiera dicho que levantara un camión yo lo habría levantado.

Levantó las sillas. Pegó los sillones y el sofá a la pared. Levantó los instrumentos que había en el estudio. Recogió del suelo los juguetes de la niña. Barrió la casa. Limpio con mucha agua. Exprimió por última vez la colcha de trapear. Puso la colcha a secar. Bajó las sillas. Acomodó los muebles. Puso los instrumentos en sus atriles. Tiró los juguetes al suelo. La niña cogió un juguete y empezó a chuparlo. Los juguetes no se chupan. Quiso darle una patada pero se contuvo. Era una niña que no comía hacía veinticuatro horas. Apagó la candela. Bajó el caldero. Encendió un ventilador frente al caldero. Con su rama de pocos pétalos se secó el sudor de la frente.

Pegué los sillones y el sofá a la pared. Levanté los instrumentos que había en el estudio. Levanté las sillas. Recogí los juguetes de la niña. Barrí la casa. Limpié con mucha agua. Con detergente líquido. Cada vez que exprimía la colcha me traqueaban las muñecas tú. Puse la colcha a secar. Bajé las sillas. Acomodé los muebles. Puse los instrumentos en los atriles. Tiré los juguetes al suelo. La niña fue directo a los juguetes y empezó a metérselos en la boca. A ver tú. Los juguetes no se chupan. Por eso son las enfermedades. Le di una patada a la niña y la niña cayó sentada, qué cómico. Eso sí me dio risa tú. Una niña que no comía hacía veinticuatro horas. Yo no sé cómo aguantaba tú. Apagué la candela. Bajé el caldero. Encendí un ventilador frente al caldero y la cargué en brazos. Y la niña se lo comió todo tú.

La niña siempre se lo comía todo. En poco tiempo descubrieron que la barriga se le llenaba de líquido y que tenía anemia y las defensas bajas. Cuatro de hemoglobina y un mes después, cinco de hemoglobina. Descubrieron que había sido una mala compra. Una niña comprada a contrabando en cualquier callejón de la ciudad no podía ser nada bueno. Pensaron en regalarla pero ya la querían demasiado. Tuvieron que darle furosemida para la expulsión de líquido, y una cucharadita de Trofín por la mañana y una cucharadita por la noche, inyectarle B12 y dextrana con hierro para la anemia, y hacerle un ultrasonido para descartar tumores. Leucemia.

Descubrimos que a la niña se le llenaba de líquido la barriga porque tenía la barriga de embarazada y le costaba respirar, qué cómico. La niña tenía anemia. Tenía la hemoglobina en cuatro y un mes después nada más le había subido a cinco. Qué se podía esperar de una niña comprada a contrabando en algún callejón de la ciudad. Pensamos en regalarla tú, pero ya la queríamos tanto. Tuvimos que darle furosemida para que expulsara todo, el líquido y lo que no es el líquido. Todo. Tuvimos que darle una cucharadita de Trofín por la mañana y otra por la noche. Tuvimos que inyectarle B12 y dextrana con hierro, y hacerle un ultrasonido tú, para descartar tumores. Leucemia.

Le preguntó por qué le había dado molleja a la niña, pero no le respondió porque en ese momento se estaba pasando la lengua por los labios. Si no se hubiera pasado la lengua por los labios, habría respondido porque eso fue lo que tú compraste. Pero no le respondió.

Me preguntó por qué le había dado molleja de pollo a la niña. Y no le respondí tú. La niña estaba chupando un juguete. Me pasé la lengua por los labios. Y no le respondí tú. Me pasé la lengua por los labios. Y no le respondí.

Tomó el cuchillo con el que había pelado los boniatos y empezó a fregarlo lentamente. El agua escasa corría por la hoja como un río de ecuanimidad. No sabía por qué el agua corría de esa manera, ni por qué en vez de darle con la mano cerrada o piedra ígnea, se acercaba a ella y la abrazaba, y la besaba en todos los golpes que contraían su rostro. Preguntó si necesitaba algo más pero en ese momento se estaba pasando la lengua por los labios. Si no se hubiera pasado la lengua por los labios, habría respondido necesito otro cuchillo.

Tomé el cuchillo con el que había pelado los boniatos y lo fregué lentamente. El agua colorada corría por la hoja como un río de ecuanimidad. No me importaba por qué el agua corría así. No me importaba la niña. No me importaba el dolor. Si algo duele es porque tiene que doler tú. De lo malo hay que reírse.

* Este relato forma parte de la colección *No sabe, no contesta*. La Habana: Editorial Cajachina, 2015.

Cel amiga

Amiga. Te lo dije: un malvado. Quiero pensar que la violencia obedece a la pérdida de su licencia de conducir. Pero, por qué contra mí. Rota mi oreja izquierda. La cubro con el cabello para que no se note.

Amiga. Encontró la licencia. Dos días sin hablarme. Pero sexo sí. Buen comienzo, fin, y me da la espalda. Hoy delante de la niña empujada contra el refrigerador. Café muy dulce para él. Pruebo. Verdad.

Amiga. Sí. Buen consejo. Dilo, pero que no dañe su trabajo. Sería peor. Hoy no fui al mío. Mucho dolor. La niña con mamá. Él amenazó. Tampoco quiere me arregle. Dice, “pareces puta, no maestra”.

Llegó bravo por la niña con mamá. Yo bañándome. Me haló. Caí de rodillas. Bajó sus pantalones. Que él manda. “Mira tu hombre”. Lo complací. No sabe que tengo un Cel. Gracias a John.

Amiga. Salva mensajes. Exhausta. Trabajo y lo otro a cada rato en cualquier parte. Niña excursión. Que si no le doy mi remesa y pido más a mi hermano golpea. Quiere comprar un carro. Me escupe.

Amiga. Estoy lista. Denuncia. Pero temor venganza. Está mal en empleo, parece por comentario te autoricé: No quiere divorcio. Mete una mujer aquí. Dice no le basto. Yo amarrada.

Amiga. No vengas con ellos. Me matará. Es padre mi hija. Mucha vergüenza. Tribunal. Pide lo perdone por la mujer y amarre. "Antojo de hombre". Exige dinero de mi hermano J. para carro.

Amiga. La niña en casa. Padre amoroso. Helado y promete pasear juntos. Beso y nalgada afectuosa para mí.

Amiga. Semana bien. Pero ayer exige dinero. Da plazo. Dije que John reuniéndolo. No cree. Me rompió labios. "Por mentirosa". Niña en casa. Te traeré hombres para que ganes dinero entonces.

Amiga. Trajo hombres. Ayer tres y después de cada, él. ¡Desgarrada!. Es poco, dice. Entonces niña que vaya con mamá, digo. Él de acuerdo. Estoy preparada. Ven por la mañana con La Comisión.

Del acta levantada (...)

A las nueve de la mañana del 7 de noviembre del mes en curso, se presentó en la Comisión de Abusos Contra Mujeres, en el domicilio de Yilesna Pérez Casandras, encontrándose la mencionada en disposición de entregarse a las autoridades por la comisión de un presunto delito de homicidio culposo con arma blanca, perpetrado contra su esposo Georges Pizarro Lujanes.

Se acompaña a esta acta las copia digital de diez mensajes de la autora: Cel "Amiga", en relación con los hechos (...)

*

Bailando en la claridad

Nada peor que un yuma pegajoso. Se aparece en tu casa, babosea a tu mamá, regala dulces, cosméticos. Te invita a comer risotto, a pasear por La Habana en su auto, pero no se decide a comprarte una casita en Miramar, a obsequiarte acaso un BMW por el Día de la Mujer, ni siquiera a visitar por meses indefinidos su apartamento en España.

Son un estorbo. Lo quieren todo sin aportar mucho. No comprenden que una chica de El Cerro puede ser una chica instruida, que ha leído a Marx y no le interesan demasiado las cosas materiales que no posee realmente.

Una chica del Reparto Eléctrico es siempre existencialista. Se pregunta: ¿Qué es, *en realidad*, un yuma?, ¿A dónde nos lleva, *en realidad*, un yuma?, ¿Para qué sirve, *en realidad*, un Yuma? Como es lógico, esas preguntas no tienen respuesta lógica, y no precisamente por ser Cuba un país bloqueado, con necesidades básicas no satisfechas, sino porque una chica del fondo de Luyano las obvia, se guía por su sentido común, no le interesa la bobería-babosa de un yuma interesado en no ofrecerse ni entender las necesidades de una chica barriobajera. Ella sabe que el yuma cuando no le compra una casita en Miramar solo quiere una eyaculación alucinante sobre su trasero de bailadora de casino.

Nada peor que un yuma pegajoso, me digo, aunque yo no sea de El Cerro, del Reparto Eléctrico, de Luyanó, sino de un barrio olvidado del que tal vez no quisieras escuchar.

Nada peor que esta fiesta aburrida, me digo, mientras el yuma pegajoso me invita a bailar una y otra vez. Seguro ya planea la eyaculación precoz que me impondrá durante el inicio de la madrugada. Porque esa parece ser la especialidad de un yuma adicto a los barrios oscuros, a las chicas que asisten como moscas podridas a esta fiesta mugrosa de sábado sin alternativas.

Lo esquivo, pues ya sé que no busca comprarme un BMW por el día de mi cumpleaños, sino meterme en cualquier tugurio alquilado para venirse demasiado rápido y pasar a otra cosa mariposa, como ha hecho con la mayoría de las chicas medio bizcas que están en la fiesta y que esperan no sé si masoquista-mente un improbable segundo viaje al tugurio y un todavía más improbable viaje a España.

Mongas, han deambulado mucho tiempo por las calles de El Vedado y ya no saben diferenciar al yuma que compra casas del que solo regala dulces.

O a lo mejor sí: una se aburre de este barrio apuntalado por las esquinas, dispuesto a sostener su desidia hasta el final. Una se aburre de los tipos obscenos de cada día, de sus jergas incomprendibles, sus acosos visuales, sus diarias promesas de instantes para el olvido. Por eso es buena opción ir a una fiesta cercana, confraternizar con un yuma que cree ser más de lo que es.

Un yuma es un yuma, y nosotras lo sabemos; pero si no representa la futura salida de este barrio con escamas, charcos, baches, filtraciones, entonces un yuma es otra cosa, hasta que se demuestre lo contrario.

Este que revolotea a mi lado, invitándome a bailar, no pasa de ser un baboso.

Si al menos supiera bailar bien, o regalará cervezas, o quisiera entregarme un par de billetes por hacer cualquier cosa prohibida, sería un tipo entretenido.

Pero su letanía *Anda, chavalita, bailemoz esta pieza*, logra persuadirme —al fin y al cabo he venido a esta fiestucha a pasar el rato—.

Camino hasta el centro de la sala, me detengo debajo de un bombillo ahorrador para evitar toda intimidad o caricia arriesgada. El yuma me sigue, se para frente a mí, comienza a desplegar sus pasillos ridículos.

Algunas chicas intentan el roce pero él deja bien claro su interés en mí.

Debajo de la luz parece menos baboso de lo que es. Pero no me engaño. No soy una chica de Fontanar que se hace de la vista gorda, se autoengaña sin misericordia con tal de mantener viva la ilusión de recibir al menos una casita de dos plantas por el aniversario de la FMC.

Claro, esta ilusión no varía de chica en chica, sino de barrio en barrio. Por suerte, mi barrio aún no luce tan descascarado, aunque no deje de ser un sitio oscuro en el que tal vez no quisieras estar.

Un yuma debería ser en cualquier circunstancia un gran mazo de sonrisas, dólares y oportunidades, o algo bastante parecido.

Si no es eso, entonces se convierte en un pegajoso y a una no le queda más remedio que desmontar la falacia para atrapar yumas.

A una no le queda más remedio que ahuyentarlo, porque, créanme, no hay nada peor que un yuma pegajoso.

No, le digo cuando trata de agarrarme una mano para bailar pegaditos.

Ez que me pones cachondo, se excusa, y yo le hablo de las ronchas que me salen en los dedos cuando paso mucho tiempo sin visitar un país extraño, sin visitar España, enfatizo, y él se aparta un poco para no escuchar o para bailar sin preocupaciones.

A todos nos mueve un interés, un código que necesitamos interpretar, por eso él vuelve a acercarse; las manos estiradas hacia mi cintura.

Es que me salen ronchas si paso mucho tiempo sin manejar un auto de ocho cilindros, me excuso de nuevo, sin manejar un Audi, específico.

Pero él me agarra de todas formas, decidido a no dejarse embauclar por una chica de un barrio oscuro, olvidado.

Ziempre me haz guztado, confiesa, como si me conociera hace más de dos horas.

Le explico, ya casi para deshacerme de él totalmente, que los sábados me salen granos en la cara, que a veces prefiero no bañarme ni peinarme durante meses.

Me encantan las tíaz así, me susurra al oído, y añade, coqueto: *¿Por cazialidad no te razuraz el pubiz?*

Para nada, le contesto, esquivando sin disimulo su aliento en mi cara.

Luego le hablo de mis piernas velludas, Si quieres me subo un poco el pantalón para que las veas, de mis axilas aún más velludas, por supuesto que con olor a mariscos en extinción; si quieres me...

Joder, chavalita, me interrumpe, *eztáz hecha para mí*, y me coloca una mano en la nalga.

Las chicas de la fiesta entreibren los labios.

Pueden vernos perfectamente bailando debajo del bombillo y saben que no hay mucho que hacer cuando un yuma te pone una mano en la nalga.

Es como una marca de propiedad.

Casi pueden imaginarme en algún tugurio cercano, gimiendo en falsete, baboseada hasta la saciedad.

Venga, no zeas tímida, quiero zaber todo de voz.

Le quito la mano de mi nalga y le hablo de eructos, de gases, de sangramientos constantes en la encía, pero igual quiere darme un beso.

Utilizo entonces el subterfugio insuperable de la dentadura postiza.

¿Quieres que me la quite?, propongo.

Él me toma por los hombros, me acaricia el cuello, un dedo juega de pronto con mis bucles.

Al parecer no me cree, ni piensa tomarme en serio.

*Me gustaríaz máz sin diente*z, admite, y sonríe con una complicidad pegajosa.

Algunas chicas empiezan a irse, otras se resignan a la fiesta, otras simplemente observan mi técnica de lo que parece ser la forma de atraer a un yuma.

Sigo empujándolo por el pecho, mas él se sabe bien aferrado, hasta cierra los ojos para escuchar mejor las canciones románticas que el dueño de la fiesta insiste en repetir, en una suerte de sentimiento internacionalista, de confraternización global.

Me abro un poco la blusa, le muestro una herida de la infancia.

Esta cicatriz me la hice en mi primer intento de suicidio.

Él no se altera, se ve complacido.

¿No tienez otra?

Tengo varios verdugones en las nalgas.

¿Muy feoz?

Espantosos, cada vez que alguien los mira siente deseos de vomitar.

Vale, tía, las cicatrices me encantan, me dan buen rollo.

Le hablo otro poco de oxiuros, malformaciones congénitas, piojos, menstruación abundante, pero no logro deshacerme de él.

Todo lo contrario:

La estoy pazando de coña, tía, añade para disipar cualquier duda.

Detrás de mí solo quedan los nostálgicos por la música de los ochenta, varias chicas sin esperanza de hallar su yuma azul a estas alturas de la noche, y una grabadora ronca por tantas fiestas sin sentido ni futuro.

La luz del único bombillo de la sala cae perpendicularmente encima de nosotros, pero él, como todo yuma pegajoso, sigue intentando besarme a la fuerza, estira los labios, me roza el mentón, una pierna avanzando entre mis muslos.

Me resisto, lo rechazo, me aparto un poco.

Luego, sin más alternativas, desprendo una hebilla de mi peinado y me la entierro en el ombligo. Mientras él me observa incrédulo, tal vez hasta asustado, me abro el abdomen despacio,

sin dejar que los intestinos caigan del todo. Entonces, en lo que da marcha atrás, empiezo a disfrutar mi victoria, a reír, disimuladamente, para no destrozar su histeria, la manera de decirse a sí mismo *Qué azco, qué azco...*

* Este relato forma parte de los libros de cuentos *Habana underground*. La Habana: Extramuros, 2009; *Cuentos para huir de La Habana*. La Habana: Editora Abril, 2011; y de la antología *Como raíles de punta*. Santa Clara: Ediciones Sed de Belleza, 2013

Gemidos

Era como un murmullo. Como gaticos maullando, retorciéndose en algún lugar de la calle. Maullidos de gaticos abandonados. Desperté. Pensé que había sido por culpa de la lejana grabadora puesta toda la noche. La maldita grabadora aquella con su música salsa a todo volumen sin ser día de fiesta. Y nadie que la mandara a parar. Los divertidos disfrutaban y el resto de los mortales apenas podríamos tenernos en pie durante el resto del día, ya por llegar con las primeras claridades del sol.

Llamé varias veces a la estación de policía más cercana para que alguna autoridad pusiera orden en la madrugada, pero ni siquiera apareció. Acabé por entrar en un sueño débil, reparador. Fue como dormir sobre piedras o en un sillón de funeraria. Al despertar, sobresaltada, tenía la boca seca. Ya no se escuchaba la música de la grabadora. Me sentía confusa por la brusquedad del despertar. Mi conciencia, de repente, se aclaró. Lo que estaba escuchando ahora eran gemidos. Gemidos de mujer en alguna parte, cerca. No gritos desgarradores ni llamadas de auxilio. Solo gemidos de mujer que al escucharlos daban escalofríos. Si hubieran sido gritos, ¿qué de nuevo y terrorífico tendrían? Estoy familiarizada con los alaridos de las mujeres golpeadas. Están vinculados a códigos conocidos, así pues nada aterrador. Los gemidos tienen otro impacto. Parecen surgir de una zona oscura del ser, de un sitio innombrable donde el dolor alcanza tal

magnitud que no puede magnificarse en un alarido y jímiquea. Surgen de una pena acumulada durante mucho tiempo que ha estado creciendo silenciosa y continuadamente bien adentro y que de repente rompe su molde y sale afuera como un surtidor moderado pero incontenible. Lo que yo estaba escuchando era la mismísima música del infierno.

Mi tía también escuchó y ya estaba asomada al balcón, descalza, el pelo revuelto y arrastrando la cola de la bata de dormir por el suelo. Imaginé el borde de la bata recogiendo el polvo, los barrotes de la reja del balcón helados y los últimos rayos de la luna, bañando con su inquietante luz los tejados, calles, parques, plazas, y me acurruqué en la cama tratando de volver a dormir.

—Ya se la llevó la ambulancia. Se dio candela. Es la mujer que vive en el solar de al lado, la del fondo —me aclaró y siguió hablando—, siempre se le oye discutir con el marido. Él abusa de ella, la golpea. Lo sabes.

Sí, yo también escuchaba las trifulcas, el griterío, los sonidos de los golpes. Sus voces duras agrediendo el silencio de las madrugadas. Escondida en el patiecito del lavadero, escuchaba. Fisgoneaba inmersa en la noche nuestra que mantenía en vilo mi espíritu. Aprendí, escuchándolos pelear, las diferencias entre la discusión bulliciosa e intrascendente de la advertencia en sordina que precede al golpe brutal. Después se oían los mugidos de placer. Conocí de aquellas señales de su juego sexual hecho de golpes, lágrimas y humillación en que arrastraban sus almas. Pero en esta ocasión hubo mayor violencia.

Las murmuraciones tomaron la calle a partir de esa misma noche. No pude cerrarle el paso a los murmullos. Se filtraban a través de las puertas y las paredes... ¿Sabes?, no recuerdo haberte visto más de una vez. Fue en casa de una vecina, por casualidad. Entonces, encontrarte fue ver a una persona igual a cualquiera, aunque percibí en ti algunos signos inquietantes. No en aquel momento sino mucho después, cuando sucedió esto tan terrible. Mi encuentro contigo no tuvo nada de significativo. Olvidé tu rostro, tu fugaz presencia, pero las murmuraciones

me hicieron recobrar tu imagen: una mulata blanconaza, nariz grande, labios gruesos, sobre los cuarenta años. Lo que recordaba con mayor fuerza era la dureza de tu rostro, como tallado en piedra. Y aquella mirada torva de animal apaleado y rencoroso.

Mira cómo por tu culpa se mueven los papeles sobre la mesa sin que corra aire ni estén las ventanas abiertas. Desde que ardiste como un madero, rechacé el barrio, algo que nada ni nadie había logrado conseguir: ni los escándalos ni la agresividad del entorno. Fuiste tú quien vino a barrer con la plácida visión del vuelo de las palomas, el sol entrando a chorros hasta los últimos rincones de la casa. Borraste la canción de la llovizna, el adormecedor ruido de los aguaceros torrentosos golpeándolo todo en su caída. Instalaste en mí la existencia del otro lado de la realidad donde habitó.

Por tu culpa no pude ignorar que mis días transcurrían por un entorno donde el horror estaba prendido a los ramos de flores o a la fruta fresca que voceaban los vendedores. El horror en el canto y el baile callejeros, en el contoneo sensual de las cinturas, en los juegos de los niños, en la intrascendencia de lo cotidiano.

La palabra asesinato fue creciendo con los días como un hongo a la sombra, engordando con la malignidad de cada comentario. ¿Por qué no iban a murmurar de esa manera? Él te golpeaba. Ustedes alborotaban la barriada con aquellas trifulcas, sobre todo en las madrugadas cuando llegaba y te golpeaba.

Según su edad, él podía haber sido tu hijo, uno más de los tuyos. Esos que dicen abandonaste para venir a este solar a vivir tu pasión. Yo digo que no es así, porque ya no eran niños y quedaron al cuidado de tu madre. Y digo que te sacaban esa cuenta fácil porque eras mujer y eso, a las mujeres, no se les perdona. En los hombres se juzga diferente. No es más que una decisión de vida, un cambio en la ruta que a ellos pertenece. Aún es así, que no me digan lo contrario. No sé si te estás sonriendo cuando digo esto, no puedo verte, pero debes estar sonriendo irónica y amargada. No lo estoy expresando para congraciarme contigo. Espera, no he terminado. Digo que ellos abandonan sus casas,

sus esposas de años, sus hijos y hasta sus madres, y no les ponen etiquetas de monstruos ni de infames.

A mí, eso de que podrías ser la madre de él, me daba igual. Y que te fuiste de tu hogar y te alejaste de tus hijos, también. Al fin ellos no venían a verte. Y eso que podían, porque nadie se los impidió. Tú no. Tu madre no te dejó visitar el antiguo hogar, lo que era tuyo, donde quedó el fruto de tantos años de trabajo. Quedaste desposeída pero, en fin, fue tu elección. Pienso que el complejo de culpa te tapó la boca para la reclamación y la defensa. Ahora da igual. Digo más, no me interesa si le pagabas a tu hombre los cigarros, el ron y asumías el alquiler del cuarto y los gastos de cada día.

Ahora, entérate, esa versión de asesinato me molesta. Acaso porque la de suicidio me deja más tranquila, ¡quién sabe por qué! Quizás porque es una muerte elegida, algo que se asume y horroriza menos. Sé lo que sé. Morir asesinado es demasiado injusto y violento. Es un golpe en seco, inesperado. El alma no está preparada para partir de esa manera, sin adioses ni arrepentimientos. La propia muerte, la muerte elegida por fuego, es la apropiación de todo el odio, el rencor, el desvalimiento de alguien contra el mundo. Vi arder a otra hace tiempo, en mi infancia. Un buen día se recoge todo ese mortal cubo de vísceras dañadas y se arroja a la cara del victimario, pero es solo una focalización de la venganza, porque el último gesto va contra todos... y contra sí. Es el supremo ademán de la rabia. Suicidio y asesinato, bien mirados, se encuentran en un mismo sitio. Uno debe al otro, como el florecimiento de la orquídea al tronco en el que afinca sus raíces.

Tú lo llevaste de la mano al asesinato. Debiste detener ese juego peligroso. El sexo brutal termina en la mutilación o en la muerte, o en ambos paraderos. Acaso solo lo utilizaste a él para salir fuera de tus bordes, para que tu espíritu comiera un manjar fuerte y alimentar tu vida que carecía de relieves. Tu vida, pradera tonta sin ruido y sin furia. Y no pienses que él te recuerda y que sufre. No creas que le espanta su propia imagen en el

espejo. No se acuerda de ti. Lo vieron por ahí, muy divertido, casi al otro día de haber ardido tú. ¿Qué te parece? Te calcinas en tu inmortalidad. Te va rematadamente mal en tu círculo del infierno. Sola no andarás. Ojalá te entiendas con las otras. No sé si te sonríes con ironía. Te lo repito, no puedo verte. Sé que estás ahí. Siempre te siento llegar. Ignoro por qué vienes a darmel el insomnio de las madrugadas. Qué voy a saber de eso. Por qué me martirizas a mí y no a él. Yo apenas te conocí, repito. Te vi una sola vez y luego te olvidé. No me gustaste. Estabas marcada por la dureza y algo salvaje se percibía en tu mirada. Acaso fue que, cuando te vi aquella única vez, ya estabas muerta. Eso pasa a veces. Encontré tu rostro desdibujado en los bordes, deformado misteriosamente por la luz. Eso sucede a veces. Ahora, lo importante es que no tienes por qué hacerte de mis noches. A fin de cuentas, solo te vi una vez y no me gustaste. Vete.

* Este cuento pertenece al volumen *Mirando desde arriba*. Holguín: Ediciones Holguín, 2013.

Elena & Elena

*S*eptiembre 19

Hoy Elena vino a vivir a casa. Por la mañana trajo sus cosas y arreglé un espacio en el closet para que lo guardara todo. Estoy contenta de poder ayudarla, y en definitiva esto es bueno para las dos porque a veces me siento sola y aburrida entre estas cuatro paredes, por otra parte pienso que a Elena le vendrá bien mi compañía, ella ha estado muy mal, ha pasado por tantas cosas... Pobre Elena, a veces me da lástima. El único inconveniente es que tendremos que compartir mi cama, ella quería dormir en el piso para no molestarme pero no lo permití, si en algo me molestara no le hubiera dicho que viniera a vivir conmigo. Ahora está durmiendo porque tiene que levantarse temprano para trabajar. Siento pena por Elena, ella no ha querido contarme muchas cosas pero sé que no está nada bien, ojalá mi compañía la ayude en algo.

Elena sube a la *mountain bike*, coloca los audífonos en sus orejas y le sonríe a la Elena que está parada en la puerta, “no te preocupes, regreso rápido”, la otra hace una mueca, “deberíamos comer y luego te acompañó”, “no seas boba, Elena, voy rápido y regreso”. Elena enciende la *walkman*, da un pedalazo y la bicicleta se desliza por la rampita que sale a la calle, la otra Elena le grita algo pero ella no escucha, en sus oídos está la voz

de un hombre vociferando, “hubo un tiempo que fui hermoso y fui libre de verdad, guardaba todos mis sueños en castillos de cristal...”¹ Elena canturrea mientras frena un poco para doblar en la esquina. Elena dueña de la noche, reina de la calle desierta, porque hay una hora en la ciudad en que todo se detiene, hay una hora en que el país se inmoviliza y es el tiempo de salir a andar la noche despoblada y Elena haciendo zigzag en medio de la calle mientras los demás se encierran en sus casas para ver la telenovela.

Septiembre 21

Estoy muerta de cansancio. Ahora hay calma y puedo escribir. Hoy ha sido un día loco. Por la mañana vino un tipo que traía carta de mis padres, tremenda sorpresa, mandaron dinero y menos mal porque yo ya estaba en crisis. Fui al mercado a comprar cosas para hacer una buena comida para cuando Elena llegara del trabajo, la comida de bienvenida que le debo. Hice un arroz relleno con pollo que, sin falta de modestia, estaba estelar, lo único malo fue que no conseguí mantequilla y la margarina no es igual, es un pequeño detalle, pero no es igual. También hice una panetela de chocolate exquisita. Tremenda sorpresa para Elena cuando llegó, dice que yo debería abrir una paladar o dedicarme a vender panetelas para la calle porque cocino muy bien, no sería mala idea, si aquí las cosas no fueran tan difíciles podría dedicarme a eso, la cocina siempre me ha gustado, pero soy demasiado vaga para esclavizarme de esa forma, y puedo sobrevivir con lo que mandan mamá y papá alguna que otra vez. Cuando pusimos la mesa llegaron Ernesto y Alexander a traerme un libro, los invitamos a comer por supuesto, me gusta invitar a la gente siempre que puedo, ojalá y pudiera todos los días. Ernesto salió y con el dinero que le di compró una botella de ron, yo no bebo mucho pero era una ocasión especial. Elena

¹ Todos los fragmentos de canciones son de Charly García.

me sorprendió, no quiso beber en toda la noche, dice que ya no bebe más y es mejor así, creo que si hubiera seguido como estaba iba a terminar ingresada en una clínica para alcohólicos. Pobre Elena, sentía tanta pena por ella cuando se me aparecía en casa de noche, borracha y llorando. Ojalá y sea cierto que no va a beber más, yo tomé dos traguitos y enseguida me dio un mareíto de esos que me entran.

Todos elogiaron mi comida, pusimos música y de tan contenta que estaba me puse a bailar, Elena se veía muy animada. Ernesto dijo que definitivamente debería poner una paladar en casa y entonces agarró un papel y se puso a diseñar carteles de propaganda, “Elena’s S.A.”, “Elena & Elena”, “Elena’s House”, fue divertido y pienso que mi amiga la pasó bien. Cuando se fueron los otros nos quedamos un rato conversando.

Elena tiene que rehacer su vida, empezar de cero, ese hombre le hizo mucho daño. A veces pienso que el matrimonio no tiene sentido, veo a las parejas como pelean y se ofenden, eso no puede ser el amor y si es eso, entonces yo no lo quiero, aunque Elena dice que ella sí, que si le ha salido mal hasta ahora no tiene por qué ser siempre así, a veces no entiendo a Elena, dice que es su sino, su estrella, que desde que nació estuvo condenada al naufragio pero aun así vuelve a intentarlo, es fuerte Elena, después de una historia como la suya yo lo menos que quisiera es tropezarme con un hombre, menos aquí donde todos son tan machistas y poco delicados, parece que el sol hace al macho, horror de latinos aferrados a sus genitales. Por fortuna ya mi amiga salió de la vorágine.

Elena da un corte para esquivar al gato que atraviesa la calle velozmente, el viento da en su cara y ella ríe y canta, “te encontraré una mañana dentro de mi habitación y prepararás la cama para dos tururú tururú tururú...”. Elena pedalea fuerte y atrás van quedando las casas, todo siempre queda atrás, atrás su infancia en compañía de la abuela en una lejana provincia de su geografía, atrás la madre recogiendo las maletas para partir con aquel hombre que Elena vio una o dos veces, ¿qué importa?,

lo que importaba era su madre dándole un beso y prometiendo que en las vacaciones la llevaría a su nueva casa en Matanzas y podrían ir a Varadero y Varadero luego convertido en postales de felicitación por el cumpleaños mientras Elena crecía huérfana y con odio, el mismo odio que descubrió su madre, años más tarde, cuando regresó a casa arrepentida, llena de lágrimas, y aquella adolescente totalmente desenfadada declaraba que entre ellas dos lo único en común sería el techo, como los techos de las casas que iban quedando atrás.

Septiembre 24

Verde que te quiero verde. Estamos arreglando el jardín, este fin de semana la pasamos embarradas de tierra hasta la médula. Ayer por la noche salimos a recorrer el barrio y nos robamos un montón de planticas de las casas de la corporación. Tremendo susto porque en una de esas nos sorprendió el CVP y tuvimos que salir corriendo con las jabas llenas de matas. Hoy nos dedicamos a plantarlas. Le di mi bicicleta a Elena para que la use, como yo apenas salgo no me hace falta y ella sí la necesita para ir al trabajo, pasó la mañana limpiándola y arreglando los ponches que tenía mientras yo removía tierra. El jardín marcha ok, yo verdaderamente lo tenía muy abandonado, pero ahora somos dos y nos podemos ayudar, creo que si el trabajo hace al hombre de esta me vuelvo marimacho, y Elena tiene unas energías que asustan. Me gusta que esté aquí, hace mucho que vivo sola, desde que mamá y papá se fueron del país, y vivir sola es bueno pero a veces una se cansa, se vuelve horaña, yo qué sé, como no me gusta salir me paso la vida aquí viendo televisión y leyendo, como un caracol en su concha o una rana en su charca, pensando en el príncipe azul que ya debe haber perdido su color de tanto esperar. Y si no me gusta salir es porque me aturden las personas, no sé, a veces voy a una fiesta y los demás se divierten pero a mí me parece todo tan absurdo, sentirse sola en medio del

tumulto, como estar desnuda en medio de una manifestación, es horrible, por eso prefiero quedarme en casa y que los demás, los pocos amigos que tengo, vengan a visitarme. Pero ahora es distinto, Elena está aquí y ella también está muy sola, la soledad de una mujer es como un castillo lleno de laberintos y cubierto de velos de colores, algo así, Elena y yo alcanzamos la misma puerta transitando por corredores diferentes, me hace gracia, somos muy distintas pero siempre hemos tenido tanta coincidencia, porque el problema siempre está en la coincidencia, en que las cosas converjan en el mismo punto. Elena es como la hermana que nunca tuve, la cómplice, la madre que te da los buenos días, algo así, yo qué sé. Hoy estábamos en el jardín y dije que lo único que nos faltaba era enamorarnos, pero ambas coincidimos en que nos gustan los hombres, esos seres llenos de pelos y evidencias, ja, ja, aunque por el momento Elena dice que quiere tomarse un respiro, quiere estar sola, la soledad es un antídoto contra el infortunio, ¿o una consecuencia?, yo qué sé...

Elena se pasa la mano por la frente apartando unos mechones de pelo que le caen encima de los ojos, en sus oídos el hombre susurra “y el fantasma tuyo sobre todo cuando ya me empiece a quedar solo...” y a su mente llegan las imágenes del último viaje a casa, la premura por encontrar el rostro de la abuela, un día horrible, el mismo día en que ella decidió que ya nada tenía que hacer allí y anunció a su madre que no volvería, que cuando acabara la universidad se quedaría en La Habana porque Cuba es La Habana y lo demás es paisaje, como dicen. La vida en el campo es demasiado limitada para un corazón aventurero y ya nada la ataba a su origen, por eso no volvió, ni en las vacaciones del último año volvió, quemó las naves e izó su bandera en la ciudad.

Septiembre 29

Menos mal que ya Elena se quedó dormida. Tuvimos una noche fatal. Vino Laura a visitarme y trajo al niño, un niño precioso de dos años.

Elena pasó todo el tiempo jugando con él, cuando se fueron se sentó a fumar en el jardín y de repente rompió a llorar, me asusté mucho porque mientras más le preguntaba más lloraba y yo no sabía qué hacer, le llevé un vaso de agua y logré que se calmara un poco, entonces me contó. Yo no sabía nada, ella nunca antes quiso hablar de eso. Dice que estuvo embarazada y hablaba sonriendo entre lágrimas, nunca he salido embarazada, pero dice Elena que es fantástico. Ella deseaba tanto tener ese hijo, aún lo desea, necesita ser madre, eso me asusta, a veces la mujer asume la maternidad en sustitución de un algo ausente, un becerro a donde asirse en medio de tanta soledad, la última o única alternativa posible que nos salve del destierro, eso me asusta, pero dice Elena que no, que llega el tiempo en que la mujer necesita completar su esencia, es involuntario, estamos hechas como recintos engendradores de vida, qué suerte tan azul y Elena tuvo vida en su vientre, sintió un corazón latiendo y fue feliz, solo que no todo el mundo entiende la magia de la creación, y ese hombre odioso... Me dio tanta tristeza verla así y yo sin poder hacer nada con tanto desconsuelo. Hay cosas que los hombres nunca van a entender aunque se lo propongan, su naturaleza es distinta y nada puede hacerse contra su orden perfecto. Me imagino qué habrá sentido Elena, cuánta impotencia y cuánto querer golpearse la cabeza contra las paredes, es como si te pusieran una venda en los ojos y de repente el mundo es negro, se te acabaron los colores, como cuando a un niño se le revienta un globo en la cara y plum, ya no está, de repente todo desaparece. Dice Elena que al final una acaba auto convenciéndose y aceptando la realidad fríamente, que bajo ciertas condiciones de vida hay sueños que quedan prohibidos, pero no le creo, no, Elena, en esto no te creo, dice un dicho popular que

la cabra siempre tira para el monte, es su naturaleza y la nuestra es procrear, así es que vamos a hacerlo aunque todas las flechas de la lógica indiquen hacia el NO y todas las razones obvias se envuelvan en un cartucho y traten de engullirse por tu boca, no, Elena, no te creo. Sus lágrimas no eran de tristeza sino de rabia... Si en aquel momento me hubiera contado quizás pudiéramos haber hecho algo y ahora esa personita pequeña dormiría junto a nosotras, pero Elena no dijo nada, como no quiso contarme hoy lo del ribanol, dicen que hay que parirlo, que matan a un niño completamente formado y luego hay que parirlo, debe ser horrible, por eso Elena no quiso contarme, es mejor así, el que no sabe no siente, suerte del ignorante, por eso los hombres a veces no se dan cuenta de que una simple palabra puede salvar el mundo o erigir el fin.

Elena pedalea mientras el sudor corre por su espalda, es cálida la noche como todas las noches del Caribe. Se seca el sudor de la cara y sonríe antes de que comience la próxima canción que sabe va a sonar en un instante, aquella que Hugo tanto le cantaba, ahí está, “quizás porque no soy un buen poeta puedo pedirte que te quedes quieta hasta que yo termine estas palabras...”, todas las historias de amor tienen una canción de celestina. Hugo la cantaba todo el tiempo. Elena piensa en lo increíble que es la transmutación de las personas, como un ser que amas puede devenir en un ser que rechazas. Y es que todos los comienzos tienen algo de alucinación y encanto, tantear sobre lo desconocido seduce y ahí está el milagro. Elena desnuda en una ciudad ajena y Hugo invitándola a pasar el fin de semana en su casa, lejos de la beca y la mala comida. Elena descubriendo y descubriéndose, abriendole las piernas a una noche de alcohol con un hombre haciendo círculos de saliva sobre su espalda, un hombre tan distinto a todos los muchachos de la universidad, tan diferente a sus anteriores novios, “quizás porque no soy nada de eso es que estás aquí en mi lecho...”. Elena se echa a reír y respira una noche de paz en bicicleta mientras pedalea contra el viento que no impide su sudor.

Octubre 2

Mierda, mierda y mierda, si no escribo ahora creo que reviento. Qué difícil se hace habitar esta ciudad, es que lo más simple, coño, lo más elemental se vuelve de pronto un acertijo. Hoy he deseado con todas las fuerzas ser hombre, con todas las ganas no tener útero ni ovarios ni nada de allá adentro, me desperté con un dolor de ovarios de esos que te mueres, dice un amigo médico que lo que duele es el útero, qué sabrá él y qué mierda me importa el nombre de lo que duele. Es un infierno de la cintura para abajo, como un descenso que te va anulando, como si estuviera colgando de un tragante aferrada al borde mientras el torrente de agua trata de arrastrarme. Me puse una almohada apretándome el vientre y de tanto quejarme Elena se despertó, pero por más que buscó en casa no tengo ni aspirinas ni duralginas ni nada, no tengo nada y luego que no tenía ni qué ponerme, en la farmacia las últimas íntimas que vinieron fue hace cuatro meses, coño, se ve que el ministro de salud pública no es mujer. Le di unos dólares a Elena para que fuera a la tienda a comprarme algo pero tengo que esperar a que ella regrese del trabajo, y mientras tanto trapos, como las abuelas, trapos, a usar trapos como una indigente, en la potencia médica mundial las mujeres usamos trapos cuando menstruamos porque no se enteran de que todos los meses la mujer quiera o no quiera pasa por un breve período que se llama menstruación, coño, qué ganas de que me llegue la menopausia, me da tanta rabia gastar en esto los pocos dólares que tengo, como si fuera un lujo, mierda, no es ningún lujo, es una necesidad, estoy rabiosa, si ahora mismo vienen a preguntarme digo que sí, que quiero irme del país, no me importa la política ni me importa nada, lo que no soporto es tener que usar trapos como mi abuela hace un montón de años atrás, qué rabia... Cálmate, Elenita, cálmate, hay cosas peores que esto, cálmate, seguro cuando Elena regrese trae algo, calma, calma, mujer, calma, es mentira, no quiero ser un hombre ni tener la menopausia ni irme del país, solo quiero

que se me quite el dolorcito, solo eso, y dejar estos absurdos trapos que me dan asco, pero cálmate, Elenita, cálmate, no te ahogues en un vaso de agua, hay quien está peor que tú, qué consuelo... Elena da un brinco cuando atraviesa el bache que no pudo esquivar porque la calle está oscura, –un buen bache–, piensa. Todo está lleno de baches, ¿sería Hugo uno más?, no le parece. Hugo se ha convertido en un agujero negro, simplemente eso, y afortunadamente ella logró escapar del laberinto. Ahora está bien, viviendo en paz en casa de su amiga, lejos de aquellos días en que Hugo empezó a cambiar, ¿o será que siempre fue así?, nadie cambia de repente, el amor es a veces un antifaz sin huecos en los ojos, como decía su abuela, “en principio es el amor y luego viene la costumbre”, y Elena se acostumbró a ese hombre, porque era bueno pasar todo el tiempo haciendo el amor entre sábanas sucias y botellas vacías, se acostumbró a fregar los platos que Hugo acumulaba, a regresar tarde en la noche, borrachos los dos y ella casi arrastrándolo entre besos y risas, él rumiaba y la insultaba mientras Elena le quitaba los zapatos antes de llevarlo a la cama para luego limpiar su vomito en la puerta, pero el amor lo perdona todo, el amor hace de la mierda poesía y Elena no se detuvo a ver si la espada se alzaba sobre su cabeza porque era feliz, ciertamente era plena y feliz y un instante de vida merece todos los riesgos.

Octubre 6

¿Qué importa la luz?, hace unos minutos se fue y no sé cuándo volverá, ¿pero qué importa verdaderamente? Estoy delante de un farol, no es una vela, ni siquiera un candelabro, y escribo, no con una pluma que debo entintar, sino con un bolígrafo que dentro de poco perderá la tinta y habrá que tirar. Hoy ha sido un día de pocas ganas, un día insulso, falto de colores, cuántas horas de respiración perdidas, algo sucede cuando no sucede nada... Hoy en la mañana Elena me dijo que iría a casa de Hugo, aún

le quedan cosas por recoger. Regresó muy tarde, se bañó y dijo que iría a dar una vuelta por la playa, pregunté pero me esquivó diciendo que hablaríamos luego. ¿Qué le pasará a Elena?, a veces pienso que si ella no estuviera aquí apenas escribiría en mi diario, no sé, es que no tengo motivos y esta ausencia de motivos me hace gris. Elena en dos tiempos, una la luz y otra la sombra, siento que transmuto, como si de tanto mirarme en el espejo mi rostro se metamorfoseara y no soy yo, soy ella... Antes de Elena mis amigos no pasaban tanto por aquí, ahora pasan un rato, nos saludan, pero no soy yo, es ella... Yo soy la que escribe en su diario a la luz del farol pero a ratos abrigo percepciones ajenaas, no soy yo, soy ella... Elena comienza a hablar y siento que Hugo me empuja para lanzarme a la cama, escucho sus gritos, las palabras que escupe con su hálito de alcohol y nicotina y lloro sin que ella lo descubra, lloro cuando se queda dormida porque Hugo me llama puta, “eres una puta de mierda, Elena”, y no soy yo, es ella, pero no es ella, es él. Hugo me sorprende –Elena– estudiando en casa con un amigo de la universidad y de repente nos echa a los dos, a mí me llama “puta ordinaria” y a él se le tira encima para golpearlo, solo que él no está borracho como Hugo que cae al piso y Elena –yo– salgo corriendo, pido disculpas al amigo y me voy a casa de mi amiga Elena a llorar, ella me hace un té y pregunta por qué. ¿Por qué aguantas tanto, Elena?, ¿cómo se puede aguantar tanto?, y Elena se limpia los mocos con la punta de la saya y se echa a correr, dice que no tiene a dónde ir, que al final no es más que una palestina en busca de la tierra que no le prometieron nunca y va a meterse en la cama del hombre que ronca sudando y lo abraza, lo besa, le dice que lo quiere y acaban apretados, llorando y arrancándose las ropas como un soldado que encuentra a una moribunda en medio del campo de batalla, la hace su hembra, luego le da las gracias y le pega un tiro. Dice Elena que no trate de entenderla porque ella misma no entiende y sé que es por eso que hoy fue a la playa y no va a querer hablar, pero necesito que me hable porque si a ella no le importa yo sí necesito entender, necesito saber los

porqué de tantas cosas y en el fondo pienso que está enamorada aunque jure lo contrario, no sé, ¿cómo abrirse de piernas por un simple dedo húmedo?, ¿será que eso es el amor?, y yo qué sé, yo soy la imagen del espejo que aún no se ha transfigurado y no soy tú, soy yo, soy yo, soy yo, la del farol y la luz que no acaba de llegar... habría que replanteárselo todo nuevamente, desde la manzana y la costilla, la asumida costilla que no logro comprender.

Elena se cruza con otra bicicleta, un hombre que lleva a un niño en uno de esos asenticos anexos inventados para bicicletas de producción china. El botón de la *walkman* salta y ella cambia la cara del casete, se echa el pelo hacia atrás y continúa pedaleando. Una vez quiso ser madre, una vez y dos y tres, pero una vez quiso ser madre y “no jodas Elena, en este país se pasa mucho trabajo como para estar pensando en hijos”, pero Elena estaba embarazada, y “éte volviste loca o qué?, esto es lo último que me faltaba...”, sin embargo, Elena necesitaba un hijo, estaba embarazada y “cállate y escúchame, yo ya tengo un hijo y no pienso tener otro, tengo que trabajar mucho para mantenernos a ti y a mí, así que sácate esa idea de la cabeza y el niño de la barriga”, pero Elena quería ser madre y no fue al hospital como él le dijo, ella continuó acariciando su vientre y hablándole bajito a ese ser en su interior, esquivando las miradas inquisidoras del Hugo furioso, el Hugo enumerando razones, preguntando constantemente, blasfemando mientras echaba luz brillante al farol sin querer escuchar lo que ella murmuraba sentada en una esquina y “basta, Elena, me tienes harto, ¿me entiendes?, harto, estoy muy rejodío en este país y no pienso rejoderme más, coño, así que si quieres tener un hijo te largas, tú y el niño se largan para casa de tu madre, para la beca, para donde te dé la gana, pero en mi casa, en mi casa, no quiero oír hablar más de niños, ¿me escuchaste, Elena?, haz lo que te dé la gana”. Elena se pasa los dedos por los ojos y pedalea más fuerte, ve a Hugo buscándola en la beca con un ramo de flores y los ojos llorosos, pidiéndole que vuelva y Elena calando el nudo en su garganta,

agujereándolo despacio hasta alcanzar su interior deshabitado y sucio, “tenías razón, Hugo, es una locura pensar en hijos con el trabajo que se pasa en este país, vamos por mis cosas...”.

Octubre 16

Hola, diario, ¿me extrañaste?, pues ya estoy de vuelta. Ha sido la locura. Ernesto se apareció hace unos días y nos dijo que tenía una casa en la playa y que Elena's S.A. eran las invitadas especiales. Elena al principio no quería ir pero la convencimos y pidió unas vacaciones en el trabajo. La pasamos fenómeno, el mar ok, Cuba es un eterno verano, las noches divertidas y Elena quedándose hasta tarde para conversar con Ernesto, ya me parecían un poco sospechosas las constantes visitas de mi amigo para “saludarnos”. Ojalá tuvieran un romance para ver si Elena se olvida definitivamente del “hombre de las cavernas”. Dentro de tres días cumple un mes aquí y dice Ernesto que hay que celebrarlo, que nos vamos de parranda, yo no sé si vaya con ellos, prefiero que Elena salga y se divierta.

iAh!, olvidaba, el jardín está precioso, gracias, Elena.

Elena se aburre de pedalear pero por fortuna falta poco y existe la música en sus oídos, “el sueño de un sol y de un mar y una vida peligrosa cambiando lo amargo por miel y la gris ciudad por rosas...”. Elena se pregunta por qué ese obstinado empeño de las personas en no aceptar lo que fenece, el punto de partida nunca será el punto de regreso por más de una razón. Pero todos tenemos cualidades histriónicas escondidas en las venas, listas para aflorar con un simple chasquido de los dedos. Elena se pregunta si existirá algo entre el amor y el odio, si un abismo insalvable o una secreta y húmeda complicidad. Volver a Hugo y a la mierda que se acepta con la resignación del condenado, al sexo-sustituto, alter ego de cualquier cosa. Elena se echa a reír y tiene que dar un corte brusco para esquivar la bicicleta con los dos muchachos que dobla repentinamente

en la esquina. Se tambalea un poco, pero continúa pedaleando fuerte, más fuerte aún para llegar pronto.

Octubre 21

Sss, escucha el silencio, ¿no lo sientes?, ¿y el ruido de las cucarachas?, crack, crack, están haciendo la fiesta en la cocina y no saben que aún estoy despierta, no debo hacer bulla ni por ellas ni por Elena que duerme. Elena me tiene preocupada. No sé cómo el “maldito” averiguó mi teléfono, el asunto es que hace días está llamando, antes de ayer se puso bravo porque preguntó por Elena y le dije que era yo, yo también soy Elena, imbécil, dijo que no era conmigo con quien quería hablar y colgó. Ella no dice nada, en las noches, cuando suena el teléfono, se queda sentada, contesto y si siento que cuelgan entonces sé que es él. La está buscando, ¿y ella? El día de su cumplemés en casa salió con Ernesto, regresaron súper borrachos los dos. Elena borracha como en sus buenos tiempos, ¿qué te pasa, Elena?, ¿por qué no me hablas?, ¿por qué se queda callada? Y yo imagino un infierno en su interior, lo percibo, me despierto deprimida como ella y paso el día incómoda y cabizbaja. Si pudiera me iría a donde Hugo y lo mandaría a la mierda, pudiera hasta matarlo, sí, matarlo para que la deje en paz pero yo no soy la Elena que tú buscas, ¿y qué puedo hacer por ti, Elena, qué puedo hacer por ti?

Elena siente que el sudor le corre por todo el cuerpo, tiene la garganta reseca de tanto pedalear pero continúa, sube el volumen de la *walkman* y “hojas secas que caen siempre igual...”. Hugo iracundo lanzando un cartón de huevos contra el piso mientras ella grita irónica “sí, ya trabajo, ya gano mi dinero, pero me quedo aquí porque me da la gana”, entonces siente como él la agarra por los hombros clavándole los dedos con fuerza e implorando entre dientes, “cállate ya”, pero Elena no se calla, le escupe la cara con rabia y no le importa la bofetada que recibe a cambio, no le importa bambolearse un poco ni que su mejilla se

sonroje, ella se incorpora y antes de que Hugo pueda decir algo le devuelve el bofetón con tanto aliento que sorprende a ambos.

Octubre 23

Hoy cuando estábamos cocinando sonó el teléfono, fui a descolgar, pero Elena me detuvo, me miró y retiré la mano. Era Hugo, por supuesto. Hablaron poco, o mejor, no hablaron nada, ella solo dijo “¿Oigo?... sí... voy para allá”. Colgó y se recostó a la cocina, yo seguí callada picando las cebollas, entonces me dijo, “Tengo que ir, Elena”. No comenté nada y ella repitió como para sí misma “tengo que ir”. Sentí que los ojos me ardían por la cebolla y levanté la vista. Elena me estaba mirando, pregunté dudosa si quería que la acompañara y sonrió, negando con la cabeza. Entonces dijo algo que me tiene preocupada, hace rato que se fue, la comida ya está tiesa y yo perdí el hambre. Elena me tomó la mano mirándome seria y afirmó “Hoy es el fin de la historia, Elena, te lo juro”. No sé qué quiso decir, solo que no me acuesto hasta que regrese.

Elena se aferra al timón y ya no sabe si el gusto a sal que llega a su boca es el sudor o las lágrimas, no sabe y no le importa, hay un pozo y un péndulo, ¿no es así, señor Edgar?, ¿qué prefieres, Hugo?, ¿cuál muerte prefieres?, ¿el pozo?, ¿o el péndulo?, de cualquier forma vas a morir, por amor vas a morir, entre el amor y la muerte no existe nada, ni abismos ni complicidades porque son la misma cosa. Hugo mordiéndole la espalda empapada en sudor y repitiendo entre dientes “tienes que irte de aquí, Elena, yo no quiero verte más, pero te amo” y Elena que aprieta los dientes, siente un fuerte dolor en su espalda empapada en sudor, un dolor que es real y no es Hugo en su pensamiento, no es la voz en sus oídos, es la música en sus oídos sonando alto para que ella no escuchara cómo la bicicleta con los dos muchachos doblaba nuevamente en la esquina, pero esta vez a sus espaldas para golpearla. Elena cae de la *mountain bike* y siente cómo bruscamente la música se aparta de sus oídos y

alguien tira con violencia de su cinto arrancándole la *walkman*. Aturdida levanta la cabeza y alcanza a cruzar la mirada con un rostro totalmente desconocido y asustado, entonces escucha una voz desde la bicicleta, “te vio la cara, asere, esto se jodió”, y advierte entre la nebulosa la mano que levanta el bate. Elena cierra los ojos y sonríe.

Noviembre 23

Hace un mes que no escribo. Hace un mes que me paro ante el espejo pero mi rostro sigue siendo el mismo. Hace un mes Elena salió de casa para no regresar nunca. Hugo no se cansa de acusarme a mí y a mi maldita bicicleta, sé que es él quien llama por teléfono, pero no contesto, ahora soy la Elena que tú buscas, pero no es a mí, es a ella, y por más que lo intento el espejo no acaba de transfigurarse. Dice la policía que van a encontrarlos, qué más da. Hace días tengo una caja con las cosas de Elena por si la madre puede venir a buscarlas, Hugo no las quiere ni yo tampoco. Ernesto viene con frecuencia a visitarme, pero no es a mí, es a ella. Yo sigo preguntándome qué quiso decir con “hoy es el fin de la historia”, por qué la encontraron por aquellos callejones oscuros tan distantes de casa de Hugo, no sé, Elena, ya no siento en ti, no trato de entenderte, porque me entiendo, ahora soy Elena, soy tú y soy yo, la misma cosa, una Elena naufragando en este abismo de complicidades que separa a la Elena que se mira en el espejo y la Elena que el espejo me devuelve.

* Este cuento pertenece al volumen *Espuma*. La Habana: Letras Cubanas, 1999; Bogotá: Editorial Norma, 2002; y fue antologado en *Rumba senza palme né carezze*. Milán: Feltrinelli, 1999.

MARIELA VARONA

Envidia de los pájaros

Para mi gata Mamacra.

Para Teresa Melo.

Digo pájaro y medito sobre la ligereza. Hay quien dice pájaro y medita sobre la libertad. ¿Para qué quieren los pájaros la libertad? ¿Por qué se mueren de jaula y de cuidados? Los pájaros, absurdos en su ingratitud, insisten en una libertad sin trascendencia.

Desde mi cama observo el perfil egipcio de Samantha, sentada en la ventana, vigilando a los pájaros del barrio. Samantha me guiña un ojo verde e insiste en convocarme: vámonos tras ellos. Lo ha intentado dos veces, pero su cuerpo de cuadrúpedo maldecido para el vuelo se estrelló entre los puercos que crían los vecinos, cinco pisos más abajo. Los amigos ríen con sarcasmo: la gata solo quería suicidarse, me repiten.

Yo no lo creo, no lo he creído jamás. Ella me ha convencido lentamente de que ese gran salto es posible. No importan los dos intentos fallidos: ella espera, y piensa que cuando seamos dos, tomadas de las manos —las garras de los gatos son diminutas manos afiladas—, el salto nos lanzará adelante, al magnífico horizonte abierto.

El-hombre-que-me-ama no nos comprende. Odia a Samantha por principio, desde que descubrió su amor por mí y la conspiración del vuelo. La tolera solo como una prueba más,

impuesta por amarme; o la costumbre de creerse amándome, que también pesa tanto. Y me ha dejado aquí, sola con Samantha en la ventana, para hacer lo único que, según él, puede ayudarme.

Samantha salta de la ventana a la cama y viene a conversar frente a mi cara. Insiste en la partida. No puedo moverme, le digo, pero no lo entiende. Para ella soy tan poderosa. Quiere alentarme e intenta bailar su danza de los pájaros. Estira el cuerpo gris verdoso, del mismo color de los ojos, y sus patas simulan un arco en el esfuerzo de la danza. La cola, tan fina que no pudo amortiguar los golpes en aquellas pobres imitaciones de vuelo, ondea rítmica invocando las colas emplumadas.

Trato de explicarle que no soy como ella. Samantha, para mí los pájaros significan otra cosa, ¿no lo entiendes? Jamás podrá entenderlo. Para Samantha los pájaros son pequeñas estrellas veloces, gorjeos en un azul que ella no distingue y toda la alegría que una gata amargada envida en los demás.

Pero la palabra puede tener otras connotaciones. Eres un pájaro, me dicen ciertos amigos. Para ellos es el elogio supremo a una mujer, la corona de frivolidad y amor a los placeres, que imponen con cierto criterio selectivo. Es su manera de decir que me parezco a ellos: soy un pájaro porque a veces parloteo con un contento nervioso y estridente, y he amado a tantos muchachos solo por su belleza. Soy un pájaro porque me empeño en dominar el arte de la felación y adoro las batallas de la noche.

Pero tampoco es esa mi vocación principal. Dentro de mí vive un pájaro desenfrenado que quiere escapar, perderse de este mundo, descomponerse en la orquesta universal cantando *La vie en rose*. Una actitud eminentemente rosa, rematadamente *kitsch*, desdichadamente pájara. Los pájaros no tienen que decidir nada, Samantha. Los pájaros no tienen que repetir sí, la vida es bella, gracias por esta jaula y las miguitas de pan en horas fijas. Los pájaros, si quieren, pueden negarse a vivir en una jaula, dejarse morir sin compromisos.

El-hombre-que-me-ama se ha quedado mirándome con sus ojos tristes, y me ha dicho que vuelve enseguida. No te muevas,

mi amor, yo traeré lo que tú necesitas, me dice, y siento deseos de insultarlo. Siempre cree saber lo que yo necesito, y no entiende siquiera mi envidia por los pájaros.

No puedo moverme: estoy bien atada, de manos y pies, a los barrotes de la cama. No puedo insultarlo: me amordazó con un pañuelo de cabeza. Solo puedo conversar con los ojos inmensos de Samantha, que se ha tendido junto a mí y lame, con exagerada devoción, la piel de mis caderas.

¿Qué sentiste cuando lo hacías, Samantha? Ella solo me da respuestas simples, la emoción de sus dos intentos de salto solo vive en mis especulaciones. Siento el aire de la noche acariciando mi cuerpo, el cuerpo donde se debate este pájaro desesperado. Un aire que no acunó a Samantha y que no estoy segura de que me acune a mí.

El-hombre-que-me-ama me hizo beber un poco de agua antes de amordazarme. Pero quisiera tomar café, fumar un poco. ¿Por qué se ha ido? ¿Por qué insiste en mantenerme atada y buscar lo que yo (no) necesito? Si él es el-hombre-que-me-ama, debía estar preparando mi vuelo y no otra cosa. Es un hombre que siempre ha sido amado por los pájaros, y tal vez por eso el pájaro dentro de mí lo amó desde el principio.

Él fue también un muchacho de largo cuerpo blanco, de esa blancura interminable, que adoro —como un pájaro— en los muchachos de ahora; que adoré hasta hace poco, cuando entendí los mensajes mudos de Samantha. Lástima que, con los años, el amor entre dos también se vuelve una jaula de rejas invisibles donde tienes que medir cada paso, cada miguita de pan, para no herir al otro, para no defraudarlo.

Y yo defraudé al-hombre-que-me-ama. Empezó con mi actitud de pájaro por las calles y por las plazas. Busqué a los muchachos y me los llevé entre las sombras, y después del placer les obligaba a oír un poema de Kavafis. Los amigos me eludieron, me miraban de reojo, fingían toses azoradas cuando yo cantaba mis conquistas.

Después fue mi *performance* de palomas blancas. Lo hice en el trabajo, justo cuando alguien hablaba de la guerra y de morir combatiendo por la libertad conquistada. Las palomas

que había pedido prestadas a un vecino desataron un pánico de papeles sueltos, cagadas sobre las mesas, aleteos sobre los cristales de las ventanas y las pantallas de las computadoras. Mis compañeros de trabajo llamaron por teléfono al-hombre-que-me-ama y me trajeron a casa en un carro cerrado, donde parecían molestos y desnudos ante mis risas de pájaro feliz.

Y aquí, durante siete días, he tenido tiempo para entender a Samantha. Hemos esperado juntas en el balcón, noche tras noche, el despertar apurado de los pájaros. Y he esparcido para ellos todo el pan y el arroz de la casa; los he llamado con los nombres más dulces, he aprendido a silbar sus canciones.

Hasta ayer el-hombre-que-me-ama mantenía hacia mí una actitud de deferencia triste. Insistía en que descansara, que leyera cosas agradables, y me repetía sin parar te amo y te voy a cuidar para siempre. Pero anoche Samantha me propuso el plan definitivo, y él nos sorprendió cuando yo contestaba: sí, Samantha, lo voy a pensar, te lo prometo. Entonces se me quedó mirando fijo, le hizo a la gata un gesto de amenaza para que se fuera de mi lado y me interrogó.

Yo empecé a explicárselo todo: la única manera de intentarlo es ser como ella, le dije. Ella sabe magias heredadas que jamás los humanos podrán repetir, y yo puedo ser como ella, probar el gran salto. Con un cuerpo humano tendría asegurado un fracaso total. Solo con un cuerpo de Samantha puedo saltar desde este quinto piso y lograr la ingratidez, unirme a los pájaros que gorjean en el sin sentido de la libertad. Ella se ha estado entrenando y ahora de veras puede ayudarme, terminé.

El-hombre-que-me-ama rompió a llorar. Sollozaba con esos rugidos terribles de los hombres, que no saben llorar teatralmente como nosotras, ni como los pájaros. Me abrazaba y lloraba y yo sentí que se me rompía este corazón de plumas que tengo. No llores así, le dije, yo regresaré de cuando en cuando a verte, no pienses que vas a perderme para siempre... Cállate, me decía, y abrazaba y besaba mi cabeza, y sus lágrimas calientes mojaban mi cuello, mi cara, mis ojos. Se durmió abrazado a mí, con un olor extraño de lágrimas secas.

Esta mañana yo había preparado con Samantha todo lo que necesitaba para el ritual. En el centro de la sala acomodé un círculo de insectos: siete, de siete especies diferentes, había dicho ella. Y conseguí una hormiga roja, una hormiga negra, una araña, una polilla, una mosca, una cucaracha y una mariposa nocturna. Las distribuí en los cuatro puntos cardinales, y en el centro puse tres huesos de pollo formando un triángulo. Me senté desnuda, cuadrúpeda sin mucha dignidad, frente a Samantha hechicera.

Cuando el-hombre-que-me-ama despertó y me encontró así, solo me dio tiempo de mirar sus ojos alarmados: me arrastró hacia la cama, me ató de pies y manos y me prometió que volvería. Claro, tiene miedo de que el gran salto se consume sin él. Cree que moriré si me quedo sola, si decido volar hacia la libertad sin el-hombre-que-me-ama. Cree que una mujer no puede marcharse a ningún lado sin el-hombre-que-la-ama.

Samantha se ha puesto en pie de un salto y me mira atenta: comenzó mi metamorfosis. Ocurriría a las seis horas, me había prometido, y así es. Siento mi cara empequeñecerse y adelantarse en un hocico, mis orejas empiezan a subir y se vuelven cada vez más sensibles. Los bigotes me están haciendo cosquillas. Y empiezo a reír inconscientemente frente a la risa silenciosa de Samantha. Lo logramos, querida, me dice erizándose toda de placer.

Mi cuerpo ha empezado a reducirse y se cubre de un pelaje hermoso, blanco y moteado, que me convertirá en una gata más bella incluso que Samantha. Ya puedo imaginarnos a las dos, tomadas de las manos, dando el gran salto hacia la luz, siguiendo la estela de los pájaros.

Mientras rio feliz con un maullido grave, veo como mi pata delantera derecha se desliza entre las cuerdas y queda libre. Aún no puedo moverla bien a causa de los calambres de la atadura. Empiezo a forcejear para librarme del resto de las cuerdas y, de pronto, veo a Samantha saltar de costado, perderse debajo de la cama.

El-hombre-que-me-ama está frente a mí. No sé cómo pude estar tan absorta en mi metamorfosis: no sentí el chasquido

de la puerta, sus pasos en la sala. No parece asombrarse de mi aspecto: sonríe, y hay una luz esperanzada en sus ojos. Mi amor, aquí está lo que necesitas.

¿Qué dice este hombre? Me debato frenética, pero él asegura mi pata derecha de nuevo en sus amarras y, besándome, aunque quiero arañarlo, me echa hacia atrás la mordaza que él mismo me puso. Y ahora, a pesar de mis maullidos, pone en mi boca dos grandes píldoras verdes y me obliga a tragárlas, empujándolas con el dedo. Lo muerdo.

Mi mordida lo sorprende, y por un instante pienso que va a golpearme. Me encojo como hace Samantha cuando él le amaga con un pie. Pero no me pega; mira su dedo sangrante y, secándolo apresuradamente en el pantalón, me obliga a tragar un poco de agua del vaso que había puesto en el alféizar de la ventana.

Es demasiado grande mi furia. Quiero vocear contra su estupidez, contra su injusticia, pero él no entiende el lenguaje mío y de Samantha, no entiende los maullidos escandalosos con que lo injurio. Termina poniéndome otra vez la mordaza, y deja mi cabeza debatiéndose contra la almohada.

Y entonces, comprendo que esas pastillas verdes sí pueden ayudarme: estoy viendo a Samantha venir por detrás, mientras él espera que yo me duerma, sentado en el borde de la cama. Samantha que salta sobre el-hombre-que-me-ama y le clava en la nuca sus garras afiladas y le borra de los ojos esa lástima que no soporto. Samantha que deshace todas mis ataduras y me obliga a levantarme. Samantha que me hace un guiño cómplice mientras camina a mi lado, encantada de mirar mis pasos nuevos y flexibles. Samantha sentada conmigo en la baranda del balcón, y a quien veo de mi tamaño sin sorpresa. Y su gesto cuando me toma de la mano y me dice: vamos con ellos, y siento que no hay nada sólido bajo mi cuerpo y que vuelo, por fin hacia lo alto, por fin junto a los pájaros.

* Este cuento pertenece al libro *La casa de la discreta despedida*. La Habana: Editorial Cajachina, 2009.

Tan gris como su nombre

Gris y blanco. Paredes blancas, muebles tapizados de gris, con blancos arabescos en el damasco, tapetes y retratos, todo, una telaraña que atrapa el menor indicio de luz, alegría. Solo gris, solo blanco, solo sombra, arrancándole suspiros a Grisel, tan gris como su nombre, su casa, su alma.

Él irrumpió en su mundo haciendo estallar los espejos. Grisel andaba tras él recogiendo un adorno aquí, otro por allá, ordenando, barriendo, acomodando en geométricos gris y blanco todo ese caleidoscopio de reguero.

—¡Qué ridícula eres, mamá!—gritaba él tirando al aire las flores plásticas del jarrón que Grisel, apretando los labios, volvía a su lugar. ¿A qué regresó?, pensaba. Ya se le habían secado las lágrimas, ya se le había encogido el alma, el recuerdo momificado del hijo quedó enmarcado en los retratos. Gris y blanco.

Abría las ventanas por las mañanas. Traía flores, y frutas, y libros, regándolo por los espacios, ponía música estridente, fumaba dejando colillas por las esquinas. Se bañaba, salpicándolo todo. Siempre el jabón en el piso, la toalla en la barra de la cortina, la huella de los pies descalzos en el pasillo (¿A qué regresó?). Volvía de noche con alguna mariposa nocturna, cuchicheo y risas, marcas de creyón en los vasos con restos de vino, volando al salir el sol, sábanas revueltas, perfumes dulzones ¡un asco!

En el mercado, en la casita del médico, se le acercaron las caras compasivas:

—¡Me imagino lo contenta que debes estar! ¡Tantos años sin ver a tu hijo! ¿Cuántos fueron? ¿Quince? ¡No es fácil! ¡Pero bueno, nunca es tarde...! Hipócritas, pensaba Grisel, quitando las sábanas con marcas de grandes pasiones. ¿Qué saben ellas? ¡Chismosas degeneradas!

Fue un embarazo difícil, un parto difícil. Había perdido ya tres barrigas. Andaba de médicos a babalaos, le rezaba a Yemayá y a la virgen María. Cuando nació esa cosa tan fea y gritona estuvo vistiendo todo un año ropas de saco. Las malas noches, los días entre pañales, se le fueron los puntos, se le secaron los senos, se le cariaron las muelas. El padre de la criatura exigía respeto y comprensión. ¿Quién es mi mujer? Yo. ¿Quién es mi esclava? Yo. ¿Quién es mi puta? Yo, yo, yo... El odio se acumulaba como una cucaracha que crece y crece y no deja respirar. Venía borracho, volteando los muebles, escupiendo injurias, la agarraba por los senos fláccidos. ¿Quién es mi puta?, la tumbaba al piso para poseerla entre gritos del pequeño y repugnante aliento a alcohol. La cucaracha la ahogaba.

Grisel se muerde los labios. A veces parece que la vida es una película sobre tu vida. Entonces no duele. Pero cuando te das cuenta de que todo eso te paso a ti, invade el corazón un sentimiento de lástima e impotencia. La niña Grisel con cintas azules, rojas, amarillas... La foto es gris, ipero las cintas tenían colores! La joven Grisel con su prometido... El pequeño, con el tradicional trajecito de marinero... Recuerdos que no son más que retratos, gris y blanco.

A los tres años cogió la meningo, parecía que iba a vomitar las tripas. Grisel se aferró a su cuerpo ardiente: ¡Qué me muera yo, señor, sálvalo!

A los cuatro se le metió una babosa en la nariz. El humor se le salía por los ojos, lo curaba de conjuntivitis, hasta que lo vio un otorrino: “¡Señora! Así pudo haberlo perdido...”.

A los cinco el padre se lo tiró con el salvavidas en la playa. El salvavidas se quedó flotando. Pescó el resbaloso cuerpo pegado al fondo y cayó sin fuerzas en la arena: “Él es mi vida, ¿me oyes?, lo único que yo tengo, sin él no hay nada, no quiero nada...”.

A los seis, a los siete, a los ocho...

—Mamá, ¿Tú me quieres?

—¡Te adoro!

—¿Tú eres mi mujer para siempre?

—¡Para siempre, mi cielo!

—¡Mamá, tú eres la mejora!

Grisel trajina para ahogar la cucaracha, viene y va, pasa un pañito por aquí, el plumero por allá. Las persianas deben estar más inclinadas para no dejar pasar tanta luz, demasiada luz molesta la vista cansada de Grisel.

Estalló en luces cuando un hombre desconocido se arrodilló ante ella:

—Mamá...

La gente frenaba el paso ante la puerta, viendo todas esas maletas y maletines. Grisel se pasó la mano temblorosa por la cara:

—Entra, pues...

Él no sabía cómo romper el hielo y empezó a abrir bultos: “Te traje esto, y esto, y esto...” Grisel miraba todo sin mirar, sin mirarlo. Sentía la cabeza hueca y como eco rodaba el pensamiento: Regresó... ¿A qué regresó...?

Cuando él se iba para la escuela la casa parecía enorme. Se entretenía en los miles de pequeños quehaceres. Acariciaba las camisas con la plancha, trituraba en pasta el ajo y la cebolla, porque a él no le gustaba encontrarlos en el plato. Al mediodía él venía como un remolino, entre besos y risas le contaba las novedades de la escuela. Ella sonreía, apoyando la cabeza sobre el puño. Por las noches se acostaban un ratico “a abrazarnos”. Mamá, ¿tú me quieres? Las buenas noches antes de hundirse en el aliento de alcohol. ¿Quién es mi esclava?

Se abre la puerta de golpe y viene el remolino. La sacude por los hombros, le besa las manos, tira al aire las flores del jarrón, pone música, entra y sale del cuarto.

—¡Qué mujeres, mi Dios, qué mujeres! ¡En todo New York no hay una mujer como aquí a montones! ¡Si me quedo un tiempo más, no vuelvo! Vamos a ducharnos y nos vamos a comer por ahí. ¡Hoy sí que no te me escapas!

Los ojos de Grisel lo siguen fríos. No te ablandes, Grisel, no te permitas resbalar. No se gana un hijo perdido.

El otro había vuelto a cambiar de trabajo: ¡Los odio a todos! ¡Pinchas como un mulo y no puedes meterte un traguito en la merienda, para sentirte gente! ¡Pero no importa, deja que esto se caiga! ¿Qué me miras, puta, de qué lado estás tú? La silla lanzada al aire se hizo añicos a pocos centímetros de ella: ¡Mamá! ¡No papito, no, por favor! Del golpe la nariz crujío salpicando sangre sobre la pared, el segundo manotazo tumbó al niño que se le amarraba en los brazos: ¡Al niño no, animal, no lo toques! ¡Puerca descarada, mira cómo pusiste esto! ¡Límpialo con la lengua, dale! Le agarró el pelo pasándole la cara por la pared manchada de sangre: Ya papá, ya, por favor...

Grisel recoge las flores en el búcaro. Gris y blanco.

—Quiero que te pongas la blusa que te traje, la estampada. Y píntate bien bonita para que todo el mundo vea que mi mamá es “la mejora”.

¿A qué vino, Dios mío? Revolver mi vida, echarle sal a las heridas, armar reguero en mi casa. ¡Si ya lo había borrado! Todo lo borré y lo barrí. ¿A qué vino? ¡Para volver a irse...!

—Mamá... —él se acercó silenciosamente por detrás.

¡No te ablandes, Grisel!

Grisel con pasos apurados entra a su cuarto y cierra la puerta. Todo está intacto. Gris y blanco.

El otro no hablaba más que de irse del país: ¡Atiende aquí, chama! En el yuma le pagan a los torneros veintisiete dólares la hora. Saca cuenta. ¿Cuánto es diario? ¿Y si trabajo diez horas? ¡Ves! Eso sí que es vida. ¿Y sabes cuánto vale la libra de pollo? El niño dejó de ser niño. Se acabaron los “abrazarnos” de por las noches y los “¿Tú me quieres?” Problemas en la escuela, líos en el barrio y frecuentes conversaciones de “hombre a hombre”

con el padre. Un día dijo: Me voy con el puro pa'l hielo. De la sorpresa se le cayeron los vasos en el fregadero. No tuvo palabras al momento. Después le gritó a las paredes: ¿Tú sabes cuánto me costó tenerte? ¿Y cuándo cogiste la meningo? ¿Y lo de la babosa? Volvió a tocarle la puerta al padrino.

—¡Mamá! ¡Mamá, ábreme, por favor!

Grisel recostada a la puerta, siente los golpes en la espalda.

—¡Mamá, tenemos que hablar!

¿De qué podemos hablar? ¿De qué se puede hablar a estas alturas? Cuando desapareció el mundo quedé hundida en una oscuridad total para luego lentamente salir a flote en una penumbra donde todo es doloroso. Es doloroso despertarme por la mañana, abrir los ojos, ver la luz, los objetos acostumbrados, es doloroso respirar, caminar, hablar, ver gente, sonreír. Es doloroso vivir. Se me fue la vida. ¡Me la quitaron! Tú dices ser mi hijo, pero yo no tengo hijo. Yo no tengo nada.

—¡Mamá, abre!

Grisel se separa de la puerta y la abre. Los ojos, la boca, el pequeño lunar sobre el labio... ¡Los ojos! Detente, Grisel. Él se va dentro de tres días. ¡Pero si es el mismo: los ojos, la boca! Pero se va, se vuelve a ir, ¿qué será de ti? Él te dejó, te abandonó, te traicionó. Es mi hijo...

* Este cuento forma parte del volumen *Catálogo de mascotas*. La Habana: Letras Cubanias, 1999; y de la antología de relatos de la autora *Tres pasos para un pez*. La Habana: UNIÓN, 2014.

La carabinero

Para mí ella reúne todas las perfecciones y somos enteramente felices...
desde ahora no tendrán ustedes la inquietud de saber que
su hijo está solo y lejos de ustedes, ya tengo alguien que esté conmigo...

PABLO NERUDA

Todas me miran cuando digo que no quiero el balcón. El señor también pero no insiste y señala a la rubia artificial. Ella se pone feliz y al pasar por mi lado me da las gracias. La veo entrar al balcón y respirar profundo el aroma de las flores que lo adornan, todas las flores del mundo en aquel pedacito: flores colgantes, en macetas, flores que raramente salen del suelo de concreto.

Luego llegamos al primero de los cuartos. El señor me indica la puerta pero vuelvo a negarme.

—No quiero este, ni ningún otro.

Él se encoge de brazos, displicente, sabe que en algún lugar voy a quedarme pero a mí ningún sitio me parece adecuado, y la certeza la tengo cuando entramos en el comedor, último lugar vacío, y tampoco lo quiero. Todas han sido ubicadas.

—Esto nunca había pasado —dice el señor y se sienta en una de las sillas de la larga mesa.

—Lo siento —digo, pero en realidad no siento nada.

—¿No le gusta la casa?

—Sí, es perfecta. Quizás por eso...

—¿Quiere una casa, digamos, más pobre? Todas las casas son iguales en esta zona. Siempre se ha pensado en que ustedes tengan las mejores condiciones.

—Y lo agradezco, pero pensé que aquí...

—Pensó que la muerte era distinta. La entiendo, muchas lo piensan. ¿Sería mejor...?

De pronto se pone de pie y sale del comedor muy rápido. Con un gesto me dice que lo espere.

El comedor es hermoso, tan amplio que pienso que aún quedándome es demasiado para mí sola. ¿Qué haré con tantas sillas? Y los cubiertos, ¿para qué? Camino hasta el fondo y me paro ante el espejo. Mis ropas lucen limpias a pesar de la tierra que me lanzaron en el peor de los cementerios. Estoy muerta, me digo, y lloro mirándome llorar, sintiendo lástima por mí y por la sangre que percibo en mis venas.

Tampoco quiero el comedor, y de golpe el recuerdo de las risas y las copas de colores, los chistes intelectuales, los aburridos poemas en español. Aquí no me quedo, y salgo de frente al espejo pero ya es demasiado tarde para dejar de verme entre los platos de sopa o picando los asados; entre las botellas de vino y la cerveza.

—La rubia quiso lanzarse del balcón. No entiendo. ¿No era hermoso? No sé por qué le pregunto... Debería verlo de noche.

—Ya lo he visto —y él parece saberlo pues no se alarma.

—¿Sabe cuántas mujeres se han albergado aquí? Cada una piensa que su vida ha sido la peor. Siempre hay alguien peor. Debería quedarse y conversar con las demás. Se dará cuenta de que no me equivoco.

—¿Me puedo sentar?

—Claro, y me gustaría que lo hiciera, así se va adaptando. ¿Por qué no escogió ningún sitio? Siempre hay un lugar en el que nos resguardamos, un rincón propio donde nada nos lastima. ¿Qué sitio es? Dígamelos, y veré si la cambio. Siempre puedo ayudar.

La silla es muy cómoda, como la voz del señor. Hasta eso me recuerda el pasado, la primera vez que Pablo se me acercó

en el campo de tenis. Hacía tanto calor y él parecía tan fresco: "He perdido mi mascota. ¿Acaso la ha visto? Es una mangosta así de pequeña." Y vi sus manos blandas y noté su voz tranquila a pesar del mal inglés. "No la he visto, pero acabo de encontrar algo que quizás sí le interese." Y le sonréí.

—Lo que menos necesito son más problemas.

—¿Y qué necesita?

—Irme.

El señor se sienta a mi lado. No sé por qué pero lo imagino diciendo a otra, si no lo mismo, palabras igual de tranquilas y engañosas.

—Usted no tiene que confiar en mí, pero escúcheme, con el tiempo podrá vivir en armonía. Será suyo este comedor, no podrá decorarlo de otra forma, pero sí mover las cosas de lugar. Dormir sobre la mesa es una ventaja por encima de otras. ¿Se imagina la del baño, siempre sentada o dentro de la bañadera? ¿Y la rubia?, siempre sobre el concreto. Usted al menos tiene los cojines de las sillas.

—¿Por qué ni una sola vez puedo hacer lo que yo quiera?

—Usted lo quiso. Se casó con el hombre que amaba.

Él tiene razón, pero desde aquel día ya nunca más. No hubiera querido irme de Batavia, ni hablar español, no quería una hija, tampoco ir a Madrid. Quería estar cerca de mis padres, con el calor del Oriente y no el frío húmedo de Temuco.

—¿Por qué quiso lanzarse la rubia?

El señor me mira dulcemente.

—¿De verdad quiere saberlo?

Digo que sí con algo de miedo.

—Dice que lo recuerda todo.

Me paro de golpe y voy hasta la cortina que sirve de puerta en el comedor.

—Aquí no me quedo. Ella tiene razón. Yo también pensé que aquí podría...

—¿Olvidar? No, no podrá, ¿pero no son mejor los recuerdos?

Me apoyo al umbral y la cortina se pega a mi cuerpo. La estiro y me cubro como si tuviera frío: la Casa de las Flores aparece,

aparece el balcón y yo en él, con la manta gris. Yo y la madrugada, y Pablo que debía estar con sus amigos, emborrachándose. Yo y Madrid que nunca estaba en silencio, pero era silenciosa mi casa y aquel balcón. Yo y las cartas que escribo a su familia para engañarlos con lo felices que somos: *Aún que hemos tenido que sacrificar una gran parte del sueldo, estamos muy contentos porque Madrid es el lugar más importante para sus libros y los triunfos que aquí obtenga le servirán más que todos los que ha obtenido hasta ahora.* Era yo quien lo veía llegar, oliendo otros perfumes y aún así le abría la puerta y lo dejaba entrar en mi cama.

—¿Le puedo hacer una pregunta? ¿Quién es usted?

—Soy el dueño de esta casa. Mi trabajo es ubicarlas y atenderlas hasta que...

—¿Hay un después? ¿Qué pasará con nosotras?

Me salgo de la cortina. Siento calor. Me acerco.

—No lo sé. No soy quien decide.

El señor se pone de pie. Seguro no le gusta que esté tan cerca.

—Regreso en un instante. Piense, por favor.

Vuelve a dejarme sola. Vuelvo a caminar. La mesa está montada. Una mesa para doce. En la cabecera se sentaría Pablo y yo a su lado derecho con la niña en mis brazos cuando estábamos solos. En las fiestas la niña se quedaba en su cuarto y ya tampoco yo podía salir. Me daba pena dejarla sola.

—No llore más, por favor. Todo terminó.

—Ahora es que empieza todo. Sacar cuentas siempre ha sido lo más doloroso.

—Pero de qué le sirve.

—Yo no quería a mi hija.

—Es cierto, pero ya...

—Solo lo quería a él. Soy tan horrible.

—También es cierto, pero escúcheme, ya todo acabó.

El señor me sostiene la barbilla. Le miro sus ojos. Me recuerdan tanto los ojos pequeños de Pablo.

—Nada acaba. Me parece que de pronto voy a volver a aquel auto que nos llevó de Santiago a Temuco. Yo tejía una bufanda

para su hermana. Aún no la conocía; quería agradarle. Él miraba por la ventana su paisaje, creo que lloró. Quería regresar, pero no conmigo.

—Es posible, pero...

—Él viajaba pensando en otra: *Albertina, me gustaría verte. Habrá mucho que hablar, mucho que recordar. No quiero apenarte, pero me parece que hiciste un gran error. Pero en fin, olvidemos el mal que nos hemos hecho y seamos amigos, tengamos esperanza.* Él era tan tonto. Descubrí las cartas tan fácilmente.

—Y no sería...

—¿Qué? ¿Que fuera yo la tonta?

—No quise...

—Acaso él quería que yo viera las cartas?

—No sé, es una idea.

—“*tengamos esperanzas*”

—Antes de la noche debe estar ubicada. Decida, por favor.

—Por qué se casaría conmigo? Yo habría sido suya de todas formas.

—El calor a veces es tan agobiante.

—¿El calor? ¿Usted dice que se casó conmigo por el calor?

—No... La soledad también es agobiante. Y estar lejos.

Me dejo caer en una silla, a la derecha del señor. Recuesto mi cabeza en el blanco mantel y de algún modo siento la frialdad del cristal. No me salen las lágrimas.

—¿Qué va a hacer?

—A la Albertina la llamaba... ya no recuerdo, ide tantas maneras!, Netocha, la de la boina gris... Eso me lo contó la hermana de él. A mí me decía Maruca o Maruja.

—Disculpe ¿de qué habla?

—Hablo de la costumbre que tenía de llamar a sus mujeres de otro modo, de apodarnos.

—Una bonita costumbre.

—Acaso no lo ve? Otra manera más de poseernos. Dejamos de ser nosotras para convertirnos en la que él quiere. Nos quita todo. Empieza por el nombre y después...

—¿Qué va a hacer, por favor?

—No quiero quedarme.

—Entonces espere aquí, necesito consultar. Esto nunca había pasado.

II

Regreso y ella está sentada en el piso. La cabeza recostada a la pared. De esa forma se nota más demacrada y es la primera que vez que entiendo que realmente está muerta. No quiero preguntarle, pero sale mi voz.

—¿Y ahora qué? ¿Qué le pasa?

—¿Usted sabe cómo era mi hija?

—¿No quiere saber qué me dijeron?

—Era enferma, pero tenía unos ojos tan grandes como los míos, y azules, como los de su abuelo. Era tan tranquila. Y alta. Tenía miedo de que fuera tan alta como yo.

—¿Por qué?

—Yo le cantaba y ella sonreía. Me sentí tan feliz cuando supe que ya no le crecería más la cabeza.

—¿Por qué no podía ser alta como usted?

—Se burlarían de ella.

—¿De usted se burlaban?

Sonríe como si supiera tonta la pregunta. También con cierta malicia.

—Pensó que yo no lo sabía, pero subí tras él. ¿Por qué debía quedarme abajo? ¿Qué quería decirle a su amigo que yo no podía oír? Jamás he olvidado esas palabras: “Acabo de llegar y he venido a saludarte. Tengo a mi mujer abajo, pero no te asistes, es casi una giganta”. Bajé pronto las escaleras. Él me recogió sin saber y subimos. Tendrías que haber visto sus caras, hasta la esposa del hombre moría por reírse de la pareja que hacíamos, de lo grande que yo era. Fue ese amigo quien resolvió la Casa de las Flores. ¿Cómo se llamaba? ¿Alberto? No. ¿Alberti? Sí, Alberti. Era poeta, también. Esa noche nos quedamos con ellos. Tenía tantas ganas de llorar. Pero aguanté. Solo hasta que entré al baño y el agua sirvió para ocultar.

Extiendo mi mano. La ayudo a levantarse y le pido que se siente en una silla, pero no más en el suelo.

—¿No quiere saber qué me dijeron?

—¿Para qué?

—No puede demorar mucho más. Tiene que decidirse.

—Usted es tan bondadoso. Pablo también lo era. Al principio, claro, como todos los hombres. ¿Sabe cuántas veces me engañó?

—Dígamelo usted.

—Yo no lo sé. Quería que usted me lo dijera.

Ella camina unos pasos hacia mí, me enfrenta, sus ojos son impredecibles.

—Disculpe, usted no tiene nada que ver. Quite esa cara de susto que me sigue recordando a Pablo. Esa era su expresión de sala.

—¿De sala?

—Cuando estaba en la sala con sus amigos y “amigas”, como la que después fue su esposa, la tal Delia, la Hormiga, y yo aparecía, él ponía ese mismo rostro. Seguramente le tenía miedo a una discusión delante de todos. La sala llena de personas bulliciosas y cuando la giganta aparecía, llegaba el mayor de los silencios. Sin embargo, nunca grité delante de ellos, nunca le dije que allí mismo se acababa todo, nunca hundí su cara en uno de los almohadones, ni lancé vajilla al cuerpo de su amante, la Hormiga, a pesar de que lo deseaba, porque ella iba a la cocina de mi casa y se comportaba como la dueña y a veces regó las flores del balcón como yo misma. Nunca dije nada. Lo llamaba al cuarto y trataba de convencerlo: “No salgas, Pablo, la niña y yo te necesitamos.” Él me separaba de su cuerpo y salía; todos salían dejando la sala hedionda de sus cigarros y licores.

La veo llorar quedamente. Más que llanto es un quejido, pero constante. Pienso que puede no tener fin. Pienso que he descuidado a las otras que pueden estar así mismo o peor. Siempre hay alguien peor.

—No llore, por favor.

Se limpia los ojos y vuelve a sonreír. Vuelve a sentarse, pero antes se ajusta la saya.

—¿De quién será esta ropa? ¿Lo sabe usted?

—Es suya, señora.

—No la recuerdo. ¡Qué triste recordar solo lo malo! ¿Hubo algo bueno?

—Por favor, déjeme decirle que tiene menos de una hora para decidir dónde quiere estar, si no...

—Si no qué.

—Igual se queda, pero no por su voluntad y con ningún privilegio.

—¿Y he sido yo mujer de privilegios? ¿Sabe a qué edad murió mi hija?

—A los ocho años. Lo sé y sé...

Se pone de pie. Va al espejo y se arrima. Da un golpe en la imagen de su rostro.

—...que él nunca más la vio.

—Ese fue el peor engaño. Me dijo que si me iba a Holanda jamás iba a faltarnos nada. ¿Cuánto dinero habrá ganado? Creyó que estaba ajena a sus varias casas, a sus gustos burgueses. Nunca supo que comía su hija, pero siempre supo donde vendían algún viejo mascarón de proa. Y por mi causa no fue. ¿Sabe cuántos telegramas le envíe? ¿Lo sabe?

Camina de un lado a otro frente al espejo. Parece que habla consigo misma.

—¿Muchos?

—¡Miles! ¿Qué clase de hombre despide a su hija enferma y no intenta verla nunca más? ¿Qué clase de hombre no entierra a su hija?

—Quizás pensó que verla...

—Era verme a mí, ¿no? ¿Es eso?

Ahora el espejo queda a su espalda. Me mira y avanza despacio.

—A veces pienso que si no se le hubiera perdido su mangosta no se hubiera casado conmigo. Da risa, pero así es. ¿No cree?

Por primera vez pienso en lo que ella dice. Me obliga a pensar. Y sí, también lo creo. Imagino a Neruda buscando a su mascota por las calles, mirando a todos los rincones entre los

pies de las vendedoras. Pero no es la mascota lo que aparece y sí una mujer tan alta y firme como los faros. Podía girar el bote y continuar a la deriva pero, ¿por qué hacerlo si hay un faro que anuncia tierra firme?

—Separa una silla de la mesa y se sienta. Apoya los codos en la mesa y luego la cara en sus manos. Yo aún permanezco de pie y me pregunto: ¿Sabrá que su esposo la llamaba “la que no debió ser”, la mujer que no debió ser?

—Aquí no voy a quedarme. Tampoco en los cuartos, ni en la cocina, y mucho menos en el balcón; no quiero la sala ni el baño.

Quiero decirle que esa rebeldía ahora ya no sirve de nada, pero no me da tiempo a hablar.

—En la puerta, quiero estar en la puerta.

Sé lo que acabo de oír, pero igual no entiendo.

—¿En la puerta? Eso nunca había pasado.

—Pero es un sitio. ¿Si le digo que es el lugar donde me resguardo?

—Esto nunca había pasado.

—Es la cuarta vez que repite eso. ¿Y entonces?

Avanzamos hacia la salida de la casa. En el camino veo a todas las mujeres paradas en sus lugares. Miran con cierta lástima. La del baño pregunta si puede quedarse con el comedor y le hago un gesto negativo con la mano.

—Dele el comedor, yo no voy a volver.

—Usted no lo sabe.

—Lo sé.

Abro y hago espacio para que salga. Hay una brisa fría que viene de alguna parte.

—¿Está segura?

Ella no me responde y cierra la puerta tras de sí. Por primera vez reparo en la madera pulida.

—Gracias —dice y su cuerpo casi tapa la puerta. No quiero decirle que también sé que su figura recta, su frialdad y su carácter provocaban las burlas de las amiguitas de su esposo que le decían “La Carabinero”. Quiero que disfrute esa decisión de burlarse de ella misma.

—Yo no siempre no fui así, ¿sabe? Yo era de otro modo: sonreía y cantaba. Me gustaba mucho cantar. ¡Qué daño me hizo la poesía!

Quiero decirle que no fue la poesía, sino el hombre, pero callo y le dedico una leve sonrisa mientras la veo pararse, en firme, delante de la puerta.

* Este cuento no ha sido publicado previamente.

MIRTA YÁÑEZ

La India

(Fragmento de *Sangra por la herida*)

Los vecinos del barrio no olvidarían nunca aquella tarde de canícula pegajosa cuando llegaron, en acción fulminante, tres vehículos de la fuerza pública y se llevó a cabo la detención de Patrick Rivière, más conocido como “El Francés” o también como “El marindango de La India”, acusado del homicidio de su esposa.

En el patio del solar se escucharon frases como “nada bueno se podía esperar de un extranjero”, “La India se lo buscó” (e incluso un bando se inclinaba por el aquello de “se lo tenía bien merecido por puta”, la verdad sea dicha). Clara Luz, llamada La Catedrática, cerró, por precaución, el centro espiritual y retornó a su puesto laboral, una imprenta del Instituto del Libro.

De los trámites policíacos se fueron filtrando pocas novedades. Aunque se hicieron numerosos interrogatorios, a El Francés no se le sacó nada más de lo ya sabido. Insistía en que había llegado a Cuba como profesor de lenguas gracias a unos convenios con una universidad francesa, su maletín negro solo contenía prospectos turísticos e inocuos ejemplares de *Le Monde Diplomatique* y repetía la misma historia una y otra vez, si bien, con el transcurrir de los días, su actitud empezó a resultar desconcertante. No intentaba defenderse y su mirada, en principio desdeñosa, se fue apagando hasta convertirse en un resollo gris, apenas encendido a ratos, sobre todo al escuchar

el nombre de María Antonieta. El Francés no salió de su apatía, como si hubiese perdido noción de la grave inculpación recaída sobre su persona.

Entretanto, como un rompecabezas, habían ido apareciendo por distintos sitios del litoral norte de La Habana, los miembros cercenados de un cuerpo de mujer, limpios en lo que cabe, empacados en el mismo papel de estraza y anudado con los inevitables alambres. Mas, excepto los propios del pubis, no se encontró ningún vello, objeto ni seña exterior.

Sin nuevas pistas, a los investigadores encargados del caso se les presentó otro contratiempo severo cuando fueron halladas, en un recoveco de rocas costero del llamado “Reparto de Pastorita”, las dos manos carbonizadas, sin rastro de huellas digitales y en el clásico atildado envoltorio. No dejaba de llamar la atención la inclinación perversa del criminal hacia al área del este habanero, donde se apareaban zonas turísticas como Bacuranao, sitios históricos como Cojímar y barrios excrementales como Alamar.

Pero ni la cabeza ni el muslo derecho aparecían.

Patrick Rivière, por falta de evidencias probatorias, fue liberado bajo fianza, aunque le retuvieron su pasaporte y limitaron sus movimientos al perímetro de la panadería, bodega, puesto de vegetales y las “shoppings” de Centro Habana.

A cada rato, se presentaba un niño tembloroso, una mujer espantada, un hombre lívido, con un paquete de papel estraza entre los brazos. Ya todos sabían lo que aquello podría significar, sin embargo, fueron pasando las semanas y la cabeza cortada de María Antonieta (nunca mejor dicho) seguía sin aparecer.

Ante tal inconveniente, los investigadores forenses acudieron a un estudio exhaustivo del cadáver de la víctima, acoplando fragmentos, haciendo mediciones, enjugando líquidos, hasta llegar a la conclusión de que, en efecto, el cadáver pertenecía sin duda una mujer entre los veinte y treinta años, mestiza, de estatura mediana y complexión fornida, además de otras particularidades más específicas que correspondían todas con las señas de la escamoteada India.

El muslo derecho apareció en las ruinas de unas taquillas abandonadas de la playa Boca Ciega. Una furtiva pareja de adolescentes del sexo masculino, buscando un sitio para protegerse de un aguacero inclemente, según declaración jurada en la Estación de Policía de Guanabo, se pegaron un susto al toparse con el anca maloliente de “La Descuartizada del Municipio Habana del Este”, como ya se le conocía.

Y aunque algunos todavía se resistían a creerlo e imaginaban a La India con todos sus pedazos en su lugar, soleándose en otras arenas (de “Miami Beach”, valga la aclaración) tuvieron que rendirse a lo aparente cuando la madre, entre alaridos y gimoteos, reconoció un pálido rastro, cicatriz en el muslo que su hija se había procurado con una lata a medio abrir de carne rusa, marca que el minucioso asesino, tan empeñado en desaparecer cualquier vestigio de identificación, parecía haber pasado por alto.

No quedaba sino esperar la cabeza.

* *Sangra por la herida*. La Habana: Ediciones UNIÓN, 2010. Premio de la Crítica, 2012.

FICHAS BIOBIBLIOGRÁFICAS

LOURDES DE ARMAS (La Habana, 1960). Narradora, poetisa y crítica. Ha obtenido, entre otros, el Premio Farraluke en 1999 por su relato “Pudor”, el Pinos Nuevos en el 2000, y el galardón Dolores Ibarruri en poesía, en el 2001, en España. Su novela *Marx y mis maridos* (Ediciones UNIÓN, 2011) se ha publicado también en Colombia y en España. Textos suyos aparecen en antologías y revistas de Italia, España, Portugal, Colombia y Panamá.

AIDA BAHR (Holguín, 1957). Narradora, ensayista y crítica literaria. Algunos de sus volúmenes de cuentos son *Hay un gato en la ventana* (Letras Cubanás, 1984), *Ellas, de noche* (Letras Cubanás, 1989), *Espejismos* (Ediciones UNIÓN, 1998) y *Ofelias* (Letras Cubanás, 2007; Txalaparta, España, 2010; y Cubanabooks, EE.UU., 2012). También tiene publicadas las novelas *Las voces y los ecos* (Plaza Mayor, Puerto Rico, 2004; Ediciones UNIÓN, 2006) y *A merced de mí* (Ediciones UNIÓN, 2009). Relatos suyos han sido incluidos en antología en más de diez países.

MARILYN BOBES (La Habana, 1955). Narradora, poetisa y periodista. Ha obtenido numerosos premios por su obra literaria entre los que se destacan el David en 1979 por su cuaderno de poesía *La aguja en el pajar*, y el Casa de las Américas en dos ocasiones, en 1995, por el volumen de cuentos *Alguien tiene que llorar*, y en el 2005 por la novela *Fiebre de Invierno*. Ha publicados sus libros en Cuba y en países como Colombia, Argentina, Italia y Puerto Rico. Textos suyos han sido traducidos al inglés, alemán, francés e italiano y figuran en numerosas antologías de narrativa cubana.

ZAIDA CAPOTE CRUZ (La Habana, 1967). Ensayista y crítica literaria. Integró la colección Pinos Nuevos con *Tres ensayos ajenos* (1994) y compiló, junto a Susana Montero, *Con el lente oblicuo. Aproximaciones cubanas a los estudios de género* (1999). Su libro *Contra el silencio. Otra lectura de la obra de Dulce María Loynaz* (Letras Cubanás, 2005) obtuvo el Premio de Ensayo «Alejo Carpentier» y el Premio de la Crítica. En 2008 publicó *La nación íntima*, y en 2013 el Tomo I del *Diccionario de obras cubanas de ensayo y crítica*, que dirige.

CLARA MAYLÍN CASTILLO (Niquero, 1985). Filóloga, narradora y periodista. Relatos suyos han sido antologados en *Como raíles de punta* (Sed de Belleza, 2013), *Premios Manuel J. Peláez* (2014) y en el libro

electrónico *Premios Lorca* (2013). Obtuvo la Beca de Creación “Caballo de Coral” del Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso y el Tercer Premio en el Concurso Nacional de Cuentos “Mangle Rojo”. Tiene publicado el libro *Somos hombres* (Bayamo 2011).

MARÍA LILIANA CELORRIO (Puerto Padre, 1958). Poetisa, narradora y narradora oral. Ha publicado los volúmenes de poesía *Juegos malabares* (Caserón, 1990), *La barredora de amaneceres* (1993), *Del amante* (1997), *Yo, la peor de todas* (2003) y *El último tango en Paris* (2011), todos editados por la Editorial Sanlope. Sus colecciones de cuentos son *Los hombres de pálido* (Áncora, 1997), *El jardín de las mujeres muertas* (Sanlope, 2001), *Mujeres en la cervecera* (Ediciones UNIÓN, 2003; 2010, Premio de la Crítica 2004, Caldeandrín Ediciones, 2014) y *Matar al pájaro sentado* (Ediciones UNIÓN 2011). Su obra ha aparecido en importantes antologías de Cuba y el extranjero.

JHORTENSLA ESPINETA (Camagüey, 1979). Poeta, narradora y modelo. Con su libro de cuento *Zona de exorcismo* (Ed. Ácana, 2006) obtuvo el Premio de la Ciudad 2005 y el Premio Luis Suardíaz al mejor libro de narrativa publicado. Textos suyos aparecen en diversas compilaciones cubanas.

MARIBEL FELIÚ (Holguín, 1963). Narradora y poetisa. Obtuvo los premios de poesía “Ámbito” y “Regino Botí” en el 2007, y el de la Ciudad de Holguín en el 2009. Fue incluida en las antologías de narradoras cubanas *Té con limón* (Oriente, 2004) y *La memoria de los otros* (La Luz, 2006). Poemas y cuentos suyos aparecen en diferentes revistas y antologías de México, Argentina, España y Nueva Zelanda. Ha publicado en Ediciones Holguín los volúmenes de cuentos *Los pájaros inmortales* (2005), *Después será la vida* (2010) y *La carne reza* (2012); y el cuaderno de poesía *El reino de los muros* (El Mar y la Montaña, 2009).

DIANA FERNÁNDEZ (La Habana, 1956). Narradora, traductora, intérprete bilateral y editora. Ha publicado los libros de cuentos *Todas las mujeres de Dios* (Ediciones UNIÓN, 2004), *Compañía urbana en la noche* (Extramuros, 2004) y *Cuerpos de mujer en el tiempo* (Letras Cubanas, 2010; e-book Cubaliteraria-Editorial Ruth, 2012). Sus cuentos aparecen en más de veinte antologías publicadas en Cuba y en otros países.

LAIDI FERNÁNDEZ DE JUAN (La Habana, 1961). Médica y narradora. Con su primer libro de relatos, *Dolly y otros cuentos africanos*, obtuvo

el Premio Pinos Nuevos en 1994. También ha sido merecedora dos veces del Premio UNEAC de Cuento, en 1998 por *Oh vida* (Ediciones UNIÓN, 1999), y en el 2013 por *Sucedío en Copperbelt* (Ediciones UNIÓN, 2014); en el 2005 se alzó con el Premio “Alejo Carpentier” en la misma categoría por *La hija de Darío* (Letras Cubanas, 2005). Otros libros de relatos suyos son *La vida tomada de María E* (Ediciones UNIÓN, 2008), *Mujer azul* (Ed. Vigía, 2011), *Universo y la lista* (Ed. Matanzas, 2013) y *Jugada en G* (Ediciones UNIÓN, 2013). También tiene publicada la novela *Nadie es profeta* (Ediciones UNIÓN, 2006).

ANA LUZ GARCÍA CALZADA (Guantánamo, 1944). Escritora, poetisa, editora e investigadora. Posee varios reconocimientos entre los que se encuentran nueve premios en el concurso “Regino Botí” en los géneros de poesía, literatura para niños y narrativa y el UNEAC de Cuento en 1989. Algunos de sus libros de relatos son *Desmemoria del olor* (Ed. Caserón, 1989), *Heavy rock* (Ed. Oriente, 1995), *Historias del Otro* (Ed. Oriente, 2000) y *Oncenidales* (Ed. El Mar y la Montaña, 2000). También ha publicado las novelas *Minimal Son* (Letras Cubanas, 1995), *Video, graffiti y otros tatuajes* (Ediciones UNIÓN, 2004) y *Para matar la sombra* (Ediciones UNIÓN, 2009); así como los cuadernos de poesía *Estaciones de papel* (1991) y *Dossier de Betty Boop* en el 2001, ambos publicados por la Editorial El Mar y la Montaña.

LOURDES GONZÁLEZ HERRERO (Holguín, 1952). Narradora, poetisa y editora. Ha obtenido numerosos reconocimientos por su obra, como el Premio de la Ciudad, el Premio Especial de Poesía Bicentenario de José María Heredia, el Oriente de Novela “José Soler Puig”, el “Guillermo Vidal” y el de la Crítica por una de sus novelas. Entre sus libros publicados están los poemarios *Tenaces como el fuego* (Premio de la Ciudad, 1986), *Fijeza del Amor* (Ed. Holguín, 2002), *Pasajera la lluvia* (Letras Cubanas, 2003), *El hijo de la arpista* (Oriente, 2010) y *Afuera sangran los caballos* (Ediciones UNIÓN, 2011); y las novelas *María toda* (Oriente, 2003), *Las edades transparentes* (Oriente, 2006) y *El amanuense* (Letras Cubanas, 2011).

CHARO GUERRA (Limonar, Matanzas, 1962). Narradora, poetisa y editora. Ha publicado los poemarios *Un sitio bajo el cielo* (Ed. Matanzas, 1991); *Los inocentes* (Ed. Vigía, 1993), *Vámonos a Icaria* (Letras Cubanas, 1998), *Luna de los pobres* (Ed. Matanzas, 2010); y el libro de cuentos *Pasajes de la vida breve* (Ediciones UNIÓN, 2007).

WENDY GUERRA (La Habana, 1970). Poeta, narradora y ensayista. Con su novela *Todos se van* (Bruguera, 2006) obtuvo el I Premio Bruguera

de Novela en España, y esta luego ha sido traducida a numerosos idiomas y cuenta con trece ediciones en español. Otras novelas suyas son *Nunca fui primera dama* (Bruguera, 2008), *Posar desnuda en La Habana* (Alfaguara, 2010) y *Negra* (Anagrama, 2013). Su obra poética incluye los cuadernos *Platea oscura* (Premio 13 de marzo, 1987), *Cabeza rapada* (Letras Cubanas, 1996) y *Ropa interior* (Bruguera, 2008). Su literatura ha sido ampliamente traducida y difundida fuera de Cuba.

HELEN HERNÁNDEZ HORMILLA (Kazán, URSS, 1985). Periodista, ensayista y crítica. Ha publicado los libros *Mujeres en crisis. Aproximaciones a lo femenino en las narradoras cubanas de los noventa* (Publicaciones Acuario, 2011) y *Palabras sin velo. Entrevistas y cuentos de narradoras cubanas* (Ed. Caminos, 2013). Textos suyos aparecen en libros como *En primera persona* (Ed. Cenesex, 2010) y *Damas de Social* (Ed. Boloña, 2014).

CARMEN HERNÁNDEZ PEÑA (Ciego de Ávila, 1953). Narradora, poeta, ensayista y dramaturga. Entre sus libros publicados se encuentran *Zumba la curiganga* (Ediciones UNIÓN, 2003), que fue finalista del Premio Ítalo Calvino, *Farola y otros ahorcados* (Eds. Ávila, 2007) y *En este pueblo no hay antílopes* (Ediciones UNIÓN, 2014). Ha sido compilada en antologías de Colombia y Puerto Rico, y también ha publicado poesía, ensayo y teatro.

JACQUELINE HERRANZ (La Habana, 1968). Poeta, narradora, artista visual e instructora de español. Ganadora del premio de narrativa de la revista Revolución y Cultura en 1997 con el texto “Intromisión abrupta de esos dos personajes”, publicado también en la antología *Dream with no Name. Contemporary Fiction from Cuba* (Seven Stories Press, 1999). Ha publicado el poemario *Liquid Days* (TribalSong, Argentina, 1997), la colección de relatos *Escenas para Turistas* (Ed. Campana, NY, 2003) y la novela *Mujeres sin Trama* (Ed. Campana, NY, 2011). Sus textos han sido publicados en diversas antologías en España, Venezuela, Cuba y Los Estados Unidos.

LAIDELIZ HERRERA (La Habana, 1975). Narradora y poeta. Fue finalista del concurso Casa Tomada en 2006 y del IX Certamen Internacional de Microcuento Fantástico miNatura, San Juan de Moró, España, 2011. Su cuento “Café a media mañana” fue ganador del certamen “Un Café para literatos” y publicado como parte de la selección de participantes por Ediciones Pastora, España, 2011. Textos suyos han sido publicados en las revistas *La Gaveta* y *Educación*.

GEORGINA HERRERA (Jovellanos, 1936). Poeta y narradora. Durante cuarenta años ha escrito novelas para la radio. Ha publicado ocho cuadernos de poesía, entre los que se encuentran *GH* (Ed. El Puente, 1962), *Gatos y liebres* (Ediciones UNIÓN, 1978), *Gustadas sensaciones* (Ediciones UNIÓN, 1996) y *África* (Ed. Matanzas, 2006). Su poesía ha sido traducida a varios idiomas, incluida en antologías de varios países, y se estudia en universidades de Inglaterra, Estados Unidos y Canadá.

MARILÚ MACÍA (Guantánamo, 1956) Guionista y realizadora de cine y TV. Ha obtenido premios nacionales e internacionales por la realización de programas de orientación social sobre la violencia de género y la diversidad sexual, entre otros. Esta es su primera experiencia como narradora.

MARVELYS MARRERO (Santa Clara, 1981). Narradora. Obtuvo el tercer premio del IV Concurso Literario Bonaventuriano de Poesía y Cuento Corto, Colombia; el premio de cuento “El mar y la montaña”, y el Celestino de Cuento, todos en el 2008. Tiene publicado los cuadernos de narrativa *Palabras, modos y rutinas* (Ed. La Luz, 2008), *Mientras Tracy Chapman canta* (Sed de Belleza, 2009), *A dónde fueron los reyes* (Cauce, 2010) *mut@ciones.com* (Capiro, 2012) y *El verde de las canicas* (Letras Cubanias, 2013). Cuentos suyos aparecen en las antologías *Instrucciones para cruzar el espejo* (Letras Cubanias, 2010) y *Todo un cortejo caprichoso* (La Luz, 2011), entre otras.

JAMILA MEDINA (Holguín, 1981). Poeta, narradora y ensayista. Con *Huecos de araña* (Ediciones UNIÓN, 2009) obtuvo el Premio David de Poesía en el 2008, y con *Diseminaciones de Calvert Casey* (Letras Cubanias, 2012), el Premio Alejo Carpentier de Ensayo. Tiene publicado en narrativa los libros *Ratas en la alta noche* (Malpaís Ediciones, México DF, 2011) y *Escritos en servilletas de papel* (Ed. La Luz, 2013); y los cuadernos de poesía *Primaveras cortadas* (Proyecto Literal, México DF, 2012), *Anémona* (Sed de Belleza, 2013) y *Del corazón de la col y otras mentiras* (Sur editores, 2013).

TERESA R. MEDINA RODRÍGUEZ (San Antonio de los Baños, 1942). Narradora e investigadora. Ha publicado los libros infantiles *Un pueblo de sueños* (Extramuros, 2006) y *El regalo* (Ed. La Cesta de Palabras, Barcelona, 2012). Entre sus libros de cuentos se encuentran *Promesas y ausencia* (Ed. Pastora, Madrid, 2012) y *Grave error* (Ed. La Cesta de Palabras, Barcelona, 2013). Ha antologado los volúmenes *Ni + ni – gordas* (Extramuros, 2012), y *Mi juguete preferido*

(Gente Nueva, 2014). Su obra narrativa aparece numerosos periódicos y revistas, y ha sido recogida en varias compilaciones.

REBECA MURGA (La Habana, 1973). Narradora, ensayista y promotora literaria. Entre sus numerosas publicaciones se encuentran los libros infantiles *Olor a canela* (Gente Nueva, 2009), *Y comieron perdices* (Gente Nueva, 2011) y *Niña* (Gente Nueva, 2013); los volúmenes de cuentos *Desnudo de mujer* (Sed de Belleza, 1998), *Historias al margen* (EDAF, España, 2005), *La enfermedad del beso y otras dolencias de amor* (Ediciones UNIÓN, 2008) y *Con las manos limpias* (San Librario-La piedra lunar, 2011); y también los textos de corte investigativo *Enrique en la república de Labrador* (Ed. Matanzas, Cuba, 2011) y *Viajero sin itinerarios* (Letras Cubanadas, 2011).

DAZRA NOVAK (La Habana, 1978). Narradora y periodista. Obtuvo el Premio Pinos Nuevos en el 2007 por su libro de cuentos *Cuerpo reservado* (Letras Cubanadas, 2008), el David por el cuaderno *Cuerpo público* (Ediciones UNIÓN, 2009) y el UNEAC de Novela en el 2011 por *Making of* (Ediciones UNIÓN, 2012). Cuentos suyos aparecen en numerosas antologías, entre las que se encuentran *Como raíles de punta* (Sed de Belleza, 2013), *Ladrón de niños y otros relatos* (Premio Iberoamericano de Cuento Julio Cortázar, Letras Cubanadas, 2012), y *Hasta Felading no paro y otros relatos* (Premio Iberoamericano de Cuento Julio Cortázar, Letras Cubanadas, 2011).

YASMÍN SILVIA PORTALES (La Habana, 1980). Teatróloga, narradora, periodista, editora y activista de género. Los cuentos suyos “Los guiones posibles” y “Dania, Daniel y Baldo” han sido compilados en los primeros dos volúmenes de la *Antología de cuentos homoeróticos*, publicados en España en 2007 y 2008 respectivamente. Textos suyos se han publicado en numerosas revistas y portales web.

ENA LUCÍA PORTELA (La Habana, 1972). Narradora y ensayista. En 1997 mereció el Premio UNEAC de Novela por *El pájaro: pincel y tinta china* (Ediciones UNIÓN, 1998), y también obtuvo el Premio Juan Rulfo de Cuento convocado por Radio Francia Internacional. Ha publicado los volúmenes de cuentos *Una extraña entre las piedras* (Letras Cubanadas, 1999) y *El viejo, el asesino y yo* (Letras Cubanadas, 2000); así como las novelas *La sombra del caminante* (Ediciones UNIÓN, 2001), *Cien botellas en una pared* (Ediciones UNIÓN, 2003) y *Djuna y Daniel* (Ediciones UNIÓN, 2008, Premio de la Crítica). Su obra ha sido traducida a nueve idiomas y se ha publicado en más de una veintena de países.

ALOYMA RAVELO (La Habana, 1945). Profesora, guionista y periodista. Ha publicado numerosos textos sobre la sexualidad humana, entre los que se encuentran *Del amor, hablemos francamente* (Gente Nueva, 1990), *La sexualidad femenina* (Editorial de la Mujer, 2003), *40 Preguntas sobre sexo* (Editorial de la Mujer, 2009), *Trapitos al sol... Cómo hablar de sexualidad con adolescentes* (Ed. José Martí, 2012) y *Sexo con lenguaje de adultos* (Editorial de la Mujer, 2013). Mantiene diversas columnas sobre sexualidad en distintas publicaciones periódicas cubanas.

SONIA RIVERA-VALDÉS (La Habana, 1937). Narradora, crítica y profesora. En 1997 obtuvo el Premio Extraordinario de Literatura Hispana en los Estados Unidos, convocado por Casa de las Américas, con *Las historias prohibidas de Marta Veneranda* (Fondo Editorial Casa de las Américas, 2011). Ha publicado también *Historias de mujeres grandes y chiquitas* (Ed. Campana, New York, 2003) y *Rosas de abolengo* (Ed. Campana, New York, 2011; Ed. Oriente, 2012). Sus cuentos y artículos han sido publicados en antologías literarias en los Estados Unidos, Europa, América Latina y el Caribe.

LEGNA RODRÍGUEZ (Camaguey, 1984). Poeta y narradora. Obtuvo el Premio Iberoamericano de Cuento Julio Cortázar en el 2011, y en el 2013 mereció el Premio Wolsan-CubaPoesía por *La gran arquitecta* (Colección Sur, 2014). Entre sus cuadernos de poesía publicados se encuentran *Chicle* (Proyecto Literal, México, 2013), *Chupar la piedra* (Abril, 2013), *Tregua Fecunda* (Ediciones UNIÓN, 2012) y *El momento perfecto* (Ed. Matanzas, 2012). Tiene editados en narrativa los volúmenes de cuentos *¿Qué te sucede, belleza?* (Sed de Belleza, 2011), *Ne me quitte pas* (Abril, 2011) y *No sabe, no contesta* (Cajachina, 2015), además de la novela *Mayonesa bien brillante* (Ed. Matanzas, 2012).

MARTA ROJAS (Santiago de Cuba, 1931) Narradora y periodista. Entre sus novelas publicadas se encuentran *El columpio del Rey Spencer* (Letras Cubanas, 1994), *Santa Lujuria* (Letras Cubanas, 1998), *El harén de Oviedo* (Letras Cubanas, 2002), *Inglesa por un año* (Premio Alejo Carpentier, Letras Cubanas, 2006) y *El equipaje amarillo* (Letras Cubanas, 2009). Ha escrito textos de corte testimonial como *El juicio del Moncada*, que cuenta con ocho ediciones, y *El que debe vivir* (Premio Casa de las Américas, 1978). Relatos suyos han sido incluidos en numerosas antologías de Cuba y el extranjero.

ZULEMA DE LA RÚA (La Habana, 1979). Narradora y poeta. Ha obtenido numerosos premios entre los que se encuentran el Premio Farral-

que de poesía erótica, el Luis Rogelio Nogueras en el 2008 y el Calendario de Narrativa en el 2010. Tiene publicados los libros de cuentos *Habana Underground* (Extramuros, 2009) y *Cuentos para huir de La Habana* (Abril, 2011). Textos suyos han sido compilados en distintas antologías como *El equilibrio del mundo y otros minicuentos* (Cajachina, 2006), *Todo un cortejo caprichoso* (Ed. La Luz, 2011), *Escenarios* (AEN, 2012), *Los cuerpos del deseo* (NeoClub ediciones & Alexandria Library, 2012), *Como raíles de punta* (Sed de Belleza, 2013) y *La vida en papel* (Sika S.L.U., 2014).

MAGALY SÁNCHEZ OCHOA (Holguín, 1940). Narradora, poeta, periodista y promotora cultural. Ha obtenido numerosos reconocimientos por su obra para niños y adolescentes. Entre sus libros de cuentos infantiles se encuentran *Tatarí, la pandilla y yo* (Ed. Gente Nueva, 1994), *La leyenda del árbol que quiso ser un hombre* (Col. Papeles de La Rosa Blanca, 2000), *Bili va de paseo* (Ediciones UNIÓN, 2003), y *El príncipe que jugaba a las casitas* (Ed. Gente Nueva, 2005). Relatos suyos aparecen en numerosas antologías para niños.

KARLA SUÁREZ (La Habana, 1969). Ingeniera y escritora. En 1999 obtuvo en España el Premio Lengua de Trapo por su primera novela, *Silencios* (Ed. Lengua de Trapo, 1999; Letras Cubanias, 2008) con la cual fue seleccionada por el diario *El Mundo* entre las 10 novelas del año 2000. En el 2012 se alzó con el Premio Carbet de la Caraïbe et du Tout-monde y el Gran Premio del Libro Insular en Francia por su novela *Habana, año cero* (Ediciones UNIÓN, 2015). Ha publicado los volúmenes de cuentos *Espuma* (Letras Cubanias, 1999), *Carroza para actores* (Ediciones UNIÓN, 2012). Sus novelas han sido traducidas a varios idiomas y muchos de sus relatos han aparecido en antologías y revistas publicadas en Europa, Estados Unidos y América Latina.

MARIELA VARONA (Banes, 1964) Ingeniera y narradora. Obtuvo el Premio de Cuento *La Gaceta de Cuba* en el 2001 con el relato “Anna Lidia Vega Serova lee un cuento erótico en el patio de un museo colonial”, y el David en el mismo género, en el 2002, con el cuaderno *Cable a Tierra* (Ediciones UNIÓN, 2003). Ha publicado los libros de relatos *El verano del diablo* (Ed. Holguín, 2003) y *La casa de la discreta despedida* (Cajachina, 2009). Textos suyos han sido publicados en Cuba, Canadá, Brasil, España, Puerto Rico, Italia y Estados Unidos.

ANNA LIDIA VEGA SEROVA (Leningrado, 1968). Escritora y artista plástica. Ha obtenido varios premios entre los que se encuentran el David en 1997 en la categoría de Cuento por *Bad Painting* (Ediciones UNIÓN, 1998) y el DADOR en el 2000. Entre sus libros de relatos se encuentran *Catálogo de mascotas* (Letras Cubanas, 1999), *Limiando ventanas y espejos* (Ediciones UNIÓN, 2001), *Imperio doméstico* (Letras Cubanas, 2005), *El día de cada día* (Ediciones UNIÓN, 2006) y *Tres pasos para un pez* (Ediciones UNIÓN, 2014). Ha publicado también las novelas *Noche de ronda* (Ediciones UNIÓN, 2003) y *Ánima fatua* (Letras Cubanas, 2007), así como los volúmenes de poesía *Retazos (de las hormigas) para los malos tiempos* (Vigía, 2004) y *Eslabones de un tiempo muerto* (Reina del Mar, 2006). Su obra ha sido incluida en numerosas antologías de Cuba y el extranjero.

LIANY VENTO (Santa Clara, 1982). Narradora, poeta y promotora cultural. Obtuvo el Premio Pinos Nuevos de Narrativa en el 2012 y el Celestino de Cuentos en el 2013. Ha publicado los volúmenes de relatos *Close up* (Sed de Belleza, 2010), *El olor de los fulanos* (Letras Cubanas, 2012) y *Nubes* (Ed. La Luz, 2014). Cuentos suyos han sido antologados en *Todo un cortejo caprichoso* (Ed. La Luz, 2012) y *Como raíles de punta* (Sed de Belleza, 2013).

MIRTA YÁNEZ (La Habana, 1947). Narradora, poetisa y ensayista. Ha obtenido en cuatro ocasiones el Premio de la Crítica: en 1988 por la colección de cuentos *El diablo son las cosas* (Letras Cubanas), en 1990 por el ensayo *La narrativa del romanticismo en Latinoamérica* (Letras Cubanas), en 2005 por el cuadernos de relatos *Falsos documentos* (Ediciones UNIÓN), y en 2010 por la novela *Sangra por la herida* (Ediciones UNIÓN), la cual también obtuvo el Premio de la Academia Cubana de la Lengua en el 2012. Ha publicado numerosos libros de narrativa, poesía, ensayo y crítica, y parte de su obra ha sido traducida a varios idiomas.

Índice

Presentación / 5

LOURDES DE ARMAS

Mujer sentada en el parque / 9

AIDA BAHR

Madrugada / 13

MARILYN BOBES

La infamia / 18

CLARA MAYLÍN CASTILLO

El filo del metal / 24

MARIA LILIANA CELORRIO

Mujeres en la cervecera / 32

JHORTENSIA ESPINETA

Nota agreste / 35

MARIBEL FELIÚ

Rojo / 38

DIANA FERNÁNDEZ

El rostro / 43

LAIDI FERNÁNDEZ DE JUAN

Bumerang / 46

ANA LUZ GARCÍA CALZADA

Para matar la sombra / 52

LOURDES GONZÁLEZ HERRERO

Blackmail / 55

CHARO GUERRA

El diálogo / 61

WENDY GUERRA

Todos se van / 66

CARMEN HERNÁNDEZ PEÑA

En este pueblo no hay antílopes / 80

JACQUELINE HERRANZ

Para los interesados, al final, hay ranas / 85

LAIDELIZ HERRERA

Consiguiendo un Ka / 97

GEORGINA HERRERA

El cotorreo / 102

MARILÚ MACÍAS

Flores para mamá / 105

MARVELYS MARRERO

Tres palabras / 108

JAMILA MEDINA

Aceitunas con anchoas / 110

TERESA R. MEDINA RODRÍGUEZ

Lía / 118

REBECA MURGA

Con las manos limpias / 126

DAZRA NOVAK

Lo juro / 131

YASMÍN S. PORTALES

Ajuste de cuentas / 133

ENA LUCÍA PORTELA

Por lo menos un tortazo / 142

ALOYMA RAVELO

Flores marchitas / 159

SONIA RIVERA-VALDÉS

Los ojos lindos de Adela / 172

LEGNA RODRÍGUEZ

Yo quiero amarte / 189

MARTA ROJAS

Cel amiga / 195

ZULEMA DE LA RÚA

Bailando en la claridad / 197

MAGALY SÁNCHEZ OCHOA

Gemidos / 203

KARLA SUÁREZ

Elena & Elena / 208

MARIELA VARONA

Envidia de los pájaros / 223

ANNA LIDIA VEGA SEROVA

Tan gris como su nombre / 229

LIANY VENTO

La carabinero / 234

MIRTA YÁÑEZ

La India / 244

